

El problema de la democracia atraviesa toda la reflexión de la modernidad y parece en ocasiones confundirse directamente con el problema de la política y de lo político. Los procesos de modernización y de desarrollo, cumplidos por diferentes caminos históricos pero dando siempre como resultado una mayor complejidad social, reabren los esfuerzos de interpretación teórica respecto de la relación entre el sistema político y la transformación económica y social. Tales esfuerzos tienen como motivación subyacente la comprobación de la vulnerabilidad o precariedad de los sistemas democráticos, ya sea en una continuidad de los regímenes constitucionales o a través de las rupturas de los mismos. Por otra parte, las rupturas revolucionarias no necesariamente se plasman en formas más altas de participación política institucionalizada.

Los límites de la democracia (volúmenes 1 y 2) constituye un trabajo colectivo por parte de los especialistas internacionales en este campo, quienes encaran específicamente una reflexión dialogada sobre los resultados democráticos y autoritarios de los procesos revolucionarios; el aporte de la modernidad y de la tradición a la génesis de los movimientos autoritarios; la vulnerabilidad de la democracia en las sociedades avanzadas y los procesos de modernización y la persistencia del autoritarismo en América Latina.

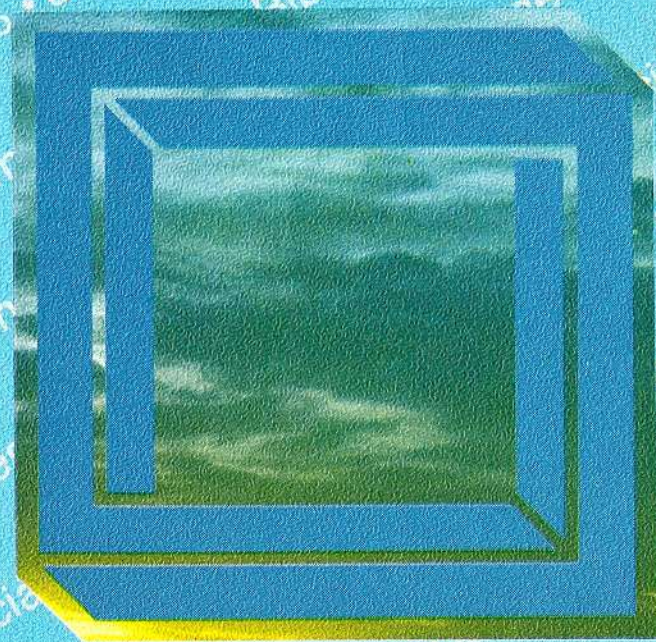
Todos los trabajos fueron presentados en el Congreso Internacional en honor de Gino Germani, realizado en Roma en la Libera Università Internazionale degli Studi Sociali, a fines de 1980, con el patrocinio del Centro Gino Germani, del International Sociological Association, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, el Consiglio Italiano per le Scienze Sociali, el Centro Nazionale di Prevenzione e Difesa Sociale, el Instituto de Sociología de la Universidad de Harvard y el Instituto di Sociologia dell'Università degli Studi di Napoli.

Los límites de la democracia

Volumen 1

G. Germani, N. Bobbio, S. Eisenstadt, T. Skocpol, A. Hirschman,
L. Pellicani, F. Alberoni, S. M. Lipset, A. Lyttelton, A. Ardigò,
T. Di Tella, G. Therborn y P. Anderson

Los límites de la democracia



**Los límites de
la democracia**

Volumen 1

Biblioteca de Ciencias Sociales
Director: Mario R. dos Santos
Programa de Publicaciones
Secretaria: Cristina Miceli

I.S.B.N. 950-9231-13-6

Diseño gráfico: Beatriz Burecovich y Viviana Barletta
Composición y armado: IDES, Güemes 3950, Buenos Aires
Impresión: Artes Gráficas Santo Domingo,
Santo Domingo 2739, Buenos Aires
Primera edición en italiano,
I limiti della democrazia, enero de 1985,
Copyright de Liguori Editore, S.R.L., Nápoles, Italia.
Primera edición en español: noviembre de 1985
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Copyright de la edición en español por
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Av. Callao 875, 3º E, Buenos Aires, Argentina

G. Germani, N. Bobbio,
S. Eisenstadt, T. Skocpol, A. Hirschman,
P. Anderson, L. Pellicani, F. Alberoni,
S. M. Lipset, A. Lyttelton, A. Ardigó,
T. Di Tella, G. Therborn,
con una introducción por
R. Scartezzini, L. Germani y R. Gritti

Los límites de la democracia

clacso
Consejo
Latinoamericano
de Ciencias
Sociales

La publicación de estos dos volúmenes fue financiada con un aporte especial de la Interamerican Foundation, Estados Unidos.

Prólogo

Este libro está dedicado a la memoria del sociólogo Gino Germani.

En la estructura del texto se reproduce la del Congreso Internacional sobre los límites de la democracia realizado en Roma a fines de 1980, en la Libera Università Internazionale degli Studi Sociali.

Este libro es una revisión crítica, histórica y sociológica de recientes procesos de transformación social y política que atañen de especial manera a la construcción de la democracia contemporánea. El lector encontrará importantes aportes analíticos que le serán útiles para la comprensión de las posibilidades y utopías de la nueva democracia latinoamericana, entendida no sólo como campo político y legal legítimo, sino también como la búsqueda de un amplio y permanente horizonte humano: el de la libertad.

Pero la democracia significa también realismo y, con más fuerza hoy que en otros tiempos, esto implica límites, especialmente en el plano de la política y de la interacción de ésta con la economía. El mismo Germani vivió sus últimos años angustiado por estos límites de la sociedad moderna, a la que veía sometida a tendencias contradictorias de fragmentación creciente, por un lado, y de concentración del poder, por el otro. Cada vez más, las grandes decisiones son tomadas por élites, lo que obviamente cuestiona la democracia, pero también la atomización constante puede llegar a ser destructiva del contexto democrático. Los autores de este trabajo reflexionan sobre éste y otros límites.

La compleja tarea de edición y traducción de varios artículos del texto estuvo dirigida por Mario dos Santos. Cometido difícil por las dificultades semánticas propias de ensayos especializados, pero imprescindible para permitir una adecuada comprensión de las versiones en español.

Por otra parte, este libro puede ser comprendido como resultado de una sostenida política académica de CLACSO destinada a introducir en la discusión latinoamericana la problemática de la democracia, muchas veces en contextos ideológicos y políticos sumamente adversos. Francisco Delich, anterior Secretario Ejecutivo de CLACSO, desempeñó un valioso papel en estas actividades y también en la producción de estos volúmenes.

Las instituciones patrocinantes del Congreso señalado fueron: el Centro Gino Germani, la International Sociological Association, el Consiglio Italiano per le Scienze Sociali, el Centro Nazionale di Prevenzione e Difesa Sociale, el Departamento y el Instituto de Sociología de la Universidad de Harvard, la Università degli Studi di Napoli, la Libera Università Internazionale degli Studi Sociali di Roma y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Las instituciones que prestaron apoyo financiero para el Congreso fueron: la Ford Foundation, el Consiglio Nazionale delle Ricerche, la Interamerican Foundation, la Libera Università Internazionale degli Studi Sociali.

Nuestro agradecimiento a todas ellas y a la Interamerican Foundation por su apoyo a la edición en español de estos volúmenes.

Fernando Calderón Gutiérrez
Secretario Ejecutivo
de CLACSO

Buenos Aires, setiembre de 1985.

Introducción

1. Los resultados políticos de los procesos de transformación recorridos por las sociedades modernas, en particular el surgimiento y la afirmación de tendencias y regímenes autoritarios o democráticos en distintos contextos y períodos históricos, constituye el tema central de este volumen, a la vez que un argumento de reflexión crucial en el actual debate de las ciencias sociales y políticas.

No obstante los sucesos y las experiencias históricos a menudo traumáticos de este siglo, la auto imagen de la sociedad moderna en Occidente sigue estando profundamente permeada de las ideas de progreso y de evolución. La historia contemporánea es habitualmente interpretada a través de la óptica de un gran proceso histórico cuya tendencia de fondo sería la de un aumento progresivo de la libertad y de la racionalidad en el orden social y político. En las ciencias sociales, esta idea se ha expresado con el concepto de modernización, y con la estrecha conexión entre desarrollo económico y desarrollo político. La larga transición ocurrida en Occidente, del absolutismo a los modernos regímenes democráticos, adquiriría así las semblanzas de una marcha resbaladiza e inexorable dentro de un proceso plurisecular de emancipación política. En esta visión teleológica, las caídas, las regresiones y las degeneraciones, bastante profundas, de ciertos sistemas políticos deberían ser considerados como "paréntesis", crisis de recorrido o demoras transitorias de tal proceso; la democracia constituida con la afirmación del orden social burgués no sería entonces una forma histórica particular, sino un modelo universal y necesario. En este cuadro, el ascenso de las dictaduras modernas, y hasta los apocalipsis totalitarios del siglo XX, no confutarían la hipótesis de una estrecha relación entre modernidad y libertad: serían más bien los productos de las convulsiones de la "gran transformación" del mundo preindustrial en el moderno, o de los imprevistos relativos al pasaje de una fase estructural a otra de la sociedad industrial. Aun si considerados como "funcionales" en las primeras

fases de la transición, tales regímenes dictatoriales estarían sucesivamente condenados a la extinción, con el avance de la modernización.

En la teoría social, como en las distintas disciplinas humanísticas, no han faltado profundas críticas a la premisa de esta imagen idealizada de las relaciones entre democracia, autoritarismo y sociedad moderna, ni tampoco intentos de analizar —de manera menos optimista— “los límites de la democracia” o de identificar los lábiles y cambiantes confines que aparecen entre un régimen democrático y uno autoritario en las distintas realidades históricas.

Casi todas las más acreditadas reflexiones sobre las experiencias autoritarias y totalitarias de nuestra época parecen subrayar que las libertades democráticas —aun donde están más consolidadas— no pueden ser consideradas como una fortaleza inexpugnable edificada por el proceso histórico, sino más bien como un problema abierto, una condición que puede ser perdida en cualquier momento, y que por lo tanto debe ser tutelada y reconquistada permanentemente. Y justamente la conciencia de la problematización teórica de las relaciones entre modernización, democracia y autoritarismo, además de la complejidad de estas relaciones en la historia contemporánea, representa el hilo rojo que atraviesa todas las contribuciones —que sin embargo configuran una pluralidad de posiciones teóricas e ideológicas— compiladas en este volumen.

Por un largo período, a partir de la segunda posguerra y hasta la década del setenta, las corrientes de pensamiento dominantes en las ciencias sociales y políticas occidentales respondieron en modo sustancialmente optimista y no problemático a este tema. La constante referencia a la experiencia histórica de las sociedades liberal-democráticas europeas y norteamericanas, la certeza de la reproducibilidad —en el tiempo y en el espacio— aunque con algunas variaciones respecto de ese modelo, ha consentido la difusión de un paradigma que afirmaba, en clave evolucionista, un nexo indisoluble entre desarrollo económico y modernización social, por un lado, y el progresivo afianzamiento de un sistema político democrático estable, por otro. En el clima eufórico que acompañaba en Occidente a la expansión de la economía capitalista y del estado social en las sociedades liberal-democráticas, no había demasiado espacio para consideraciones teóricas sobre las tendencias no liberales de la sociedad moderna, problema que en cambio era crucial en la sociología clásica. El anunciado “fin de las ideologías” de la década del sesenta pareció marginar casi definitivamente las inquietudes respecto de la suerte de la libertad en las sociedades modernizadas o en vías de modernización, tan presentes en las reflexiones de los teóricos como Tocqueville, Durkheim, Weber, Mannheim y otros.

La sucesión, en estos últimos años, de crisis estructurales y de fuertes tensiones culturales, sobre todo en el Tercer Mundo, y, en otro sentido, la progresiva obsolescencia del paradigma antes citado, han

vuelto a plantear la problematización del nexo entre democracia y sociedad moderna. El hecho de que, en el surco de la tradición clásica se hayan retomado las investigaciones histórico-comparativas en sociología y en ciencias políticas, además de que se hayan perfilado nuevos fenómenos políticos en la escena internacional durante los años '70, ha coincidido con una crítica radical de los modelos interpretativos dominantes, cada vez más inadecuados para el análisis del cambio político.

La interpretación de los procesos históricos y actuales de democratización política, el análisis de los regímenes intermedios entre autoritarismo y democracia en algunas realidades sociales, la comprensión de las raíces y de los factores de estancamiento o de caída de los regímenes democráticos y del ascenso de los sistemas autoritarios o totalitarios, requieren ahora de modelos teóricos más refinados, o por lo menos más flexibles.

Para el análisis de las condiciones nacionales e internacionales que favorecen el desarrollo de la democracia o que, por el contrario, refuerzan los obstáculos para este desarrollo, se hace cada vez más necesaria una reformulación teórica que permita superar los mitos y los símbolos típicos de la sociedad moderna que todavía tienen influencia sobre los temas teóricos más difundidos respecto del cambio social. Las cuestiones relativas al rol del cambio social revolucionario, a las raíces culturales del desarrollo político nacional, a las implicaciones políticas de las oleadas sucesivas de movilización social, siguen siendo, en efecto, problemas poco abarcados por los paradigmas tradicionales. Finalmente, con el reciente debate sobre la vulnerabilidad de la democracia en las sociedades altamente modernizadas, se afirma nuevamente el interés por la elaboración de instrumentos interpretativos más aptos para captar los potenciales autoritarios en los regímenes democráticos, sean estos “internos”, o sea intrínsecos a las dinámicas del sistema político, o “externos”, o sea provenientes en este caso de las transformaciones del sistema social.

2. De todos modos, las crecientes dificultades de interpretación de los cambios en los regímenes políticos, de sus posibles transformaciones en dirección a situaciones democráticas o autoritarias, han llevado nuevamente al centro de la reflexión actual el concepto de *modernización*, aplicado tanto a la esfera económica como al sistema social y cultural; concepto al cual se refieren los autores de los ensayos de este volumen, habida cuenta de las revisiones críticas realizadas, que lo han limpiado de determinadas connotaciones ideológicas y de juicios de valor implícitos. El reconocimiento de la especificidad —y por lo tanto de distintas formas de modernización— ha evidenciado los diversos modos en que este proceso puede conectarse con la democracia y el autoritarismo, ofreciendo una variedad de filones de investigación, algunos de los cuales están bien representados en este volumen. Depurada de los postulados teleológicos de los modelos evolucionistas, la correlación positiva entre modernización y democracia se mantiene, igualmente, como punto de referencia fundamental en el debate actual. Muchos

investigadores han asociado algunos momentos cruciales del desarrollo de la democracia en Occidente —como por ejemplo la afirmación del liberalismo, del pluralismo, la extensión progresiva de los derechos civiles y políticos a todas las clases sociales— con los distintos aspectos de la “gran transformación”: la expansión de un mercado económico autorregulado; las luchas sociales y políticas de los grandes protagonistas de la sociedad moderna: la burguesía capitalista y el proletariado industrial; la creciente racionalización de las estructuras económicas y sociales; los procesos de disgregación de los tradicionalismos culturales; la afirmación del individualismo y del igualitarismo en los horizontes ideológicos de las sociedades modernas.

En efecto, generalmente se acepta la hipótesis según la cual tanto el nacimiento como la supervivencia de la democracia requieren como condición necesaria, aunque no suficiente, cierto grado de modernización del sistema económico, así como de las estructuras sociales y de los valores culturales. En particular, la presencia del mercado como mecanismo de regulación del sistema económico, aun si funciona parcialmente o restringido a áreas económicas específicas, representaría una condición esencial para el mantenimiento de las libertades políticas y de la autonomía de la sociedad civil. Una vasta bibliografía comparada sobre los procesos de desestructuración de los distintos regímenes autoritarios ocurridos en estos años —sobre todo referida a algunos países de la Europa mediterránea— ha apoyado la hipótesis de un nexo positivo entre modernización y democratización.

Por otra parte, también es cierto que las hipótesis sobre posibles correlaciones positivas entre modernización y autoritarismo ya han adquirido una importancia fundamental en el actual debate sobre los “límites de la democracia”.

Múltiples esfuerzos de estudio —centrados en particular en el análisis histórico-sociológico del fenómeno totalitario— se han detenido sobre algunas consecuencias sociales del proceso de modernización, que podrían llevar a la supresión de la democracia misma, allí donde existe, o bien impedir su afirmación, en otros contextos. La bibliografía sobre la gestación y la naturaleza de los movimientos y los regímenes de tipo fascista se ha ocupado a menudo de las tendencias masificantes, de la caída de los sistemas normativos y de las profundas tensiones psicosociales que acompañan a los procesos de modernización. En muchos análisis, en efecto, se repite el tema del “síndrome autoritario” como una especie de reacción a los malestares no sólo políticos sino sobre todo psicológicos y existenciales debidos a los rápidos cambios sociales, a la crisis de los valores tradicionales sobre los que se basa la seguridad social y la identidad cultural de los individuos.

La conexión entre modernización y totalitarismo aparece en muchas interpretaciones del fenómeno nazi, que ha representado, en ciertos aspectos, una de las rebeliones más profundas contra la modernidad, pero que al mismo tiempo ha desplegado una definida orientación moder-

nizante en la esfera económica y aun en la esfera social. Valga como ejemplo emblemático la fría racionalidad instrumental típica de la era tecnológica, aplicada al exterminio. No faltan por otra parte, posturas que consideran las “revoluciones” fascistas de algunas naciones europeas como intentos particulares de superar una situación social y cultural de “modernización bloqueada” a través de medios políticos autoritarios. Esta modalidad está presente también en la actual discusión sobre la gestión política autoritaria de los procesos de desarrollo capitalista, sobre todo en contextos caracterizados por un atraso económico que perdura. La necesidad de administrar fuertes tasas de crecimiento económico e industrial, que provocan la ruptura traumática de los equilibrios sociales tradicionales o pre-modernos, conlleva la construcción de un poderoso aparato estatal altamente represivo y militarizado. La vasta bibliografía sobre los países considerados “semiperiféricos”, por su posición subordinada dentro del sistema mundial, y la fuerte industrialización contemporánea han puesto en evidencia la variedad y la practicabilidad de los modelos autoritarios de modernización, desde los regímenes “burocrático-autoritarios” de América Latina hasta los regímenes “represivo-desarrollistas” del sudeste asiático.

Los resultados autoritarios de la modernización aparecen, por otra parte, de manera también significativa en el análisis de los regímenes totalitarios de los países del mundo comunista, donde el fortísimo dinamismo modernizante que estos regímenes expresan en su “fase revolucionaria” se conjuga con la estatización integral de la economía y de la sociedad, y por lo tanto con la supresión de cualquier pluralismo político, social y cultural. El grado de esta supresión es, en efecto, la variable fundamental comúnmente empleada para distinguir los regímenes autoritarios de los totalitarios. Las técnicas de movilización y regimentación de la masa, desde el adoctrinamiento ideológico al uso sistemático del terror, funcionarían —en forma similar a los regímenes fascistas y a algunas “dictaduras de desarrollo” monopartidistas— como catalizadores del cambio social.

Finalmente, existe un rico debate sobre las tendencias autoritarias en las sociedades económica y tecnológicamente más avanzadas, tendencias relacionadas en particular con los procesos de masificación social, de burocratización, así como con el aumento del poder tecnocrático en las sociedades industriales. La bibliografía sobre este problema tiende a resaltar no sólo los peligros autoritarios, sino también los elementos que concurren a definir esa “crisis de gobernabilidad” que constituye la *impasse* más aparente de las democracias en el momento actual. La pérdida de consenso, la difusión del fenómeno terrorista, la explosión de particularismos corporativos, los procesos de sectorialización y fragmentación de las sociedades, la dificultad generalizada para “gobernar la complejidad”, empujan a algunos actores del sistema político a afrontar estos “cuellos de botella” del sistema con soluciones tecnocráticas y burocráticas no sometidas al control democrático, con la ampliación del

área de los *arcana imperii*, con la introducción de medidas de control social y político sustancialmente autoritarias, aun cuando tienen formas que adhieren a la legalidad.

Sobre la base de todas estas consideraciones, hoy se tiende a negar que esta correlación negativa entre modernización y democracia sea característica sólo de una fase inicial o intermedia —temporal, de todos modos— del desarrollo social y económico; la experiencia de muchos países, aunque con diversas graduaciones, sugiere que el funcionamiento de una sociedad industrial avanzada es compatible con la existencia de un sistema político autoritario.

En definitiva puede decirse que el debate actual sobre las relaciones entre democracia, autoritarismo y democratización tiende a evidenciar que esta última puede desplegar una gran variedad de resultados políticos. Esto no significa que el proceso de democratización es independiente del de modernización, sino que los distintos tipos de régimen político deben ser relacionados con distintos *tipos* o *formas* de modernización. Por ende hablar hoy de modernización en sentido general tiene poco significado, si se quieren analizar los resultados políticos que, en cambio, dependen de elementos específicos de un proceso que, por razones históricas y estructurales, no puede ser considerado ni homogéneo ni repetible en la misma forma (aunque existan rasgos comunes) en las distintas sociedades. El problema de fondo, entonces, es individualizar los factores específicos que condicionan la diferenciación de los resultados políticos.

La articulación de la obra en cuatro partes (dos volúmenes) responde justamente a la exigencia de identificar algunos de estos elementos que consideramos cruciales: los grandes procesos revolucionarios de la época actual y la naturaleza de las élites modernizantes que resultan victoriosas, la persistencia de tradiciones e instituciones no modernas en los procesos de desarrollo, las distintas fuentes de complejidad y vulnerabilidad de las sociedades contemporáneas, el problema de la formación del Estado nacional y de su inserción en el sistema mundial.

3. El ensayo de Gino Germani que introduce este volumen representa una de las contribuciones más importantes y originales de la reconceptualización de las relaciones entre modernización, democracia y autoritarismo. En efecto, partiendo de la naturaleza contradictoria de estas relaciones, ya sea en términos teóricos o en términos históricos, Germani, como observa Norberto Bobbio en su comentario, desarrolla sus consideraciones sobre el tema a través de una serie de "paradojas" que no son otra cosa que límites, a veces internos y a veces externos, que la democracia debe enfrentar en la sociedad moderna.

Según Germani, en las sociedades industriales de Occidente la modernización ha creado las bases económicas, sociales y culturales necesarias para la realización progresiva de valores tales como la democratización política, la expansión de las libertades individuales y del

pluralismo social y cultural. Por otra parte, sin embargo, el proceso modernizante, aun en sus distintas variantes, contiene y provoca tensiones y contradicciones estructurales que pueden llevar a la negación de tales valores.

El aspecto central a ser explorado para explicar esta paradoja de las sociedades modernas, reside para Germani en el carácter particular que asume el proceso de *secularización* a medida que la modernidad penetra en profundidad todos los tejidos sociales. La particularidad está en el hecho de que el proceso de secularización tiende a extenderse ilimitadamente.

El pasaje de formas prescriptivas a formas electivas de acción individual, la institucionalización del cambio y la creciente especialización y diferenciación de roles e instituciones tienden, según el análisis de Germani, a extenderse a todos los miembros de la sociedad, a todas las esferas del comportamiento humano, de la organización social y de la cultura. Hasta los sistemas normativos y de valor son atacados por la dinámica secularizante; se diferencian y autonomizan, son expuestos a la crítica continua, a la modificabilidad y al cambio. Y esta tendencia, asociada a una aceleración del proceso de individualización, especialmente en las sociedades más avanzadas, superado un determinado umbral óptimo, puede resultar altamente destructiva para los vínculos de solidaridad; en efecto, cualquier sociedad requiere un núcleo común de valores y de significados, relativamente estables, que puedan representar una base mínima para la regulación y la resolución de los conflictos sociales, de grupo e interindividuales.

En esta contradicción se encuentra uno de los límites fundamentales de la democracia. Aquí reside la raíz más profunda de la paradoja de las relaciones entre democracia y sociedad moderna: la incompatibilidad entre el mantenimiento de un núcleo mínimo de valores, universalmente aceptado, y la lógica culturalmente desestabilizadora de la secularización.

Y justamente la secularización permite, según Germani, distinguir al autoritarismo tradicional del autoritarismo moderno, del de las sociedades modernas, que en su forma "pura" adquiere las características del totalitarismo. En efecto, en una sociedad altamente secularizada, la eventual imposición de un orden autoritario, no pudiendo apoyarse sobre los mecanismos tradicionales de control social, deberá basarse sobre formas inéditas de control y manipulación de los individuos, posibilitadas por los instrumentos y las innovaciones que la ciencia y la tecnología ponen a disposición de quienes detentan el poder.

La modernización, y en particular el proceso de secularización, lleva en el largo plazo a una serie de paradojas que amenazan la gobernabilidad democrática de las sociedades complejas. La continua oscilación entre la extrema fragmentación y la concentración del poder, la necesidad y al mismo tiempo la incapacidad de planificar la acción de las

sociedades democráticas atravesadas por lógicas pluralistas e individualistas sumamente disgregantes, la creciente interdependencia e internacionalización de la política interna que limita la posibilidad de decisiones autónomas de cada país, la vulnerabilidad física y social que se ve determinada por todos estos factores, son algunos de los elementos que, según Germani, pueden impedir la democratización, o de todos modos obstaculizar su curso.

El haber evidenciado nítidamente las paradojas, y por lo tanto los límites —sobre todo externos— de la democracia en la sociedad moderna, lleva a Germani a conclusiones no optimistas sobre el futuro de los regímenes políticos occidentales. Y las conclusiones de Bobbio, que en su análisis intenta justamente indicar las relaciones que median entre límites externos (derivados de la modernización como los indicados por las consideraciones de Germani) y límites propios, internos, del sistema democrático, se ubican en la misma dirección, con la conciencia de que un excesivo optimismo puede ser un gran enemigo para aquellos que se preocupan por la suerte de la democracia.

4. El ensayo de Germani, en su intento de ubicar teóricamente las mayores preocupaciones del debate actual, brinda numerosas líneas e indicaciones para ulteriores investigaciones, algunas de las cuales han sido profundizadas en las cuatro secciones en las que se articula el volumen.

4.1. En la primera parte, el concepto de modernización está relacionado con la noción de *revolución* y en particular con los mitos y símbolos nacidos de los grandes trastornos históricos del mundo moderno, como la Revolución Francesa, la Rusa, y en ciertos aspectos la China. Ambos conceptos, permeados todavía por la idea del progreso y del carácter liberador del cambio, contribuyen a elaborar la imagen clásica de la revolución como un cambio violento y total, generador de una profunda ruptura con el pasado. Los análisis histórico-comparativos de las revoluciones constituyen por lo tanto una fuente esencial para una reformulación de los tradicionales paradigmas del cambio social y político, y representan al mismo tiempo una especie de indicador para comprender los resultados políticamente diferenciados de los distintos modos o tipos de modernización.

El ensayo central de S. Eisenstadt intenta un análisis comparado de las salidas políticas de algunas "grandes" revoluciones —inglesa, estadounidense, francesa, rusa y china en particular— y formula una serie de hipótesis a partir de un complejo de variables referidas principalmente a la naturaleza y a las características de las élites políticas, intelectuales y económicas comprometidas en afirmar o detener el proceso revolucionario, el grado de violencia y de ruptura con el pasado desplegadas durante el proceso, la situación internacional en el cual se desarrolla. Según Eisenstadt, cuanto más profunda es la discontinuidad y más acentuada es la ruptura de la estructura social y de la cultura, más vio-

lento será el proceso revolucionario y más probable será el resultado autoritario, y viceversa. En esta óptica, entonces, las revoluciones liberales del mundo anglosajón son las que más han contribuido al desarrollo de las tradiciones democráticas. Las raíces del grado de discontinuidad se encontrarían, más que en el proceso revolucionario, en el contexto social y político prerrevolucionario: la naturaleza de las relaciones de solidaridad entre élites y masas, el grado de flexibilidad de las instituciones centrales, la capacidad modernizante de las distintas élites.

Entre las contribuciones que siguen, T. Skocpol y P. Anderson discuten críticamente las tesis de Eisenstadt, especialmente en lo que se refiere a la problematización de los nexos históricos entre las primeras revoluciones "burguesas" y el desarrollo democrático. A. O. Hirschman analiza la compleja relación entre violencia revolucionaria y democratización posrevolucionaria. L. Pellicani explora los aspectos totalitarios propios de la misma estructura de las experiencias revolucionarias, mientras que F. Alberoni demuestra que las variables culturales y simbólicas son cruciales para la comprensión de los resultados políticos de las revoluciones.

4.2. Muchos grupos sociales han experimentado el proceso de modernización como un gran proceso liberador, no sólo desde el punto de vista material sino sobre todo como una emancipación del individuo de las restricciones autoritarias de la cultura tradicional. La caída de las formas tradicionales de solidaridad, el constante cambio en los roles y las instituciones, la relativización continua de los modelos de valores y significados son todas consecuencias de la modernización, percibidas y experimentadas como profundamente traumáticas y desorientadoras. Las resistencias y las protestas, a veces violentas, contra la modernidad, han sido endémicas en la historia de Occidente. Hoy toman formas hasta virulentas en el Tercer Mundo, justamente en conexión con un proceso de disgregación acelerada de las culturas tradicionales. Pero también en el mundo industrialmente más avanzado se está manifestando una gran variedad de fenómenos culturales con marcadas tendencias *anti-modernistas*. Se presenta entonces el crucial problema de entender las consecuencias que estas rebeliones tienen para la democracia, sobre todo allí donde toman formas políticas e ideológicas. Muchos análisis de los movimientos masivos autoritarios de derecha, en efecto, han reconocido en estos fenómenos una matriz ideológica anti-moderna común.

Este es el tema general analizado en la sección que abre con el trabajo de S. M. Lipset. En su ensayo el autor examina las relaciones entre anti-modernismo, tradicionalismo socio-cultural y movimientos autoritarios de extrema derecha en el proceso de modernización de las sociedades capitalistas de Occidente. Gran parte del análisis está dedicada a la matriz cultural e ideológica de los distintos movimientos fascistas de Europa en el período entre las dos guerras mundiales, y a los

movimientos extremistas de derecha de los Estados Unidos en el mismo período. En los movimientos autoritarios de extrema derecha Lipset individualiza una matriz cultural anti-moderna común, tradicionalista e integralista, y una base social compuesta por sectores prevalentemente encaminados hacia una declinación económica y política de los procesos de modernización. Las tensiones psicosociales de la secularización crean un terreno favorable para la difusión y luego la politización de tales culturas. Tales tensiones están representadas también en las sociedades más avanzadas, donde surgen nuevos integralismos y fundamentalismos, a menudo confundidos con los nuevos movimientos de protesta a la civilización industrial: el ecologismo, las contraculturas, el posmaterialismo, los nuevos movimientos de identidad étnica. No obstante la amplia gama de tendencias "anti-modernas" en las sociedades posindustriales, Lipset no considera que la democracia liberal de Occidente esté en peligro, ya que el alto grado de modernidad de la cultura y de las estructuras sociales ha impotenciado los contenidos autoritarios del anti-modernismo.

Entre los ensayos de esta sección, A. Lyttelton y T. Di Tella analizan críticamente el modelo de las relaciones entre anti-modernismo, autoritarismo y modernización implícito en el trabajo de Lipset. A. Ardigó explora los potenciales políticos de los anti-modernismos de las sociedades avanzadas a través de una impostación teórica diferente, mientras que G. Therborn individualiza amenazas autoritarias a la democracia en Occidente, justamente en algunas fuerzas sociales y culturales modernas y modernizantes más que en aquellas anti-modernas.

4.3. Nos hemos referido a las renovadas preocupaciones sobre las consecuencias negativas para la democracia de varias tendencias propias de las sociedades industriales avanzadas. Entre los fenómenos más analizados en la amplia bibliografía, recordamos: el rol decreciente de los mecanismos de representación en los procesos políticos y la expansión concomitante del área de discrecionalidad del ejecutivo, la autonomización de los aparatos administrativos y tecno-burocráticos de las instancias de control democrático y legal; el fenómeno de los llamados poderes ocultos y de los gobiernos privados, con el consiguiente enlace de los centros de poder económico-financiero-político, de cuerpos separados, de criminalidad organizada; la expansión y la modernización de los aparatos policiales y el desarrollo de nuevas tecnologías para el control socio-político; el crecimiento de la represión "selectiva" contra poblaciones marginales (y "desviadas") y grupos contestatarios; finalmente, las implicaciones autoritarias derivadas de la existencia de las armas nucleares y de la importancia militar en las relaciones internacionales.

Frente a estos *potenciales autoritarios* se presenta el problema de los valores sobre los cuales se puede basar la opción a favor de la democracia y de la libertad. Este es el tema central del trabajo de A. Pizzorno, que nos obliga a realizar un nuevo análisis crítico de las teorías neo-

utilitarias de la política, hoy hegemónicas en la reflexión sobre la democracia en las ciencias políticas. Partiendo de un análisis de las insuficiencias de las teorías clasistas y funcionalistas, Pizzorno esboza un modo alternativo de considerar el problema de la opción democrática. La democracia como conjunto de procedimientos y mecanismos de control social es un expediente que permite realizar no tanto la libertad de opción cuanto la libertad de identificaciones colectivas (amenazadas por el poder del Estado nacional): una libertad-instrumento que se convierte en una libertad-valor.

En los trabajos que siguen se desarrollan varios temas conectados con las implicaciones de las tendencias autoritarias en las sociedades modernizadas: C. Donolo trata las relaciones entre autoritarismo político y autoritarismo social; M. Sarfatti Larson analiza varios aspectos del poder tecnocrático y profesional, mientras que R. Falk enfrenta las implicaciones autoritarias de los armamentos nucleares. Finalmente, N. Birnbaum y K. Kontopoulos analizan respectivamente potenciales autoritarios específicos en dos países avanzados: Gran Bretaña y Estados Unidos.

4.4. Las realidades latinoamericanas —así como las reflexiones teóricas sobre estas realidades— revisten una importancia particular por la problemática de las relaciones entre modernización, democracia y autoritarismo. Del pensamiento social latinoamericano a mediados de la década del sesenta surgieron las primeras dudas acerca de una correlación lineal entre crecimiento económico, desarrollo social y democratización política. Con la afirmación de los nuevos modelos de modernización autoritaria que siguieron a las crisis de las experiencias populistas y "desarrollistas" de los años '60 y '70, se presenta con urgencia el problema teórico y práctico de las relaciones entre modernización y autoritarismo. En ese debate se tendía a identificar, más allá de las especificidades nacionales, algunos rasgos comunes de los "nuevos autoritarismos": la conjunción de desarrollo capitalista e intensa represión política y social; la restricción de los procesos de decisión a los vértices de las fuerzas armadas, de la burocracia estatal y de las empresas transnacionales; la rearticulación de la economía al mercado internacional, el intento de despolitización de la sociedad civil; la elaboración de una ideología de "seguridad nacional" que definía a la democracia misma como el principal obstáculo al desarrollo y al orden público. Sobre las bases del nuevo fenómeno autoritario se han producido distintas interpretaciones, algunas enfatizando los factores económicos (el nuevo Estado autoritario como requisito del capitalismo periférico), otras enfatizando los políticos (la intensificación de las luchas de clase). El fin de los años '70 y el comienzo de los años '80 han asistido al fracaso de los modelos económicos y de control político de estos paradigmas de modernización autoritaria y a la apertura de una fase de cambio político. Surge entonces la problemática de la "transición" del autoritarismo burocrático-militar hacia otras formas políticas.

El análisis de F. H. Cardoso parte de la insuficiencia de los grandes modelos de cambio social para comprender los resultados políticos de las actuales transformaciones en América Latina. Ni el paradigma liberal-democrático ni el social-revolucionario pueden captar la naturaleza política de los procesos actuales de modernización en América Latina (especialmente en el Cono Sur): por una parte se está verificando una transición hacia una "sociedad de masa" pero sin rasgos liberales, por otra la agudización de las tensiones y de las luchas sociales no lleva a una disgregación revolucionaria de los sistemas burocrático-militares (autoritarios). Lo que está sucediendo es más bien un proceso de liberalización controlado desde arriba, dentro de un sistema esencialmente autoritario, como en el caso de Brasil, con la apertura de algunos espacios de expresión autónoma a la sociedad civil.

Las contribuciones de P. Schmitter y G. O'Donnell proponen modelos teóricos y metodológicos para analizar los procesos de democratización en América Latina. Los de G. Alberti, J. Graciarena y F. Delich tratan algunas hipótesis sobre la transición analizando respectivamente los casos peruano, chileno y argentino.

R. Scartezzini, L. Germani y R. Gritti

Traducción por Gabriela Adelstein

Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna

Gino Germani

1. Introducción¹

En este ensayo se consideran algunos de los problemas que debe enfrentar la democracia en las sociedades modernas y en aquéllas en proceso de desarrollo económico y social. No se ha tratado específicamente de los problemas latinoamericanos, por cuanto en mi opinión, estos problemas son de carácter general y se los encuentra en todas las sociedades modernas avanzadas o no. Por cierto que asumen características muy distintas según los países, mas al considerar las bases sociales de la democracia no pueden ser ignorados. Es posible que los países llamados "en desarrollo" tengan mejor oportunidad de hallar soluciones originales a las graves contradicciones que encierra la sociedad industrial en todas sus versiones y formas. Tales contradicciones, algunas de las cuales se señalan aquí, son inherentes a ciertos aspectos centrales de la estructura moderna. Paradójicamente —como suele ocurrir a menudo en la historia— la sociedad moderna, que ha ofrecido el marco necesario para desarrollar las formas democráticas hasta sus últimas consecuencias lógicas, encierra también, en su propia forma de integración, ciertas tensiones que en el pasado, y presumiblemente en el futuro, llevan a la supresión de la democracia misma, a menos que se puedan intentar nuevos caminos, los que —en opinión del autor— son por ahora utópicos.

¹ Algunos de los problemas considerados en este escrito han sido tratados sintéticamente en otras publicaciones del autor, en particular *Autoritarismo, Fascismo e Classi Sociali* (Bologna, Il Mulino 1975), y en la edición americana, ampliada, de este libro: *Authoritarianism, Fascism and National Populism* (New Brunswick, Transaction Books, 1978). El presente es un primer desarrollo de las hipótesis sugeridas en los dos libros. Allí también se encuentra la bibliografía relevante. El tema de la secularización fue tratado en escritos ahora muy lejanos. Algunas menciones de la perspectiva aquí adoptada se hallan en el artículo "Modernization / Industrialization" de la última edición de la *Encyclopaedia Britannica*, vol. IX.

2. Modernización, desarrollo y regímenes políticos

El desarrollo económico y social y la modernización han sido considerados frecuentemente como relacionados de varios modos, con la democracia, el liberalismo, el pluralismo, la extensión progresiva de los derechos políticos, civiles y sociales, el individualismo y el igualitarismo, ya sea como precondiciones o como consecuencias o simplemente como procesos correlacionados. En general se reconoce que cierto grado de modernización en las esferas sociales y económicas representa una condición básica para el surgimiento y el mantenimiento de la democracia y el pluralismo. En particular, la supervivencia del mercado como mecanismo económico autorregulado, aun funcionando en forma parcial o en determinadas áreas de la economía (en coexistencia, por ejemplo, con sectores públicos y/u oligopólicos o monopolísticos), ha sido percibida como un elemento esencial para el funcionamiento de la democracia y la efectiva supervivencia de las libertades políticas y los derechos civiles. Debe agregarse sin embargo que la relación inversa, a saber, democracia y pluralismo como prerequisites de la modernización y el desarrollo (o por lo menos cierto grado de democracia y de pluralismo), que en el siglo diecinueve eran considerados en general —incluso por el marxismo “clásico” (a falta de mejor palabra)— como factores necesarios para el “progreso” (o el desarrollo capitalista, según los términos preferidos), son ahora percibidos por ideologías y teorías científico-sociales más bien como obstáculos, o de todas maneras como causas de seria demora en el proceso de desarrollo económico y social. Al mismo tiempo, otros estudiosos han detectado tendencias destructivas de la democracia en la sociedad moderna: la creciente democratización que conduce a la masificación, con el efecto de desindividuación, el pluralismo que conduce a la destrucción de todos los sistemas de valores y a la anomia, la ruptura del consenso y la amenaza de disolución y de desintegración del orden social, todo eso podría resultar en el fracaso de la democracia y conducir al restablecimiento del consenso mediante el totalitarismo o alguna otra forma de régimen autoritario.

Otra manera de relacionar negativamente democracia y modernización, o desarrollo económico social, es la de considerar lo contrario de la democracia, a saber, el autoritarismo, acompañado de formas totales o casi totales de negación del pluralismo, como uno de los caminos o de los medios para promover la transformación de una sociedad preindustrial en una sociedad industrial de desarrollo económico autosostenido. Esta orientación ideológica estrechamente conexa a la señalada arriba, concerniente a la correlación negativa entre democracia y condiciones para el desarrollo, ha sido aplicada de manera especial a los países del Tercer Mundo, en particular a los ajenos a la cultura occidental. Pero también se empleó para explicar las características de ciertas etapas de la transición en países occidentales y los tipos de alianzas entre sectores diferentes de la clase gobernante, necesarias para continuar o acelerar el proceso de modernización. Por ejemplo, se encontró una alta pro-

pensión hacia soluciones totalitarias o autoritarias en países en que una configuración de rasgos existentes en el “punto de partida”, es decir, al principio del proceso de modernización (formas de relaciones de clase, de sus alianzas, estructura social agraria, papel de las instituciones políticas particularmente el Estado, etcétera), impidieron la formación de una base social para la democracia burguesa como en el caso de algunos de los “*first comers*”. Pero la mayoría de las teorías tienden a subrayar los rasgos surgidos *durante* el proceso, y en una etapa relativamente avanzada del capitalismo más bien que en sus principios, como por ejemplo, la crisis de la clase media, la movilización de las clases bajas, la marginalización de grandes estratos de la población debida a cambios en las estructuras sociales inducidas por procesos externos o internos. Para ilustrar estas interpretaciones se pueden mencionar las teorías marxistas que atribuyen la aparición del totalitarismo a la emergencia de tensiones propias de etapas particularmente delicadas en el desarrollo del capitalismo en su evolución hacia la madurez y luego la decadencia. Por fin, muchos eruditos negaron la hipótesis del autoritarismo moderno como modo intencionado de acelerar la modernización. En particular en cuanto al fascismo y otros regímenes de derecha, la solución autoritaria fue considerada como una tentativa deliberada de rechazar la modernización, o al menos, de atrasar el proceso, de volver a formas preindustriales de integración y de liderazgo, rebajando de una u otra manera el nivel político y social de las clases populares, y la forma y grado de su participación. En estas interpretaciones, los efectos modernizadores a veces observados en regímenes autoritarios de derecha fueron explicados como resultados involuntarios e imprevistos de orientaciones sociales, económicas o políticas adoptadas por el régimen autoritario mismo. Además, hay que recordar que las ideologías de la gran mayoría de los movimientos autoritarios y totalitarios incluyen muchos componentes contrastantes. Se trata en realidad de una mezcla de “derecha” e “izquierda” (vagamente y ampliamente designada según la tradición del siglo diecinueve). También los componentes populistas que estaban casi siempre presentes en estos movimientos contribuyen fuertemente a aumentar la ambigüedad de sus ideologías.

Analizando las relaciones entre la sociedad moderna industrial, el proceso de desarrollo y modernización, y la supervivencia de la democracia frente a las amenazas crecientes del autoritarismo (en sus formas modernas o no) hay que distinguir varios aspectos:

- a) el carácter del proceso de secularización que ha llevado a la emergencia de las sociedades industriales en sus varias formas, y la naturaleza del modo de integración típico de este tipo de sociedades, particularmente aquéllas de régimen democrático-burgués con economías neo-capitalistas, públicas y/o privadas;
- b) el totalitarismo como forma específica del autoritarismo moderno;

- c) las consecuencias de la secularización y la forma moderna de integración social sobre las instituciones, las actitudes, la conducta, el control social y la estabilidad del orden democrático;
- d) la planificación como condición *sine qua non* para la supervivencia y la continua evolución de las sociedades industriales, y las contradicciones entre los requisitos de la planificación y la naturaleza de la forma típica de integración en la sociedad moderna, sus consecuencias tecnológicas y sociales, particularmente con la extensión progresiva de la secularización a la mayoría (o a todas las esferas de la organización social o a sus subsistemas como pudiera llamárselos), y a todas las áreas del comportamiento individual, social, colectivo;
- e) las consecuencias de la creciente interdependencia internacional, o en otras palabras la transformación del planeta en un espacio unificado en lo económico, lo social, lo político y lo militar;
- f) la creciente vulnerabilidad física y social de todas las instituciones, grupos, individuos y el orden social como un todo frente a la acción legítima o ilegítima de otros grupos o individuos;
- g) los efectos de la creciente concentración del poder con respecto a determinado nivel de decisiones y a su naturaleza, combinado con la fragmentación del mismo en otros niveles y aspectos y, consecuentemente, la elevada conflictividad, la neutralización recíproca y la situación de empate.

En la presente discusión me limitaré a un examen somero de los aspectos mencionados, dedicando una atención algo mayor a aquéllos que me parecen se colocan por así decirlo en la base y el origen mismo de la crisis actual de todas las sociedades industriales, y que representan al mismo tiempo el obstáculo más amenazador para el surgimiento y la estabilidad del orden democrático.

3. Secularización e integración en la sociedad moderna

He tratado el tema de la secularización y de los caracteres generales de la sociedad moderna en muchos otros escritos muy conocidos y muy criticados en América Latina. No desearía volver a tratar este argumento. Sin embargo se trata de un punto central, pues constituye uno de los supuestos generales en los que se funda el análisis de las condiciones sociales de la democracia. Por ello debo volver a enunciar lo más brevemente posible algunos de los conceptos más relevantes para nuestros propósitos. Debo agregar que, aunque la definición formal de modernización y secularización es casi la misma, ya conocida, ella se encuadra ahora en una perspectiva histórica muy distinta: es decir,

estos principios formales deben ser vistos como una síntesis de los resultados de una serie de procesos históricos ocurridos a lo largo de milenios dentro de una cultura particular, es decir, no en forma universalmente evolucionista, sino como la evolución de una cultura particular, que ha terminado por imponerse al resto del planeta por la fuerza y/o por vía de difusión cultural, mas que no representa la única ni probablemente la mejor orientación de la que es capaz el hombre. Otras muy diferentes orientaciones eran, o quizá son todavía, posibles.

La tesis central que me propongo desarrollar aquí es que si bien la democracia moderna (es decir pluralista y extendida a todos los miembros de la sociedad sin exclusiones) halla su base teórica y práctica en la modernización y el desarrollo económico, estos mismos procesos —ya sea en sentido dinámico, ya sea con referencias a las configuraciones estructurales que caracterizan a las sociedades modernas— encierran contradicciones intrínsecas que pueden en algunos casos impedir el surgimiento de regímenes democráticos, y en otros llevar a su destrucción. En esta sección no se hace referencia a los problemas particulares concernientes al grado de desarrollo y modernización retrasadas, ni a factores ligados a la "resistencia al cambio" (como se los acostumbraba llamar hace más de 20 años), ni a los problemas de la dependencia y el imperialismo. Se trata aquí de tensiones estructurales implícitas en la forma de integración de la sociedad moderna, como tipo general de sociedad.

La sociedad moderna es única entre todos los tipos conocidos de sociedad por el hecho de que atenúa y, dentro de su propia lógica, tiende a eliminar completamente todo carácter "sagrado" o intangible en sus principios básicos, su sistema de valores, sus instituciones, sus normas, sus actitudes y sus modelos de conducta. Ciertos grados y *formas* de secularización son por supuesto bastante comunes en todas las civilizaciones. Algunos filósofos de la historia consideran este proceso como una etapa normal en la vida de todas las grandes culturas mundiales. No podemos negar, sin embargo, que la forma particular adquirida en Occidente, especialmente desde el Renacimiento, y su extensión e intensidad, ponen a la sociedad moderna en una clase particular, radicalmente distinta de todas las otras. En primer lugar, un rasgo común en la "secularización" de las grandes civilizaciones no occidentales es el hecho de que permanece limitada a miembros de la élite y muy a menudo a una parte especial de ella; casi todos los otros estratos o clases están excluidos. La distinción entre el saber esotérico y exotérico se mantiene en forma muy rígida y siempre relacionada con el carácter sagrado de las creencias, normas y valores tradicionales que continúan imponiéndose al pueblo común y a la gran mayoría de la población. Segundo, las elecciones, los cambios y las innovaciones tienden a evitar la ruptura completa con el pasado tradicional; intentan ser o, al menos, parecer una continuación de creencias institucionalizadas, o una especie de desarrollo "natural" de tales creencias. La continuidad entre el pasado

sagrado y las ideas nuevas, los valores, las normas, las instituciones están acentuadas todo lo posible. Por último hay también límites en cuanto a cuáles esferas de organización social y de la conducta individual pueden modificarse. En todo caso, siempre hay un núcleo central de valores y normas que permanece en teoría y en práctica más allá de las dudas y negaciones. La particularidad de la cultura occidental es que —al menos en teoría y potencialmente— todos estos límites no existen, y la tendencia a extender la secularización a todas las áreas del comportamiento, o a todas las esferas de organización social no tiene límite alguno y no permanece restringido a un pequeño sector de la población, sino que se extiende “en principio” —como derecho y deber— a todos los seres humanos.

La noción de secularización que utilizamos aquí abarca tres rasgos principales: *acción electiva* basada en la decisión individual, la institucionalización o legitimación de cambio, la creciente diferenciación y especialización de roles, status e instituciones. En su forma más limitada eso significa que para grupos élites dados, dentro de ciertas áreas de conducta y subsistemas o ambientes institucionales, la “acción electiva” tiende a predominar sobre la acción “prescriptiva”. La acción electiva sigue siendo una forma de conducta socialmente regulada, pero se distingue de la acción prescriptiva en cuanto lo que las normas indican son *criterios de elección u opción* y no modelos de conducta atribuidos de modo rígido a cada “situación socialmente definida”. Los criterios de elección pueden ser *racionales* (en sentido instrumental), o *emocionales*. Así es que en la sociedad moderna, la política, la ciencia, la economía y la tecnología necesitan elecciones basadas en criterios “instrumentalmente” racionales, pero en otros casos los criterios racionales se combinan muy a menudo con criterios emocionales (como, por ejemplo, la elección en la esfera íntima e individual como el matrimonio, la vocación profesional, las preferencias estéticas, etcétera, donde los criterios incluyen como valor positivo o como fin aprobado, el esfuerzo de alcanzar, dadas ciertas condiciones, la máxima expresión de individualidad, de lo que se quiere hacer y de lo que se es capaz de hacer). Los principios sintetizados aquí pueden proveer una base apropiada para subrayar las tensiones estructurales implícitas en la sociedad moderna, lo que podría crear propensiones para soluciones autoritarias bajo ciertas condiciones críticas. También es preciso notar que las características de la secularización abstractamente traducidas en los tres “principios” de la acción electiva, el cambio y la especialización *son el resultado de la confluencia en cierto punto en tiempo y espacio, de una serie de procesos analíticamente distinguibles y a veces concreta o históricamente identificables*. Aunque tales procesos estén en gran parte intercorrelacionados, no siempre convergen necesariamente. En efecto, en algunas épocas históricas la convergencia fue solamente parcial, y aquella configuración particular de rasgos estructurales y psicosociales que se observó en Occidente, particularmente desde el Renacimiento y en forma plena

en la primera revolución industrial, no se cristalizó. Hay muchos ejemplos en la historia de Occidente de modernización “fallida”, como en el caso del “capitalismo antiguo” o de las comunas italianas y de otras regiones europeas.

Ya se indicó que no se considera aquí al proceso de modernización como una forma universal, *única* o necesaria de evolución humana. Aun incluyendo en el concepto de modernización varias, distintas y opuestas formas y orientaciones en términos de estructura social, económica y política, y considerándola sólo como la concentración de la creatividad humana en alcanzar el control y el dominio de las fuerzas naturales “externas” (lo que los occidentales —y los modernos— consideran “naturaleza”) y que por cierto es *uno* de los rasgos distintivos de la “modernidad” (hay otros obviamente), existen otras orientaciones y objetivos muy distintos cuya naturaleza y posibilidades se vislumbran en algunas de las grandes culturas históricas, desarrolladas fuera del área de Occidente, pero ahora sometidas a su poderosa influencia y a su fuerza física basada en el control (si bien parcial y lleno de efectos negativos) que ha logrado sobre las fuerzas “naturales”.

He mencionado arriba que ciertos procesos de secularización han sido observados en todas las grandes culturas históricas. Pero las diferencias que he indicado al introducir el tema eran sobre todo cuantitativas: mucha mayor extensión en términos de instituciones y áreas de comportamiento, y en cuanto a sectores de la población afectados por el proceso. Pero es necesario mencionar que hay otras diferencias no menos esenciales, o quizás aún más significativas, que se refieren a la naturaleza de la secularización. Recordemos en primer lugar que la transición desde la llamada “comunidad primitiva” a la llamada “civilización” (o cultura mundial o histórica, etcétera), supone no solamente la existencia de un surplus, escritura, la ciudad, y los demás criterios convencionalmente incluidos en la distinción entre lo “primitivo” y lo “civilizado”, sino también otros componentes que tienen mucha relación con el tipo de secularización que puede ocurrir en el curso del proceso evolutivo. Estos componentes son esencialmente dos: uno fue indicado por Marx, es decir la *forma* de disolución de la propiedad comunitaria. La segunda, apenas mencionada por Marx y compartida por muchos antropólogos del siglo diecinueve, concierne a la naturaleza del individuo en esas comunidades: simple elemento indiferenciado del rebaño común, dado que el hombre “se individualiza solamente a través del proceso histórico y originariamente aparece como un ser genérico, un ser tribal”. Por lo que se refiere a la *disolución de la propiedad comunitaria*, debe decirse que *la línea evolutiva que da lugar a su completa disolución y desemboca en la propiedad individual absoluta (tal como ocurre en el derecho romano), es la que lleva a la emergencia del capitalismo, a su vez base del desarrollo de la sociedad industrial*. Tiene importancia aquí la distinción entre los varios modos de producción “antiguo”, etcétera y el modo “asiático”, en el cual no hay verdadera disolución de la propiedad comuni-

taria y desde el cual se desarrollan los grandes imperios "despóticos" mas no la ciudad en su forma occidental. Aunque hay una polémica recientemente reavivada acerca de este tema, y notables contrastes interpretativos, el modo asiático sugiere la posibilidad de caminos diferentes —que en una visión evolucionista unilineal (como se puede atribuir a Marx) conducen a un estancamiento milenarista— pero que desde otras perspectivas pueden conducir a diferentes formas de civilización con procesos evolutivos radicalmente diferentes de lo ocurrido en Europa. A conclusiones parecidas, pero más claras, aunque por supuesto todavía conjeturales, se podría llegar con respecto al segundo componente, es decir la *individuación*. Con este término entiendo la emergencia de la subjetividad de la conciencia del "sí mismo" y del "yo" como sujeto diferenciado de la naturaleza (del "no yo") por un lado, y separado de la comunidad, como individuo, por el otro. Si consideramos que el individuo autoconsciente y separado del mundo externo, y de la comunidad, es él mismo un producto histórico, entonces son concebibles diferentes formas y tipos de "subjetividad" y de "individualidad". Por la primera se entienden diferentes formas de diferenciar lo subjetivo de lo "objetivo", es decir, del mundo o realidad externa. Por la segunda, diferentes actitudes del yo en relación con la comunidad. Hay así distintos modos histórico-culturales de construir la "realidad" o mundo "externo", de establecer los límites de la subjetividad y de lo que no es subjetividad. Y también diferentes modos de individuación y de individualidad con respecto a la sociedad, y en particular un modo *colectivo* (en el cual el yo no se distingue del *nosotros*, y así es vivido por el sujeto concreto), o, por el contrario el yo es un individuo que se vive como tal, no solamente por su cuerpo material, sino por su autonomía psicológica y vivencial con respecto al grupo, es decir, se siente un "yo" individual y no un "nosotros". Las evidencias antropológicas, históricas y los aportes de la psicología apoyan la hipótesis de una variabilidad histórico-cultural en cuanto al tipo y grado de individuación. En otras palabras, hay diferencias cualitativas y cuantitativas en la individuación, ya sea en cuanto a los límites entre lo "subjetivo" y la "realidad externa", la que puede ser construida por la sociedad e incorporada a la cultura de manera notablemente diferente en las grandes culturas históricas, ya sea en cuanto al grado de diferenciación del "yo" y el "sí mismo" individual con respecto a la comunidad (o sociedad global), y a grupos e instituciones dentro de ella. Existen elementos suficientes por lo menos para dar alguna plausibilidad a la hipótesis de que la forma adquirida por la individuación (y por consiguiente la secularización de la que aquella forma representa un componente decisivo), en la cultura occidental es de un tipo muy particular. En ella, desde sus raíces en la antigüedad —la tradición griega y romana, y el aporte judeo-cristiano— se ha producido un proceso evolutivo que ha cristalizado en una construcción de la realidad y en un tipo de individuación en las que la realidad "externa" (como opuesta y radicalmente distinta de la autoconciencia, del percibirse a sí mismo como sujeto) es vista como algo cono-

cible y manipulable a través del conocimiento "racional" instrumental como opuesto a un diferente "conocer" basado en la intuición y en otras formas no desconocidas del todo en Occidente, mas consideradas (justamente) como religiosas, místicas o filosóficas e irracionales desde la perspectiva del conocimiento científico occidental y de la posibilidad de controlar y utilizar las fuerzas de la "naturaleza". El tipo occidental de subjetividad fue acompañado por una forma extrema de separación del individuo con respecto a la sociedad, hasta el punto de que se llegó a teorías contractualistas según las cuales la sociedad existe (por lo menos a nivel lógico si no a nivel histórico concreto) en virtud de un contrato o pacto social entre individuos autónomos, un "acuerdo sobre los principios fundamentales" capaz de asegurar la convivencia. La sociedad misma es nada más que un *nomen* siendo única realidad la del individuo aislado. Esta línea de evolución no es un proceso puramente psicosocial: por el contrario parece arraigarse en arreglos estructurales y congruentes. No es pura casualidad que es sólo en la línea evolutiva de Occidente que se llega a la privatización extrema de la propiedad, al surgimiento y afianzamiento del mercado, como mecanismo económico, a una "sociedad económica" y a una tecnología de enorme poder sobre el mundo material, que se vuelven no sólo subsistemas centrales de la sociedad global, sino que adquieren una autonomía a menudo determinante de los otros procesos sociales. Tendencias similares no faltan por cierto en las otras grandes culturas (y recíprocamente la potencialidad por las demás posibles orientaciones se observa en la cultura occidental antigua y moderna), pero es solamente en Occidente, y en su cristalización en la sociedad moderna, que el peculiar tipo de individuación y de consiguiente secularización con los arreglos estructurales concomitantes han alcanzado una forma extrema, llegando a sus últimas consecuencias lógicas en cuanto a extensión a esferas del hacer social e interindividual y a inclusión de la totalidad de los miembros de la sociedad. Tales consecuencias se perciben claramente cuando notamos que en la sociedad moderna la elección *individual y deliberada* es su rasgo más característico (más que la misma racionalidad instrumental, que es una componente de la misma) y es elevada a valor central y máximo. El individualismo como ideología está arraigado en un tipo de individuación como proceso histórico psicosocial que diferenció en carácter y grado las formas de individuación desarrolladas en Occidente de las que se dieron en otras culturas mundiales, particularmente las civilizaciones orientales. También en Occidente, a esas formas se llega a través de una evolución. La disolución de la propiedad comunitaria primitiva, el surgimiento de la propiedad privada, la aparición del mercado como mecanismo económico, la autonomización de la economía, la formación de la ciencia natural, el desarrollo tecnológico y todos los cambios sociales en las demás esferas (incluso la política, la democracia y el pluralismo) fueron el resultado de un proceso milenarista dentro de una misma orientación original. Una evolución, sin embargo, que se dio exclusivamente en Occidente. Y este mismo proceso puede descubrirse en cuanto a la

individuación: desde la subjetividad colectiva que observamos en los poemas homéricos hasta la extrema individuación y secularización del siglo V a.C. en Atenas, o en la Roma de Augusto. Secularización e individuación restringidas a élites —es verdad— pero del mismo tipo que debía volver con fuerza abrumadora desde el Renacimiento y que de todos modos fue suficiente para introducir factores de disolución que acabaron con las sociedades ateniense y romana, en su forma política democrática.

Volviendo ahora a las consecuencias de la forma moderna de integración y secularización, el rasgo más relevante para este análisis es el hecho de que el marco normativo mismo —es decir, el componente prescriptivo de la acción electiva— puede convertirse en objetivo de elección, puede ser cambiado. En efecto, tal marco proporciona (prescribe) los criterios según los cuales es preciso realizar las elecciones. Esto presupone un núcleo común de significados, valores, creencias, y fines dotados con suficiente congruencia para asegurar un grado de compatibilidad entre las acciones y elecciones de individuos y grupos, y para proveer mecanismo aptos para dar soluciones relativamente pacíficas a conflictos interindividuales e intra o intergrupales dentro de la sociedad. Cuando el marco normativo mismo llega a ser un objeto de deliberación y elección, es ese núcleo común que se pone en duda directa o indirectamente. Remontando las cadenas de fines y medios, los fines últimos de la sociedad dejan de ser aceptados o dados por supuesto sin discusión, o explicados en términos de revelación religiosa (o aun en términos de alguna noción positivista de "naturaleza" o cualquier otra creencia semejante). Con la extensión progresiva de la secularización esos fines y valores centrales acaban por ser vistos como artefactos humanos modificables, susceptibles de cambio, y más precisamente de cambio deliberado y planeado. En la sociedad moderna, el cambio que en los sistemas normativos *no* secularizados o sagrados es totalmente o en gran parte negado o fuertemente resistido y en todos los casos visto como ilegítimo o sacrilego, llega a ser legitimado, aceptado, y aun normalmente deseado y esperado, cuando se trata de satisfacer las crecientemente diversificadas necesidades materiales y psicológicas. Es verdad que tales cambios son a menudo resistidos y originan conflictos sociales que pueden ser catastróficos para la supervivencia de la sociedad misma. Pero precisamente en estos consiste el problema. Junto a este proceso está el tercer rasgo que define la secularización, la siempre creciente diferenciación y especialización de instituciones. Esto implica la aparición de nuevas esferas institucionales, creciente especialización de normas y roles, y la creciente autonomización de valores dentro del mismo sistema social. La interdependencia entre las "partes" diferentes de la estructura social se mantiene y, al contrario, tiende a aumentar con la especialización. Pero de este modo el problema de la integración del sistema social global se complica aun más, pues al pluralismo y divergencias de las elecciones individuales y grupales, se agrega el pluralismo causado por la multi-

plicación de subsistemas especializados, que si bien son autónomos en sus valores y normas, deben funcionar en estrecha interdependencia.

Tal vez se pueda sugerir que para la emergencia y el desarrollo de la modernidad, la secularización podría limitarse a algunas áreas del comportamiento y a algunos subsistemas de la sociedad, como el conocimiento científico, la tecnología y la economía, mientras que todas las demás esferas institucionales, incluso hasta cierto punto la política, podría mantenerse dentro de la forma prescriptiva de integración. Así ha ocurrido en otras grandes civilizaciones y también en Occidente, en el pasado. Sin embargo aunque los rasgos tradicionales se mantuvieron o pudieron "ser fusionados" con estructuras "modernas", es un hecho que la forma moderna de la secularización por su propia naturaleza tiende a extenderse a toda la sociedad, a todas las áreas de conducta, a todos los subsistemas y a todos los estratos y sectores de la población. Por otro lado, parece que ninguna sociedad puede prescindir de cierto núcleo central "prescriptivo" de un "acuerdo sobre los fundamentos" (como los llama Lasky) para asegurar una base suficiente para la integración: un núcleo de valores y normas en que se arraigan los criterios para las elecciones y que regulan el cambio sin rupturas catastróficas. Si el núcleo central, según la lógica intrínseca a la modernidad también se expone a cambios, entonces deberían existir mecanismos para llevar a cabo tales cambios manteniendo o reconstruyendo simultáneamente bases viables para el consenso. Es desde esta condición fundamental que surge un factor potencial (a un nivel de generalidad máxima) para la aparición del autoritarismo en sentido moderno. En efecto, *la sociedad moderna está caracterizada por una tensión intrínseca a su forma particular de integración*. Esta tensión es la consecuencia de la contradicción entre el carácter expansivo de la "secularización" y la necesidad de mantener un control universalmente aceptado sin el cual la sociedad cesaría de actuar como tal. No es sorprendente que usualmente la filosofía de la historia ubique el comienzo de la decadencia de las grandes civilizaciones exactamente en las fases de aguda secularización, aun si ésta queda limitada a la élite. Toynbee, Spengler, Sorokin y otros, dan claros ejemplos de esta orientación teórica. Históricamente, las sociedades modernas de origen occidental o no occidental hallaron la base de su estabilidad en la conservación o en la transformación de núcleos prescriptivos pre-existentes, o a veces en la creación de nuevos. Sin embargo, tal estabilidad siempre fue interrumpida por conflictos agudos, cuando algún aspecto del núcleo básico prescriptivo necesario para la integración social se atenuó o se disolvió. En Occidente al desaparecer los principios religiosos y dinásticos, la *nación*, y los valores, normas y símbolos correspondientes llegaron a constituir un componente esencial del núcleo prescriptivo inmodificable. En las crisis de las sociedades modernas o en vías de modernización, aun cuando la ideología predominante era fuertemente internacionalista, las crisis revolucionarias fueron resueltas en nombre y en función de la "na-

ción" como *ultima ratio* y esto ya sea en las soluciones democráticas como en las autoritarias. En éstas, empero, la nación tendió a reconstituirse como una "comunidad" (en el sentido de Tönnies) como un organismo *total* infinitamente superior a los individuos privados de muchos o todos sus derechos. Es significativo el caso de las ideologías internacionalistas de izquierda, en las que la clase debería haber reemplazado a la *nación*: la clase acabó por ejercer un papel secundario y se combinó en diferentes modos con un acentuado nacionalismo. Es pertinente notar aquí que "la nación" es el *lugar de nacimiento y/o la familia de origen*, es decir, *algo que no tiene que ver con elección individual*. No es por casualidad que al menos uno de los valores supremos de la sociedad moderna encuentra sus raíces en algo que está más allá de preferencias individuales, siendo un dato no modificable por la voluntad individual o que es modificable sólo ritualmente. Recordemos también un fenómeno característico de la hora actual: el resurgimiento de grupos étnicos prerrenacentistas, el nuevo regionalismo que está floreciendo en naciones desde siglos establecidas como tales. Este puede ser otro síntoma de la búsqueda de "raíces" en una época en que se da en forma rápida la obsolescencia de la nación-Estado reemplazada, mediante luchas entre estados gigantes, continentales y multinacionales, por un espacio unificado social, económico y político que abarca el planeta entero.

Las precedentes consideraciones llevan a formular en un nivel de máxima generalidad la hipótesis de *que la tensión estructural implícita en la sociedad moderna, entre la creciente secularización por un lado, y la necesidad de mantener un núcleo central prescriptivo mínimo suficiente para la integración por el otro, constituye un factor general causal de crisis catastróficas que al eliminar los insuficientes mecanismos de control de los conflictos llevan a soluciones destructivas de la democracia*. Tales tendencias y los procesos históricos que conducen a ellas, la naturaleza e intensidad de las crisis, así como la manera en que las sociedades las afrontan dependerán de una serie de otras condiciones, estudiadas a nivel de "alcance medio" en términos de época, tiempo y especificidad sociocultural interna e internacional, es decir, dentro de determinados contextos histórico-sociales, y también a nivel de "corto alcance", que puede incluir eventos traumáticos, aceleración de cambios, intervenciones externas y hasta acontecimientos "accidentales". La quiebra de la democracia y las "soluciones" autoritarias son posibles y, bajo ciertas condiciones, probables, en cualquiera de las crisis generadas por las tensiones estructurales implícitas en la sociedad moderna, pero cuyas formas específicas dependerán de todos modos no sólo de las causas profundas mencionadas aquí, sino también de esos factores de medio y corto alcance.

4. El totalitarismo como forma típica del autoritarismo moderno

La idea de "secularización" nos permite distinguir entre el autoritarismo "tradicional" y el "moderno". Esta distinción es relevante pues implica distintas formas de "soluciones" autoritarias frente a la crisis de la democracia. En las diferentes áreas de actividad, o en los subsistemas en que predomina el tipo "prescriptivo" de acción, el comportamiento seguirá modelos internalizados para los cuales son "impensables" respuestas alternativas o diferentes. El autoritarismo, entonces, está *implícito* en la cultura y no es mirado como tal por los sujetos, para quienes los modelos de comportamiento que siguen en sus acciones están más allá de cualquier duda o discusión posible. Para tomar un ejemplo extremo, el tabú del incesto no es percibido como una imposición de una autoridad externa, sino como "instinto" o "ley de la naturaleza" u otras actitudes semejantes. *Este tipo de autoritarismo fundado en normas y valores socioculturales internalizados "espontáneamente" dentro de un marco prescriptivo, es el que denominamos tradicional*. Al contrario, donde la "acción electiva" predomina, y el criterio de actuar según la propia determinación individual es válido (aunque persista el marco normativo que proporciona los "criterios de elección"), cualquier coerción que tienda a obstaculizar la voluntad individual es vivida como una imposición por parte de una autoridad externa y se considerará como una expresión de "autoritarismo". En la situación prescriptiva, el control social tiene lugar "naturalmente" por medio de modelos de conducta internalizados principalmente a través de la socialización primaria (es decir, durante los primeros años de vida). En este caso el autoritarismo se expresa mediante mecanismos psicológicos y sociales "espontáneos", aun cuando el control social "externo" continúa siendo necesario para reprimir las posibles desviaciones. En la situación "electiva", tal como fue definida, el control interno se limita a los "criterios" de opción, y no a las opciones mismas. Además, la creciente especialización y la autonomía de las esferas institucionales o subsistemas, la legitimidad del cambio y el carácter dinámico de la sociedad tecnológica interfieren a menudo dificultando la internalización de las normas y de los valores centrales y haciéndolos problemáticos. Los mismos procesos de socialización en las varias esferas se hacen menos espontáneos y más deliberados (son ahora "elegidos"). Lo que antes ocurría "naturalmente" llega a ser tema para manuales (los ejemplos más típicos son probablemente los manuales dedicados a las madres sobre la crianza de los niños) dejados en el pasado a un saber tradicional no "científico". *En esta situación se puede hablar de autoritarismo moderno, cuya forma "pura" es el totalitarismo*.

En los países con un amplio sector de la población en situación escasamente secularizada, la crisis de la democracia (generalmente de participación limitada), toma a menudo forma de autoritarismo tradicional. De este tipo han sido la mayoría de los regímenes militares y/u

otras formas de despotismo casi monárquico y hereditario en América Latina, particularmente *antes* del estadio de "movilización masiva" cuyos inicios se pueden fijar *grosso modo* y con excepciones, hacia los años treinta. Se trata en general de regímenes *démovilizantes*, cuyo fin es la neutralización de las masas o su despolitización, con la exclusión efectiva de su participación en política y otras esferas consideradas peligrosas para la estabilidad del orden social. Hay en América Latina otro tipo peculiar de autoritarismo tradicional que es el caudillismo, cuando éste se funda sobre el apoyo de una considerable masa popular. Aquí se puede hablar de autoritarismo tradicional también, pero de tipo *populista*, en tanto se funda sobre formas *tradicionales* de movilización (como he tratado de explicar en otros escritos la movilización política "tradicional" es la forma que pueden asumir procesos que bajo otras condiciones podrían originar movimientos milenaristas, o "bandidismo social" o revueltas campesinas desprovistas de ideologías y de liderazgo político). Por fin en sociedades predominantemente tradicionales es también posible observar intentos a veces parcialmente exitosos de resolver la crisis de la democracia "formal y limitada" (es decir en América Latina, "oligárquica"), a través de regímenes movilizantes —donde el proceso de secularización es bastante avanzado y abarca muchas esferas institucionales y la mayoría o una parte significativa de la población—, en caso de quiebra de la democracia el tipo de régimen que le puede seguir tiene frecuentemente características modernas, es decir "totalitarias". "Soluciones" autoritarias, en efecto, que tienden a restablecer o a crear nuevos núcleos prescriptivos ya no pueden valerle —o pueden hacerlo solamente en parte— de los mecanismos "espontáneos" de la sociedad preindustrial. En este caso deben usarse controles *externos*, y esto de dos modos. Por un lado, a través de la represión violenta, la que normalmente no puede ser aplicada sobre la masa de la población; por otro lado, mediante formas de socialización "artificial" (o resocialización), es decir, en formas deliberadamente inducidas, usando los medios provistos por la ciencia moderna y la tecnología. La socialización política de los jóvenes en los regímenes totalitarios es un ejemplo de este tipo de control. Y la creación de "climas psicológicos e ideológicos totales", por medio de los cuales el individuo queda sumergido en su vida cotidiana, también pertenece al mismo tipo de reconstrucción deliberada de modelos prescriptivos de conducta. A veces el resultado de tales climas "totales" convierte en "normalidad" lo que a un observador externo parece ilusión o locura.

Lo que es necesario en el autoritarismo moderno, en su forma "pura", es el hecho de que el fin de la socialización y resocialización *planeada* sea la transformación de toda la población en participantes activos e ideológicamente "milитantes". Esto deriva del hecho de que la estructura industrial moderna, en sus numerosas variedades, requiere siempre un nivel de participación activa de parte de todos los habitantes

del país. La creciente especialización y el alto nivel de interdependencia generado por ella acaba por envolver a la población entera.

No se excluye la participación política de este proceso. Mientras que en la estructura preindustrial la gran mayoría de la población permanece "fuera" de la política que para el hombre común sigue siendo regulada por prescripción, en la sociedad moderna la secularización y la acción "electiva" tienen una fuerte tendencia a extenderse en la política. Dicha extensión tal vez no es "funcionalmente" necesaria para el funcionamiento de una economía moderna, pero los procesos históricos concretos que condujeron al surgimiento del nuevo complejo moderno-industrial bajo la forma de capitalismo, y cuyo principal actor fue la burguesía, tenía que incluir necesariamente la extensión de los derechos políticos a la nueva clase dominante. Eso se hizo en nombre de principios universalísticos, es decir extendiendo la "acción electiva" en el área política: libertad e igualitarismo. Por otra parte el proceso de creciente individuación (como desarrollo psicológico-histórico), así como el "individualismo" (como ideología, tan ligada al nuevo orden capitalista) tienen una tendencia intrínseca a extenderse a todas las áreas de conducta. Si la religión y la revelación ya no podrían interferir más ni en la ciencia ni en la economía, sería muy difícil imaginar cómo el derecho divino de los reyes u otro equivalente hubiera podido mantenerse. Además hemos visto que la "nación" y la lealtad a ésta llegaron a ser el nuevo núcleo prescriptivo sobre el cual se construyeron la mayoría de las normas y los valores integrativos. Como consecuencia de esto, la participación en la vida de la nación (expresada en gran parte mediante la política y la acción militar), llegó a ser una parte esencial del nuevo modelo cultural. Tal vez en el interés de la clase dominante se hubiera limitado la participación política, excluyendo del disfrute de la ciudadanía plena a gran parte de la población. Y eso ocurrió, en efecto. Pero tal exclusión resultó mucho más difícil de mantener, una vez que la población tuvo que intervenir activamente en la nación, no solamente como soldados, sino también en roles ocupacionales crecientemente diferenciados y calificados, y como consumidores. Eso significó la necesidad de más educación para todos, y a su vez eliminó la mayoría de las justificaciones para excluir a las clases populares. La historia de la extensión progresiva de los derechos (civiles, políticos y sociales) con todas sus luchas es bien conocida y confirma que muchos factores —todos inherentes a la estructura y a la ideología de la sociedad industrial en desarrollo— contribuyeron al aumento de la participación política. El individuo en la sociedad moderna —bajo cualquier forma— cesa de considerarse un "súbdito" —o un no participante. Tiene que tener *opiniones*, basadas en decisiones propias y "racionales", mientras que el "súbdito" de la sociedad no-moderna tiene *creencias*, basadas en la "fe", en la religión o en la revelación. El consenso está más allá de cualquier discusión, está "naturalmente" sin alternativas posibles. La legitimidad de los gobernantes no tiene que ser formalmente aprobada por

los sujetos. Cuando la nación se vuelve al núcleo prescriptivo en que se funda la integración social, y la presencia activa de todos los miembros de la comunidad nacional es funcionalmente necesaria a causa de la conexión con muchas otras formas de participación, la participación política activa es también necesaria, aun si en muchos casos tal participación puede ser solamente formal o simbólica.

Es precisamente aquí que hallamos uno de los aspectos más paradójicos del sistema totalitario. Como se indicó, el autoritarismo moderno en su forma "pura" (es decir totalitaria) no tiende a reducir a los individuos a "sujetos" pasivos; en cierto sentido, quiere que ellos sean "ciudadanos". Su fin no es la "despolitización" (aunque eso pueda ocurrir), sino la "politización" según cierta ideología específica. Tienen que tener "opiniones políticas" (y no "creencias" en el sentido que le diera Ortega). Tienen que ejercer opciones y llegar a tener ciertas convicciones que ellos mismos vivan como elegidas. Pero el contenido tiene que corresponder a la ideología oficial. Hay, entonces, una elección, pero está abiertamente manipulada. Algo no muy diferente ocurre en las democracias en sociedades de masa, pero el pluralismo y otros arreglos institucionales modifican sustancialmente el contexto. Los controles externos, la represión y el terror, son también necesarios pero cuando el Estado totalitario tiene éxito, se aplican a una parte reducida de la población, principalmente a los intelectuales. Es verdad que esta descripción se acerca más al comunismo totalitario que al fascismo en sus varias formas. Pero es esencialmente correcto para algunos casos de fascismo "clásico". Hay que notar aquí que las diferencias entre el fascismo "clásico" y el socialismo "en un solo país" se origina en sus raíces históricas, en sus ideologías y, sobre todo, en su "razón de ser", en el significado histórico de cada régimen. Tal razón de ser y significado histórico, cualesquiera que sean las formas políticas, son considerablemente diferentes en los dos tipos de sistemas autoritarios. En la definición de fascismo, en efecto, he distinguido entre el significado histórico (y los fines básicos) del régimen, y la forma política que puede asumir. Hay muy a menudo una confusión acerca de eso, y es algo que introduce serias consecuencias en la interpretación. El fin básico del fascismo "clásico" fue la desmovilización de las clases populares en lucha por una extensión de sus derechos, lo que era percibido por la clase dirigente y la mayoría de las clases medias como una amenaza inmediata al orden social. Para ello se formó una coalición integrada por todos (o casi todos) los sectores del *establishment* y las clases medias. Pero este fin podía ser alcanzado de varios modos, según el grado de modernización y el carácter de la situación social y cultural de cada país. La forma política debía ser totalitaria en algunos casos (Alemania, Italia), y eso requirió la adoctrinación de las clases populares y su activación según una ideología diferente (la construcción del hombre "fascista") o, bajo condiciones diferentes (España, Portugal) podía ser suficiente una forma política autoritaria en que la desmovilización forzada de las clases populares las

mantenía en pasividad como "sujetos", no ciudadanos participantes. Lo que define al fascismo *no es su forma política*, sino la razón de ser del régimen, sus propósitos. Si el fin principal es consolidar un estado de cosas considerado apto para forzar por un cierto período la desmovilización de las clases populares, eliminando aquellos aspectos de la modernización que podrían amenazar los intereses de la coalición aun a costas de un estancamiento económico y social prolongado, entonces se puede hablar de "fascismo" en sentido estricto, cualquiera que sea la forma política (autoritarismo moderno "puro", es decir, totalitario, o una forma "mixta") en que la desmovilización de las clases populares resulta ser el mejor medio de lograr los fines básicos. En el comunismo (tomando el caso ruso como un ejemplo), el movimiento fue expresión de grandes masas populares parcial o totalmente marginales al sistema, que bajo el impacto de eventos traumáticos llegaron a movilizarse. Mas en este caso las élites que las canalizaron y dirigieron utilizaron esa misma movilización para fines ideológicos y prácticos diametralmente opuestos a los del fascismo. Este, como movimiento triunfante, y sobre todo como régimen, tenía por objetivo básico la defensa del orden capitalista y la desmovilización de las clases populares y su eventual re-socialización en función del status que se les atribuía en la reconstruida "comunidad" nacional. (Si bien no faltaron elementos sociales o populistas en el fascismo-movimiento, y los intentos de "superar" el capitalismo a través de formas corporativas —como la "corporación propietaria" de Ugo Spínito— fueron rápidamente eliminados por la coalición "*establishment*-clases medias" y drásticamente suprimidos por el régimen). La transformación del comunismo en un Estado totalitario, mixto, con importantes componentes autoritarios tradicionales (en el sentido aquí definido), ya que esto en Rusia era perfectamente posible, obedeció a otra dinámica, cuyas raíces también se hallan en las contradicciones estructurales de la sociedad moderna, pero combinadas con otros poderosos factores internacionales e internos peculiares del país y particularmente la amenaza bélica interna y externa.

5. Las consecuencias de la secularización en las instituciones, las actitudes, la conducta, el control social y la estabilidad del orden social

La mayoría de estas consecuencias han sido analizadas en varias teorías y especialmente por aquellos que utilizan el concepto de "sociedad de masa" como instrumento principal para explicar el surgimiento y la supervivencia del totalitarismo. Aunque en general no haya ninguna referencia específica a la secularización en dichas teorías en el sentido indicado aquí, hay poco que añadir a estos análisis a nivel de descripción fenomenológica. Los procesos de atomización, de desindividuación, la quiebra o desaparición de los vínculos comunitarios con el deterioro o la destrucción de los grupos primarios e intermedios, la anomia endé-

mica causada por el impacto de los cambios sociales rápidos, la obsolescencia de valores y normas internalizados por la socialización primaria y la destrucción recíproca de sistemas de valores contrastantes, o la desorientación inducida por el pluralismo y la autonomización de valores y normas que corresponden a esferas institucionales diversas, son todos fenómenos que pueden observarse en grados diferentes de intensidad en las sociedades modernas.

Hay, sin embargo, ciertos límites bastante comunes en las teorías fundadas en la sociedad de masa. En primer lugar, cuando estas hipótesis están acompañadas por una negación total del papel de las clases y las luchas de clase en el surgimiento de los regímenes totalitarios, y particularmente del fascismo "clásico", su valor explicativo queda, en mi opinión, considerablemente disminuido. En segundo lugar, a menudo el efecto de la sociedad de masa es considerado un fenómeno patológico, no claramente o directamente relacionado con las tensiones estructurales creadas por la dinámica intrínseca de la secularización moderna. Estas tensiones fueron percibidas claramente por los pensadores tradicionalistas de la primera parte del siglo diecinueve, o por filósofos sociales como Comte, y luego por muchos otros durante las primeras décadas del siglo veinte. Pero en el análisis del fascismo la conexión no fue subrayada sino por algunos autores, en particular Mannheim, cuyo concepto de "democratización fundamental" representa una etapa decisiva en esta dirección. En todo caso la sociedad de masa y las consecuencias anómicas de la secularización no operan solas. Son nada más que el contexto en que la conflictividad creciente creada por las necesidades contrastantes de una sociedad compleja produce desorganización y eventualmente la movilización de élites y masas capaces de desembocar en soluciones totalitarias. El carácter de esos conflictos se halla en gran parte determinado por un lado por las tensiones inmediatas a las cuales está expuesto el orden social y político actual, y por otra por las situaciones sociales y culturales específicas de cada nación. Esto se debería explicar en términos de los caracteres originales peculiares del país y de las condiciones internas y externas bajo los cuales se dieron las primeras etapas de la transición. Esto significa que el análisis debería realizarse a un nivel más concreto e histórico. Sin embargo, es posible y puede ser útil sugerir hipótesis en cuanto al carácter general de los conflictos que conducen a la movilización de masas y de las élites y a los conflictos que de allí se originan. Las interpretaciones marxistas del fascismo y de otros autoritarismos han subrayado una forma particular de tales conflictos, es decir, lucha de clase dentro de varias posibles situaciones de un capitalismo en transformación, es decir evolucionando (o deteriorándose) hacia su destrucción final. Pero el conflicto de clase —y particularmente dentro de una noción estrictamente marxista de clase— constituye tan sólo uno de los muchos tipos de conflicto a los que una sociedad moderna se expone a causa de la peculiaridad de su forma de integración, y de sus necesidades estructurales mutuamente contradictorias. En cuanto a la primera, la forma de integración, las consecuencias no se limitan

a los "efectos de la sociedad de masa" tan a menudo descritos. El proceso de "democratización fundamental", la extensión progresiva de los derechos, cualquiera que sea su contraparte infraestructural (en términos marxistas), o su fondo histórico, no producen solamente efectos de masificación o solamente lucha de clase. Determinan también —a medida que el proceso abarca sectores crecientes de la población y se extiende a todas las esferas de la organización social— toda clase de causas y condiciones para el desencadenamiento de conflictos interindividuales e intergrupales dentro de la enorme cantidad de grupos y sectores creados por la complejidad de una sociedad altamente tecnológica y comunicante. La democratización fundamental se relaciona lógicamente e históricamente con una alta individuación y con la electividad de acción, es decir, los dos aspectos centrales de la secularización moderna. Este tipo de conflicto al cual me refiero, tal vez se pueda designar como conflicto entre los tres principios inmortales de la revolución francesa. Como ya ha sido notado por pensadores conservadores o reaccionarios así como por progresistas desilusionados, *Egalité* no siempre se concilia con *Liberté* ni tienden las dos a acordarse demasiado con *Fraternité*. No se trata tan sólo de las contradicciones entre libertad e igualdad, o entre democracia igualitaria y liberalismo, sino sobre todo, de las contradicciones entre estos dos valores ideales y la posibilidad de mantener una "fraternidad" razonable, o en el lenguaje de pensadores sociales del siglo diecinueve, "consenso", armonía o altruismo en un mundo de personas altamente individualizadas e individualistas, fuertemente competitivas e influidas por lo que es considerado por la ideología dominante como plenamente legítimo —y aun sagrado—, el egoísmo en sus intereses económicos, o por la necesidad de expresión plena e irrestricta de su individualidad y su deseo de plena igualdad en todos los sentidos, incluso con la virtual eliminación de diferenciaciones causadas por la división del trabajo. La extensión universal de los derechos individuales —es decir libertad e igualdad— produjo la continua erosión o la falta total de un "acuerdo sobre principios fundamentales" (que Lasky consideraba esencial para la democracia) de principios, es decir, aptos para proporcionar criterios aceptados universalmente y capaces de armonizar las demandas de individuos extremadamente diferenciados, y de una multitud de categorías sociales, sectores, estratos, grupos de todo tipo, generados por la división del trabajo, la especialización de las instituciones, la diversificación de las orientaciones culturales o la coexistencia de una multiplicidad de grupos étnicos, religiosos o ideológicos. Esta enorme variedad de actores sociales tan heterogéneos en sus fines, valores y comportamientos crea un contexto de altísima conflictualidad expuesto a escapar muy fácilmente a cualquier control de mecanismos de resolución de conflictos y que pone a severa prueba los órganos que pueden mediar en términos de intereses globales de la sociedad, especialmente el Estado.

Las causas para conflictos son demasiadas y demasiado diversas

para poderlas describir y aun enumerar. En todo caso cada contexto social y cultural y las condiciones históricas existentes, sea internas o internacionales, originan sus propias particulares versiones. Aun los conflictos de clase ampliamente definidos en la teoría marxista, y es sólo *uno* de los muchísimos tipos de conflictos posibles, pueden tomar una variedad de formas en que la composición de las alianzas de clase, el carácter de los actores principales (clase o sectores de clases), su orientación ideológica y política, todas están fuertemente condicionadas por sus situaciones históricas, sociales y culturales. Todavía se puede sugerir una proposición general que abarca luchas de clase como categoría especial. Me refiero a las luchas originadas por la *marginalización*. Si definimos a la marginalidad como la exclusión de ciertos derechos (muy ampliamente definidos como cualquier papel y rango activo y pasivo) que individuos o grupos se sienten autorizados a ejercer, entonces la marginalización puede resultar de dos categorías principales de causas: (a) como consecuencia de la privación de ciertos derechos anteriormente reconocidos y efectivamente ejercidos o (b) como consecuencia del hecho de que los individuos y los grupos en cuestión, u otros sectores relevantes dentro de la sociedad, se dan cuenta de que ciertos roles y status que les han sido negados (legalmente o de facto) deberían en cambio ser abiertos a ellos. Ambas categorías de causas derivan de la lógica de la acción efectiva y de la extensión de derechos, tomando también en consideración el hecho de que el aumento de la demanda por tales derechos no es meramente una ideología sin base estructural sino que tiene sus raíces en procesos concretamente en marcha en la estructura social y cultural. Se puede añadir la hipótesis de que cuando estas demandas adquieren gran intensidad dentro de un corto período de tiempo, como por ejemplo cuando están causadas por un rápido cambio social o por eventos traumáticos, tienden a originar formas de rápida movilización social y política, y ponen una fuerte presión en el orden social ya existente. Si la estructura social y cultural interna de la sociedad y el sistema internacional dejan de proveer defensas suficientes, pueden producirse conflictos explosivos y un régimen totalitario (o autoritario, como sea el caso) tenderá a aparecer. Los fines básicos del régimen y la forma política que puede asumir dependerán de las condiciones históricas particulares tanto internas como externas. En otra parte he enumerado las condiciones bajo las cuales, en mi opinión, "el fascismo clásico" (en forma autoritaria y totalitaria) podría surgir.

Trataré aquí de sugerir unas condiciones más generales que podrían abarcar también regímenes nacional-populistas autoritarios así como "sustitutos funcionales" del fascismo.

(a) Sociedades modernas en diferentes estadios de modernización y desarrollo.

(b) Algún tipo de democracia liberal (aunque solamente formal, limitada y/o ficticia).

(c) Ciertas "debilidades" en la estructura social y cultural (en cuanto al grado de adecuación de la democracia liberal a la cultura y a la sociedad) tal como se desarrollaron a partir de la sociedad preindustrial y las primeras etapas de la transición en el país considerado.

(d) La existencia de un número relativamente grande de habitantes no incorporados en la sociedad nacional (política, social o económicamente marginales), los cuales a causa de cambios estructurales y/o de difusión ideológica están disponibles para una rápida movilización.

(e) Uno o más sectores sociales anteriormente incorporados y más tarde desplazados, marginalizados o bajo amenaza de marginalización, sea esta amenaza real o solamente percibida.

(f) Efectos similares a los dos (d, e) mencionados arriba, cuando en un largo período de movilidad ascendente, formalmente "esperada", se ve total o parcialmente bloqueada, y este fenómeno se realiza en forma rápida (traumática).

(g) El grado de movilización originado por los procesos arriba indicados, y los conflictos creados por ellos se perciben como una amenaza seria contra la estabilidad del orden social y de los intereses, las creencias, los valores y las ideologías de un sector sustancial de las clases gobernantes.

(h) Conflictos agudos y al parecer insolubles dentro de sectores de las clases gobernantes o del *establishment*, en particular cuando son causados por el desplazamiento parcial de algún sector y acompañados por la existencia de grupos o categorías que aunque no directamente amenazados pueden ser usados o manipulados para fines políticos (este es el caso de los militares, en países donde la cultura política incluye el modelo de la intervención militar en política, como instrumento oficialmente condenado pero efectivamente usado por los principales actores políticos, o la clase política en general).

(i) La no existencia o falta de eficiencia de mecanismos para resolución de conflictos, y particularmente en ciertos casos, de medios legítimos o generalmente aceptados (dentro del orden social y político existente) aptos para canalizar las masas y/o élites movilizadas de manera de darle parcial satisfacción (aun simbólica) y diluir en el tiempo la presión disruptiva.

(j) El estado del sistema internacional, y particularmente la situación del país considerado dentro de tal sistema, y el grado de su relativa dependencia o independencia en relación con los países hegemónicos que favorecen soluciones autoritarias.

(k) La "época histórica" tal como se ha cristalizado al cabo de los cambios y procesos ocurridos a nivel internacional, hasta la época considerada proporciona modelos de autoritarismo que parecen viables. Esto incluye el "clima ideológico" (por ejemplo después de la segunda Guerra Mundial, muchas ideologías han perdido validez como tales:

fascismo, comunismo stalinista, etcétera). También determinados acontecimientos, la crisis o el éxito de ciertos regímenes, etcétera, pueden influir globalmente sobre el curso de los acontecimientos políticos de cada país.

Cuando ocurran todas o la mayoría de las condiciones enumeradas arriba, en varias combinaciones con las consecuencias de la sociedad de masa, podrían surgir y tener éxito movimientos y regímenes autoritarios (o totalitarios). Sus *finés básicos* (es decir, sus fines verdaderos en términos de significación histórica) pueden ser muy distintos (como por ejemplo las diferencias entre el fascismo "clásico", los "sustitutos funcionales del fascismo", los regímenes burocrático-militares, el populismo nacional, el comunismo) y obviamente tales fines influyen fuertemente sobre la forma que asumirá el régimen político y el grado y la naturaleza del autoritarismo. Entre la variedad de formas que éste puede asumir, además de las formas *autoritarias* (con fuertes componentes tradicionales, desmovilizantes y apoyadas en considerable medida sobre la subsistencia de grandes sectores no secularizados o parcialmente secularizados) y de las *totalitarias* (según la definición ya mencionada), se pueden dar soluciones *populista-nacionales*, las que, si se apoyan en una mayoría efectiva de la población (masas populares y sectores de las bajas clases medias), pueden mantener elementos de tipo democrático coexistentes con componentes autoritarios. La naturaleza de las crisis es lo que determina en forma preponderante el carácter de los fines básicos, o sea su significación histórica. Y tal naturaleza es el resultado de la confluencia de cantidad de factores, entre los cuales son significativos la época histórica en que ocurre el proceso y las fuerzas a nivel internacional.

Me he ocupado en esta sección de los conflictos y de las crisis originadas particularmente en los procesos de marginalización y desplazamiento de categorías y grupos, en el proceso de modernización y en sociedades modernizadas. Antes de cerrar esta discusión es necesario recordar que la marginalización no es un rasgo que se halla solamente en países en curso de desarrollo; por el contrario, parece ser un carácter que vuelve a reproducirse, si bien de diferentes maneras, en todas las sociedades industriales, bajo distintos sistemas económico-sociales y en diferentes grados de desarrollo, aun "avanzado". Ya el fascismo clásico presenta un ejemplo típico de los efectos de la marginalización y el desplazamiento de las clases medias (si bien en combinación con otros procesos que permitieron la alianza clases dirigentes-clases medias). En esa época las clases medias se vieron desplazadas por el creciente poder organizado del proletariado urbano, y la necesidad de las clases propietarias y en general del *establishment*, de defender sus posiciones que creían amenazadas por la revolución triunfante en Rusia, y por la movilización de las clases populares de su país. Esto originó el fascismo clásico. Después de la segunda Guerra Mundial hubo un cuarto de siglo —o quizá treinta años (hasta los años setenta)—, en que el modelo neocapitalista modificó notablemente el sistema de estratificación (en los países

avanzados y en las zonas urbanas más desarrolladas del Tercer Mundo, en especial en algunos países latinoamericanos). El problema del desplazamiento fue resuelto por medio de lo que he denominado *movilidad social autosostenida*. Esta consiste en el hecho de que con el aumento del PBN y la productividad y las continuas innovaciones tecnológicas fue posible elevar continuamente la posición ocupacional de la mayoría, sobre todo con la transferencia a las máquinas —o a inmigrantes desde zonas subdesarrolladas— de los trabajos menos retribuidos y menos prestigiosos. A este ascenso producido por el sistema productivo, se agregó una *movilidad ascendente de masa* basada en la elevación de la calidad y cantidad de los consumos. Los consumos funcionan, como se sabe, como poderosos símbolos de status: la circulación continua de nuevos productos desde la cumbre (o la parte medio-alta) de la pirámide social, hacia abajo, a los niveles inferiores de dicha pirámide, podía dar la ilusión de un continuo ascender y la expectativa de una continua movilidad hacia arriba. Especialmente la difusión de la educación media y superior a capas que estuvieron excluidas desde siempre de esos niveles, y el acceso a formas de consumo ostentoso (aunque a menudo se tratara de *ersatz* o imitaciones inferiores), dieron la impresión de que se estaba subiendo de status. La polémica alrededor de la llamada "nueva clase obrera" y su "aburguesamiento" giraba precisamente alrededor de este fenómeno de movilidad social autosostenida, típica del neocapitalismo. Al mismo tiempo el continuo incremento de la necesidad de técnicos y de empleos terciarios de tipo burocrático, producía una movilidad *individual* de notables proporciones. La generalización de la organización sindical para todas las ocupaciones, especialmente en Europa y los EE.UU., fue otra forma de aparente transformación en sentido igualitario. En una situación de creciente expansión económica, los mecanismos de resolución de conflictos sindicales parecieron entrar en la normalidad. En esta época fue posible hablar del "fin de las ideologías", pues los conflictos ya no parecían poner en peligro el orden social y se desarrollaban sobre la base de demandas pragmáticas, concretas, negociables dentro del sistema. Mas las características estructurales de esta época histórica contenían tensiones internas e internacionales que se pusieron en evidencia con las crisis monetarias, y sobre todo con la crisis petrolífera de 1973, aunque van mucho más allá de estos dos componentes. No es tarea que corresponda al tema actual especular sobre tales contradicciones (parte, o expresión, del carácter planetario de la civilización industrial y de su contradictoria organización política en Estados nacionales y en superestados en conflicto permanente). Pero el fin del neocapitalismo ha puesto de nuevo en marcha el proceso de marginalización de sectores hasta ahora incorporados en el sistema, y ha frenado el real o imaginario ascenso social continuo y normalmente esperado de los años cincuenta y sesenta. También, por lo que se refiere a los países del Tercer Mundo, particularmente aquéllos con fuertes tasas de incremento demográfico, América Latina en primer lugar, esta nueva marginalización adquiere ahora dos aspectos. Por un lado frena

la incorporación primaria, es decir de ese enorme sector de la población que todavía permanece en muchos aspectos fuera o a los márgenes de la sociedad nacional. Pero a esto se agrega el de la posible y cada vez más real marginalización de sectores ya incorporados, o de todos modos, ha puesto término a la posibilidad de ascenso real o ficticio al que las generaciones de los últimos diez o veinte años se habían acostumbrado a esperar como normal, y al que, al contrario, aspiraban mejorar o modificar sustancialmente con un salto en la "calidad de la vida". La crisis, mezcla de inflación y estancamiento, está poniendo fin a estas esperanzas y ha creado en cambio una situación opuesta de miedo y ansiedad para el futuro. Especialmente los jóvenes, los grupos menos favorecidos de la población y varios sectores de las clases medias y de las capas superiores de los obreros, temen por su empleo y el valor de su salario. La interrupción del crecimiento real (al nivel necesario para satisfacer las aspiraciones) está creando una nueva fractura en la sociedad —avanzada o en desarrollo—: la parte de población ya incorporada al sistema y que lucha por quedar dentro del mismo (empleo, salario, vivienda, calidad de vida), y los que han quedado afuera y que teniendo todos los requisitos para ser admitidos (educación y aptitudes, especialmente) no pueden serlo porque el sistema ha dejado de expandirse. Y como hay una proporción de los todavía incorporados que probablemente (de no producirse una inversión de tendencia) va a ser expulsada del sistema, se crean todos los ingredientes para explosiones catastróficas. Una vez más, son los "anillos" más débiles de la cadena entre los países más industrializados aquellos que se encuentran en mayor peligro (por ejemplo Italia, y en menor medida Inglaterra) y que pueden poner a prueba no sólo su propia democracia, sino el equilibrio mundial. Hay razones para creer que en los países llamados socialistas existen situaciones comparables, aunque en ellos los regímenes autoritarios o totalitarios y el carácter menos avanzado de la secularización ofrecen al Estado y a la clase dirigente un control mucho más fuerte y seguro.

Los conflictos originados entre clases sociales, sectores y grupos han sido el tema central de esta sección; no constituyen sin embargo la única amenaza al orden político democrático. Otros aspectos serán examinados someramente en las secciones siguientes.

6. Planificación y democracia

La sociedad moderna es esencialmente una sociedad planificada. Aunque las teorías económicas clásicas y las ideologías democrático-liberales en sus orígenes confiaban en el *laissez faire* y en la *hidden hand*, en los mecanismos espontáneos del mercado, la planificación es inherente a la naturaleza misma de los procesos que han conducido al surgimiento de la modernidad, y al principio esencial de la *electividad*. El Estado

liberal, no menos que el régimen absoluto, planificaba al nivel que era posible en sus respectivas épocas. La empresa misma es una institución que, dentro de su espacio económico y social planifica y usa todos los instrumentos necesarios para ello. Entre la contabilidad, el cálculo y las previsiones dentro de la empresa, que con Weber y Sombart podemos considerar esencial y simbólica del capitalismo, y la contabilidad nacional, las previsiones y los planes con sus complejas estadísticas, sus modelos, sus proyecciones, sus computadoras, no hay sino una diferencia cuantitativa. A medida que las fuerzas productivas (para emplear un término marxista) amplían el espacio necesario para desenvolverse, el área de la planificación debe extenderse, no sólo geográficamente sino en profundidad. A medida que la interdependencia entre las varias actividades económicas y entre éstas y todas las demás esferas del quehacer social se incrementa, la posibilidad de ajustes espontáneos disminuye y la necesidad de planificación aumenta y se extiende a muchas otras esferas más allá de lo económico. Es lo que ocurre con el aumento de las interferencias del hombre en los procesos naturales. A medida que aumentan, las repercusiones se hacen más amplias y profundas y a menudo negativas y amenazadoras. Esto a su vez obliga a realizar nuevas intervenciones, a extender el control deliberado y consciente sobre áreas cada vez más vastas. Y así siguiendo en un proceso aparentemente infinito. La planificación económica requiere la planificación social y ésta a su vez la planificación a nivel psicológico, la programación del hombre. La tensión entre libertad y planificación fue advertida desde hace mucho. Era un tema preferido en las décadas de los treinta y los cuarenta. Un problema que no fue resuelto ni en el plano teórico ni mucho menos en el práctico. No se habla más de él ahora, por lo menos en estos términos. Mas, aunque sea bien conocido, es necesario mencionarlo aquí.

Hay dos aspectos centrales del problema: conciliar las elecciones autónomas de los individuos y los grupos dentro de la sociedad con las decisiones de los planificadores, y conservar para la ciudadanía el poder de control sobre los planificadores mismos. El primer aspecto coincide en gran parte con el problema de armonizar las voluntades individuales y de grupos particulares, a lo cual ya se ha hecho referencia al comienzo y que se va a considerar brevemente en otra sección. El segundo se relaciona por un lado con las exigencias tecnocráticas de la sociedad industrial, y por el otro con el problema de la concentración del poder.

La extrema especialización del conocimiento en todos los campos hace imposible que el hombre común, aun con educación superior, pueda comprender el significado para él y para la comunidad de las propuestas y decisiones de los planificadores. Debe necesariamente confiar en los tecnócratas, directamente o por intermedio de los políticos. En ambos casos está expuesto no sólo al engaño deliberado, sino a la pérdida parcial o total del control sobre los planificadores o sobre la clase política, o ambos. Aun el sistema representativo, con sus elecciones y controles

periódicos no puede remediar esta situación, pues muchas decisiones son irreversibles, o producen consecuencias de larga duración. De todos modos, situaciones de esta naturaleza despojan al ciudadano de sus poderes, y constituyen uno de los elementos (entre otros) de la concentración del poder —o por lo menos de ciertas decisiones, usualmente las de máximo nivel— en las manos de personas cuya responsabilidad hacia la ciudadanía es escasa, incluso en el más democrático de los sistemas. La expansión de las funciones del Poder Ejecutivo, su amplia y decisiva intervención en la esfera legislativa no son "patológicas": representan un *requerimiento* de la sociedad industrial.

Hay además otro factor que hace más amenazadora aun esta situación: la misma tecnología requerida por la planificación —tecnología material, como las computadoras, y organizacional, como las estadísticas, las informaciones completas y centralizadas sobre personas, cosas y hechos— pone cada vez más al ciudadano común a merced de burocracias poderosas e irresponsables, lo que vale decir a merced de las personas que las dirigen y sus funcionarios. La acción legal, en varios países, tendiente a impedir el uso de datos centralizados sobre personas y grupos y de las informaciones secretas, no es más que una acción desesperada de retaguardia, destinada al fracaso en una sociedad cuya vulnerabilidad empuja a controles cada vez más estrictos.

Hay por último otros dos factores que deben recordarse. En primer lugar los medios de comunicación de masa, sobre cuya efectividad para la manipulación de la gente no hace falta hablar. En segundo lugar, es un hecho —y no sólo ficción científica— que la ciencia está creando de continuo instrumentos de control del comportamiento; en una sociedad cuyos requisitos incluyan la planificación total será por lo menos muy difícil reprimir la tentación de los que detentan el poder, de utilizarlos para la creación de ese consenso. La programación del hombre, que ya ha empezado, es un destino inevitable si no se modifican sustancialmente algunas de las características sociales y tecnológicas de la sociedad industrial.

El segundo factor se relaciona sólo indirectamente con el problema de la preservación y el mejoramiento del orden democrático. Me refiero al hecho de que la planificación (en todas las esferas) requiere un área cada vez más amplia de aplicación, tanto en sentido geográfico como en la extensión temporal. Los problemas del sistema monetario, de las materias primas, de las armas nucleares, de la defensa ecológica, de la explosión demográfica, de los medios de subsistencia para gran parte de la población, requieren una planificación a nivel planetario. En éstos y en muchos otros casos, la planificación además debe abarcar no ya años, sino décadas: debe planificarse para períodos que con mucho rebasan la duración de la vida de aquellos que hoy planifican y deciden. Dentro de la actual distribución del poder a nivel internacional, unos pocos países (sus clases dirigentes) deciden (o dejan de decidir) por la

enorme mayoría de los hombres y las mujeres, por los que viven actualmente y por las generaciones futuras. Esto por supuesto ha ocurrido en el pasado lejano y reciente: recordemos las generaciones sacrificadas durante la época paleo-capitalista, y de manera ya expresamente planeada, durante los varios planes quinquenales soviéticos, particularmente los de la época stalinista. Por lo que se refiere al problema de la ampliación geográfica de la planificación a nivel planetario (que no es una cuestión académica sino que está presente aquí y ahora) debe decirse que aun las más perfectas de las democracias actuales no tienen una respuesta adecuada. Por ejemplo, no se sabe por qué la vida de billones de personas deba depender de los electores que votan en los Estados Unidos, o los que podrían votar, si pudieran, en Rusia o en muchos países productores de petróleo. El verdadero núcleo del problema del imperialismo, la dependencia y las multinacionales reside precisamente en esto, aunque casi nunca es considerado desde esta perspectiva, juzgada demasiado abstracta y como una forma de escapismo. Pero el tema será retomado en otra sección. Por lo que concierne a la extensión temporal, la situación es, aun más, sin salida. En una sociedad caracterizada por una alta individuación, y con una ideología individualista predominante, es difícil ver qué tipo de racionalidad de largo alcance temporal sería posible o la más adecuada. Aquí no se trata de privar a las generaciones futuras, que no estando presentes no pueden opinar, del derecho a decidir sobre asuntos esenciales que los afectan, sino de cómo suscitar las motivaciones efectivas para aplicar una racionalidad de largo alcance, aun a unos diez o veinte años de plazo, en un sistema en que todos, especialmente los dirigentes —en países democráticos o en países totalitarios por igual— deben moverse dentro de circunstancias que los condicionan aquí y ahora, antes de las próximas elecciones, o de las posibles maniobras de las facciones internas que siempre combaten entre sí, detrás de la fachada monolítica de los regímenes totalitarios. Sobre estas decisiones, además, tiene una influencia decisiva la doble y contradictoria situación del poder en los países modernos con régimen democrático: a saber, su tendencia a la concentración combinada con su fragmentación creciente.

7. Interdependencia a nivel internacional y democracia

Es bien sabido que con la sociedad moderna se inicia realmente la historia universal, es decir en escala planetaria. Las historias y los desarrollos "paralelos" que caracterizaron todo el pasado del hombre son reemplazados crecientemente por un proceso único de transformación. Aunque siempre es posible descubrir contactos e "influencias" entre áreas y culturas geográficamente lejanas, es solamente con la "gran transformación", a nivel económico, social y tecnológico, que el espacio real en el que se desenvuelven los procesos históricos se unifica. Sobre todo en el siglo veinte aparece la "aldea mundial", y ningún rincón del planeta

escapa a la espesa red de interdependencias que destruye el aislamiento y la autonomía en los cuales habían quedado por milenios áreas y grupos humanos. Frente a esta unificación que afecta todos los procesos esenciales de la vida social, la sociedad humana queda organizada en unos 150 Estados, legalmente considerados unidades jurídicas "iguales", "independientes" y "soberanas" de enorme diversidad en términos de tamaño, población, grado de desarrollo, tipo de cultura, y sobre todo poder económico, político y militar. Las mismas contradicciones observadas dentro de cada sociedad nacional moderna o en proceso de modernización se reproducen a escala planetaria dentro de lo que ahora constituye el "sistema internacional". Aquí contradicciones y conflictos adquieren dimensiones monstruosas, capaces de destruir toda vida humana sobre la tierra. No se trata solamente del holocausto nuclear, o incluso de las guerras "limitadas", sino también de lo que concierne al funcionamiento y a la subsistencia misma de todas las sociedades nacionales, en el orden económico, tecnológico, ecológico, social y político. Ninguno de los problemas más vitales que enfrentan los países, cualquiera que sea su grado de desarrollo, puede enfrentarse a nivel nacional. Desde los problemas ecológicos a los concernientes al sistema monetario, la distribución y el uso de las materias primas, los alimentos, las facilidades sanitarias, el uso y el desarrollo tecnológico y científico, la distribución de la población sobre el planeta, la producción y distribución de la energía, todo esto y mucho más depende de la existencia de una planificación internacional real y efectiva, es decir, capaz de llevar a cabo las operaciones necesarias para un adecuado funcionamiento de la sociedad en sus varias esferas. Tal planificación no existe, ni podrá existir mientras subsistan los Estados nacionales u otras unidades supuestamente "soberanas". Por otra parte debe agregarse que, incluso a nivel teórico, una planificación en escala mundial rebasa, por lo menos por ahora, la capacidad organizativa y la imaginación misma del hombre contemporáneo. Con otras palabras incluso el "Estado mundial", utópico desde el punto de vista histórico y político, resulta inimaginable en términos operativos, no ya desde el punto de vista de la tecnología material, sino desde la perspectiva de su complejidad organizacional.

Por un lado las débiles organizaciones internacionales, a nivel planetario y regional, por el otro los mucho más efectivos "imperialismos", "multinacionales" y el consiguiente fenómeno de la "dependencia" y subordinación de todos los países en escala jerárquica según su poder económico, político y militar, representan como es bien sabido las manifestaciones más visibles de las redes organizativas generadas hasta ahora por el proceso histórico de unificación del espacio mundial. También los imperios "mundiales" de la época premoderna —según algunas filosofías de la historia, etapas finales de las grandes civilizaciones— se manifestaron como dominación sustentada en la fuerza militar. Es verdad que en ciertos casos —particularmente en el Occidente clásico— el poder central después de la conquista gobernaba por

vía indirecta, a través de autoridades de origen local y a veces elegidas por un sector de la población. Tal fue el caso del Imperio Romano, en el cual las burguesías municipales representaron por largo tiempo la base de la administración a través de la cual actuaba el poder central, si bien al lado de sus procónsules y sus legiones. Mas hay grandes diferencias con los fenómenos contemporáneos. Por un lado la penetración del Estado en la sociedad civil en los países no modernos era extremadamente limitada, pues la gran masa de los habitantes, campesinos, siervos o esclavos, permanecía de todos modos marginal a la vida de la sociedad imperial y a la vida local. Por el otro, la interdependencia y la necesidad de planificación eran mínimas o inexistentes. La única experiencia histórica del pasado pre-moderno que puede considerarse todavía válida en la época actual con respecto a este problema es el hecho de que ninguna unificación de grandes regiones, o incluso de espacios limitados, se llevó a cabo pacíficamente: siempre y sin excepciones hubo el uso directo o indirecto de la fuerza, usualmente la fuerza militar. Parece difícil que esta afirmación pueda refutarse invocando las bien conocidas hipótesis del marxismo. Bastará apenas recordar el desvanecerse teórico y práctico de estas ilusiones, que en sus varias y a menudo contradictorias versiones imputaban a características estructurales de la sociedad capitalista la causa esencial o única de la guerra y de los fenómenos de dominación y dependencia, y más especialmente del imperialismo en todas sus formas. No era por cierto necesaria la dura lección de la historia con sus abundantes ejemplos de explotación, colonialismo, agresiones políticas y militares y guerras abiertas, entre países llamados socialistas y de todos modos regidos por sistemas económicos en los que no existe propiedad privada de los bienes de producción, para probar que el factor esencial de la anarquía y del estado de guerra de todos contra todos que domina la escena internacional, debe buscarse en otra parte. Estas hipótesis, teóricamente endebles y exitosamente refutadas más de una vez, no parece que puedan seguir ejerciendo el rol ideológico que tuvieron hasta ahora, particularmente en América Latina. Mas esperar actitudes realistas en la situación actual es probablemente un exceso de optimismo. Queda por señalar que las ideologías del antilimperialismo han tenido el efecto de reforzar un nacionalismo furioso en los países llamados "dependientes", y han contribuido poderosamente a dar apariencia "democrática" y "progresista" a toda clase de movimientos "socialistas" o "comunistas-nacionales", todos los cuales resultaron estar entre los peores enemigos de la democracia y la libertad.

Con esto dejamos de lado los problemas más generales de supervivencia conexos a la falta de planificación internacional efectiva, y a las demás exigencias que el actual contexto internacional no puede satisfacer, y volvemos a los interrogantes concernientes a la posibilidad de establecer o en su caso mantener formas de efectiva democracia en el plano interno de cada Estado nacional y a nivel internacional.

El análisis relativo a las posibilidades de la democracia en los Esta-

dos nacionales del presente debe partir del hecho —difícilmente refutable— de que en la actualidad la distinción entre política interior y política internacional se ha vuelto obsoleta, por lo menos para las esferas más vitales de la vida de un país, y esto no solamente en el "Tercer" o "Cuarto" mundo, sino también, aunque de distinta manera, en los países centrales y hasta hegemónicos.

Sobre el plano más general es ya de por sí evidente que, incluso en los países que gozan de una democracia firmemente establecida y operante, hay un número considerable de decisiones vitales que son tomadas fuera de todo posible control y participación directa o indirecta de los ciudadanos: se trata de aquellas cuestiones que caen bajo la jurisdicción territorial (o la esfera de influencia) de otros Estados "soberanos". Este fenómeno ha sido usualmente atribuido a los países "centrales" o hegemónicos, pero en realidad la posibilidad de afectar la vida y hasta la supervivencia de los ciudadanos de otros países está al alcance también de países periféricos, no desarrollados y militarmente débiles. El ejemplo más claro es obviamente el de los países petrolíferos, pero cualquier Estado que por azar se encuentre en condiciones de controlar ciertas materias primas, factores "ecológicos" o particulares vías de comunicación o que simplemente provoquen "disturbios" (conflictos locales, revoluciones, etcétera) en zonas estratégicas o sensibles a nivel internacional, pueden incidir de manera significativa en la vida interna de otros Estados y originar procesos políticos u otros, totalmente contrarios a la voluntad democráticamente expresada de sus ciudadanos. Dentro de la lógica democrática, no sólo las tecnologías y el patrimonio científico, sino también las materias primas, las vías de comunicación naturales y artificiales, así como todo otro recurso de interés común para la población del planeta, deberían ser controlados por autoridades *supranacionales*, que respondieran al control democrático precisamente de esa población. De ninguna manera se puede considerar democrático el principio de que estos recursos, de cualquier naturaleza, correspondan al pueblo que diríamos "accidentalmente" se encuentra en condiciones de controlarlo. Sin embargo los nacionalismos de todo color y países de todo grado de desarrollo sostienen este principio como una expresión genuina del *ethos* democrático. Es verdad que, como se ha mencionado anteriormente, existen tremendos obstáculos históricos, políticos y hasta de técnicas organizativas, para hacer posible en términos operacionales el ejercicio de ese control. Pero este hecho de ninguna manera presta validez a la legitimidad del control *nacional* sobre cuestiones de interés *internacional*. Por otra parte, incluso decisiones como el votar por un partido y no por otro pueden incidir profundamente en la vida de otros países. Y obviamente este tipo de influencias atribuye mayor peso —en estos casos, no en todos— a las decisiones de los ciudadanos de países centrales.

Al lado de estas influencias y repercusiones ejercidas sobre la vida de otros países, están las intervenciones deliberadas —militares, políti-

cas, económicas, culturales, etcétera— que son usualmente el objeto de las ideologías del antiimperialismo. El efecto de estas influencias constituye en términos generales una grave amenaza para la supervivencia o la instauración de regímenes genuinamente democráticos. Se introduce la expresión "en términos generales", pues no siempre es así. Las interferencias en la llamada política interior de una nación por parte de otros Estados o grupos de poder de otros países son marcadamente libres "de prejuicios" ideológicos, o por lo menos tienden cada vez más a serlo, especialmente a medida que las ideologías revelan su función meramente manipulatoria. Una potencia "capitalista", puede hallar conveniente apoyar un Estado "socialista". Del mismo modo los sectores democráticos de un país pueden hallar ayuda y cooperación de parte de un país imperialista, o bien un régimen internamente democrático puede apoyar una dictadura. Hay ciertas limitaciones a esto: por ejemplo en la Comunidad Europea no se aceptan países con régimen autoritario; mas se trata de una excepción, generada acaso por el hecho de la existencia de cierto control democrático en el interior de cada uno de los actuales países miembros. Es también cierto que es más probable que en países "imperialistas" con régimen interno democrático se generen resistencias al apoyo de un régimen autoritario de lo que en cambio ocurre en un país imperialista con un régimen autoritario. La invasión de Cuba o la guerra de Vietnam generaron resistencias muy visibles, aunque sólo muy parcialmente efectivas, en los Estados Unidos, mientras que los tanques soviéticos en Hungría y Checoslovaquia, fueron pasivamente aceptados, sin oposición visible o mínimamente efectiva.

Dicho esto, sin embargo, el hecho es que en el presente estado del "sistema internacional", la situación de estrecha interdependencia, y la internacionalización de la política interior tienden a favorecer las soluciones autoritarias, más que las democráticas. La razón más general de ello debe buscarse en el alto grado de *inseguridad* generada por el carácter errático e irracional de los procesos internacionales. Por un lado, en todos los países las decisiones de significado militar directo o indirecto quedan en las manos de pequeños grupos de líderes, políticos, burócratas, tecnócratas o militares, y todo esto como necesario requerimiento del tipo de decisiones a tomar en situaciones de extrema fluidez, impredecibilidad y secreto. Por el otro, la amenaza exterior y la inseguridad consiguiente han sido desde siempre la causa o la excusa —o ambas a la vez— de severas restricciones a la participación de la ciudadanía, a través de los órganos democráticos, en el gobierno del país. Agreguemos que las ideologías nacionalistas hallan en la amenaza exterior y en la inseguridad su mayor refuerzo. Y los nacionalismos, cualesquiera sea su nombre y orientación, tienden a ser autoritarios.

El tema de las propensiones antidemocráticas de los nacionalismos nos lleva a una última consideración. Como ya se dijo, el principio integrativo que en la sociedad moderna reemplaza las formas religiosas y dinásticas de integración social, es precisamente el principio de naciona-

lidad. La nación representa aún ahora el núcleo prescriptivo que conjuntamente con las supervivientes normas éticas y religiosas hace posible el funcionamiento de la sociedad. En lo político tiende a constituir la *Gemeinschaft*, la comunidad basada en los principios prescritos. No es entonces por azar que todos los nacionalismos tiendan en mayor o menor medida hacia formas autoritarias. El ejemplo paradigmático del nazismo, el nacionalsocialismo alemán, no menos que el del nacional-comunismo soviético, ilustra claramente esta conexión. Conexión que en los nacionalismos democráticos se atenúa mas no desaparece, como se confirma en todos los casos de profundas crisis sociales. Es por este camino que, al tornarse más intensa, la inseguridad generada por el estado del sistema internacional y la endémica amenaza exterior, el pluralismo y el principio de la elección individual deliberada ceden frente a los imperativos de la "solidaridad nacional" con consecuencias necesariamente autoritarias o totalitarias. Este proceso se torna mucho más agudo en los países dependientes o ex coloniales. Aquí a los problemas contemporáneos señalados se agregan los requerimientos del "nation building", de la organización nacional, y el nacionalismo, exaltado hasta formas tribales, se torna en la ideología más eficiente para responder a las que aparecen como necesidades supremas de la época. Se manifiesta así otra de las contradicciones en que es rica la sociedad moderna: precisamente en el momento en que las necesidades estructurales han hecho obsoleta la organización en estados nacionales, las ideologías nacionalistas se intensifican, creando nuevos obstáculos a la creación de una comunidad internacional que constituiría un componente necesario de la creación de mecanismos adecuados para asegurar la supervivencia social, cultural y hasta física de las sociedades humanas.

Podría agregarse que el surgimiento, en los países avanzados, de las "nacionalidades prerrenacentistas", al que ya se aludió, y en general la tendencia hacia el regionalismo y formas de nacionalismos locales, podrían quizá facilitar la solución del problema internacional, eliminando los *omnicomprensivos* Estados nacionales. El agregado de una multitud de unidades pequeñas, relativamente más a escala humana, podría resultar más factible que la agregación de las actuales "naciones", con su pesada herencia de política de poder y de tradiciones bélicas. Mas se trata de una esperanza todavía utópica.

8. Vulnerabilidad física y social de la sociedad moderna

La vulnerabilidad de la sociedad moderna depende de varios factores, muchos de los cuales se señalan en otras secciones. Recordemos en primer lugar el alto grado de interdependencia de todos los componentes (subsistemas, instituciones, grupos, categorías, áreas y regiones en el interior de un país y en el plano internacional, etcétera) de la estructura social. Tal interdependencia se verifica tanto en la organización social

como en la estructura tecnológica. En segundo lugar, el hecho de que en el funcionamiento de muchos aspectos de la vida social, caracterizados por su alta interdependencia, debe intervenir un gran número de personas y que aun aquellos que desempeñan roles ocupacionales de bajo status y remuneración pueden operar en posiciones clave, es decir en lugares desde donde están en condiciones de perturbar con su acción o su abstención enteros sectores de la vida de un país. A estos dos factores que se podrían denominar de orden estructural (en la organización y en la tecnología), se agregan otros de orden cultural y psicosocial. Estos ya han sido examinados anteriormente y se relacionan por un lado con la pluralidad de sistemas valorativos, de orientaciones y actitudes, y por el otro con las dificultades que se encuentran en el proceso de socialización primaria y secundaria, cuando este proceso se desarrolla en condiciones de cambios continuos en el marco normativo y dentro de un clima de problematización y crítica que afecta a todas las instituciones. En otras palabras, mientras por un lado la tecnología y la forma organizativa de la sociedad moderna requieren el cumplimiento estricto de ciertos roles y funciones, de acuerdo con las normas técnicas y sociales que correspondan en cada caso, por el otro, el tipo de integración y las características que la socialización adquiere dentro de ese tipo de integración, conducen a la continua formación de grupos e individuos "desviados" que, por una razón u otra, pueden actuar en forma distinta de lo esperado y, deliberadamente o no, causar gravísimos y hasta irreparables daños al funcionamiento de componentes esenciales de la vida social. No necesariamente estos comportamientos son contrarios o reprimidos por la ley o las normas no escritas usualmente consideradas válidas. En realidad aquí el fenómeno que denominamos *vulnerabilidad* de la sociedad moderna origina dos consecuencias distintas aunque no claramente separadas. Por un lado tiende a dar cierto poder a grupos pequeños y de todos modos situados fuera de la élite dirigente y que no podrían considerarse "desviados" bajo ningún punto de vista. En este sentido la "vulnerabilidad" sería un factor en la fragmentación del poder, que coexiste con el opuesto proceso de concentración al que se refiere la sección siguiente. Por el otro, ofrece la posibilidad a individuos y grupos que desde el punto de vista de los valores y normas dominantes podrían considerarse "desviados", de realizar acciones violentas contra puntos especialmente neurálgicos de la sociedad —personas, grupos y cosas— con consecuencias gravísimas y hasta catastróficas. Aquí el término "desviado" ofrece dificultades insolubles en una sociedad que se basa en un sistema de normas y valores en continuo cambio y que acepta en teoría un pluralismo casi sin límites. Incluso la criminalidad llamada "común" puede ser considerada una expresión de protesta política. O bien, confundiendo "explicación sociológica" con "justificación ética", considerarse resultado de determinados aspectos de la sociedad, y por lo tanto, colocarse fuera de la esfera de la responsabilidad individual. Los más sangrientos actos de terrorismo pueden ser justificados como un acto revolucionario en nombre de principios que no son sino la aplicación,

en sus más extremas consecuencias lógicas, de aquellos ideales de libertad y de igualdad que todos o la enorme mayoría de los individuos de las sociedades modernas o modernizantes dicen y creen sustentar. Desde el momento en que el terror supremo de las armas nucleares, o los horrores de los medios "tácticos" son considerados legítimos por los gobiernos y las clases dirigentes de todos los países, resulta bastante difícil —por lo menos desde el punto de vista de una lógica meramente deductiva— objetar las bombas y los asesinatos de los terroristas. Es verdad que la distinción entre los crímenes "públicos" (como la guerra) y los "privados" (como el robo de una gallina) existe desde siempre, antes y después del diálogo entre Alejandro Magno y el pirata. La sociedad moderna, simplemente, mientras por un lado se encuentra en muy malas condiciones ideológicas y lógicas para defender el "derecho" de Alejandro y legitimizar la criminalidad del pirata, por el otro debe enfrentar amenazas "públicas" y "privadas". Mas no corresponde analizar aquí los lados éticos de la cuestión: desde el punto de vista que nos preocupa, el hecho es que la inseguridad creada por la vulnerabilidad interna, no menos que la originada por el sistema internacional, crea condiciones muy negativas para la democracia. No es necesario insistir sobre el hecho obvio, y ahora reconocido por todos, de que las amenazas internas inducen —y en ciertos casos requieren— la adopción de medidas restrictivas de la libertad y los derechos individuales. Aun sin llegar a las atrocidades de algunos regímenes militares en América Latina, la consecuencia de la inseguridad generalizada, que en una medida u otra ha invadido casi todos los países, está provocando una serie de medidas preventivas y represivas que inevitablemente afectan a todos los ciudadanos. La enorme mayoría de las personas de las naciones con regímenes democráticos no parece tener propensiones para el autoritarismo, pero frente al terrorismo, la violencia, y la criminalidad y la amenaza que ello significa para su vida diaria, difícilmente podrán resistir a la tentación de las promesas de gobiernos "fuertes" y altamente represivos. Bajo esta perspectiva, la vulnerabilidad tecnológica y organizacional de la sociedad moderna, unida a la crisis radical del sistema normativo, pone a dura prueba las instituciones democráticas, aun en los países en los cuales ellas parecen firmemente establecidas.

9. Concentración y fragmentación del poder. Consecuencias para la democracia

Hace varios años hubo una encendida polémica entre sociólogos en los Estados Unidos. Algunos sostenían que en la sociedad capitalista avanzada el poder tendía a concentrarse cada vez más, cualesquiera que fueran las instituciones políticas. Otros en cambio opinaban que el poder, por el contrario, tendía a democratizarse, difundiéndose a varios niveles de la sociedad, justamente debido a la complejidad creciente de una sociedad tecnológica y pluralista que originaba la multiplicación de

grupos, organizaciones, sectores, cada uno dotado de cierto poder y capaz de influir sobre muchas decisiones e intervenir de algún modo en todas. Lo que no fue bien aclarado en la polémica es que ambos procesos existen: en determinadas esferas, y en altísimo nivel decisional, el poder tiende a restringirse cada vez más también en los estados democráticos. La creciente interdependencia favorece necesariamente la concentración del poder, a lo que se agregan las tendencias oligárquicas en las organizaciones políticas, burocráticas y otras tendencias ya bien estudiadas por las ciencias sociales. Mas es también verdad que la multiplicación de los grupos, categorías y sectores, y su participación en una sociedad tan compleja, ponen en las manos de estas entidades y de los individuos que las representan cierto grado de poder. A esto se agrega el alto grado de vulnerabilidad de la sociedad. Como se vio en la sección precedente en casi todos los sectores de la vida económica y social existen puntos neurálgicos, en los que la acción (o la omisión) por parte de pocas personas (aun de bajo y/o medio status ocupacional) puede impedir o perturbar seriamente el funcionamiento de grandes organizaciones o de sectores enteros de la economía o de otras esferas esenciales. De aquí no sólo la posibilidad de acciones violentas, sino también el hecho de que cierto poder —aunque sea de veto, o negativo— recaiga en las manos de una gran cantidad de grupos. Hay ciertamente diferencias notables en cuanto al nivel de decisiones: por ejemplo las decisiones de carácter militar sobre el uso de armas nucleares están restringidas a poquísimas personas, y son decisiones realmente "finales". Mas hay otras de notable importancia que dependen del consenso de amplios grupos, o de grupos pequeños, pero fuera de la élite dirigente.

Ahora bien, las peculiaridades estructurales de la sociedad industrial que originan estas dos contradictorias tendencias, fragmentación del poder por un lado, concentración máxima por el otro, constituyen en ambos casos una seria amenaza para la democracia. En cuanto a lo segundo, la concentración del poder, el peligro es obvio, y no es necesario agregar nada, salvo que en las circunstancias actuales no se ve de qué manera se lo podría superar. Por lo que se refiere a lo primero, la amenaza no es menor. Esta fragmentación fue observada en sus efectos destructivos de la democracia en varios países latinoamericanos, pero no se limita a ellos. Es más fuerte, por razones culturales y estructurales, en los países latinoamericanos y latineuropeos, pero es endémica y creciente en las democracias bien establecidas y consideradas fuertes, como Inglaterra o los Estados Unidos. La participación en las decisiones, por vía directa o indirecta, de tantos grupos, partidos, organizaciones sindicales, redes de solidaridad, "lobbies", entidades religiosas, étnicas, ideológicas, determina en todos los países situaciones a veces insolubles que llevan a la parálisis del poder. El veto recíproco produce la postergación indefinida de problemas que reclaman soluciones urgentes —y estos son la mayoría en los países industrializados o en desarrollo— o bien soluciones de compromiso que en realidad quedan sin ningún

efecto o tienen consecuencias negativas. Por cierto que la posibilidad de planificación, incluso a corto plazo y dentro de un mismo país, o sector, queda extremadamente disminuida sino del todo anulada. La incapacidad de tomar decisiones (lo que en Italia se llama "immobilismo") ha llevado de manera directa a soluciones dictatoriales: así por ejemplo en la Argentina, en 1966, y de algún modo en otras ocasiones. Las críticas al sistema democrático, y las frecuentes inclinaciones tecnocráticas de los regímenes militares, obedecen al mismo tipo de causas. Más grave aun, por las amenazas potenciales que encierra, es la vulnerabilidad de la sociedad tecnológica a las acciones unilaterales de pequeños grupos situados en posiciones clave dentro del proceso productivo u otra esfera esencial de la sociedad. Las huelgas de estos pequeños grupos pueden paralizar una nación. Y ello está ocurriendo en algunos países avanzados. Aunque no se llegue por este camino a la supresión de la democracia, estas acciones llevan a graves restricciones de las libertades y derechos fundamentales, es decir tienen efectos comparables a los del terrorismo político.

El factor central, en cuanto a la dificultad de hallar una solución a las consecuencias de la fragmentación del poder es, una vez más, la dificultad de construir y reconstruir las bases del consenso social, en una sociedad que, por su dinámica interna y forma de integración, pone continuamente en duda sus valores centrales, y es al mismo tiempo incapaz —o lo ha sido hasta ahora— de reemplazarlos por otros que constituyan una base viable de consenso, aunque provisorio.

10. Conclusiones

Desafortunadamente el análisis desarrollado en los apartados anteriores no sugiere conclusiones optimistas, ni sobre el destino de la democracia, ni sobre el de la sociedad moderna y del género humano en general. Este escrito se sitúa sin quererlo dentro de la ya abundante literatura de la catástrofe. También puede legítimamente ser considerado "reaccionario", pues no cabe la menor duda de que vuelve a proponer muchas de las clásicas tesis tradicionalistas avanzadas desde los albores de la sociedad moderna, y con más claridad como reacción a la Revolución Francesa y a los otros movimientos que de allí se originaron, desde los comienzos del siglo diecinueve. Hay sin embargo una diferencia, y es la introducción de la experiencia histórica de los últimos ciento cincuenta años, particularmente desde la primera Guerra Mundial. El autor no ha renunciado a los valores de la sociedad moderna, mas tampoco a la lógica y al sentido de realidad. Las ciencias del hombre no están en condiciones ahora (y probablemente no lo estarán nunca) de afirmar si esos valores son o no realizables. Parece sin embargo razonable suponer que las potencialidades humanas son mucho mayores y distintas de lo que han logrado la cultura occidental y moderna y las otras grandes culturas. Mas lo que

debe enfrentarse ahora no son las limitaciones de la "naturaleza humana" en general, sino las del hombre tal como se ha realizado históricamente hasta ahora. Es esta particular versión histórica de la realidad que debe enfrentarse. Y las consideraciones precedentes sugieren un diagnóstico negativo. Quizás esté equivocado. O quizá se den soluciones no previstas que la limitada imaginación del autor no ha sabido descubrir.

Traducción por Gabriela Adelstein

¿Podrá sobrevivir la democracia?

Norberto Bobbio

El último escrito de Gino Germani, "Democrazia e autoritarismo nella società moderna", publicado en el último número de *Storia Contemporanea*, constituye el punto de partida de nuestro debate. Hubiera podido titularse: *Las vías posibles hacia el totalitarismo*. Digo "posibles" porque Germani no tenía un concepto determinista de la historia y consideraba que la tarea del investigador social no era la de formular profecías, sino la de analizar con método y fundamento la observación de los hechos, para explicar de qué modo se desarrollaron los acontecimientos y para, a partir de ellos, formular previsiones sobre cómo podrían desarrollarse *ceteris paribus* (condición con la cual, lamentablemente, las ciencias sociales, contrariamente a las experimentales, no pueden contar). Sin embargo conviene saber distinguir entre lo posible por suceder, es decir lo futurible, y lo posible verificado en el pasado. La instauración de regímenes totalitarios hoy es sólo una posibilidad, pero es una de esas posibilidades ya verificadas en el pasado (y no simplemente hipotética), y Germani lo comprobó en los dos países, Italia y Argentina, en los cuales vivió dramáticamente la crisis que, por otro lado, fue el objeto principal de sus estudios e investigaciones. En efecto, toda la obra de Germani puede ser considerada una larga y atormentada respuesta a una fundamental pregunta: ¿cuáles son las condiciones para la supervivencia de la democracia? o, más drásticamente aún: ¿existen todavía condiciones que permitan a la democracia sobrevivir?

Para quien, como yo, pertenece más o menos a la misma generación, el fascismo no fue solamente una indeleble experiencia personal y un hecho histórico intensamente vivido; antes bien, fue y sigue siendo una pesadilla. ¿Es real que la historia no se repite? Les confieso que mi estado de ánimo se parece al de aquel que no deja de asombrarse día tras día ante la longevidad de ese enfermo crónico que es nuestra democracia. Todas las mañanas, al leer el diario me digo lo mismo: "¡Qué extraño, todavía no hemos tocado fondo!" Germani supo convertir esa obsesión en un serio e ininterrumpido programa de trabajo. Y antes

de morir nos dejó, en el ensayo que tengo el honor de presentarles, una síntesis de sus reflexiones acerca del incierto destino de la democracia de Occidente y, con ella, el testimonio de sus desvelos que son la preocupación de un hombre empeñado en comprender su tiempo, comprenderlo para prevenir lo peor dentro de los límites consentidos al investigador para influir sobre el hombre de acción (límites que, a mi entender, son bastante restringidos).

El esquema conceptual en el cual vuelca sus reflexiones finales sobre la crisis de la democracia es por todos conocido merced a sus obras precedentes, de las que me limito a recordar sólo las dos principales traducidas en italiano, *Sociologia della modernizzazione* (Laterza, Bari, 1971) y *Autoritarismo, fascismo e classi sociali* (Il Mulino, Bologna, 1975). Las categorías fundamentales que él emplea como instrumentos de comprensión y de explicación del cambio político pueden unirse de a pares y distribuirse en tres planos: respecto de la comprensión general del proceso histórico, los dos conceptos-clave son "modernización" y "secularización" (la secularización, a su vez, definida mediante los tres elementos de la acción electiva fundada en la elección individual, de la legitimación del cambio y de la especialización de los roles). En cuanto a la interpretación del cambio social que caracteriza a las sociedades modernizadas y secularizadas, los dos conceptos-clave pueden ser: "movilización" (con todos sus derivados, tales como: desmovilización, contra-movilización, movilización desde arriba, etc.) y "marginación"; dos conceptos que se complementan en el sentido de que todo proceso de movilización pone en movimiento a clases marginadas o marginalizadas y, generalmente, produce formas distintas de marginación. Finalmente, y respecto de la tipología de los sistemas políticos en cuya elaboración intervienen en igual medida tanto la interpretación del proceso histórico como la representación del cambio social, la gran dicotomía es la ya consolidada por la ciencia política moderna que distingue los regímenes democráticos (con todas sus variaciones) de los regímenes autoritarios (con todas sus variaciones).

Por un lado, las dos categorías de la comprensión histórica, modernización y secularización, sirven para distinguir al autoritarismo moderno del tradicional y, por ende, a redefinir esa forma extrema de autoritarismo que es el totalitarismo entendido como el autoritarismo moderno en su forma pura, no tanto la antítesis de la democracia como es el autoritarismo tradicional basado en el modelo prescriptivo de comportamiento político y no en el electivo (distinción ésta, entre sistema prescriptivo y sistema electivo que aparece con frecuencia en las obras anteriores), cuanto su falsificación, por el hecho de que tiende no a la despolitización de los súbditos sino a su politización (si bien es una politización que responde a una ideología de Estado) y, por lo tanto, a formar ciudadanos que aun siendo elegidos creen que han sido elegidos (se trata de una enésima versión de la vieja paradoja rousseauniana según la cual obligar a un súbdito recalcitrante a la voluntad general no es más

que "obligarlo a ser libre"). A su vez, las dos categorías más estrictamente sociológicas de la movilización y de la marginación sirven, sobre todo, para distinguir las varias formas de autoritarismo moderno: los regímenes autoritarios derivan siempre de una movilización global, acelerada en determinadas circunstancias históricas, de clases marginales; pero estas clases marginales o que suponen serlo, de las que nace, por dar un ejemplo, el peronismo, no son las mismas clases de las que nacen el fascismo y el nazismo.

Este esquema conceptual nos permite observar los puntos de referencia esenciales para poder presentar, aun escuetamente, las tesis principales de Germani (por lo menos aquellas que, en el ensayo que estoy presentando, parecen ser las principales) y que se refieren a los peligros que acechan a la democracia. Podría resultar de utilidad introducir una premisa acerca del concepto general de sociedad que se desprende de este trabajo, aunque se trate de un concepto más negativo que positivo; Germani se mueve críticamente entre dos concepciones a las que se podría tachar de unilaterales y, por ello, simplistas: la que cree explicar todo, hasta el fenómeno del totalitarismo, mediante el proceso de masificación, y el concepto marxista que basa su explicación en la representación de la sociedad dividida en dos clases antagónicas. A la primera le echa en cara no tomar en cuenta la presencia de las otras clases sociales que sobreviven en la sociedad de masa; tanto es así que la instauración de regímenes autoritarios debe ser explicada poniendo particular énfasis en el análisis de los conflictos de clase y, justamente por ello, las varias formas de régimen autoritario se distinguen según las diversas clases sociales que protagonizan el cambio aunque resulten protagonistas pasivos, más objetos que sujetos de la movilización. A la segunda le reconoce que parte correctamente del análisis de clase, pero la exaspera en la contraposición frontal entre las clases antagónicas: la burguesía y el proletariado, puesto que la sociedad moderna pluralista (y el pluralismo, no hay que olvidarlo, es un efecto directo de la secularización) está surcada por otros conflictos debidos al enorme número de grupos que una sociedad fragmentada, como la avanzada sociedad industrial, ha creado en su seno.

En mi opinión, cuatro son las principales razones escogidas por Germani para demostrar que la democracia está en una zona peligrosa: tres son internas o, si se quiere, intrínsecas al mismo proceso de democratización, y la cuarta es externa, es decir depende del sistema internacional. Podríamos nombrar sintéticamente a las tres internas como sigue: exceso de cambio, vulnerabilidad del sistema y paradoja tecnocrática.

Por exceso de cambio se entiende ese singular fenómeno que deriva de la contradicción inherente a las sociedades secularizadas entre el continuo cambio de las reglas de comportamiento que las caracteriza y que contrasta con las sociedades tradicionales, y la necesidad que tiene toda sociedad de mantener un núcleo de principios estables a través de los cuales pueda producirse ese mínimo de integración social sin el

cual ninguna sociedad puede sobrevivir. Para Germani, la tensión estructural entre la creciente secularización, que implica una actitud favorable al cambio concebido de por sí como algo progresista, como cambio para una mejoría, y la necesidad de un núcleo prescriptivo estable, constituye una de las causas de las catastróficas crisis que, eliminando los mecanismos de control de los conflictos, "conducen a soluciones que minan la democracia". Queriendo comentar lo antedicho se podría observar que esa crisis de los principios fundamentales no es una característica de los regímenes democráticos, porque a lo largo de una secular tradición de filosofía de la historia siempre se atribuyó la caída de los sistemas políticos, la decadencia de los imperios o la disolución de las civilizaciones a la crisis de los principios, de los sistemas de valores. Por otra parte hasta el mismo Germani lo reconoce cuando observa que los filósofos de la historia, por lo general, han identificado al principio de la decadencia de las naciones con el fenómeno de la secularización, entendida como causa de la ausencia de fuertes creencias colectivas. Si se me permite una acotación, piénsese en las reflexiones suscitadas por aquel grandioso fenómeno que fue la decadencia del imperio romano (tan grandioso que, en parte, provocó el surgimiento de la filosofía de la historia, de la que ha sido uno de sus principales temas) y en la importancia atribuida al cambio del sistema de valores —cristianismo contra paganismo o, desde otro punto de vista, germanismo contra romanidad— para tener una explicación plausible: no puedo dejar de pensar en la página de Vico acerca de la "barbarie de la reflexión" contrapuesta a la fuerte y orgullosa "barbarie de los sentidos" característica de la edad heroica. En todo caso se podría formular una duda: que aquello que es válido para las crisis de los sistemas tradicionales pudiera valer para las de los sistemas democráticos porque, en rigor, lo que caracteriza a la democracia no es tanto un núcleo fijo de principios sustanciales sino un conjunto de reglas formales, las llamadas reglas de juego, lo que implica que la democracia tolera todos aquellos cambios de principios sustanciales que son compatibles con la conservación de las reglas de juego. Por ello la democracia, a mi entender, se encuentra en dificultades, en "zona peligrosa", cuando se dan dos situaciones límite: las mismas reglas de juego son el camino a través del cual se produce la asunción de principios que ya no permiten más su aplicación, o cuando en una determinada sociedad se siente la exigencia de nuevos principios que la rígida aplicación de aquellas reglas de juego no logra hacer valer. Las crisis de las democracias de derecha se producen, *grosso modo*, mediante un contraste del primer tipo, las de izquierda según lo señalado en segundo lugar.

A partir de la tensión creada por el exceso de cambio, Gino Germani señala el fenómeno de la vulnerabilidad de las sociedades complejas. Se podría objetar que todas las sociedades son vulnerables y que, en todo caso, se trata de distinguir los varios grados de mayor o menor vulnerabilidad (en el supuesto caso de que sea posible). Lo importante es saber cuáles son los remedios y, antes aun, si ellos existen. En el caso

específico de los sistemas democráticos el problema central es si las heridas de la democracia (para seguir empleando la misma metáfora) se curan con remedios democráticos; en otras palabras: saber si es posible salvar democráticamente a la democracia en peligro. Porque, si se llegara a demostrar que ello no es posible, y me parece que, en sustancia, ésa es la opinión de Germani, la democracia sería un enfermo tan grave que ya no tendría remedio: sería, como se dice en el frío lenguaje clínico, un enfermo que muere bajo los hierros. Si ello fuera así, lo correcto sería hablar no ya de vulnerabilidad sino de incurabilidad.

De todas maneras, planteado el problema en términos de vulnerabilidad, se impone contestar a la pregunta: ¿por qué es tan vulnerable la democracia? Sustancialmente, en opinión de Germani, porque el fenómeno opuesto de la concentración del mismo, permite a los pequeños grupos organizados (y aquí la explícita referencia al fenómeno del terrorismo) inferir graves golpes al sistema en nombre de los mismos ideales de libertad contra la represión del "sistema" y de la igualdad contra las desigualdades de los regímenes democráticos no borradas, y que la gran mayoría de los ciudadanos de las sociedades democráticas dicen o creen compartir. Sin embargo no creo que valga la pena detenerse en este tema, no sólo porque el mismo Germani le dedica pocas páginas y por lo tanto debería ser profundizado de otro modo, sino porque, además, hasta aquí, el fenómeno del terrorismo atañe a pocos países como Italia, de cuya situación, evidentemente, Germani aprovechó para hablar, mientras el problema de la crisis de la democracia es general.

Mucho más importante es el tema que denominé paradoja tecnológica. Se trata de un argumento que yo mismo abordé hace unos años hablando de la "democracia difícil" e ilustrando cuatro dificultades internas de todo sistema democrático que llamé "paradojas de la democracia". Paradoja con el significado de "contrasentido", como decir que en el seno de las sociedades democráticas existen procesos de desarrollo que se mueven en sentido contrario al proceso de democratización y, por lo mismo, están destinados a obstaculizarlo o, si se quiere, inclusive a contradecirlo (exigiendo un "plus" de autoridad). Típico es el contraste, que fue puesto de relieve por Max Weber, entre proceso de democratización y proceso de burocratización, es decir entre crecimiento del poder democrático, con sus exigencias de intervención estatal, y el crecimiento de los aparatos burocráticos cada vez menos controlables por el mismo poder democrático. La paradoja democrática es expuesta por Gino Germani en los siguientes términos: "La accentuada especialización del conocimiento en todos los campos impide que el hombre común pueda comprender plenamente las propuestas y las decisiones de los que planifican, con la consecuencia de que él debe confiar en los tecnócratas o en los políticos, perdiendo en ambos casos toda posibilidad de control y la razón de ser de los derechos políticos que le han sido atribuidos o que ha conquistado. La situación de ignorancia en la que se encuentra el ciudadano común (y no solamente el ciudadano medio)

respecto de lo que le corresponde específicamente para la solución de los problemas de política económica y financiera lo pone en condición de ser heterodirigido y, por ende, heterodeterminado. La vieja y sugestiva imagen de la revolución democrática que quita al pueblo la venda que le cubre los ojos y que, finalmente, le permite llegar a la luz de la verdad, es una imagen engañosa. La mayor parte de los ciudadanos sigue vendado. Todo aquel que acostumbre leer los clásicos del pensamiento político sabe muy bien que uno de los motivos que se repiten en la polémica antidemocrática se ha basado siempre en la ignorancia del pueblo y en la necesidad de que, por ello, la acción del gobierno deba ser confiada a los competentes, a los que saben. Nada nuevo bajo el sol. Bajo forma de decisiones técnicas, reservadas sólo a los expertos, reaparecieron los *arcana imperii* que hacían decir al rey Torrismondo de Torcuato Tasso: "Los secretos de Estado los dirijo al tonto/distan de ser correctos". Sustitúyanse los secretos de Estado por los enigmas de la política económico-financiera y se verá que los versos del Tasso no están equivocados. A este punto convendría agregar que estas paradojas de la democracia convergen todas en el tema más amplio y general de la gobernabilidad. Por supuesto que nos referimos a la gobernabilidad democrática. Las sociedades complejas se vuelven ingobernables democráticamente porque, según se afirma, la sociedad pluralista típica de los regímenes democráticos hace más preguntas de las que el sistema político democrático puede contestar a causa de la misma complejidad del proceso de *decisión-making*. En síntesis: que el sistema democrático puede ser representado como un sistema que tiene la pregunta fácil y la respuesta difícil, contrariamente a lo que sucede en un sistema autoritario que tiene todos los medios para dificultar la pregunta y, a la vez, facilitar la respuesta (cada vez más rápida, menos complicada).

Además de las tensiones internas, la democracia se ve amenazada, también, por el peligro externo proveniente del condicionamiento que significan para un Estado sus relaciones con los otros estados y, más ampliamente, su inserción en la comunidad internacional. Muy acertadamente nos lo hace notar Germani: "La situación de estricta independencia y la internacionalización de la política interna —escribe en las últimas páginas de su ensayo— tienden más a favorecer las soluciones autoritarias que las democráticas". Y comenta: "La explicación de este fenómeno debe buscarse en el alto grado de inseguridad generado por el carácter inestable e irracional de los procesos internacionales". Y yo considero acertada esa notación porque hoy, más que nunca, la política interna está determinada por la política internacional y por la constelación de intereses de la potencia hegemónica en cuyo ámbito un Estado se ve obligado (quede bien claro: "se ve obligado", puesto que la colocación de un Estado en el sistema internacional casi nunca es el resultado de una libre elección del Estado interesado) a vivir. Todos los temas de la ingobernabilidad interna son casi irrelevantes frente a la ingobernabilidad de la sociedad internacional. Y la ingobernabilidad de la sociedad

internacional tiene como contragolpe inevitable una forma de gobierno de la sociedad cada vez más autoritaria. Las garantías de las libertades democráticas se frenan frente a un estado de guerra. Vale siempre el principio de que la necesidad no tiene leyes porque ella tiene la fuerza irresistible de las leyes de la naturaleza frente a las cuales las leyes del hombre se ven obligadas a callar: *inter arma silent leges*. Sería conveniente reflexionar sobre el hecho de que, aun la más avanzada declaración de los derechos del hombre, como es la declaración aprobada por la Convención Europea por los derechos del hombre, prevé en su art. 15 que "en caso de guerra o de otro peligro público que amenace la vida de la nación, toda Parte Contrayente puede tomar las necesarias medidas para derogar las obligaciones previstas por la presente Convención" (que son, justamente, las obligaciones derivadas del respeto a los derechos del hombre).

Yo agrego que frente a la amenaza del autoritarismo que acecha a las democracias, la amenaza de la guerra nuclear que acecha a toda la humanidad en estos momentos es mucho más grave y, a pesar del equilibrio del terror, es aterradora. Pero yo pertenezco al grupo de aquellos a quienes los realistas llaman, irónicamente, "los apocalípticos" (sin embargo, yo me inclinaría a apodar a los realistas, "los inconscientes").

Para completar cuanto hemos dicho hasta aquí, y siguiendo aunque con libertad el ensayo de Germani, yo querría hacer una última observación. Un discurso completo sobre el destino de la democracia debería tomar en consideración no sólo las tensiones internas, sus contradicciones o sus paradojas, como quiera llamárseles, sino también sus fracasos, es decir las promesas no mantenidas. Indico tres que han dado origen a una rica literatura crítica y que no pueden escapar a la atención del buen demócrata.

La primera de las promesas no mantenidas por la democracia es que no logró eliminar las *élites* del poder. Nos hemos conformado con reconocer que las democracias se distinguen de los gobiernos no democráticos no ya por haber suprimido las oligarquías, sino porque permiten a varias oligarquías participar pacíficamente en el gobierno de la sociedad. La segunda promesa no mantenida es la de no haber alcanzado la integración de la igualdad formal con la igualdad sustancial; no hay que olvidar que desde la más remota antigüedad, desde cuando Aristóteles consideraba como característica de la democracia (distinta de la oligarquía) a la justicia basada en la igualdad aritmética, la lucha por el gobierno democrático siempre ha sido conducida bajo el signo de la igualdad. Nos hemos conformado con la igualdad de oportunidades (que es un ideal liberal), pero hasta las oportunidades, generalmente, son sólo palabras. La tercera promesa, a la que he dedicado un artículo hace muy poco tiempo (aparecido en la *Rivista Italiana di Scienza Politica*, núm. 2, 1980), es que la democracia no logró jamás vencer al poder invisible. El advenimiento de los regímenes democráticos había prometido un

poder prístino, transparente. Sin embargo, el poder siguió siendo opaco y oscuro.

Es importante hacer una distinción entre las contradicciones internas de la democracia y sus fracasos, porque ello nos permite separar y distinguir las críticas de la derecha de las de la izquierda; las críticas de los conservadores que querrían menos democracia, de las de los radicales que querrían más. Hay que reconocer que, hasta aquí, históricamente, las únicas que han tenido éxito han sido las primeras. La historia ha conocido la vía democrática al fascismo, no al socialismo. Por más que la amenaza a los regímenes democráticos provenga también de la extrema izquierda, las democracias que han muerto han sido asesinadas por movimientos autoritarios de derecha. Por más que sea lícito sostener que toda democracia contiene gérmenes destructivos y que los mismos provienen tanto de la derecha como de la izquierda, hay que reconocer que hasta ahora sólo los primeros han producido su efecto en determinadas circunstancias. Claro, existen regímenes autoritarios y totalitarios que han sido impuestos por movimientos de izquierda, pero han dejado sentir su efecto en sociedades no democráticas.

Me parece indudable que éste ha sido el pensamiento de Germani, sobre todo si tomamos en consideración el interés que él demostró y puso en el estudio del autoritarismo de derecha más que en el de izquierda. Y no podía ser de otro modo, pues dedicó particular atención no ya a los fracasos de los regímenes democráticos que desde siempre estimularon las críticas de la izquierda, sino a las contradicciones internas que han sido el objeto de las recriminaciones y las oscuras profecías de los movimientos de derecha. Dije al comienzo que como hombre de investigación había analizado el posible fin de la democracia, remarcando la "posibilidad". Pero como hombre no era optimista. En la última página de su ensayo no deja entrever esperanza alguna. Y considera dicho trabajo como un ejemplo de literatura (muy abundante, es su comentario) de la catástrofe, a la vez que comprueba, amargamente, que contiene "un diagnóstico negativo"; para, finalmente, agregar: "Tal vez me he equivocado". Dice "tal vez", ya que la certeza absoluta no es patrimonio del científico. Pero como hombre tenía el oscuro presentimiento de no estar equivocado. Leyendo esta página he recordado otra última célebre página: la de Max Weber en *Politik als Beruf* cuando dice: "No tenemos frente a nosotros la floración del verano sino una noche polar cargada de frías tinieblas y privaciones". Pero Weber creía en el jefe carismático. Sin embargo, después de Hitler y de Stalin, ¿se puede seguir creyendo en él? Querría volver a insistir acerca de la invocación del jefe carismático como tema que se repite en la historia del pensamiento político de las épocas de grandes crisis: él es visto como la última esperanza de quien no tiene nada que perder. Lo invoca Maquiavelo en el último capítulo de *El Príncipe*: el novel Teseo llamado a liberar a Italia del bárbaro dominio. Lo invoca Hegel, remedando a Maquiavelo, en el ensayo juvenil acerca

de la *Constitución de Alemania* y lo vuelve a bautizar con el nombre de Teseo (el héroe que, según Plutarco convirtió en ciudad a un pueblo desunido). Pero no podemos invocarlo nosotros, si es que la historia enseña algo. Nosotros estamos condenados a creer solamente en la razón. Tal vez por ello es que tenemos tan pocas esperanzas.

Traducción por Ernesto Arrioli

Primera parte

Resultados democráticos y autoritarios de los procesos revolucionarios

Los resultados de las revoluciones: una reflexión sobre las sociedades autocráticas y democráticas post-revolucionarias*

S. N. Eisenstadt

1. Introducción

Como todos sabemos, y como indica el tema del simposio, el difunto Gino Germani estaba sumamente interesado en los problemas del autoritarismo y las tendencias autoritarias y democráticas de las sociedades modernas en general, y particularmente en relación con el proceso de modernización.

En el estudio presentado en este simposio, así como en sus últimos libros sobre fascismo, hace hincapié en una serie de tipos muy especiales de variables estructurales, no tanto las referidas a temas como la composición objetiva de clases, el nivel de desarrollo económico, etc., sino variables estructurales tal vez más dinámicas, relacionadas con la dislocación de grupos, sus movimientos y su ubicación dentro de la estructura social. Creo que ésta es una perspectiva muy fértil e importante que debería seguir desarrollándose. Hoy quisiera estudiar algunos aspectos muy parciales de esta perspectiva refiriéndome a un tema anunciado en mi trabajo: los resultados de las revoluciones en términos de autocracias o democracias, las sociedades post-revolucionarias autocráticas o democráticas. Aquí se presenta una cierta paradoja. El punto crucial de esta paradoja es que todas las revoluciones y los líderes de movimientos revolucionarios se definen a sí mismos en términos de una gran experiencia y expectativas de emancipación y liberación; se consideran movimientos emancipadores muy liberadores; su autolegitimación, la forma en que legitiman sus actividades, los grandes trastornos que producen, las ideologías proclamadas, se apoyan en tales experiencias emancipadoras y liberadoras, que están potencialmente en movimiento en dirección a la democracia.

* La investigación sobre la cual se basa este trabajo ha sido subvencionada en parte por una donación de la Fundación Volkswagen.

Pero al mismo tiempo, la experiencia revolucionaria en sí misma, antes de que la revolución y el régimen post-revolucionario estén completamente institucionalizados, es, desde nuestro punto de vista, muy ambivalente. Por un lado, muchos pueden sin duda considerarla una experiencia muy liberadora; se sienten liberados de muchas trabas que impone la opresión y la rigidez. Pero si bien esta experiencia en sí misma —la experiencia de un gran movimiento social, del cual el Profesor Albe-roni probablemente hablará luego— puede resultarle muy liberadora a quienes han participado en ella, otros pueden no concebirla así. Y, lo que es más importante para nuestra exposición, la estructura de esta experiencia, como la de muchos movimientos sociales —aunque no todos, éste es un caso extremo de tales movimientos— no es muy democrática. Puede considerarse liberadora, pero en su misma naturaleza tiene algunos aspectos totalizadores (no quiero usar el término "totalitario" porque creo que este último es mucho más apropiado para un régimen) muy pronunciados, que en sí mismos no son democráticos, inclusive si pueden considerarse liberadores.

De aquí que el resultado final de cualquier revolución depende en gran medida de la forma en que se presentan estos elementos contradictorios en la interacción entre el proceso revolucionario en sí mismo y el marco social más amplio desde donde se desarrolla y en el cual tiene lugar; es a este problema al cual nos referiremos.

Pero en primer lugar tracemos los límites de este estudio. Sólo nos ocuparemos de las clásicas Grandes Revoluciones, como la inglesa, la norteamericana, la francesa, la rusa y la china, y de algunos casos menos centrales como la revolución rusa, la turca, la vietnamita y la yugoeslava. Algunos aspectos de este análisis pueden aplicarse también a situaciones no revolucionarias —un problema planteado por el Profesor Hirschman— pero eso excede el alcance de este trabajo*.

2. Modernización y revoluciones: el problema de las discontinuidades

Las revoluciones modernas empujaron las sociedades en las cuales tuvieron lugar en dirección a la modernización, tanto en sus aspectos simbólicos como en su organización. Todas las sociedades post-revolucionarias experimentaron una creciente organización y especialización de estructuras: el establecimiento de sistemas y mercados internacionales,

* El trabajo es una elaboración de algunos argumentos planteados en: Eisenstadt, S. N.: *Revolutions and the transformation of Societies*, The Free Press, Nueva York, 1978. En ese libro también se han realizado algunas aplicaciones preliminares a situaciones no revolucionarias.

el desarrollo de economías de mercado y modernas estructuras institucionales semi-industriales o industriales en el campo económico; la elaboración de sistemas de estratificación y movilidad no tradicionales y relativamente abiertos, en los cuales los criterios de éxito —específicamente los criterios económicos, educacionales y laborales— se tornan relativamente predominantes, y el debilitamiento de la formación tradicional de estratos y su reemplazo por una formación de clases más abierta en la estructuración de jerarquías sociales y sistemas políticos centralizados.

Estos cambios de organización estuvieron estrechamente ligados a las premisas básicas de la imagen revolucionaria, es decir, las premisas de igualdad, libertad y solidaridad, y a sus derivaciones institucionales: el debilitamiento de la legitimación tradicional, la reestructuración de relaciones entre el centro y la periferia, la creciente intromisión de la periferia en el centro en nombre de las premisas revolucionarias, y una transformación de amplio alcance de la naturaleza y el contenido de los centros sociales y de las reglas de acceso a los mismos.

Semejante transformación social, por supuesto, tuvo lugar en grados diversos en todas las sociedades modernas y en vías de modernización. En las sociedades revolucionarias esta transformación se produjo a través de revueltas violentas y conjuntos específicos de procesos de cambio. La transformación revolucionaria implicó, en primer lugar, una considerable convergencia entre, por un lado, la reestructuración del acceso al poder y al centro, de sus símbolos y sus pautas de legitimación, junto con, por otro lado, cambios en los principios de justicia distributiva, legitimación y estructura de las actividades institucionales, y/o delineación de los límites y símbolos de participación en la colectividad.

En segundo lugar, los cambios en la misma esfera política se cristalizaron según un cierto modelo. Por lo tanto, se produjeron a la vez cambios en los símbolos y formas de legitimación de los regímenes, en las bases de acceso al centro, en las relaciones centro-periferia, y en las posiciones de control sobre los recursos.

Pero más allá de estos resultados, comunes a todos los procesos de modernización en general y a los revolucionarios en particular, se desarrollaron algunas diferencias muy importantes. Entre éstas está la diferencia en la cual estamos interesados: la instauración de democracias o autocracias como resultado de estos procesos en general y de los revolucionarios en particular. Nos parece que la mejor forma de entender estos diferentes resultados de las revoluciones —e implícitamente tal vez también de procesos de modernización, de transiciones a sistemas sociales políticos modernos— es analizándolos dentro del marco más amplio de los resultados de revoluciones en general, especialmente en lo que respecta a la discontinuidad de las sociedades prerrevolucionarias. ¿Cuáles son los aspectos más importantes de esta discontinuidad? Parecen ser: 1) el grado de modificación de los símbolos de identidad colectiva y de legitimación de regímenes; y 2) el nivel de violencia y de frac-

tura institucional violenta con respecto al pasado que implica cada revolución y el grado en que se sustentó tal violencia simbólicamente; 3) el grado de discontinuidad en la organización y las premisas de las estructuras institucionales.

Esta última discontinuidad de las estructuras institucionales, puede analizarse según las siguientes dimensiones:

a) En primer lugar está el grado de discontinuidad en la composición de la élite o clase gobernante y de los poseedores de poder y prestigio, especialmente de las posiciones más altas en las diversas esferas institucionales. Tal discontinuidad varía desde una completa eliminación (violenta o no violenta) de los anteriores grupos dominantes a su asimilación en las nuevas estructuras.

b) Cambios de organización en las principales unidades de las diversas esferas institucionales, como por ejemplo la transición de pequeños grupos a partidos organizados, o de mercados institucionales limitados a otros de mayor alcance.

c) Cambios en el "significado" de las instituciones, es decir en los "propósitos" simbólicos o fines últimos declarados, a cuyo servicio están —según se las define— las principales esferas institucionales, en el modo consiguiente de su legitimación, y en la articulación de nuevos roles. En la esfera económica tales cambios se manifiestan en lo que los marxistas llaman el "modo" de producción, en la esfera política, en el tipo de régimen y en el tipo de articulación política, en las relaciones centro-periferia, en los símbolos y bases de legitimación política.

d) Cambios concomitantes en el control sobre el acceso a los principales recursos y mercados y en el grado de dislocación de diversos grupos con respecto a sus bases de poder y al control sobre el uso de los recursos. Especialmente, el grado de conexión de los cambios en la composición de la clase gobernante y otras clases con los cambios en la posición relativa de estos grupos, así como con la pérdida —especialmente por parte de grupos de clase media y baja— de acceso a los recursos y/o control sobre los mismos, y de acceso autónomo a las bases de poder; también el grado de conexión de la reestructuración institucional con medidas coercitivas adoptadas.

Como veremos, las sociedades post-revolucionarias variaron en gran medida con respecto a la combinación, algunas veces paradójica, de estas discontinuidades, y es en el marco de estas combinaciones donde se desarrollaron las tendencias hacia sociedades democráticas o autocráticas. Nuestra explicación de estos diferentes resultados se centrará en algunas variables que han sido descuidadas en la bibliografía, la cual generalmente ha hecho hincapié en las coaliciones entre clases sociales que se formaron en las sociedades pre y post-revolucionarias como variables más explicativas. La obra fundamental de Barrington Moore, *The social condition of Dictatorship and Democracy*, ha ejercido gran influencia

sobre este enfoque, que asimismo se ha planteado en los análisis más recientes de Theda Skocpol y Kay Ellen Trimberg; también John Kantsky lo ha desarrollado sistemáticamente en su obra, sólo que éste último, y en cierta medida Trimberg, ya acentuaban, siguiendo algunos estudios anteriores sobre modernización, la importancia de las élites revolucionarias en sí mismas. Autores marxistas contemporáneos, en estudios comparativos de revoluciones, han intentado análisis relativamente similares, aunque menos precisos, formulados en términos más ortodoxos y metafóricos.

Si bien todos estos estudios han contribuido en gran medida a la comprensión de los diferentes resultados de las revoluciones, sus enfoques no pueden explicar algunas variaciones muy importantes de estos resultados, esencialmente porque no ven al Estado como un "socio" potencialmente autónomo y subestiman, por ende, la importancia que tienen las distintas relaciones entre Estado y otros grupos y clases sociales, y entre centro y periferia, para la restructuración interna de estas clases, así como subestiman la importancia de la relación con otros actores sociales, incluyendo el centro. Por consiguiente... Por consiguiente, en nuestro intento por explicar los diferentes resultados, señalaremos algunas variables adicionales. Entre éstas, las más importantes son las estructuras internas de los centros, especialmente en lo que respecta a su rigidez o apertura, su grado de cohesión, solidaridad y sus relaciones solidarias con otros grupos diferentes de la sociedad.

Se ha señalado la importancia de variables tales como la estructura, la cohesión y la solidaridad de los grupos en estudios microsociales de liderazgo; sin embargo, rara vez se han aplicado en forma sistemática a órdenes macrosociológicos, aunque en la bibliografía histórica abundan referencias intuitivas.

Los aspectos más importantes de la rigidez o apertura del centro son, en primer lugar, su rigidez táctica frente a nuevas exigencias; en segundo lugar, su rigidez estructural, es decir el grado en que niega a otros grupos acceso autónomo a él; en tercer lugar, el grado de homogeneidad o heterogeneidad de su composición; y en cuarto, la relación entre grupos y élites del centro y aquéllos que aspiran acceso al centro, y entre estos grupos y otros actores sociales (élites secundarias, clases sociales, amplias colectividades adscriptas).

Estos diversos aspectos de la estructura de los centros y sus relaciones con otras élites y estratos más amplios influyen sobre la capacidad del centro de movilizar los recursos necesarios para manejar los problemas concomitantes de la transición a la modernidad, y sobre su capacidad para incorporar a quienes desean participar en él y para establecer lazos con los estratos más amplios, a fin de realizar una estructuración institucional. Así, estos aspectos de la estructura del centro y de los principales grupos también influyen sobre los diferentes resultados de las revoluciones.

Los aspectos mas importantes de la estructura de los centros, desde el punto de vista de los resultados post-revolucionarios, son el grado de autonomía de las élites que surgen en el proceso revolucionario, su consiguiente capacidad para formar instituciones, y su apertura y relaciones solidarias con otras élites y estratos más amplios.

No estudiaremos aquí el grado en que estas mismas condiciones pueden explicar también las diferencias en los resultados no revolucionarios de procesos de modernización, aunque no hay duda de que esto sucede en cierta medida.

Procedamos ahora a estudiar los procesos revolucionarios y sus resultados en los casos aquí analizados.

3. Estudios comparativos de los resultados de las revoluciones

3.1. Los procesos revolucionarios y sus resultados en Europa Occidental

Las sociedades europeas del siglo XVII se caracterizaron por: 1) una multiplicidad de centros; 2) un alto grado de infiltración del centro en la periferia y de intromisión violenta de la periferia en el centro; 3) un grado comparativamente alto de autonomía de los grupos y estratos sociales y de su acceso al centro; 4) una multiplicidad de élites culturales y funcionales (económicas o profesionales), un alto grado de superposición entre ellas, y relaciones estrechas entre ellas y colectividades y estratos más amplios; 5) "entrepreneurs" institucionales generales altamente desarrollados y autónomos, en particular élites secundarias políticas, religiosas y económicas; 6) una relación relativamente estrecha entre estas élites secundarias y los estratos sociales más amplios, y por consiguiente, entre las primeras y los movimientos de rebelión, y 7) una predisposición por parte de estas élites y grupos para las actividades orientadas hacia la formación de centros y para combinar dichas actividades con la estructuración institucional en las esferas económica, cultural y educacional. Todas estas características influyeron sobre la rigidez de los diferentes centros que se desarrollaron en Europa en la Era del Absolutismo.

Las tendencias absolutistas fueron más exitosas en los lugares donde los elementos pluralistas eran más débiles (España y muchos principados alemanes); tuvieron menos éxito en Inglaterra, Francia y Suecia. La rigidez de los primeros centros de Estuardos y Borbones se manifestó por sobre todo en su incapacidad para manejar grupos y estratos que en principio tenían acceso al centro. De hecho, este acceso constituyó un aspecto básico de la construcción de estos respectivos centros.

La rigidez del centro inglés se puso de manifiesto en el intento de escasa duración de los Estuardos de limitar el alcance de la participación autónoma de estos grupos, aunque sin negar su derecho a la participa-

ción. Por consiguiente, Inglaterra experimentó una exclusión temporal del centro de clases autónomas, relativamente fuertes y estrechamente ligadas a élites secundarias, autónomas y solidarias.

En Francia, el intento de establecer un régimen absolutista luego de la Contrarreforma tuvo mayor éxito. Sin embargo, también contravino premisas inherentes a la organización política francesa. Por lo tanto, si bien el centro francés parecía más cerrado y exclusivo que el inglés, estaba de hecho bastante diversificado. El centro francés incorporó grupos burocráticos y autocráticos relativamente autónomos, que mantenían relaciones estrechas, aunque ambivalentes, con muchos "entrepreneurs" autónomos en surgimiento, y relaciones relativamente estrechas —que algunas veces llegaron a una incorporación casi total— con estratos más amplios, especialmente estratos de clase media y terratenientes.

3.2. Inglaterra

Existe una estrecha relación entre los resultados de las revoluciones europeas (y la norteamericana) y las estructuras de sus respectivos centros. El proceso revolucionario inglés —desde la Gran Rebelión hasta la Revolución Gloriosa— generó un grado relativamente bajo de discontinuidad en los símbolos de la comunidad política, aunque sobrevino un cambio bastante marcado en las bases de legitimación. Este cambio se produjo en la Gran Rebelión con un nivel considerable de violencia (por supuesto, las revoluciones europeas y asiáticas posteriores fueron mucho más violentas).

Los resultados de la revolución en Inglaterra incluyeron cambios considerables en la importancia y el poder de diferentes sectores de la clase gobernante. Los nuevos elementos —grupos de clase media urbanos y terratenientes, sectores menores de la aristocracia, y especialmente "entrepreneurs" profesionales, religiosos y políticos independientes (estrechamente ligados pero no idénticos a los estratos urbanos y rurales de clase media y a la aristocracia)— se incorporaron al centro sin una gran destrucción simbólica o física de los grupos aristocráticos y de la corte más tradicionales.

Al mismo tiempo, se produjeron cambios de amplio alcance, aunque graduales, en algunos de los principios básicos de jerarquización de la estructura social y en los criterios de acceso a los recursos y a las bases de poder desde donde se controlaba el uso de estos recursos. Los criterios de posición económica cobraron lentamente mayor importancia, vinculándose con los criterios de "status" social y poder político. Este desarrollo estaba relacionado con la creciente fuerza y autonomía de las clases medias urbana y rural; agrícola, comercial y semi-industrial, y sus actividades económicas. El creciente control que estos grupos ejercieron sobre el uso de sus recursos estaba ligado a la autonomía del

sistema legal y al énfasis que éste ponía en la autonomía de la propiedad privada y los derechos civiles.

Este ascendiente de la ley se debió a la ampliación del acceso de diversos grupos, principalmente de clase media, a los principales mercados, así como a su creciente control sobre el flujo de recursos entre mercados. La importancia dada a la propiedad privada y los derechos civiles fue inicialmente instrumental, a fin de lograr la disociación de muchos de los grupos de clase baja (particularmente grupos rurales) de las bases de sus recursos, y la creación de un proletariado urbano.

Esta disociación fue sólo parcial o temporaria. La institucionalización de los derechos civiles, la vigencia de la ley, y la soberanía del parlamento luego se convirtieron en puntos de partida para la organización política de estos grupos y para la cristalización de sus propios derechos de acceso al centro, luego de prolongadas luchas. Así, el acceso a los mercados y el control sobre los mismos, tan estrechamente ligados al sistema legal, también se extendieron a los grupos proletarios que surgieron como resultado de las dislocaciones provocadas por el desarrollo capitalista en la agricultura y luego por la Revolución Industrial.

En forma concomitante, Inglaterra experimentó una intensificación de cambios en el significado de las instituciones y en la reestructuración de roles. En la esfera económica, esto se tradujo en el sistema o modo de producción capitalista, constituido no sólo como una forma de organización, sino también como un nuevo sistema que se autolegitimaba, con roles y símbolos nuevos y autónomos. En el campo político, tuvieron lugar, como se señaló anteriormente, cambios en los principios de legitimación: una reestructuración aparentemente estable de las relaciones entre el orden socioeconómico y el político en dirección a la diferenciación y una creciente articulación del acceso autónomo de grupos socioeconómicos al centro.

Esta reestructuración generó cambios de amplio alcance en las relaciones centro-periferia de dos formas estrechamente ligadas. En primer lugar, se redefinieron las relaciones simbólicas centro-periferia hacia un acceso autónomo al centro y a la posibilidad de su reconstrucción por parte de estratos más amplios. En segundo lugar, se debilitaron gradualmente los controles adscriptos y tradicionales sobre este acceso. El desarrollo de la concepción de la ciudadanía, la práctica de la misma y la creciente autonomía del sistema legal reforzaron ambas características.

En Inglaterra, la combinación de estos cambios en las relaciones centro-periferia con las distintas formas de dislocación dieron lugar a una incorporación relativamente constante de nuevos grupos sociales al centro, una incorporación estrechamente relacionada con la extensión de las bases de control sobre el uso de los recursos. Los resultados de la revolución en Inglaterra se asemejaron más a las transformaciones que

tuvieron lugar en sociedades como la sueca, la suiza y la holandesa (luego de la rebelión) en las que no se produjo una revolución política.

3.3. Francia

Francia presentó un grado mucho mayor de discontinuidad y ruptura entre las sociedades pre y post-revolucionarias, y la Revolución Francesa fue mucho más violenta que la inglesa. De hecho, en la Revolución Francesa el culto a la violencia se convirtió en parte del mito revolucionario y la actividad diaria.

El alto nivel de discontinuidad fue evidente en primer lugar en el cambio violento de los principios y símbolos de legitimación, en la inhabilitación política casi total de la clase gobernante anterior y la ejecución de muchos de sus miembros, y en la ejecución de miembros de la aristocracia. En forma concomitante, se produjo un cambio en los principios de incorporación a la clase gobernante. Es decir, se dio mayor importancia a elementos intelectuales-profesionales y profesionales-políticos surgidos de la clase media. Contrariamente a Inglaterra, en Francia se manifestó una gran brecha entre los elementos tradicionales y los nuevos.

También se produjeron cambios de amplio alcance en las bases de las jerarquías sociales, lo cual resultó evidente en la abolición de los privilegios legales y económicos de la aristocracia, en la jerarquización de los criterios de posición económica y en la reestructuración del acceso formal e informal a los recursos y sus usos (este último cambio significó la institucionalización de la propiedad privada y la alteración del acceso diferencial de varios grupos a estos recursos).

Todos estos cambios contribuyeron al crecimiento de las burguesías urbana y rural, y a la dislocación de los grupos de clase baja, de los cuales se desarrollaron los nuevos proletariados. Como en Inglaterra, en Francia esta dislocación coincidió con la adjudicación de derechos políticos y legales por medio de los cuales los grupos dislocados podían compensar los resultados de esta dislocación obteniendo posiciones de control sobre los recursos. Pero dada la brecha que creó la Revolución Francesa en el campo político, esta lucha fue naturalmente más violenta que cualquiera experimentada por Inglaterra.

Los cambios estructurales desarrollados a medida que el proceso de modernización continuó dislocando grupos en la periferia dio origen a constantes confrontaciones entre unidades sociales diferentes por los derechos y el control de acceso a los recursos, así como por la legitimación del régimen post-revolucionario. Como Inglaterra, Francia presenció la apertura y la ampliación de mercados, del acceso a ellos y del flujo de recursos entre ellos, junto con un cambio parcial en el significado de los complejos institucionales, además de cambios organizativos de amplio

alcance. Pero debido a la brecha entre el antiguo grupo y el nuevo, este proceso no se legitimó completamente como en Inglaterra.

Se produjo un proceso paralelo en la esfera política y en la estructuración de relaciones entre los órdenes socioeconómico y político. Las élites políticas, y las fuerzas sociales y élites más independientes, se cristalizaron en las fuerzas —relativamente autónomas aunque anti-téticas— del Estado y la sociedad. Estas fuerzas lucharon continuamente por su importancia relativa en la formación del centro de la nación-Estado, en la regulación del acceso a él y en la articulación de los símbolos y las bases de legitimación del régimen.

3.4. La Revolución Norteamericana y la Rebelión de Holanda

Resulta especialmente interesante para nuestro análisis la discontinuidad manifestada en dos tempranas revoluciones, que han desconcertado a los teóricos de este tema: la Rebelión de Holanda y la Revolución Norteamericana. En ambos casos, y contrariamente a las revoluciones inglesa y francesa, el principal resultado fue la reconstrucción de los límites de la nueva comunidad política y los símbolos de su identidad nacional (y no sólo política). En ambos casos, la definición de los nuevos límites no se centró en características étnicas, regionales u otros rasgos primordiales, sino en la construcción de nuevos símbolos civiles de una nueva organización política. Dicha construcción fue especialmente notable en la Revolución Norteamericana, en la cual se creó una comunidad política sobre una nueva ideología que se centraba en lo que Robert N. Bellah llamó "religión civil". En Holanda se desarrolló un tipo de legitimación similar.

Si bien los nuevos símbolos civiles acentuaban la separación con respecto al país madre o conquistador, en el caso de los Estados Unidos éstos derivaban en realidad de las premisas del sistema político inglés. La legitimación de la Rebelión de Holanda se realizó explícitamente sobre las bases ideológicas tradicionales y corrientes de la política europea.

Tanto en Holanda como en las colonias norteamericanas se produjeron trascendentes transformaciones en otras esferas sociales. En ambos casos, el desplazamiento de la clase dominante "extranjera" coincidió con un cambio en la composición de las clases superiores locales y las élites sociales y políticas. De hecho, como han ilustrado copiosamente recientes estudios en Holanda y Norteamérica, diferentes élites competidoras, especialmente los tipos relativamente nuevos de "entrepreneurs" políticos, activaron y en cierta medida estructuraron los intereses y conflictos económicos y de clase que fueron causas importantes de estas revoluciones. En forma concordante, estos cambios dieron origen a una reestructuración bastante importante de las jerarquías sociales.

En ambas sociedades, los criterios de éxito económico y profesional adquirieron mayor importancia; se produjo una institucionalización de la propiedad privada de gran trascendencia y una expansión estable del acceso al centro. Algunos desarrollos estrechamente relacionados fueron la apertura y ampliación de mercados, la redefinición de esferas institucionales, y el fomento de nuevos complejos institucionales y de nuevos roles. Estos cambios se manifestaron en el surgimiento de sistemas capitalistas en la esfera económica, en el ideal de ciudadanía libre con pleno acceso al centro, y en la autonomía de la esfera legal, todos cambios más profundos que los experimentados por Inglaterra.

3.5. El proceso revolucionario y sus resultados en China

En el caso de China encontramos una estructura inicial diferente, así como un proceso revolucionario y resultados diferentes. El sistema imperial chino contaba con un centro absolutista relativamente unificado, definido tanto en términos de poder político como de tradición cultural; ambos elementos constituían bases independientes de acceso. Los componentes políticos y culturales del centro mantenían ciertos lazos solidarios con la periferia, aunque controlaban la orientación de ésta hacia el centro. El centro imperial, con una marcada orientación confucionista, era el único distribuidor de prestigio y honor, y los diversos grupos o estratos sociales no desarrollaron orientaciones autónomas de "status" excepto en un nivel puramente local. Las principales orientaciones estaban ligadas al centro político-religioso.

La estructura del estrato principal que unía el centro imperial a la sociedad más amplia —el sector culto— tuvo aquí una importancia crucial. Este grupo combinaba las funciones o características de las élites políticas y de los articuladores de modelos culturales, y mantenía buenas relaciones con los articuladores de solidaridad de las colectividades. Como se señaló anteriormente, el sector culto virtualmente monopolizó el acceso al orden macrosocial, un monopolio basado en gran medida en lazos solidarios con la periferia y estrechos vínculos de clase con la burguesía. Las relaciones entre la solidaridad de los grupos más grandes con la de los grupos del centro fueron sin embargo controladas casi totalmente por el sector culto, que permitió una escasa autonomía de acceso al centro.

Por lo tanto, en la China pre-revolucionaria existía un centro monopolizador con cierta diversificación interna. El centro mantenía estrechos lazos con los estratos más amplios, pero controlaba el acceso de estos grupos a sí mismo. Los grupos más amplios eran internamente muy solidarios, pero tenían muy poca autonomía con respecto a sus orientaciones hacia el centro y sus interrelaciones.

La Revolución China en sus dos fases (la Kuomintang y la comu-

nista) dio lugar a tipos diferentes de reestructuración (en parte continua y en parte discontinua) del orden sociopolítico.

La primera fase incluyó una ruptura violenta con respecto a la legitimación y a los símbolos del régimen político. En forma concomitante, en esta fase se desplazó a la anterior clase gobernante —el sector culto confuciano— que perdió control sobre el acceso de los grupos y estratos mayores al centro y sobre la conversión de los recursos. China también experimentó una marcada discontinuidad en la estructuración de las jerarquías sociales. Esta discontinuidad, que empezó en la primera fase de la Revolución China y aumentó en la segunda fase, determinó que China abandonara los criterios tradicionales a favor de criterios modernos y abiertos de éxito o servicio a la comunidad.

En la primera fase de la Revolución China estos desarrollos no provocaron cambios de gran alcance en la composición y posición de los otros grupos socioeconómicos superiores: la burguesía local, los jefes militares y los comerciantes. De hecho, la apertura de mercados y el debilitamiento del control central sobre los mismos aumentó el poder relativo de estos grupos con respecto a las clases sociales inferiores, especialmente el campesinado. No se establecieron nuevos lazos entre los nuevos líderes políticos y estos grupos inferiores que pudieran expandir su acceso a nuevos recursos.

Estos desarrollos dieron lugar finalmente al primer centro chino moderno: un centro cerrado, monopolizador, centrado en el estrato más fuerte, especialmente en la alta burguesía. Este centro era aun más cerrado que el imperial e inclusive mantenía menos lazos con la periferia.

Si bien las relaciones centro-periferia en China se reestructuraron según los principios básicos de la modernidad, el acceso real al centro pasó al poder de la alta burguesía y los jefes militares; dentro de este centro tuvo lugar una búsqueda continua de nuevos principios de legitimación. Sin embargo, los nuevos grupos gobernantes fueron incapaces de redefinir las viejas premisas y estructuras o de establecer nuevas, de estructurar nuevos niveles de articulación política, y de establecer nuevas relaciones con los grupos más amplios, sobre todo con el campesinado. Tampoco pudieron afirmar una identidad propia, autónoma, diferente de los grupos locales superiores. Los intentos en esta dirección fueron interrumpidos por la guerra con el Japón y la reacción a la rebelión comunista. Ambos sucesos fortalecieron los elementos u orientaciones más conservadores y rígidos de los nuevos grupos gobernantes.

En la primera fase de la Revolución China se produjeron cambios de organización de gran alcance en la esfera económica en dirección al orden capitalista semi-independiente. Pero este orden no se cristalizó en un complejo institucional autónomo y en pocas oportunidades dio origen a nuevos roles y complejos de roles autónomos.

La fase comunista de la Revolución China produjo fracturas y

discontinuidades de mucho mayor alcance. En primer lugar, se produjo una ruptura absoluta con respecto a los símbolos y bases de legitimación del sistema y régimen político. En segundo lugar, una vez en el poder los comunistas lograron, como se señaló anteriormente, una amplia reestructuración en muchos aspectos del sistema institucional.

Se desplazó casi totalmente a la clase gobernante y se ejecutó a muchos de sus miembros; surgió un nuevo grupo gobernante autónomo afirmado en el movimiento revolucionario.

Esta nueva clase gobernante fue la segunda en la historia (la primera fue rusa) compuesta por profesionales revolucionarios; más adelante incorporó a importantes elementos de la burocracia y el partido, y luego a grupos empresario-burocráticos locales. La nueva clase gobernante era independiente de cualquier clase social, aun si parecía representar, mantener o establecer lazos solidarios con el proletariado y el campesinado.

El desplazamiento total de la clase gobernante en China en la segunda fase estuvo estrechamente ligado al desplazamiento y destrucción de las clases superiores rural y urbana, al surgimiento de una nueva jerarquía social de grupos gobernantes (pertenecientes al partido y a la burguesía) y a la reestructuración de las relaciones agrarias en un esquema mixto que incluía la distribución de tierras y la posesión de tierras por parte de la comuna.

Simultáneamente, se produjeron cambios importantes en el sentido de las instituciones, que se reflejaron en la instauración de un nuevo modo de producción, socialista y centralizado, y en una organización política revolucionaria, bajo cuya dirección se produjo una modernización gradual de la estructura agrícola. Todos estos desarrollos se relacionaban con la apertura de mercados y la reestructuración del acceso de diferentes grupos a los mismos, con una creciente participación simbólica de todos los grupos en la sociedad y en su centro, y con una redistribución general de recursos (especialmente, como señalamos, las tierras).

Sin embargo, se mantuvo un control centralizado sobre los recursos. El acceso real a mercados y centros lo regulaba rigurosamente el centro, que utilizaba la coerción en gran medida. No obstante, tensiones y conflictos dividieron el centro. Se produjeron luchas violentas entre diferentes sectores del grupo gobernante: los elementos del partido más radicales, antiburocráticos, contra los jefes de la organización (la armada tuvo aquí un papel muy importante). Se cuestionaba la importancia del poder, la solidaridad y la comunidad frente al crecimiento económico. Conjuntamente con estas luchas tuvo lugar un alto grado de activación simbólica de las masas; se acentuaron los aspectos solidario-comunales de su participación en el nuevo centro, sin permitir un acceso real a los centros de poder.

Para resumir, con algunas excepciones, el control del acceso estaba

en manos de varios grupos de los centros y sus representantes en la periferia. Sólo existió un cierto grado de descentralización en la esfera económica. Pero, en última instancia, la autonomía local o regional estaba limitada o dirigida por los jefes de la organización.

3.6. El proceso revolucionario y sus resultados en Rusia

La mayor discontinuidad desde el punto de vista de la reestructuración del orden sociopolítico, la modificación de la legitimación del régimen y la reestructuración de las jerarquías sociales, tuvo lugar en Rusia.

De todos los sistemas imperiales, Rusia tenía el centro tradicional más exclusivo y monolítico, con lazos muy débiles entre élites secundarias y grupos y movimientos más amplios. El centro ruso era básicamente autónomo y diferente de otros grupos y estratos, y no permitía acceso a sí mismo. Rusia aceptó sólo una mínima intrusión a su centro, y una escasa participación autónoma. Los intentos por parte de grupos mayores de acceder a centros políticos y de formar unidades sociales autónomas no tuvieron éxito. Al mismo tiempo, el centro penetró en cierto grado en la periferia, a fin de movilizar recursos y controlar las actividades de la sociedad.

En consecuencia, su política fue principalmente reguladora y coercitiva. En Rusia se produjo una dislocación entre la élite con poder político y otras élites (tanto las diversas élites institucionales como las articuladoras de modelos de orden cultural) y entre las élites políticas centrales y las articuladoras de solidaridad de las principales colectividades adscriptas. Por sobre todo, el acceso de las élites secundarias entre sí y al centro quedó bajo el control de la élite política superior. Como puede suponerse, surgieron muy pocos lazos entre los estratos más amplios, relativamente solidarios pero cerrados, fuera de los creados por el centro. No obstante, al mismo tiempo se desarrollaron orientaciones bastante importantes hacia el centro entre las élites secundarias; la mayoría de estas élites era cohesiva, pero pocas tenían relaciones solidarias autónomas con grupos más amplios. Por lo tanto, a pesar de sus programas oficiales y serios intentos, pocas élites secundarias lograron incorporar en sus actividades a representantes de la solidaridad de grupos adscriptos mayores, o participar en los esfuerzos tendientes a la estructuración institucional que se realizaban bajo la égida de la élite tradicional, así como por parte de varios "entrepreneurs" económicos.

Bajo el régimen bolchevique, en Rusia se produjo una ruptura total con respecto al pasado, que se reflejó en una reestructuración del orden sociopolítico. Dicha ruptura tuvo lugar primero en los símbolos de la organización política y su legitimación. En forma concomitante, la clase gobernante fue totalmente desplazada y casi exterminada por la nueva

élite revolucionaria del partido —que constituyó un tipo único de clase gobernante moderna— y por nuevos grupos sociales y económicos superiores (generalmente pertenecientes al partido y a la burocracia). Aun si estos grupos provenían algunas veces de elementos más antiguos, no proletarios, estaban organizados en su totalidad según los nuevos principios de jerarquización, que se basaban en el dominio político de la nueva élite gobernante. Rusia también presenció el desplazamiento casi total de grupos de clase baja, especialmente los campesinos, quienes perdieron el control escaso y limitado que habían tenido anteriormente sobre sus propios recursos.

También se produjeron cambios en el significado y la estructuración (aunque no necesariamente la organización) de las principales esferas institucionales. El movimiento se apartó de una economía parcialmente capitalista regulada por el Estado y definida o legitimada en forma imprecisa como contribución a la modernización de la colectividad; se convirtió en una economía colectivista, centralizada, controlada por la nueva burocracia del partido, que daba gran importancia a la industria pesada.

La reestructuración de la economía rusa se basó en la expansión de mercados y del flujo de recursos entre los mismos, y en los resueltos esfuerzos por parte de la clase gobernante para controlar, por medio de la coerción, el acceso a los mercados y al flujo de recursos. En forma similar, si bien las relaciones centro-periferia se reestructuraron teóricamente según los principios básicos de la modernidad (que hacían hincapié en la participación de los mayores estratos en el centro y en la rendición de cuentas por parte del centro), el acceso real al centro estaba estrictamente restringido por medidas coercitivas.

Contrariamente al centro ruso tradicional, el centro bolchevique movilizó continuamente a la periferia, aunque sin permitirle una organización autónoma o acceso al centro; en este sentido siguió el modelo tradicional. En el caso de Vietnam se desarrolló un tipo similar de discontinuidad.

3.7. El proceso revolucionario y sus resultados en Turquía

La revolución kemalista dio origen a un tipo diferente de transformación. El centro otomano representaba una combinación de elementos imperiales y patrimoniales. El elemento imperial estaba profundamente arraigado en la ideología del Islam y en las orientaciones de algunos de estos grupos del centro; el elemento patrimonial se manifestaba en cierta medida en la organización del centro, en la composición de la periferia y en las relaciones centro-periferia.

El comienzo de la modernización intensificó el desarrollo, dentro del centro, de una variedad de elementos: el grupo gobernante, diferen-

tes grupos burocráticos, grupos semi-profesionales, y la milicia. Algunos de estos elementos establecieron relaciones solidarias con grupos superiores de la periferia rural y en cierto sentido crearon un lazo importante entre algunos de los elementos más fuertes e internamente más solidarios de la periferia con el centro.

De aquí que la Revolución kemalista dio lugar a un tipo de transformación diferente de la observada en otras sociedades revolucionarias. En primer lugar, se produjo un cambio en las bases de legitimación política y en los símbolos de la comunidad política, junto con una redefinición de los límites de la colectividad. La redefinición de la comunidad política se produjo de una única forma: la sociedad dejó el sistema islámico y constituyó la nueva nación turca. Aunque este proceso parece similar al seguido por los estados-naciones europeas, de hecho implicó la negación de un sistema universal, el Islam, lo cual no sucedió en Europa.

Por consiguiente, la revolución turca rechazó por completo la base de legitimación religiosa (islámica) e intentó desarrollar una base nacional secular de legitimación como parámetro ideológico de la nueva colectividad, con escasa acentuación de los componentes sociales de las ideologías. Este cambio se produjo con un desplazamiento casi total de la clase gobernante previa —tanto política como religiosa— por parte de las élites secundarias (de los sectores burocrático e intelectual). Hubo un desarrollo paralelo en relación con la ampliación de nuevos mercados y la apertura del flujo de recursos entre ellos. No obstante, inicialmente la élite gobernante controlaba los mercados. Más aún, se intentó establecer nuevas instituciones económicas según el modelo capitalista, pero con una marcada orientación estatista. El desplazamiento del grupo gobernante no coincidió con un desplazamiento de los elementos más fuertes de las esferas social y económica tradicionales. En los medios urbano y rural, los desplazamientos se produjeron en direcciones aparentemente contradictorias. Por un lado, el "establishment" y la burocracia elitistas se tornaron más fuertes, y dieron lugar a sistemas políticos y orientaciones estatistas. Por otra parte, hubo un movimiento en dirección a una formación de clases más autónoma basada en parte en los lazos entre elementos burocráticos y los elementos socioeconómicos más fuertes.

Estos cambios en los principios de legitimación y en los símbolos y límites de la comunidad, junto con la modificación de la clase gobernante, se relacionaban con la reestructuración ideológica de las relaciones centro-periferia en dirección a la modernidad. En forma concomitante, la participación política se extendió, en principio, a estratos más amplios, aunque en los primeros años del régimen revolucionario esta participación fue enteramente controlada por el grupo gobernante.

4. Conclusiones analíticas

4.1. Estructura de los centros y limitaciones del acceso a los mismos. Tipos de revolución y de transformación social. Discontinuidad y dislocación

Veamos qué conclusiones pueden extraerse, sobre la base del material presentado en la sección precedente, acerca de la relación entre las principales variables señaladas (la estructura del centro, su rigidez y composición, y la naturaleza de las relaciones solidarias entre las élites centrales y secundarias y entre ellas y los estratos más amplios) por un lado, y los diversos resultados de las revoluciones, el surgimiento de sociedades post-revolucionarias diferentes con respecto al nivel de modernización, la discontinuidad de la estructura social, y los resultados en términos de una emancipación potencial, por el otro.

Como señalamos, la variable crucial que explica las relaciones entre la estructura de los centros y los resultados de las revoluciones es la capacidad del centro de, en primer lugar, movilizar los recursos necesarios para manejar los problemas concomitantes de la transición a la modernidad; en segundo lugar, incorporar a sectores nuevos o potenciales que exigen participación en él; y en tercer lugar, establecer lazos con los estratos más amplios a fin de intentar una estructuración institucional.

Es una conclusión casi derivada del sentido común el que cuanto mayor es la capacidad del centro de llevar a cabo estas tareas, menor es el grado de violencia, discontinuidad, ruptura y dislocación entre las estructuras pre y post-revolucionarias. La relación entre la falta de capacidad del centro de manejar estos diferentes problemas y un alto nivel de discontinuidad y ruptura en el proceso revolucionario se explica en parte por el hecho de que cuanto mayor es esta incapacidad, más fuerte es la tendencia del centro a adoptar medidas coercitivas y represivas. Estas, a su vez, dan lugar a menudo a reacciones extremas de posibles competidores por la participación en el poder, y a menudo provocan una discontinuidad institucional y simbólica entre las sociedades pre y post-revolucionarias.

Más allá de esto, los diversos aspectos de la estructura del centro, especialmente su rigidez, las limitaciones para acceder a él, y su composición, influyen en diversos grados sobre la capacidad del centro de manejar nuevos problemas e incorporar nuevos estratos, así como de dar forma al proceso revolucionario y sus resultados. Como hemos visto, la rigidez por parte del centro tiene varias dimensiones. En primer lugar, como se señaló anteriormente, su rigidez táctica frente a nuevas exigencias; en segundo lugar, su rigidez estructural, es decir el grado en que niega a otros grupos acceso autónomo a él; y en tercer lugar, su composición monolítica o pluralística, un pluralismo que puede implicar relaciones solidarias con algunas élites y grupos de la periferia.

La información disponible indica que en términos generales, la rigidez del centro y las limitaciones para acceder a él conducen en gran medida al desarrollo e intensificación de las condiciones propicias para la revolución, es decir, las luchas internas, una frustración creciente entre los principales estratos, etc. Más aún, cuanto más rígido es un centro más medidas coercitivas adopta y por consiguiente la revolución es más violenta y se pone mayor énfasis en la ruptura con respecto a las bases, símbolos y sistemas de legitimación política, así como a otros aspectos importantes de la estructura institucional del régimen pre-revolucionario.

Entre los diferentes centros pre-revolucionarios, el inglés era el menos rígido (por cierto menos que el francés); los centros inglés y francés eran a su vez menos rígidos que el ruso, el chino o el centro colonial vietnamita. En consecuencia, el grado de violencia, así como la negación de los símbolos y premisas de legitimación de los regímenes precedentes fueron mucho mayores en los últimos casos citados que en los primeros.

También puede confirmar la importancia de la rigidez de los centros en la definición de los procesos revolucionarios una comparación con sociedades en las cuales los procesos de transformación social que condujeron a la modernización no fueron revolucionarios. Los centros de estas sociedades —los Países Escandinavos y Suiza, por ejemplo— se caracterizaban por una gran flexibilidad y una disposición muy favorable para incorporar nuevos grupos competidores. Esta flexibilidad se basaba en el hecho de que en los Países Escandinavos y en Suiza los elementos pluralistas más autónomos de la tradición europea eran relativamente más fuertes que en otras partes de Europa, o se tornaron más fuertes debido a circunstancias internas y externas propicias.

Pero más allá de este efecto general de la rigidez del centro, diferentes aspectos de la rigidez o la apertura de los centros tendieron a influir sobre la discontinuidad de los símbolos de poder y la legitimación de los regímenes en su relación con otros aspectos de la estructura institucional. En tanto la rigidez del centro era solamente (o principalmente) táctica o personal, como en Inglaterra y en grado menor en Francia, más que basada en una negación de acceso al mismo por principios, la discontinuidad tendió a manifestarse en primer lugar en los símbolos de los regímenes políticos y en ciertas premisas de su legitimación, y en segundo lugar en la composición de la clase gobernante y las otras clases superiores. La discontinuidad fue evidente en la estructuración del acceso de diferentes grupos a los recursos y a posiciones de control.

Por lo tanto, en Inglaterra, las colonias norteamericanas, Francia y Holanda, donde los estratos más amplios gozaban de cierto acceso al centro, hubo un grado de discontinuidad relativamente menor en los símbolos y premisas de legitimación política, así como en la composición de la clase gobernante. Obsérvese que en Francia la limitación de acceso al centro fue mayor, lo cual dio origen a dislocaciones de gran importancia en la estructura institucional.

Es especialmente interesante para este análisis la discontinuidad en la legitimación política manifestada en dos casos de revoluciones tempranas que han desconcertado a los teóricos de este tema: la Rebelión de Holanda y la Revolución Norteamericana. En ambos casos los resultados principales fueron la reconstrucción de los límites de la nueva comunidad política y la generación de los símbolos de su identidad nacional (y no sólo política); resultados acompañados de un nivel de violencia relativamente bajo, en especial en los Estados Unidos. Esto es comprensible si tenemos en cuenta que la rigidez del centro español, y más aún la del inglés, se sintieron menos debido a la distancia. Estos centros también se debilitaron más porque quienes comenzaron la revolución fueron grupos y élites que eran inicialmente partes aceptadas —si bien secundarias— del centro existente, que se rebelaron en nombre de las premisas del centro.

En Rusia, China, Vietnam y en menor grado Turquía —donde el centro se caracterizó por la negación de acceso a sí mismo a grupos mayores— se desarrolló un tipo de discontinuidad de mucho mayor alcance. En estas sociedades, no sólo se produjo un nivel de fractura y discontinuidad en los símbolos y legitimación del régimen político desconocido en los casos precedentes, sino que estas tendencias estuvieron acompañadas por el desplazamiento e inclusive la ejecución de la clase gobernante y las clases superiores, por la dislocación de otras clases, y por cambios drásticos en la mayoría de los principios de distribución de recursos.

No obstante, en lo que respecta a los resultados, estas sociedades también exhibieron diferencias importantes, relacionadas con el grado de condición monolítica, y el grado en que desarrollaron, en el proceso de modernización, sub-élites relativamente autónomas y toleraron un mínimo acceso al centro de los estratos más amplios. Estudiemos los casos de Rusia, China y Turquía bajo este punto de vista.

El centro ruso fue el más exclusivo estructuralmente; una característica más pronunciada a medida que fue modernizándose. Por lo tanto, experimentó la más violenta discontinuidad y fractura en la estructura institucional y en los símbolos del régimen político, y la mayor destrucción de las clases altas en general y la clase gobernante en particular.

Los centros chino y turco eran más pluralistas y esta tendencia se acentuó a medida que fueron respondiendo a la modernización. En la primera fase de la Revolución China, así como en la Revolución kemalista, la discontinuidad en los símbolos de legitimación política y la eliminación del grupo gobernante previo no fueron acompañadas por cambios drásticos en la composición de los principales grupos superiores, por dislocaciones importantes de otros grupos ni por un marcado cambio de su acceso al centro.

La primera fase de la Revolución China produjo un centro rígido, exclusivo, ineficiente e incapaz de institucionalizarse a sí mismo. En la

segunda fase, la reacción contra este centro generó discontinuidad en todos los aspectos de la vida institucional.

Por lo tanto, cuanto más pluralista es el centro y cuanto más abierto está a por lo menos ciertos grupos amplios, mayores son las posibilidades de que la tendencia hacia la reestructuración de los principios de legitimación política, así como de los principios de acceso al centro, no estén acompañados por una reestructuración total de las principales esferas institucionales.

4.2. Autonomía de las élites y estructuración institucional

El segundo aspecto de la reconstrucción de las sociedades post-revolucionarias, cuya constitución analizaremos, abarca el grado de modificación de la organización, la cristalización de nuevos sentidos de las instituciones, el objetivo del cambio de organización y la naturaleza de los mecanismos de control en los cuales se basan los nuevos complejos institucionales. Estos están influenciados por sobre todo por la autonomía simbólica y organizativa de las principales élites. Cuanto más autónomas y desarraigadas eran las élites —como lo eran en su mayoría— mayor era la tendencia a generar nuevos significados de las instituciones y a promover una trascendente reestructuración de las esferas institucionales y de las relaciones centro-periferia. Este fue el caso de las revoluciones europeas, la norteamericana, la rusa, la china, la vietnamita y, en menor grado, la turca.

Cuanto más arraigadas estaban estas élites —como en cierta medida lo estaba la élite turca— menor era su capacidad de generar nuevos significados, cristalizar nuevos complejos institucionales estables, y promover o mantener grandes cambios de organización en las esferas institucionales.

En forma similar, las élites que se desarrollaron en la primera fase de la Revolución China paradójicamente se incorporaron en cierta medida a la periferia más amplia, y por lo tanto fueron incapaces de generar grandes cambios institucionales y organizativos. Cuando una élite con esas características se torna más autónoma y orientada hacia el desarrollo (aun si adopta valores tradicionales y orientaciones autoritarias) puede, como en Taiwan, promover no sólo importantes cambios organizativos, sino también nuevos significados y estructuras institucionales.

4.3. Coerción en la reestructuración de sociedades post-revolucionarias Instauración de regímenes democráticos o autocráticos

Llegamos ahora al aspecto de la reconstrucción post-revolucionaria que está probablemente más ligado al surgimiento de regímenes

democráticos o autocráticos. Es éste el grado de conexión de los cambios en la composición de la clase gobernante y otras clases con la posición relativa de estos grupos, así como con la pérdida, por parte de grupos de clase media y baja, de acceso a los recursos y control de los mismos, y de acceso a las bases de poder y al centro; y también el grado de conexión entre la reestructuración y las medidas coercitivas adoptadas.

Existieron, por supuesto, conexiones importantes entre el grado de coerción en la reestructuración de las sociedades post-revolucionarias y el desarrollo de regímenes democráticos o autocráticos en su interior; cuanto mayor era la coerción, mayores eran las posibilidades de que se instaurara un régimen autocrático. La variable crucial aquí es la estructura de la élite o élites revolucionarias y post-revolucionarias: su grado de autonomía, su apertura o las limitaciones impuestas para acceder a ella, y el grado de relaciones solidarias con otras élites y estratos más amplios. Estas características de las élites revolucionarias son de máxima importancia para la definición final de las tendencias no democráticas inherentes a los procesos revolucionarios.

Nuestro material indica que estos aspectos de las sociedades revolucionarias están estrechamente relacionados con la combinación entre la rigidez del centro, las limitaciones para acceder a él y su composición, por un lado, y su solidaridad interna y las relaciones solidarias entre él y las élites principales y secundarias y los grupos más importantes, por otro.

En los casos en que el centro pre-revolucionario estaba compuesto por élites relativamente autónomas, que mantenían relaciones solidarias entre ellas y con los principales grupos de la sociedad, como en Inglaterra, Estados Unidos (y Holanda), tanto la decapitación y la exclusión de los grupos principales del centro post-revolucionario y de posiciones sociales altas, como la pérdida de poder y bases de control por parte de grupos de clase media y baja, fueron menores.

En tales casos, surgió una tendencia marcada hacia la apertura del acceso al centro y a las principales posiciones de control en las esferas más importantes de la sociedad.

Francia presentó una variante diferente: una relativa apertura o pluralidad del centro combinada con un alto grado de antagonismo entre algunos de sus componentes (especialmente en el eje revolucionario tradicional), que dio lugar a las vicisitudes y variabilidad del sistema francés post-revolucionario.

Por el contrario, cuanto más rígido y cerrado era el centro y mayores las relaciones no solidarias entre éste y los grupos más amplios, más fuerte era la tendencia a excluir a esos grupos y categorías sociales del acceso al centro y de las vías principales de progreso. También era más fuerte la tendencia a desplazar a los grupos de clase baja y media de sus

bases de poder y a reducir al mínimo su control sobre el acceso a los recursos; además eran más coercitivas las medidas usadas para realizar todas estas transformaciones.

En este punto es especialmente interesante la comparación entre Rusia, China y Turquía. En los dos últimos casos, se desarrolló un grado mucho mayor de relaciones solidarias con los estratos más amplios, y por lo tanto el nivel de coerción, especialmente en el caso turco, fue relativamente bajo.

Vemos por consiguiente que la coerción y la dislocación que pueden caracterizar a sociedades post-revolucionarias están determinadas en gran medida por el grado de aislamiento de la élite política gobernante de otras élites y el grado en que monopoliza o intenta controlar las funciones de las élites y/o sus relaciones solidarias con los estratos más amplios. Cuanto mayor es el aislamiento, mayor es la coerción estructural (y no sólo el grado de violencia) que acompaña a la reestructuración institucional, y mayor es la discontinuidad y dislocación de los estratos.

Por supuesto, este esquema general varía en situaciones reales. Un análisis detallado de dichas variaciones y su efecto en la reestructuración de los sistemas institucionales en las sociedades post-revolucionarias excedería el alcance de este estudio. Nos limitaremos a considerar brevemente tres tipos de élites aisladas. En primer lugar están las élites tradicionales, en vías de modernización, cuyo ejemplo más importante es Rusia. En segundo lugar, están las élites revolucionarias extremas que en principio pueden desarrollarse en cualquier sociedad moderna o en vías de modernización, pero que tienden a triunfar en sociedades con centros tradicionales cerrados. En tercer lugar, están las élites revolucionarias extremas —nativas o extranjeras— que son impuestas en una sociedad por medio de la acción de fuerzas y estados revolucionarios externos.

Son características comunes a estos tres tipos la unión de las funciones de las élites políticas con la articulación de modelos de orden cultural y social, la subyugación de otras élites —tanto articuladoras de modelos de orden cultural y social como articuladoras de la solidaridad de colectividades adscriptas— y las relaciones solidarias mínimamente abiertas con los estratos más amplios.

Por supuesto, las variables que hemos discutido pueden combinarse de maneras inusuales. La combinación más llamativa es la de un centro relativamente cerrado y recluso que mantiene relaciones solidarias con los estratos más amplios. Aquí es ilustrativo el ejemplo de Yugoslavia. Este régimen se asemejaba al de otros países de Europa Occidental en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, en los cuales la transformación revolucionaria fue impuesta principalmente desde afuera (es decir, por la victoria del ejército ruso). Por lo tanto, Yugoslavia no experimentó una revolución pura. Sin embargo, éste es solo un aspecto de la situación. Yugoslavia, contrariamente a sus vecinos (tal vez

exceptuando a Albania) tuvo un papel activo en la instauración del régimen de posguerra. Se libró una guerra civil, en la cual ambos lados estaban apoyados por fuerzas externas. Y lo que es aún más importante, esta guerra civil tuvo lugar en el contexto de una guerra de liberación nacional (como sucedió en China). Otra característica que contrasta notablemente con los procesos de otros países europeos es que esta combinación de guerra civil y liberación nacional no dio lugar a un nuevo grupo revolucionario aislado del resto de la sociedad. En cambio contribuyó a forjar nuevos lazos con los estratos más amplios, especialmente con los incipientes trabajadores urbanos y en menor grado con el campesinado. Por lo tanto, el cambio total de los símbolos y premisas del régimen político y de su legitimación, así como de la clase gobernante, fue acompañado en Yugoslavia por la incorporación de elementos de la antigua clase alta en las categorías secundarias del nuevo Estado. Más aún, hubo un desplazamiento de los grupos de clase baja (especialmente el campesinado) de sus bases de poder y control, y se adoptaron medidas menos coercitivas en la reestructuración del sistema institucional que en Rusia u otros países de Europa Occidental.

4.4. El marco internacional y los resultados de las revoluciones

Por lo tanto, el caso de Yugoslavia, así como el de China, ilustran el hecho de que variables estructurales tales como la rigidez y exclusividad de los centros, la autonomía de grupos más amplios, la naturaleza de los lazos solidarios entre ellos, y las coaliciones concretas entre diferentes grupos del centro y grupos sociales más amplios, no están totalmente predeterminadas por el pasado pre-revolucionario. Estas variables pueden resultar modificadas en gran medida por la situación revolucionaria, es decir la acción de fuerzas internacionales en los centros de las sociedades pre y post-revolucionarias y por el mismo proceso revolucionario. Debemos entonces considerar ahora de qué forma inciden los diversos aspectos de la situación sociohistórica en los resultados de las revoluciones.

Se ha sostenido a menudo que cuanto mayor es la acción de fuerzas internacionales en el centro, más fuerte es la tendencia a que aumente su rigidez y exclusividad. Los datos históricos apoyan en cierta medida este argumento. Por ejemplo, la rigidez del centro francés, y especialmente de los centros ruso y chino, fue marcadamente reforzada por constantes amenazas externas.

Este aumento de rigidez del centro incidió en las posibilidades de los grupos que surgieron de los procesos de cambio de establecer lazos autónomos entre ellos y con diferentes élites del gobierno y opositoras. En general, cuanto más graves eran las amenazas externas, menores eran las posibilidades de que se cristalizaran de forma estable grupos y

élites pluralistas con acceso autónomo al poder y con lazos autónomos entre ellos. En tales situaciones, la tendencia a aislar la élite gobernante y las élites contendientes se intensificó, así como la tendencia de estas élites hacia una transformación coercitiva, neotradicional o evolucionista.

Los esfuerzos de los grupos liberales en las últimas épocas de los imperios chino y ruso son ilustrativos de este punto. Tanto en China como en Rusia, amenazas externas debilitaron la clase política al punto que era incapaz de absorber nuevos elementos o intentar una reforma. Esto condujo a la formación de coaliciones débiles de varios grupos liberales y aumentó la fragmentación potencialmente grande de la sociedad. Por lo tanto, el camino a la reconstrucción se abrió a grupos autónomos que construyeron nuevos centros coercitivos, en los cuales finalmente se destruyó a las unidades secundarias o más débiles de las coaliciones revolucionarias. El resultado de esta transformación total sólo perduró en el nivel más sutil de los criterios de códigos y sus derivaciones estructurales. Sin embargo, en algunas situaciones (las últimas fases de las revoluciones en China y Yugoslavia) la misma intensidad de las fuerzas externas facilitó el establecimiento de relaciones solidarias entre las élites aisladas nuevas (tradicionalistas o revolucionarias) y los estratos más amplios. Esta situación es más factible cuando el alzamiento revolucionario tiene lugar en el contexto de una guerra de liberación nacional y cuando libran la lucha interna grupos contendientes que poseen todos bases de apoyo reales o potenciales.

La acción de fuerzas internacionales en situaciones revolucionarias también es evidente en los diferentes puntos de penetración de las fuerzas de la modernidad y en los principales problemas y posibilidades de discontinuidad que surgen de ahí en adelante. Deben tenerse en cuenta factores tales como la combinación del modo de incorporación de una sociedad en el marco internacional mayor con la importancia relativa dentro de la sociedad de las principales élites y articuladores de modelos culturales y de solidaridad de las principales colectividades. Desde este punto de vista, pueden diferenciarse dos tipos principales de sociedades post-revolucionarias. En la primera, los cambios en el régimen político se producen con continuidad de los articuladores de solidaridad de la unidad nacional (por ejemplo, Inglaterra, Francia, Rusia, Vietnam y China). En tales casos, la reconstrucción de los límites de las principales colectividades políticas y nacionales no fue un foco de reconstrucción revolucionaria; ésta se dirigió a otras normas de procedimiento de interacción social. En el segundo tipo de sociedad, no se incorporó a los articuladores potenciales de solidaridad al centro existente, por lo tanto la reconstrucción de los límites de la comunidad política constituyó un foco central de la actividad revolucionaria, conectada de diferentes formas con la reconstrucción de otras normas de procedimiento de interacción social (por ejemplo, las colonias norteamericanas, Holanda, Turquía y muchas sociedades de Europa Central y Oriental). Resulta

significativo que ambos tipos están constantemente expuestos a las fuerzas internacionales.

Por lo tanto, nuestra breve exposición indica que los resultados finales de toda revolución no están dados necesariamente en la estructura pre-revolucionaria, sino que son el producto de la interacción entre características pre-revolucionarias y el proceso revolucionario en sí mismo. Sólo a través de esas interacciones surgen y se modifican las coaliciones de clases amplias y las coaliciones entre éstas y los tipos principales de "entrepreneurs" institucionales. Es en el marco de dichas interacciones donde surgen las grandes indeterminaciones con respecto a los resultados de las revoluciones y las distintas posibilidades de innovaciones creativas por parte de diferentes líderes y grupos.

El estudio de la cristalización de estas posibilidades constituye —como lo ha señalado correctamente el Profesor Hirschman— un gran desafío para los estudiosos del cambio social en general y de las revoluciones en particular.

Traducción por Gabriela Adelstein

**Demasiado escasa o demasiado abundante,
pero no la suficiente**

**Un comentario sobre la visión de S. N. Eisenstadt sobre la
democracia, la modernización y las revoluciones**

Theda Skocpol

¿Las revoluciones contribuyen a la democratización de la vida social y política? ¿O, por el contrario, refuerzan o crean tiranías, contradiciendo las esperanzas de libertad e igualdad de sus promotores? Estas preguntas son un tema permanente de debate apasionado entre los teóricos sociales modernos y la gente políticamente comprometida. La visión marxista clásica sobre estos asuntos era tenazmente optimista: las "revoluciones burguesas" sentaban las bases para formas, históricamente progresivas pero socialmente limitadas, de democracia liberal; las "revoluciones proletarias" crearían las condiciones para la democracia social y política universal, acompañadas por el progresivo "disolución del Estado". Desde la segunda Guerra Mundial, los teóricos de la modernización (de los que S. N. Eisenstadt es un ejemplo sabio y refinado) han ofrecido un análisis muy diferente de las contribuciones socio-políticas de las revoluciones. Para ellos, las únicas revoluciones saludables han sido las más suaves —las menos violentas y las menos transformadoras; las revoluciones severas y radicales han sido simplemente bumerangs que produjeron dictaduras autoritarias más que democratizaciones. Obviamente (y justificadamente) los teóricos de la modernización han respondido al evidente fracaso de las llamadas revoluciones "socialistas" respecto de la producción de democracias socialistas emancipatorias, como Marx originalmente las considerara. Sin embargo, como se argumentará en esta crítica a los análisis de Eisenstadt, ellos han propuesto su propia visión, irrealmente romántica, de las revoluciones y del cambio político en la historia mundial moderna.

La pregunta básica que se hace el Prof. Eisenstadt es: ¿qué hace que una revolución se desarrolle en un sentido autocrático o en un sentido democrático?

Se consideran aquí solo las llamadas "grandes revoluciones", las caracterizadas por una confluencia de cambios en las relaciones de clase con cambios en la estructura del Estado y cambios en las legitimaciones de autoridad política y de las jerarquías sociales. Las grandes revoluciones incluyen las revoluciones "clásicas" de Inglaterra, Estados Unidos, los Países Bajos, Francia, Rusia y China, así como las revoluciones "menos centrales" en Turquía, Vietnam y Yugoslavia. Según Eisenstadt, pueden discernirse regularidades en todos los casos en la relación de los procesos revolucionarios con los resultados autocráticos o democráticos: cuanto más grande sea la reestructuración de relaciones de élite y clase en una revolución, más grande será el cambio en los símbolos de legitimación, y cuanto más intensa sea la violencia en los conflictos revolucionarios, más autocráticos (o sea menos democráticos) serán los resultados políticos. La revolución conduce a la democracia solo cuando las discontinuidades y la violencia son mínimas.

El ejemplo favorito del Prof. Eisenstadt de revolución suave con resultado democrático es la Revolución Inglesa. En términos generales, los conflictos y el establecimiento de esta revolución fueron desde la convocatoria al Largo Parlamento en 1640 hasta la destitución de Jaime II en la "Revolución Gloriosa" de 1688-89. Pero el Prof. Eisenstadt sustancia su argumento sobre el resultado democrático de la Revolución Inglesa meramente extendiendo la "revolución" para abarcar desarrollos sociales y políticos de la historia inglesa hasta el siglo XIX. En su presentación, los resultados de la Revolución incluyen el ascenso de las clases medias (un desarrollo gradual desde el siglo XVII hasta el XIX), la creación de un proletariado urbano (fundamentalmente un hecho de fines del siglo XVIII y del siglo XIX), y la expansión del acceso político y de los derechos civiles para estas dos clases "no tradicionales" (algo que ocurrió casi totalmente a través de sucesivas reformas parlamentarias del siglo XIX).

En realidad, la Revolución Inglesa del siglo XVII fue una revolución política anti-absolutista, cuyo resultado solidificó el dominio social y político de los estratos dominantes existentes: los terratenientes y los comerciantes. Dado que los principios de soberanía parlamentaria triunfaron por sobre un posible absolutismo monárquico, el resultado político de la Revolución puede ser descripto como "liberal". Pero era un gobierno liberal por y para una oligarquía de clase alta. La oposición de los *levellers* (niveladores), tendiente a extender la participación política a todos los propietarios (chicos y grandes) fue decisivamente derrotada durante la Revolución, así como fueron derrotados otros intentos más radicales de ganar mayores derechos para todos los grupos no dominantes, incluyendo los no propietarios. Así, el resultado de la limitada Revolución Inglesa no fue democrático en absoluto. Por cierto, la victoria del liberalismo parlamentario oligárquico dejó lugar para la subsecuente democratización política, muy posterior en la historia inglesa. Pero eso ocurrió sólo después que se diera la industrialización capitalista

pionera de Inglaterra, acompañada de grandes dislocaciones sociales en los estratos más bajos, rurales y urbanos. Si estos grupos hubieran realmente obtenido derechos democráticos, políticos y sociales, en la Revolución Inglesa, podrían haber resistido con mayor éxito a la industrialización capitalista de Inglaterra. Y la gradual extensión final de las clases bajas a los derechos democráticos dentro de la política liberal ocurrió sólo después de que la Inglaterra capitalista hubiera ganado la primacía en el sistema capitalista mundial, y sólo después de que se hubiera formado un proletariado industrial económicamente disciplinado. Más aún, los grandes movimientos sociales que demandaban la democratización, así como una Guerra Mundial moderna fueron los artífices necesarios de la democratización política completa de Inglaterra desde la década de 1830 hasta 1920. Sugerir que la democratización fue (ya sea inmediata o tardíamente) un resultado directo de la Revolución Inglesa del siglo XVII implica entender la historia de un modo notablemente determinista y teleológico, sosteniendo que todo "progreso" posterior fluye de alguna manera de un evento previo, arbitrariamente designado.

El intento de Eisenstadt de atribuir la democracia a las primitivas revoluciones modernas de Holanda y Estados Unidos va acompañado de similares dificultades. Estas revoluciones liberaron a "naciones nuevas" de poderes imperiales, y establecieron regímenes liberales con dominación de las clases altas. La democratización de los Países Bajos, como la de Inglaterra, tuvo lugar sólo mucho más tarde, con el fluir de la historia nacional. En los Estados Unidos, el sufragio universal para los hombres blancos apareció, en efecto, a pocas décadas de la Revolución, pero esto es atribuible tanto a las distintivas herencias políticas del colonialismo británico y a la preponderancia, en muchos estados, de los pequeños propietarios, cuanto a los efectos directos de la Revolución misma. Además, hay que tener presente que la resolución constitucional de la revolución norteamericana incluía la institucionalización de la esclavitud negra en el sur, reforzando estructuras antidemocráticas que no serían políticamente superadas hasta ciento setenta años más tarde, luego de los contragolpes acumulativos de la Guerra Civil, dos Guerras Mundiales, el New Deal de los años '30, y el movimiento por los Derechos Civiles de los años '60. Plausiblemente, puede argumentarse que las primitivas revoluciones políticas liberales como la holandesa y la estadounidense eliminaron ciertos obstáculos para la democratización, limitaron la dominación autocrática (extranjera), y dejaron abierta la posibilidad para evoluciones históricas subsiguientes, de la oligarquía liberal a la democracia liberal. Pero los movimientos democráticos, sociales y políticos, fueron derrotados, como parte de las victorias de los liberales de clase alta en estas revoluciones. Y, como muestra claramente el ejemplo estadounidense, parte del precio de la institucionalización de un resultado revolucionario liberal podría ser la firme negativa a otorgar al menos el potencial palpable de la igualdad de derechos a una gran parte de la población.

El análisis del Prof. Eisenstadt de las revoluciones, sus causas y sus consecuencias, está firmemente anclado en una visión omniabarcadora de cómo se "modernizan" las naciones desde sociedades indiferenciadas, sin igualdad, adscriptivamente "tradicionales" a sociedades modernas con economías abiertas y flexibles, acuerdos sociales, e, idealmente, con políticas liberal-democráticas. Eisenstadt sostiene que algunos órdenes sociopolíticos tradicionales, especialmente los del noroeste de Europa, ya eran protomodernos, y poseían centros relativamente flexibles y estructuras institucionales y sistemas de estratificación relativamente diferenciados. En estas sociedades afortunadas hubo revoluciones durante la modernización sólo cuando rigideces menores —como por ejemplo intentos absolutistas por parte de monarcas individuales— bloquearon el suave surgimiento de las instituciones políticas modernas. Tales revoluciones supuestamente *necesitaron* obtener sólo leves cortes políticos con el pasado, para facilitar el curso aparentemente natural del desarrollo económico capitalista y de la democratización liberal. Estoy en parte de acuerdo con Eisenstadt en cuanto cree que los órdenes "tradicionales" del noroeste de Europa contenían las semillas de lo que luego pareció moderno —después de todo, ésta fue la cuna de la modernidad. Pero ni siquiera las revoluciones liberales de la primitiva Europa moderna, como la inglesa, se limitaron a "quitar obstáculos" a un devenir natural de la historia hacia el capitalismo y la democracia. Las barreras a la democratización temprana y los sustentos políticos del desarrollo capitalista por sobre la resistencia popular fueron también *creados* con la ayuda de estas revoluciones. Y hubo una revolución clásica en el noroeste de Europa, la Revolución Francesa de fines del siglo XVIII, que no tuvo resultados ni suaves ni liberales.

La Revolución Francesa, al contrario de la inglesa, la holandesa y la estadounidense, fue una revolución *societal*, en la que las rebeliones de clase desde abajo, especialmente las rebeliones campesinas contra los terratenientes, impulsaron repentinas transformaciones en la estructura de clases, junto con cambios básicos en las ideologías de Estado y legitimación. Es difícil demostrar que la Revolución Francesa fue necesaria para la modernización económica de Francia, porque el Antiguo Régimen absolutista estaba promoviéndola o facilitándola tanto como lo harían los regímenes post-revolucionarios. Y aunque la Revolución Francesa ocasionó un estallido de democratización política, con apoyo popular, así como intentos de las clases altas de implantar regímenes políticos liberales, en realidad culminó con la dictadura militar nacionalista de Napoleón. La democratización fue promovida a través de la movilización militar masiva de todos los ciudadanos, simbólicamente concebidos como iguales; también se crearon potencialidades para desarrollos posteriores liberales y democráticos en Francia. Sin embargo, las contribuciones de la Revolución Francesa a la democratización se dieron, no porque la Revolución fue suave (como sugeriría la lógica de Eisenstadt), sino más bien porque, como revolución so-

cial, fue más violenta, más transformadora, y políticamente más movilizadora de masas, que cualquier otra revolución primitiva moderna de Occidente.

Muchos países, anota Eisenstadt, han debido enfrentar obstáculos mucho más fuertes a la modernización económica y política que los del noroeste de Europa (y sus vástagos coloniales norteamericanos). Pero parecería que Eisenstadt conceptúa estos obstáculos estrictamente como *rigideces tradicionales*: centros inflexibles, y estructuras socio-económicas jerárquicas e indiferenciadas. Más aún, parece creer que las revoluciones de la severidad requerida ocurrirán cuando sea necesario, para eliminar los obstáculos tradicionales a la modernización. Así, se le escapan dos realidades desagradables de la historia mundial moderna. Primero: que las sociedades "flexibles" en las periferias de los sistemas capitalistas y geopolíticos mundiales no se han podido "modernizar" en modos nacionalmente autónomos. Estos países, penetrados o dominados por naciones más poderosas, quizás hayan necesitado revoluciones violentas y transformadoras, para posibilitar el desarrollo económico nacional, o para obtener logros democráticos para las clases no privilegiadas internas. Pero a menudo no han sido capaces de conseguir estos cambios.

En segundo lugar, muchos países europeos y no europeos llegados tardíamente a la industrialización nacional sólo alcanzaron un desarrollo económico capitalista a expensas del liberalismo y la democracia. Esto se verificó en Alemania, Japón y Rusia en el siglo XIX, y se está verificando en países como Sudáfrica, Brasil, Corea del Sur y otros, en extensos períodos del siglo XX. O bien las soluciones autoritarias "tradicionales" han sido adaptadas para promover la modernización desde arriba —como sucedió con las monarquías alemana, rusa y japonesa—, o bien las nuevas soluciones autoritarias han sido instaladas para asegurar la represión interna y el poder nacional suficiente para promover la industrialización. La democratización, o el liberalismo político, en todos estos casos puede haber requerido (o puede requerir ahora) profundas transformaciones revolucionarias de las estructuras del Estado y de las relaciones de clase. Pero no hay ninguna garantía de que tales cambios políticos hubieran podido facilitar (o podrían facilitar) el desarrollo económico capitalista.

En los países de desarrollo tardío en los que se han dado "grandes revoluciones" —en el sentido que le da Eisenstadt al término— las relaciones entre modernización económica, transformaciones revolucionarias y resultados políticos son tan inconexas e irónicas como en las sociedades sin revolución. Rusia y China, por ejemplo, experimentaron profundas transformaciones sociales revolucionarias. Sin embargo, ni la Revolución Rusa ni la China estallaron porque un antiguo y rígido régimen impidiera la modernización: el Estado zarista autoritario en Rusia estaba promoviendo la industrialización, y sólo sucumbió a una derrota en la Primera Guerra Mundial; y la dinastía Ch'ing en China era dema-

siado flexible como para usar el poder del Estado para promover la modernización. Ambas revoluciones, una vez encaminadas, se hicieron severas y profundamente transformadoras. La Revolución Rusa fue más repentina, pero, a los fines argumentativos, la China fue más violenta debido al prolongado interregno de 1911 a 1949. Obviamente, ninguna de estas dos revoluciones culminó en un régimen político liberal, aunque podría sostenerse que ambas democratizaron la vida nacional, social y política en relación con lo que era antes de las Revoluciones. De todos modos, durante el período stalinista, la Revolución Rusa culminó en un régimen post-revolucionario mucho más autocrático que el régimen comunista chino después de 1949. ¿Fue porque la Revolución Rusa representó una ruptura más violenta y fundamental con el pasado que la China? Esto parece dudoso. Probablemente el sistema soviético explícitamente recapituló y empleó más estructuras y políticas del pasado que lo que lo hizo el sistema comunista chino respecto del pasado confucionista/imperial. Ahora bien, los resultados menos autocráticos de la Revolución China pueden ser atribuidos al hecho de que los comunistas chinos consiguieron el poder del Estado sólo mediante la movilización directa de la mayoría campesina, y pudieron elaborar sus políticas de después de 1949 en un contexto político, interno e internacional, menos amenazador que el que tuvieron que enfrentar los bolcheviques rusos a partir de 1921.

Estas trayectorias post-revolucionarias contrastantes, sin embargo, contienen quizás, una trágica ironía. Bajo el stalinismo, la Revolución Rusa violó su promesa democrática en favor de la peor clase de autocracia terrorista, y no obstante consiguió un desarrollo económico nacional rápidamente. Más allá de los excesos de la Revolución Cultural, la Revolución China evitó —especialmente para la mayoría campesina— los extremos autoritarios y violentos del stalinismo. Pero puede que haya perdido un tiempo valioso en la carrera entre desarrollo económico y crecimiento demográfico en China. En la visión de Eisenstadt, se supone que la modernización económica, la revolución menos violenta y transformadora y una mayor democracia (en oposición a la autocracia) van todas juntas. Pero los resultados revolucionarios contrastantes de Rusia y China no se ajustan fácilmente a este modelo de libro de cuentos.

Las revoluciones sociales, desde la francesa a la china y demás, han sido profundas, sin establecer la democracia liberal más de lo que lo hicieran las revoluciones políticas suaves de la primitiva Europa moderna. Finalmente, sin embargo, también ha habido momentos decisivos de la historia mundial moderna en los que las revoluciones fueron menos violentas y transformadoras de lo que deberían haber sido, para eliminar los obstáculos a la democracia. No se trata aquí de los muchos momentos y lugares en que podríamos especular que las revoluciones, ya sea suaves o profundas, *deberían* haber ocurrido en aras de la libertad o la democracia. Después de todo, a estas especulaciones se pueden oponer correcta-

mente las afirmaciones de que las revoluciones han promovido, a menudo, las peores formas de tiranía, impulsando (por ejemplo Rusia) o no (por ejemplo Camboya) el desarrollo económico nacional durante el proceso. Pienso también en las revoluciones aparentemente tímidas, como la Revolución Alemana de 1918. Lo que se jugaba en esta revolución no era la modernización económica sino estrictamente la forma y el mantenimiento en el poder de la democracia alemana moderna. Sin embargo, los líderes de la organizada clase obrera alemana llegaron en forma rápida y flexible a acuerdos con los intereses políticos y económicos autoritarios. La movilización política masiva fue limitada y desalentada, dejando demasiadas herencias autoritarias en pie, las que a su vez restringieron las posibilidades de la naciente República de Weimar. Más tarde, cuando esa república cedió ante la dictadura nazi, tanto Alemania como el resto del mundo pagarían un precio terrible por la excesiva suavidad de la Revolución Alemana de 1918.

Las trágicas e irónicas lesiones de la historia mundial moderna no parecen haber penetrado la visión que tiene el Prof. Eisenstadt de la modernización y las revoluciones. Lo que él busca es la revolución suave y perfecta, la que rompe sólo un poco con el pasado y que simultáneamente crea las condiciones ideales para la democracia junto con el desarrollo económico. Pero nunca ha habido tal revolución. Las revoluciones políticas de la Europa primitiva moderna crearon, en los mejores casos, liberalismos oligárquicos, pero no democracia. Las revoluciones sociales que derrocaron ciertas monarquías absolutistas (como los casos de Francia, Rusia y China) y que luego se extendieron a ciertos países del Tercer Mundo, movilizaron masas populares y las incorporaron, al menos simbólicamente, a las naciones "democráticas". Pero estas revoluciones fueron *todas* antiliberales, y autocráticas en distintos grados, en sus resultados fortalecedores del Estado. Pero frente a los logros indudablemente no democráticos o no liberales de las revoluciones políticas y sociales del mundo moderno, no basta sugerir que ninguna revolución es automáticamente la mejor de las suertes, ni decir que las revoluciones más suaves son siempre preferibles a las más severas. Porque a veces los pueblos con aspiraciones democráticas necesitan revoluciones que no pueden conseguir. Y otras veces —como en Alemania luego de la primera Guerra Mundial— experimentan revoluciones más tímidas de lo que ellos —o el mundo— merecen. Así, los teóricos de la modernización, incluyendo a S. N. Eisenstadt, no le hacen ningún favor a los científicos sociales, cuando, afirmando los logros políticos de las revoluciones, tratan de sustituir los romanticismos marxistas ortodoxos por los romanticismos liberales.

En cambio, lo que necesitamos es un enfoque más sensible a las complejidades y las irónicas concesiones de la historia, y más firme frente a los muchos modos en que, tanto las revoluciones como el desarrollo económico, no han podido llevar adelante los mejores deseos de democracia de la humanidad. Gran parte de los estudios de Gino Ger-

mani tenían el necesario respeto por la complejidad, junto con un profundo sentido de la ironía y de la tragedia. Ya sea que partamos de la tradición marxista o de la más reciente tradición de la modernización, lo mejor que podemos hacer, todos nosotros, es continuar con nuestras investigaciones actuales en el espíritu de este estudioso sensible y maduro. Gino Germani conoció en su propia vida, y corporizó en sus estudios, la especie de esperanzado cinismo que es la única que se adapta a las realidades políticas del mundo moderno, vistas desde el aventajado punto de fines del siglo XX.

Traducción por Gabriela Adelstein

Un argumento en favor del posibilismo

Albert O. Hirschman

Samuel Eisenstadt trata un asunto de crucial importancia: ¿en qué condiciones es probable que una revolución tenga un resultado democrático, y en qué condiciones un resultado autoritario? La tradición de investigación socio-histórica comparativa, establecida por Barrington Moore y continuada por Theda Skocpol y otros, consiste en buscar las respuestas a estas preguntas en lo que se puede denominar la "estructura profunda" —las relaciones de propiedad, las características del Estado— y Eisenstadt brinda una ayuda al retroceder, si no hasta la "*thick description*" (descripción densa) de Geertz, hasta lo que los franceses han llamado, algo despectivamente, "*l'histoire événementielle*" —la historia de eventos que, dicho sea de paso, está siendo rehabilitada por luminarias tales como Leroy Ladurie y Ricoeur. Porque ¿qué es el proceso revolucionario al que Eisenstadt dirige nuestra atención, sino *l'histoire événementielle*?

Personalmente, me siento sumamente cómodo con este retorno a un punto que fue predominante en su momento. El estudio detallado del proceso revolucionario aporta una fuerte percepción de las tantas esperanzas no cumplidas que encontramos en la historia, de las oportunidades perdidas así como de las escapatorias de los desastres y las trampas en las que otros cayeron y, como resultado, el historiador, más probablemente que el sociólogo, puede declarar que, dadas tales y tales condiciones estructurales, el resultado era predeterminado. Mediante su énfasis en el proceso revolucionario, Eisenstadt puede ayudar a restituir cierto grado de libertad que casi nos ganaron los "estructuralistas", y hasta aquí estoy totalmente de acuerdo con él.

Mi queja es que no va suficientemente lejos. Veamos las generalizaciones que extrae de un análisis comparativo de procesos revolucionarios. Nos dice que los resultados autocráticos o autoritarios son más probables cuanto más rígidos y exclusivos fueran los que detentaban el poder antes de la revolución, y cuanto más coactivos fueran los revolucionarios en el curso del proceso revolucionario. Esto parece obvio en modo

extremo, y hasta aburridor, pero es justamente por esta razón que debemos estar en guardia. ¿Es cierto que las revoluciones más suaves son las más favorables a un resultado democrático? Esta pregunta me lleva a reflexionar sobre la llamada Revolución Alemana de 1918-19, la cual, como es sabido, fue *demasiado suave*, en cuanto dejó las estructuras socioeconómicas, burocráticas y hasta militares de la Alemania Imperial virtualmente intactas, como fuera gráficamente expresado en el título del libro *Der Kaiser ging, die Generale blieben* (*El Kaiser se fue, los generales se quedaron*). No caben dudas de que la suavidad de esta revolución sentó las bases para el posterior resurgimiento de las fuerzas nacionalistas y, finalmente, para la toma del poder por los nazis.

Ahora bien, es cierto que, al comienzo de su trabajo, Eisenstadt dice que quiere limitarse a las revoluciones grandes y exitosas. Pero al desechar a las abortivas o "fallidas" hace que sus muestras resulten parciales, de modo que sus generalizaciones, no obstante su aparente inofensividad y obvedad, son sospechosas. El contraejemplo alemán sugiere una primera y drástica modificación de su regla. Aparentemente, la probabilidad de un resultado democrático de una revolución estaría en una especie de relación curvilínea con el carácter radical y la violencia de esta revolución. El que sea poco radical es tan nocivo como que lo sea demasiado, o sea que es necesario un mínimo de radicalismo si se quiere evitar una contrarrevolución sanguinaria. Pero esto parece un modo anticuado de analizar el tema. A este punto, propongo introducir algo que falta en el modelo de Eisenstadt: los *logros* de las revoluciones. Obviamente, no podemos dar aquí una definición exhaustiva de este concepto: distintas personas tendrán ideas distintas de lo que constituye un logro, pero todos sabemos que tal cosa *existe*. Al concentrarse en la coactividad y la dislocación, Eisenstadt pone en evidencia los costos de las revoluciones, en total desmedro de sus beneficios. Quizá sea posible analizar los resultados democráticos autocráticos o democráticos de las revoluciones como dependientes de algún tipo de balance entre los logros y sus costos. Esto produciría un modelo mucho más complejo, pero también más realista. Los resultados autocráticos serán previstos, no sólo en casos de coactividad considerable, sino también cuando los logros son reducidos, sea el que fuere en estos casos el nivel de coatividad. Por otra parte, para que los resultados democráticos sean probables, los logros sustanciales deben combinarse con la limitación, por parte de los revolucionarios, de la coacción y la violencia. En consecuencia, cualquier revolución que desee un resultado democrático o pluralista debe recorrer un camino bastante angosto, pero ese resultado, eminentemente realista, sólo confirma la reformulación aquí propuesta.

Existe otra razón por la cual el enfoque de Eisenstadt me deja insatisfecho. Nos dice que una revolución tiene pocas probabilidades de tener un resultado democrático si los que detentaban el poder en la situación prerrevolucionaria eran rígidos y exclusivos. Entonces ¿qué pueden hacer todos los países que están en esta situación? ¿Conseguirse

una élite distinta? ¿O, ya que esto es tan fácil como conseguirse un abuelo rico, reconcentrarse y renunciar a la historia? En mi opinión, lo que falta aquí es el tradicional enfoque probabilístico del sociólogo. La proposición de Eisenstadt es probablemente correcta, y es en efecto una importante intuición de partida. Pero no podemos detenernos aquí. Como complemento de su triste conclusión (que no es más que una variante de la ley de Myrdal de causación acumulativa, por la que los ricos devienen más ricos) debemos agregar lo que yo llamo "posibilismo". En este caso, esto consiste en descubrir caminos que, por más angostos que sean, lleven a un resultado que el simple razonamiento probabilístico parece excluir. Generalmente, quienes se encargan de hacer estos descubrimientos son la historia y los historiadores. Pero, ocasionalmente, también los sociólogos podrían hacerlos, si sólo pusieran un poco de atención a las intersecciones de sus numerosos enunciados probabilísticos. Para dar un ejemplo: recientemente asistí a un congreso sobre procesos de "redemocratización" o, más modestamente, sobre la posible transformación, en dirección pluralística, de los regímenes autoritarios de los países latinoamericanos y europeos. Uno de los intentos más interesantes de generalización presentados en el congreso fue la proposición de que, para que la transición sea exitosa, las primeras elecciones libres deberían ser ganadas por la derecha moderada y no por la izquierda. Esto en sí no es algo fácil de realizar, pero en otro contexto el mismo estudioso presentó una segunda proposición general, basada en un estudio comparativo de varios casos: para afirmarse, la transición hacia el pluralismo debería incluir algunos cambios que fueran más allá de la liberalización política; por ejemplo, alguna afirmación del interés nacional contra la interferencia extranjera o multinacional, o algunas medidas hacia una igualdad y justicia social mayores, como la reforma agraria. Aquí la idea es la misma que la anterior respecto de la importancia, para los resultados democráticos, de los logros revolucionarios.

La unificación de estas dos condiciones delinea nuevamente un camino muy angosto para cualquier transición exitosa hacia el pluralismo y la democracia: aparentemente la izquierda debe acceder al poder por un período breve, llevar a cabo algunos cambios estructurales o "logros", y luego retirarse. Pero estas combinaciones, que suenan improbables, son el material del que está hecho la historia. Será una paradoja notable, pero creo que la enumeración de estas *combinaciones*, *a priori* muy improbables, de factores positivos necesarios, es menos descorazonadora que la enunciación de sólo *una* precondition determinante para la redemocratización. La razón por la cual lo *menos* probable resulta ser aquí lo *más* alentador subjetivamente es, precisamente, que la reunificación de varias condiciones evoca la imagen de una conjunción de circunstancias que nos son históricamente familiares. El mero acto de describirla nos hace confiar en que, aun si esta conjunción en particular no puede ser traducida a la realidad una segunda vez, debe haber

muchas otras, también inverosímiles (elaboradas), escondidas en la manga de la historia. Porque ¿qué es la historia sino inverosímil? (elaborada).

Me he apartado considerablemente del trabajo de Eisenstadt. Para concluir, quisiera retomar un punto que me ha parecido muy interesante y que Eisenstadt ha analizado demasiado brevemente. Los resultados de las revoluciones, nos dice, dependen de si las élites revolucionarias son "autónomas" o "ancladas". Las élites "ancladas" —tales como las de la Revolución Turca o de la primera fase de la Revolución China— tienen dificultades para efectuar cambios organizativos y crear nuevos significados simbólicos, y carecen por lo tanto de capacidad de crear un orden post-revolucionario estable. Pero ¿cómo podemos obtener una élite revolucionaria "autónoma"? Y ¿no es probable que una élite tal —como los bolcheviques rusos— se dedique, precisamente por su autonomía, a esa coacción cuyos tristes efectos sobre los resultados democráticos que Eisenstadt lamenta en otros puntos de su ensayo? Aquí podríamos tener los lineamientos de otro camino angosto, que me gustaría ver mejor analizado, quizás en una versión ampliada más extensa de este trabajo.

Traducción por Gabriela Adelstein

Los resultados de las revoluciones y el contexto geohistórico

Perry Anderson

El trabajo del profesor Eisenstadt se centra en los diferentes tipos de resultados de un gran número de revoluciones acaecidas entre los siglos XVI y XX, y las razones por las cuales cada una de ellas dio lugar a un sistema post-revolucionario autocrático o democrático. Su tesis más provocativa es tal vez la noción de que cuanto más drástico era el cambio revolucionario, más continua era la estructura política autocrática luego de la revolución, mientras que, por el contrario, cuanto menos drástico fuese el cambio revolucionario inicial, más democrático era el resultado final.

Este enfoque ha recibido numerosas críticas. Se ha señalado que procesos revolucionarios menos drásticos pueden conducir de hecho a calamitosas contrarrevoluciones de tipo altamente autocrático, el más autocrático de todos es, por supuesto, el fascismo. El Prof. Hirschman citó el caso de la frustrada Revolución Alemana de noviembre de 1918; la profesora Skocpol hizo hincapié en las terribles consecuencias de los cambios políticos más bien limitados que introdujo la Restauración Meiji en Japón. Otra crítica es que en este trabajo, tal vez por razones de espacio, el profesor Eisenstadt tiende a unir períodos históricos muy largos al intentar verificar su razonamiento. Por lo tanto, se ha señalado que la Revolución Inglesa de 1640-1660, decididamente, no institucionalizó un régimen político que se asemejara en nada a lo que hoy describiríamos como una democracia moderna. La profesora Skocpol consideró, mucho más correctamente, que el régimen post-revolucionario en Inglaterra a fines del siglo XVII y principios del XVIII era el de una oligarquía liberal, aunque aun aquí el término "liberal" es un anacronismo; el liberalismo, como ideología consciente, surgió por primera vez a principios del siglo XIX en España. Muchos estudiosos —entre ellos Barrington Moore— han sostenido que todo el período intermedio entre el fin de la Revolución Inglesa a mediados del siglo XVII, y el surgimiento de una democracia representativa moderna, a fines del siglo XIX, se caracterizó por el ejercicio de una violencia social masiva contra gran número de hombres y mujeres ingleses, reflejada espe-

cialmente en la expropiación efectiva del campesinado inglés en el curso del siglo XVIII. Formas no muy diferentes de drástica explotación y coerción fueron, por supuesto, también endémicas a la Revolución Industrial.

En forma general, debemos observar que transcurrieron casi tres siglos entre el fin de la revolución inglesa burguesa de 1640 y la instauración *total* de la democracia burguesa en el siglo XX, la cual no entró en vigencia hasta mediados de 1920 en Inglaterra, con el advenimiento del sufragio universal genuino. En forma similar, cuando estudiamos hoy la Unión Soviética o China, y las revoluciones socialistas que evidentemente no han dado lugar a una democracia socialista, deberíamos intentar conservar una visión histórica. Deberíamos preguntarnos cómo serán probablemente esas sociedades dos o tres siglos luego de la *ruptura* revolucionaria.

Como conclusión, quisiera simplemente realizar otra reflexión crítica. Esta trata de la dificultad o quizás hasta imposibilidad de efectuar comparaciones puramente horizontales entre revoluciones, como intentó hacerlo aquí el profesor Eisenstadt. En mi opinión, es siempre necesario insertar las revoluciones en la secuencia vertical de la historia, si hemos de entenderlas correctamente. Es decir, su ordenamiento en el tiempo histórico forma parte de su naturaleza de procesos sociales. Si estudiamos las características de las primeras revoluciones que produjeron, en términos del profesor Eisenstadt, "resultados democráticos" (él eligió la holandesa, la inglesa y la norteamericana, pero podríamos agregar también la francesa), vemos muy claramente esta determinación según la posición ordinal. En todos los casos surgió por supuesto algún tipo de democracia representativa, generalmente luego de un lapso muy largo. El caso de Estados Unidos es evidentemente particular. No sería exacto decir que surgió una oligarquía liberal en Estados Unidos posteriormente a 1783, pero la forma de democracia representativa que prevaleció se combinaba con el mantenimiento de una gran población de esclavos y el exterminio de los habitantes indígenas del continente. Pero para nuestro propósito, el punto relevante es que estas revoluciones con sus resultados relativamente democráticos también fueron los primeros casos de desarrollo capitalista exitoso y, por lo tanto, los primeros beneficiarios de una expansión colonial moderna a nivel mundial. No necesito recordarles que la Revolución Holandesa fue la pionera entre las economías de plantaciones coloniales de tipo protocapitalista. La Revolución Inglesa estableció las bases modernas del mayor imperio en la historia del mundo. La Revolución Francesa precedió un siglo en que Francia se convirtió en el segundo imperio colonial de la historia. La Revolución Norteamericana inició el proceso de colonización y expansión territorial que creó el Estados Unidos continental actual, eliminando a la mayor parte de la población indígena y utilizando una mano de obra de esclavos africanos durante mucho tiempo. En otras palabras, las ventajas de los precursores no fueron puramente inter-

nas, sino también externas. La estabilización nacional de la democracia en estas sociedades se ligó a ciertas formas de hegemonía internacional que eran altamente *autocráticas* —debemos insistir en este punto— para millones de seres humanos. Mi propio país, Inglaterra, a medida que se encaminaba hacia las primeras formas de democracia representativa a mediados del siglo XIX, estaba sometiendo simultáneamente a muchos más seres humanos que antes a las formas extremadamente autocráticas de la ley imperial inglesa. Reflexiones similares son aplicables, en mi opinión, a los casos de Alemania y Japón, mencionados por los profesores Hirschman y Skocpol. Estos países carecían de sistemas coloniales o imperiales de naturaleza equivalente, porque el mundo ya había sido dividido de antemano. Esto también sucedió en Italia. El fascismo en estos países surgió no sólo como un proceso endógeno: debe verse en parte como una acción acelerada de las clases dominantes locales para adquirir un orden imperial equivalente desde una posición aventajada históricamente, una acción que, por supuesto, derivó en la segunda Guerra Mundial. La ruptura de la paz en 1944 brindó una condensación simbólica de esta simetría histórica, cuando Japón atacó simultáneamente los imperios coloniales de Holanda, Inglaterra, Francia y Estados Unidos en el Extremo Oriente, en un intento por controlar Indonesia, Indochina, Malasia y las Filipinas. Es ésta una dimensión del fascismo alemán o japonés que los tratamientos clásicos del tema, como el de Barrington Moore, omiten o subestiman. Resumiendo, si hemos de evaluar la naturaleza y las consecuencias de cualquier revolución, siempre es necesario situarla en su tiempo histórico diferencial propio, lo cual siempre implica también estudiar su posición en el sistema de espacios geopolíticos diferenciales, compuesto por relaciones de poder y explotación entre Estados. Puede suceder inclusive que estas consideraciones no sean irrelevantes para otro proceso revolucionario notable de este siglo que derivó en lo que podríamos llamar razonablemente una democracia colonizadora: la misma sociedad de Israel del profesor Eisenstadt.

Traducción por Andrea Ferrari

La paradoja de la revolución

Luciano Pellicani

Samuel Eisenstadt en *"Resultados de las revoluciones..."* abre un interrogante de enorme importancia teórica y práctica. Las revoluciones —dice— presentan una dinámica paradójica: al nacer son hiperdemocráticas y, sin embargo, se desarrollan según una lógica típicamente autoritaria. Ya William Godwin había señalado esa paradoja cuando decía que "la revolución surge a raíz del desprecio y de la indignación contra la tiranía y, a pesar de ello, ella misma está cargada de tiranía... En el momento de la revolución, cuando todo está en crisis, hasta la influencia de la palabra es temida y la esclavitud derivada de ese hecho es total"¹.

Pero ello ha sido explícitamente tratado como una típica paradoja de las consecuencias que responden a una lógica precisa sólo en las obras de Guglielmo Ferrero y de Bertrand de Jouvenel. Y, por extraño que parezca, esa contribución de ambos al análisis científico de los procesos revolucionarios ha sido casi completamente ignorado por la comunidad de los sociólogos. El mismo Eisenstadt no parece estar al tanto de que el problema por él planteado —y que propongo llamar "paradoja de la revolución"— ha sido objeto de estudios sistemáticos².

"Las épocas revolucionarias —escribe Jouvenel en *Poder*— son las épocas de las que más se ha hablado, pero son, también, las menos comprendidas. El espíritu humano conserva siempre cierta dosis de puerilidad y, a menudo, hasta la misma erudición sirve más para divertirlo que para instruirlo. Sensible al aspecto exterior de los acontecimientos, cree entender el sentido de los mismos confundiendo la fuerza de la ola, que es visible, con el movimiento del mar, que exige un cálculo más serio. Se presta atención al grito de "Libertad" que se deja oír en los comienzos de toda revolución, y no se advierte que toda revolución conduce a un acrecentamiento del Poder... El fenómeno es impresionante y se interpreta de manera equivocada. Lamentablemente, se afirma que la revolución ha desbordado de su cauce natural, que los excesos anti-sociales de la libertad han exigido la intervención de una fuerza violenta para poder recobrar la disciplina, ya que aquellos han ocasionado dema-

siados daños como para no imponer una acción reestructuradora. ¡Ah, si se hubiese podido evitar tal o cual error! La habilidad se da maña para descubrir el exacto momento en que estalla la crisis, para señalar el acto nefasto, para ponerle nombre al responsable. ¡Piadosa incompreensión! ¡Radical desconocimiento de la verdadera naturaleza del fenómeno revolucionario! No, los Cromwell o los Stalin no son consecuencias fortuitas. Son el fatal punto de arribo al que tendía, necesariamente, la revolución. El ciclo se abrió con el derrumbe de un Poder insuficiente sólo para cerrarse con la consolidación de un Poder más absoluto aún³. La naturaleza de este nuevo poder absoluto, mucho más tiránico que el anterior, ha sido eficazmente definida por Ferrero con estas palabras: "La esencia de todos los gobiernos revolucionarios del mundo occidental es la inversión de la fórmula democrática; es decir: la voluntad de la nación, manejada y dirigida por el Gobierno que debía ser su criatura, proclamada soberana y, al mismo tiempo, mutilada de los órganos esenciales de la soberanía: el derecho de oposición y la libertad de sufragio"⁴.

Como se ve, la paradoja de la revolución no podría haber sido mejor ejemplificada. Ni Ferrero ni Jouvenel se limitaron a someterla a nuestra consideración. Ambos señalaron las leyes sociológicas que regulan los procesos revolucionarios y la matriz estructural de sus paradojales resultados. Ambos han aplicado con rigor aquello que Karl Popper contemporáneamente —estamos en los años de la Segunda Guerra Mundial— había definido el método de la "lógica de la situación"⁵. Es que ellos comprendieron que las acciones sociales pueden explicarse ampliamente de acuerdo con los términos de la situación en que se desarrollan y que los resultados pueden ser de una naturaleza totalmente distinta a las motivaciones de los sujetos. Esto les permitió eludir tanto el psicologismo —es decir la pretensión de extraer las leyes del funcionamiento y del cambio de la sociedad a partir de la naturaleza humana— como el sociologismo, o sea la pretensión de signo opuesto, aunque igualmente estéril, de llevar la lógica de los procesos sociales a la (presunta) lógica interna del movimiento "colectivo" (la clase, la nación, la raza, etc.).

A la luz de esta sucinta premisa metodológica, la paradoja de la revolución se presenta como el resultado objetivo de un sistema de interacciones políticas que no se puede relacionar ni con las motivaciones individuales ni con la esencia de cualquier entidad colectiva que usa a los individuos para obtener sus fines. Los primeros pasos dados por Ferrero y por Jouvenel —que podríamos definir "interacción relativista"⁶— permiten responder adecuadamente a las objeciones presentadas por la historiografía ideográfica que considera que todo hecho histórico es único e irrepetible y que no existen leyes sociológicas. La unicidad de los acontecimientos históricos —en nuestro caso específico las rupturas provocadas por las revoluciones— no excluye que ellos respondan a una lógica o, para decirlo con otras palabras, que se puedan subsumir bajo leyes generales (entendiendo por leyes generales las dependencias funcionales entre variantes que nos permiten explicar causalmente los

acontecimientos). Seguramente no existe una ley de la historia —como la ley (determinista) del progreso y semejantes proyecciones animistas—, pero existen leyes sociológicas en el sentido de que el funcionamiento de los sistemas sociales responde a ciertas características que se repiten —por ejemplo, la férrea ley de la oligarquía o la ley de circulación de las élites. De modo tal que se puede decir que la sociedad tiene una estructura legal, y que si la misma resulta alterada, las consecuencias pueden ser catastróficas. Y el caso de la "situación revolucionaria" es una de las más elocuentes demostraciones de que la pretensión de la sociología de ser un saber empírico-nomológico no resulta para nada arbitraria.

La variante decisiva para comprender lo que he propuesto denominar paradoja de las revoluciones —es decir, el contraste entre las intenciones de los sujetos revolucionarios y los resultados de sus acciones— es la legitimidad. La legitimidad es un particular requisito del poder público. Este es legítimo si, y sólo si, la gran mayoría de los súbditos le reconoce el derecho a ejercer el monopolio de la violencia para garantizar el orden, a defender a la comunidad de los enemigos externos y a tomar decisiones que involucren a todos aquellos que viven dentro del territorio sometido a su jurisdicción de poder. Si existe tal reconocimiento espontáneo, entonces las instituciones estatales estarán en armonía con la opinión pública o, lo que es lo mismo, con la cultura política dominante. La vigencia de una cultura política homogénea —entendida como la internalización por parte de los actores sociales de creencias, normas, valores y modelos de comportamiento— es, por lo tanto, la presuposición de la legitimidad del poder público⁷. El Estado, entonces, —empleando una eficaz y hermosa imagen de Ortega y Gasset— estará adherido al cuerpo social como si fuera su piel: será el límite, no percibido como tal, del accionar de los individuos, el marco normativo "natural" dentro del cual los actores sociales llevarán a cabo sus elecciones de valor⁸.

La situación varía radicalmente si la creencia en la legitimidad del poder público se volatiliza y se abren amplias fracturas ideológicas en la cultura política. Los determinantes socio-psicológicos de la crisis de legitimidad parecen estar estrechamente vinculadas a aquel ciclo de cambios estructurales generados por el proceso de modernización al que Gino Germani denominó "movilización social"⁹. Dicho ciclo ha sido descompuesto analíticamente por el mismo Germani en seis fases:

- 1) un estado de integración dentro de un específico modelo estructural;
- 2) una fase de ruptura que altera el grado de adaptación existente y que modifica sensiblemente la armonía estructural del sistema;
- 3) una fase de dislocamiento de individuos y de grupos que resultan "desplazados" y sucesivamente "inducidos" a una nueva red de relaciones;

- 4) una reacción psicológica proveniente de los individuos desplazados, los que se adaptan a nuevos modelos de socialización y de comportamiento;
- 5) una fase constructiva que se caracteriza por una serie de respuestas que los sujetos desplazados tratan de dar a sus problemas existenciales;
- 6) una fase de reintegración durante la cual los grupos desplazados encuentran un vínculo más satisfactorio con la comunidad a la que pertenecen y en la que se restablece, en alguna medida, la armonía entre las partes del sistema.

Las dos fases que particularmente nos interesan más son la tercera y la cuarta, durante las cuales se verifica el fenómeno que Arnold J. Toynbee llamó "secesión del proletariado interno"¹⁰. El sentirse excluidos de la comunidad y el resentimiento que ello genera en los grupos desplazados, determina su alejamiento afectivo de la comunidad. Así, la movilización social tiende a convertir a tales grupos en una "masa alógena" que está en la sociedad pero que no forma parte de la sociedad y que, justamente por ese motivo, rechaza el sistema de valores tradicionales, pues lo siente profundamente alejado de sus exigencias y extraño a las mismas. En consecuencia, el poder deja de ser percibido por el "proletariado interno" como la autoridad, fuente legítima del mando, y es visto, en cambio, como una institución que le es hostil.

Si a ello agregamos que en el seno de esa masa marginada surge una minoría creadora —generalmente reclutada entre la *intelligentzia* proletarizada— capaz de elaborar y de difundir una contra-ideología, se abre entonces un conflicto de legitimidad y la sociedad se escinde, idealmente, en dos sociedades: una, formada por todos aquellos que siguen identificándose con el principio de legitimidad del Antiguo Régimen, la otra, compuesta por los que han abrazado el nuevo principio de legitimidad. La ruptura revolucionaria está, precisamente, en este conflicto —verdadero duelo existencial— que transforma en *hostes* a todos los que, con anterioridad, se consideraban *socii*.

Y es exactamente esa *situación de ilegitimidad* —es decir de ausencia de consenso *on fundamentals*, para usar la eficaz fórmula de Harold Lasky¹¹— la matriz estructural de la paradoja de las revoluciones.

El movimiento revolucionario trata de sustituir el viejo paradigma político por uno nuevo que sea capaz de garantizar una mayor igualdad, una mayor participación, una más amplia libertad. Pero no puede poner en práctica su proyecto porque, justamente, existe una situación de ilegitimidad. La legitimidad —conviene reforzar el concepto— presupone la existencia de una *convicción firme y generalizada* acerca de *quién* debe mandar y de *cómo* debe hacerlo (límites, objetivos, procedimientos, etc.). Lo que significa que si dicha convicción general no existe, es ilusorio pensar que se la podrá inventar. Las ideas pueden ser inventadas, no

así las creencias comunes que son verdaderas instituciones de cuya vigencia depende la concordia política. La situación revolucionaria es exactamente lo contrario de la concordia política; es una situación en la que no solamente no existe el acuerdo *on fundamentals*, sino que, por añadidura, está en acto la lucha frontal entre quienes Ferrero bautizó los genios invisibles de la ciudad, es decir entre el principio de legitimidad del Antiguo Régimen y el de la Revolución. Hecho que imposibilita sustituir al viejo poder ya ilegítimo por un nuevo poder legítimo. Para que el proyecto democrático del movimiento revolucionario se institucionalizara sería necesaria una rápida conversión ideológica de la gran mayoría de los actores sociales. Pero ello carece totalmente de realismo. Oliver Cromwell lo había comprendido perfectamente cuando hacía notar: "Es necesario gobernar con consenso; ¿pero cómo hacerlo cuando éste falta?" Y había llegado a la conclusión de que existía un método para evitar la anarquía: recurrir a la coerción y mantener a la sociedad bajo el riguroso control del Estado. Que es exactamente la respuesta del anti-revolucionario Thomas Hobbes.

Por otra parte, ¿Cómo habría de ser sino así? La situación revolucionaria se caracteriza por la existencia de un doble vacío: vacío de poder —una revolución comienza por el colapso del Estado— y vacío de legitimidad. Desde el momento en que colmar el vacío de legitimidad exige una o más unidades de tiempo histórico —por ende, una o más generaciones— no hay más remedio que llenar el vacío de poder mediante el uso masivo e indiscriminado de la violencia. Y todo ello porque la democracia, más que cualquier otro régimen, necesita el consenso, necesita que las reglas del juego sean aceptadas por válidas por la más amplia mayoría ciudadana y que no existan conflictos radicales entre las *élites* políticas. De otra manera sus principios fundamentales —el derecho a la oposición, la libertad de sufragio, las garantías jurídicas— no pueden aplicarse. Justamente por ello la institucionalización, por parte del movimiento revolucionario, del paradigma liberal-democrático —aun en la hipótesis de que en su seno no existan profundas divergencias, cosa que se da muy raramente— resulta objetivamente imposible. De manera tal que el "partido de la revolución" se ve obligado a aplicar la fórmula democrática —de la cual él hace derivar su pretendido monopolio de la violencia— en sentido inverso: amordazando a la oposición y postergando *sine die* la instauración de la libertad de sufragio y de las garantías jurídicas.

Además, no hay que olvidar que la revolución, si es efectivamente tal, es una declaración de guerra a lo existente, que proclama su deseo de subvertir todo para ratificar su ideal de justicia aplicado a la sociedad. Por ello, la revolución no discute los abusos del sistema sino sus usos; es decir sus instituciones políticas, económicas y culturales. Pero los usos no desaparecen fácilmente. Pueden ser cambiados, claro está, y hasta de manera radical; pero ello exige mucho tiempo. Y entretanto el partido de la revolución se ve obligado a gobernar en una *situación de anomia*. Y

tiene un solo modo de hacerlo: imponiendo su programa a la sociedad y luchando despiadadamente contra aquellos que, por cualquier motivo, no aceptan el Nuevo Orden. Ese es el imperativo que la situación de ilegitimidad impone a los revolucionarios y que Lenin formuló en los siguientes términos, altamente instructivos: "Toda gran revolución y, particularmente, toda revolución socialista, aun cuando no hubiese de por medio una guerra externa, es inconcebible sin una guerra interna; es decir una guerra civil que trae consigo una destrucción mayor que la de una guerra contra enemigos de afuera, una guerra que comporta miles y hasta millones de ejemplos de dudas, de pases de un bando a otro y un estado de gran incertidumbre, de desequilibrio, de caos... Para dominar todo esto hace falta tiempo, *hace falta una mano de hierro*"¹².

Cuando se llega a ese punto el *miedo* es colosal. Y se trata de un miedo que se alimenta circularmente: miedo de los gobernantes frente a los gobernados, miedo de éstos respecto de aquéllos. Tal como lo ha demostrado magistralmente Ferrero en su obra maestra *Poder*, la función sociopsicológica de la plena vigencia de un principio de legitimidad es, esencialmente, eliminar o, por lo menos, reducir el miedo que el Poder —violencia concentrada que no tolera rivales y que pretende ser la única fuente legítima de mando— suscita en los súbditos y que se revierte sobre aquéllos que lo detentan. Un principio de legitimidad es, en sustancia, un "pacto tácito" entre los que gobiernan y sus gobernados. Obviamente, las formas y los contenidos específicos del pacto social pueden variar; pero el pacto, en cuanto tal, es esencial para que el miedo no desbarajuste los comportamientos sociales. El pacto establece los derechos y los deberes, fija las recíprocas expectativas, define lo lícito y lo que no lo es. Hasta aquí, la humanidad no ha encontrado otro remedio para combatir al miedo que se origina en la violencia, más que la institución de un aparato que, respetando ciertas reglas, garantice el orden, a través de amenazas con severas sanciones a todos aquellos que lo violen. Hecho que —conviene reiterarlo— presupone la existencia de un amplio consenso acerca de los valores fundamentales; de este modo los gobernantes, al respetarlos, tendrán la casi absoluta certeza de que sus órdenes serán espontáneamente obedecidas y que el espíritu rebelde —siempre presente en cualquier conglomerado humano, al menos como potencialidad— no será una amenaza a su pretensión de dirigir la comunidad política.

La ruptura revolucionaria se produce cuando el pacto tácito pierde su plena vigencia y cuando es imposible volverlo a definir por la presencia de divergencias ideológicas radicales, hecho que, automáticamente, hace leudar el miedo con un ritmo realmente paroxístico. Se trata de una "ley de una precisión casi astronómica: cuando en un cuerpo social se destruye la legalidad, el miedo se adueña de todos los espíritus. Los primeros que acusan el miedo son los mismos destructores: el pánico comienza y se difunde a partir de ellos"¹³. Todos se temen recíprocamente porque ya no existen normas ni principios ni valores comunes, de manera que la anomía es total.

A ello hay que agregar que, con el colapso del Antiguo Régimen, las masas son "liberadas" y puestas "en movimiento". Ahora —tal como lo demostró magistralmente Alberoni¹⁴— el modo de ser del movimiento es intrínsecamente totalitario. Una nueva solidaridad, exclusivista e intolerante, sustituye a la anterior ya desaparecida, y el "grupo en fusión" —para emplear la terminología del segundo Sartre¹⁵— se convierte en el protagonista de la "fiesta revolucionaria". Y, de inmediato —y por las razones que hemos apuntado anteriormente— también el del "miedo revolucionario". Es típico de la dinámica de los procesos revolucionarios el rápido paso del entusiasmo jubiloso al delirio de persecución. El grupo en fusión se siente amenazado, rodeado por enemigos de todo tipo y especie, acechado por peligros. Y no resulta difícil explicarse el porqué. Su dominio no es legítimo. Lo ha usurpado violando la legalidad, puesto que el Genio de la Revolución todavía no ha sido institucionalizado y no se ha incorporado a la conciencia de la mayoría como el paradigma fundamental de la comunidad política. Por otra parte, las fuerzas del Antiguo Régimen, derrotadas pero presentes aún en la escena (tanto en la interna como en la internacional) son hostiles al Nuevo Orden y están preparadas a cualquier acción con tal de poder reconquistar la Ciudad del mando. Como si ello no bastara, el desafío lanzado por el partido de la revolución pone sobre alarma a los demás Estados que ven en ella una amenaza del orden internacional y un foco de infección ideológica que tiene que ser extirpado para evitar el contagio. ¿Con cuál resultado?: que el sistema político nacido de la crisis revolucionaria adquiere todas las características de la "fortaleza asediada".

Ante semejante situación de emergencia, los revolucionarios que se han apoderado ilegalmente de la Ciudad del mando, no tienen otra alternativa que recurrir al uso arbitrario e intimidatorio de la violencia para restablecer el orden y para aplacar el miedo. Tienen conciencia de ser usurpadores o, lo que es lo mismo, de no contar con un sólido consenso popular. Y de esta manera el gobierno revolucionario se ve obligado a transitar, quiera o no, el camino del terror y a transformarse en una sospechosa *tiranía*.

Proclama, es cierto, que es democrático y que quiere la libertad, pero su *modus operandi* no puede ser sino autoritario e inquisidor. Y aquí está la paradoja de la revolución: en que ella no puede dar cuanto prometió pues en una situación de ilegitimidad el orden social sólo puede ser reconstruido mediante el uso terrorista de la violencia, transformando al Estado en un gigantesco aparato ortopédico. De modo que la inspiración anarquista o, por lo menos, hiperdemocrática de la revolución, desemboca, paradójicamente, y, al mismo tiempo, ineluctablemente, en el poder totalitario. Ello ha llevado a Jouvenel a afirmar que "la renovación y el refuerzo del Poder son la verdadera función histórica de la revolución... Las revoluciones están cargadas de acusaciones contra los tiranos. Sin embargo, no es al principio sino al final cuando aparecen...

La Revolución, cualquiera sea su lenguaje, trabaja por el Poder, no por la Libertad"¹⁶.

La conclusión de este sintético análisis de la situación revolucionaria se impone por sí misma. Revolución y democracia liberal, a pesar de todo lo que se haya podido decir al respecto, son términos orgánicamente inconciliables. Una revolución, en la medida en que es efectivamente tal —es decir la violenta caída del orden preexistente— es siempre autoritaria y tendencialmente totalitaria a pesar de los proyectos y las intenciones de los sujetos revolucionarios. Así lo expresó lapidariamente Marx a través de estas palabras: "Todo estado de cosas provisorio posterior a una revolución exige una dictadura, una enérgica dictadura"¹⁷.

Todo aquel que piense lo contrario confunde sus deseos con la realidad y se niega a reconocer aquello que la sociología de Ferrero y de Jouvenel, así como la historia, testigo absolutamente imparcial, han confirmado hasta aquí¹⁸.

Es cierto que las crónicas de la historia mundial nos dicen que han habido algunas revoluciones —como la inglesa de 1688 o la portuguesa de 1974— que han desembocado en regímenes políticos liberales. Pero nunca jamás revolucionario alguno las consideró auténticas revoluciones. Y con razón. A ellas les faltó, desde un principio, la radicalización propia de las revoluciones, la voluntad de volver a plasmar *ab imis* la sociedad, el programa de romper de modo traumático con la tradición. De hecho, ellas estuvieron dominadas por la "lógica consociativa" que bloqueó desde un comienzo la carrera a los extremos y la guerra entre los Genios invisibles de la Ciudad. Lo que confirma la validez de cuanto afirmaba Aron en 1955: "La conquista y el ejercicio del poder con medios violentos presuponen conflictos no resueltos mediante tratativas y compromisos; dicho de otro modo, la total falla de los métodos democráticos"¹⁹. Efectivamente, todo parece indicar que la lógica del duelo existencial, típica de las crisis revolucionarias, orgánicamente es incompatible con la lógica de los "conflictos ritualizados" sobre los que se basa la democracia liberal. Por lo tanto resulta ilusorio y pueril esperar de la revolución lo que la revolución no puede dar, es decir un acrecentamiento de la libertad. Lo que la revolución puede hacer —y así lo hace— es revitalizar al poder; y ella es tanto más totalitaria cuando más violentamente destruye la tradición.

Traducción por Ernesto Arrioli

Notas

¹ Godwin, W., *Ricerca sulla giustizia politica e sull'influenza sulla morale e sulla felicità*, en G. M. Bravo, compilador, *Gli anarchici*, UTET, Turín, 1971, vol. I, pág. 202.

² Cf. Pellicani, L., *Dinamica delle rivoluzioni*, Sugar, Milán, 1974.

³ De Jouvenel, B., *Il Potere*, Rizzoli, Milán, 1947, págs. 221 a 22.

⁴ Ferrero, G., *Potere*, Sugar, Milán, 1981, pág. 218.

⁵ Popper, K. R., *La società aperta e i suoi nemici*, Armando, Roma, 1977, vol. II, pág. 229.

⁶ Piaget, J., *Etudes sociologiques*, Droz, Ginebra, 1955, págs. 145-46.

⁷ Ortega y Gasset, J., *L'uomo e la gente*, Giuffrè, Milán, 1978.

⁸ Ortega y Gasset, J., "Sull'Impero Romano", en *Scritti politici*, UTET, Turín, 1979.

⁹ Germani, G., *Sociologia della modernizzazione*, Laterza, Bari, 1973 y *Sociology of Modernization*, Transaction Books, New Brunswick, 1981.

¹⁰ Toynbee, A. J., *A study of History*, vol. V, *The Disintegration of Civilizations*, Oxford University Press, Londres, 1962.

¹¹ Lasky, H., *Reflections on the Revolution of Our Time*, Allen and Unwin, Londres, 1943.

¹² Lenin, V. I., "I compiti immediati del Potere sovrano", en *Opere Complete*, Editori Riuniti, Roma, vol. XXVII, pág. 236.

¹³ Ferrero, G., *Potere*, ob. cit.

¹⁴ Alberoni, F., *Movimento e istituzione*, Il Mulino, Bologna, 1977.

¹⁵ Sartre, J. P., *Critica della ragion dialettica*, Il saggiaatore, Milán, 1964, vol. II, págs. 89 a 93.

¹⁶ De Jouvenel, B., *Il Potere*, ob. cit., págs. 224-25 y 236. A quien considere que la tesis de Jouvenel (y de Ferrero) es la expresión de una *prava dispositio* respecto de la revolución, de una mentalidad cerradamente conservadora y hostil a las tendencias progresistas de nuestro tiempo, será suficiente recordarle —así lo estimo— que la misma ya había sido formulada nada menos que por Marx y por Lenin. El primero, en *El Dieciocho Brumario* dijo que "todos los movimientos revolucionarios políticos antes que quebrar la maquinaria estatal, sólo la perfeccionaron". El segundo, en *El Estado y la revolución* reafirmó el concepto anterior al expresar: "Todas las precedentes revoluciones no han hecho otra cosa que perfeccionar la máquina estatal, cuando lo que hay que hacer es romperla, destruirla". A la luz de tal diagnóstico su conclusión práctica adquiere visos de "locura": que la futura revolución comunista debía instaurar la dictadura, el terror y el monopolio estatal de los medios productivos. Es decir: un *Estado omnipotente*. Se trata de un colosal *non sequitur* que ha transformado —como previeron con tanta lucidez los anarquistas— al proyecto de liberación total de los hombres en la práctica totalitaria de la burocracia carismática (Cf. Pellicani, L., *I rivoluzionari di professione*, Vallecchi, Florencia, 1975; y *Il mercato e i socialismi*, Sugar, Milán, 1979).

¹⁷ Marx, K., "La crisi e la contrarivoluzione", en *Opere Complete*, Editori Riuniti, Roma, 1974, vol. VII, pág. 445.

¹⁸ El caso de la llamada revolución norteamericana no puede ser indicado como una refutación empírica de la ley de Jouvenel y de Ferrero. En efecto, no

fue una revolución sino una guerra de independencia nacional que, por ese mismo motivo, no conoció el duelo existencial entre los Genios invisibles de la Ciudad ni la guerra civil desatada entre los partidarios del Antiguo Régimen y los del Nuevo Orden, lo que explica su singular desarrollo y los resultados liberales a los que llegó.

¹⁹ Aron, R., *L'oppio degli intellettuali*, Cappelli, Bolonia, 1958, pág. 118.

Movimientos y revoluciones

Francesco Alberoni

1. Trataré de examinar en este trabajo el concepto de revolución, y para ello utilizaré algunas de las categorías que provienen de mis estudios sobre los movimientos colectivos. Las investigaciones monográficas y comparadas que he leído sobre las revoluciones siempre me han dado la impresión de estar saturadas de motivaciones. Y puesto que la revolución existe, hay que explicar el porqué de su existencia. Pero no es posible comparar la situación en que realmente se produce con otra en la que no se da y querer encontrar en dicho parangón los factores que expliquen la diferencia.

Las grandes revoluciones han sido pocas y se han dado en países y en épocas diferentes (en Francia a fines del XVIII; en Rusia a principios del XX, etc.) y por lo tanto resulta francamente imposible confrontarlas. Con los movimientos colectivos, en cambio, la situación varía sustancialmente. Estos son numerosísimos, de todo tipo, se suceden intermitentemente, aparecen en forma sorpresiva, producen fenómenos de contagio. Claro, para utilizar una categoría sociológica como la de movimientos colectivos, hay que saber muy bien qué son éstos. Pido perdón a mis lectores si, para afrontar este problema, parto de los resultados del trabajo de investigación expuesto en mi libro *Movimento e Instituzione*¹. Dicha investigación me ha demostrado que los movimientos colectivos se dividen en dos grandes categorías: por un lado los movimientos de aglomeración, de conjunto, como el pánico, el *boom* o la moda, en los que muchos individuos se comportan de igual modo, sin formar un *nosotros* colectivo y, por otro, aquellos grupos en los que, por el contrario, ese *nosotros* aparece.

Estos últimos, aun en su increíble diversidad, tienen numerosos elementos en común. Y ello se comprueba examinando las *unidades de los movimientos colectivos*, es decir los pequeños grupos de cuya confluencia nacen, después, los grandes movimientos. En efecto, cada movimiento presenta ese carácter molecular al que se refirió Trotzky en relación con la revolución rusa. En dichas unidades y en los individuos que

adhieren a ellos por "conversión", encontramos rápidamente el *estado naciente* con las numerosas propiedades a las cuales me he referido ampliamente. Con esa perspectiva, los movimientos resultan ser procesos en los cuales se forma un campo de solidaridad antagónico a ciertas instituciones existentes. Y el movimiento siempre desafía a la institución, y lo hace en nombre de los valores que le dieron origen. Cada una de las instituciones tiene su origen en un movimiento y cada movimiento tiende a producir una institución. Por ello los movimientos cumplen un importante rol en las revoluciones. Cualquier derrocamiento de un poder establecido que no sea producto de movimientos de magnitud toma otro nombre: será una conjura, un golpe de Estado, etcétera.

En todas las revoluciones conocidas por nosotros se ha dado una sucesión de movimientos que, al crear desequilibrios, han actuado como condicionantes de nuevos movimientos. Estos forman un frente en el cual las divisiones internas, sin embargo, no impiden combatir contra un enemigo común. Dicho frente, heterogéneo en su composición pero unido ante el adversario, es el que, llegada la ocasión, determina la caída del anterior poder político y el traspaso del poder a una élite que hegemoniza el frente.

Generalmente ello se da mediante la lucha armada que, sin embargo, puede ser poco cruenta. La nueva élite elabora o, simplemente, aplica un *proyecto de gestión o de administración* que tiende a modificar la estructura económica, jurídica y política de modo tal que el proceso sea irreversible.

Ambos hechos son los que caracterizan a una revolución: no se puede hablar de ella si la conquista del poder no se verifica por obra de un *frente* de movimiento, si no se aplica un *proyecto de gestión*. ¿Cuál es el rol de la estructura social y, básicamente, de las clases sociales? Para el análisis marxista y para buena parte del análisis sociológico dicho rol es determinante. Desde mi punto de vista, sin embargo, ellos actúan sólo como una pre-condición estructural.

Sobre la base de cuanto he manifestado, la expresión revolución se asigna a muchos fenómenos que no siempre son considerados revolucionarios. Por ejemplo el peronismo y su conquista del poder en el año 1945, el nasserismo, aunque la toma del poder por parte de Nasser fue un golpe de Estado, la revolución iraní, a pesar de que es conservadora y vernacular. Aun el nazismo entra en esta consideración. Este modo de entender la revolución contrasta con la opinión generalizada según la cual sólo los procesos "progresistas" son revolucionarios. Y aun más tajante resulta el contraste con la doctrina marxista, para la cual las verdaderas revoluciones serían aquellas que llevan al poder sólo a la "clase obrera".

Antes de seguir, entonces, detengámonos un momento sobre las aplicaciones concretas de este concepto. El peronismo —como lo ha

demostrado Gino Germani— fue un movimiento obrero. Para ser más precisos, de la clase obrera criolla, los "cabecitas negras" que habían engrosado el cordón industrial y que gozaban de derechos políticos pero no tenían una adecuada representación política y sindical. Pero los marxistas jamás consideraron al peronismo como un fenómeno "de clase". Llamaron en cambio revolución proletaria a la revolución china, a la cubana y a la guerra vietnamita en la que el peso de la clase obrera fue de escasísimo valor. Y hoy afirman que "Solidaridad", típico movimiento de la clase obrera, es contrarrevolucionario y se opone al internacionalismo proletario.

En verdad la doctrina marxista no se ocupa de ver concretamente si los protagonistas del movimiento o de la revolución son obreros o no. Los movimientos y las revoluciones que se reconocen en el marxismo, que se alían con los países comunistas, que toman como padres fundadores a Marx, Engels y Lenin, son proletarios; los otros no. Y las revoluciones que no lo hacen pierden el derecho a ser llamadas tales.

De ahí que el fascismo, el nazismo, el peronismo, el nasserismo o la revolución iraní no son consideradas revoluciones, mientras la china, la cubana o la vietnamita sí lo son. Pero durante mucho tiempo, para los marxistas, los golpes de estado de Checoslovaquia, de Hungría y, últimamente, de Etiopía y Afganistán, fueron "revoluciones".

¿Qué se esconde tras este proceder? ¿Tal vez sólo una desprejuiciada lógica política? A mi entender, hay mucho más. Y para comprenderlo es necesario introducir un nuevo concepto: el de *civilización cultural*.

2. El cristianismo, el Islam, la reforma y el marxismo aparecieron en la historia como movimientos. Pero a partir de ese germen inicial se forma, en lapsos relativamente breves, una *fuerza* capaz de absorber y derrotar a los adversarios, de crear instituciones, de *modificar las condiciones económicas, sociales y culturales de modo tal que las mismas contribuyan a su florecimiento* hasta el momento en que logra un dominio irreversible. Si bien es cierto que las civilizaciones culturales se originan con características de movimiento, en realidad no lo son. Son, sí, fuerzas institucionales que se diferencian merced a sucesivos movimientos sin que ello implique una fragmentación. Porque además tienen la propiedad de reconstituirse con rapidez toda vez que resultan quebradas y dispersas.

Tomemos como ejemplo la última civilización cultural de la historia: el marxismo. El marxismo nace como movimiento juntamente a otros movimientos "socialistas" europeos y, durante mucho tiempo, ocupa una posición secundaria. Dentro del grupo que reconoce el liderazgo ideológico de Marx y de Engels se producen de inmediato algunas divisiones, como la que se da entre reformistas-socialdemócratas y revolucionarios.

Después llega la Revolución de Octubre y lo que en un principio había sido un grupo de intelectuales, se convierte en la élite de poder de la Unión Soviética. A partir de ese momento ya no se puede seguir hablando de movimiento, porque el "marxismo-comunismo" está formado, en realidad, por cinco componentes:

- a) La Unión Soviética, cuya organización económico-política es controlada por el partido;
- b) la Tercera Internacional, es decir la organización controlada por el partido comunista soviético que nuclea a todos los partidos comunistas del resto del mundo;
- c) los grupos marxistas comunistas disidentes o derrotados, como el trotskismo, por ejemplo;
- d) los partidos socialdemócratas de inspiración marxista que, si bien se nutren de la misma tradición, el marxismo, se diferencian radicalmente por los métodos que intentan adoptar para llegar a la conquista del poder y por sus relaciones con el Estado-guía;
- e) el marxismo entendido como filosofía, historiografía, etc.; es decir como hecho ideológico-cultural que se difunde en países en los que los comunistas no tienen el poder. En este caso se convierte en instrumento crítico de las sociedades existentes (capitalistas).

Terminada la Segunda Guerra Mundial el marxismo-comunismo toma el poder en algunos países europeos mediante la ocupación soviética; en otros estados como China, Cuba, Camboya y Vietnam se establece merced a una guerra de liberación nacional y llega sucesivamente a Etiopía y Afganistán a través de un golpe de Estado. Penetra profundamente en toda el área islámica bajo forma de sincretismo islámico-marxista. La organización unitaria de la Tercera Internacional se quiebra en dicha fase y aparecen las "herejías de Estado" como la yugoeslava y la china. Las denomino ideologías de Estado para distinguirlas de las precedentes (trotskismo, etc.) porque en este caso la línea del desacuerdo se establece a nivel del Estado-nacional.

Esa difusión del marxismo no se diferencia radical y sustancialmente de otras civilizaciones culturales como el Islam, por ejemplo. También en este caso, producida la desaparición de Mahoma, se ponen de manifiesto las primeras diferencias fundamentales que se mantendrán a todo lo largo de la historia islámica. El imperio califal, unidad política del Islam, sólo existió como aspiración ideal. Inmediatamente después de Siffin, en la península árabe, en Kufa y posteriormente en Khoro-san, surgieron grupos político-religiosos a secas y diversos principados caridchitas. A dos siglos de distancia el panorama sigue siendo muy parecido al del marxismo de nuestros días: una mayoría de Estados islámicos sunnitas que no aceptan totalmente al califato, y varios estados chiitas que lo combaten. En aquella época el Islam se difundió ya sea como con-

quista militar o, como ideología revolucionaria; tal el caso de la revolución de los abásidas entre la población de origen iraní. La tercera modalidad de difusión, en cambio, es la difusión comercial, característica de la India meridional (y posteriormente de Indonesia). Existe, también, una influencia filosófico-cultural ejercida desde el mismo imperio bizantino que produce el fenómeno de la iconoclasia.

Si nos ocupamos del cristianismo nos encontramos ante una análoga combinación de diferencias ideológicas y de conquistas políticas, ante una penetración que se lleva a cabo mediante la violencia y la conversión, la imposición del nuevo credo y la lenta infiltración y sustitución de los viejos cultos, el difundirse de creencias y de fórmulas organizativas económicas, políticas, administrativas. También el cristianismo logra consolidarse porque transforma a la sociedad adaptándola a sus fines. Se forma una clase eclesiástica dominante que se asegura a perpetuidad el control sobre las reservas y los recursos políticos y económicos.

Pero una civilización cultural no podría subsistir si no pudiese absorber todos los movimientos que surgen para desafiarla. Ella se diferencia, pero cuando esa diferencia produce movimientos colectivos, por un lado, ellos toman como propios algunos de sus elementos centrales y, por el otro, son reabsorbidos.

3. Empleando el concepto de civilización cultural podemos identificar fácilmente aquellos períodos históricos en los cuales se condensan los procesos revolucionarios. Limitándonos al último milenio, encontramos cuatro. *El primero* se da en los siglos inmediatamente posteriores al año mil y coincide con el debilitamiento del feudalismo, en correspondencia con el surgimiento de la iglesia medioeval y de las comunas. *El segundo* corresponde a los intentos de reforma (Bohemia) o a la reforma protestante propiamente dicha. En este período encontramos que los movimientos protestantes son el eje central de los procesos revolucionarios. Pensemos solamente en el rol jugado por los calvinistas en Suiza, en Holanda, en Escocia y, finalmente, en Inglaterra durante la revolución del año 1640.

Sigue después una *tercera* ola de revoluciones que comienza hacia fines del siglo XVIII (la norteamericana), se continúa en el XIX y lleva a la formación de los Estados-nación, quebrantando de esa manera los viejos imperios español, inglés, habsbúrgico y turco.

El cuarto período comienza con la Revolución de Octubre y corresponde a la expansión del ordenador marxista.

Cada una de las mencionadas fases es el resultado de un profundo proceso que involucra al *ordenador cultural*.

En la *primera* tenemos una radical reestructuración del ordenador cultural cristiano con la formación, por una parte, de las comunas y, por la otra, del papado medioeval.

En el *segundo* período, el de la reforma, se fractura el ordenador cultural que caracterizó al medioevo cristiano. La potencia hegemónica de la Iglesia y de sus órdenes resulta resquebrajada —para siempre— en Europa septentrional y ello se produce a través de: a) movimientos colectivos religiosos, b) verdaderas revoluciones como las que hemos mencionado, c) intervención del soberano reinante, como en el caso de muchos príncipes alemanes o como en Suecia, donde movimientos revolucionarios llevan al poder a nuevas dinastías.

En el *tercer* caso se afianza el sistema capitalista; la transformación económica basada en el utilitarismo y el progreso técnico-científico, un nuevo sistema de igualdad jurídica y la recomposición de las solidaridades aseguradas por el Estado-Nación.

También este proceso se da a través de: a) revolución para derrotar la monarquía y la aristocracia interna (Revolución Francesa), b) guerra de liberación nacional (Estados Unidos, América Latina); c) intervención de una monarquía que, al verse desafiada por los movimientos colectivos, los hegemoniza, como en el caso de Prusia; d) la obra de una élite aristócrata modernizante que adopta como proyecto de gestión un modelo europeo y lo aplica en su país, como en el caso del emperador Meiji de Japón.

En el *cuarto* caso se produce la ruptura del ordenador capitalista que comienza con la Revolución de Octubre en Rusia. Aquí, una nueva formación política, el partido leninista, aplica un nuevo proyecto de gestión que logra mantenerse en funcionamiento. Y a partir de ese momento se convierte en una nueva opción política, organizativa, económica y cultural respecto de las democracias capitalistas; estamos ante el núcleo de una nueva civilización cultural que se difunde, también, mediante diversos modos: como ocupación militar, como guerra de liberación nacional, como adopción del proyecto de gestión marxista-comunista por obra de una élite que había combatido y ganado una guerra de liberación nacional, o como un golpe de Estado militar.

En otras palabras: que una vez afianzado el nuevo ordenador cultural y el proyecto de gestión, la "transformación revolucionaria" puede también lograrse mediante un simple golpe de Estado. En efecto, tomado el poder se pone en marcha la radical transformación del sistema económico-político, el monopolio absoluto de la cultura, la movilización de la población, la selección y formación de la nueva clase dirigente y la destrucción de la anterior.

El hecho de que todos estos procesos se indiquen como "revoluciones" es por sí mismo un componente del ordenador cultural marxista que busca el resultado último del proceso y no se preocupa por el método empleado para alcanzarlo. Paralelamente, todas las transformaciones, aun las revolucionarias que no conduzcan a este resultado, no son consideradas tales. Hablando en términos valorativos el nazismo fue una

revolución porque tuvo todas las características anteriormente indicadas, incluso un proyecto de gestión.

Para concluir: *las grandes oleadas revolucionarias son una de las tantas modalidades con las que se afianza un nuevo ordenador o se revitaliza otro antiguo.*

La idea de que una transformación radical o una discontinuidad puedan producirse sólo a través de una gran revolución en la que esté involucrada toda la población es producto del modo con que se afirmó, en los comienzos, el ordenador cultural marxista y es un componente de la ideología marxista. En realidad, también en el marxismo la revolución es sólo una de las modalidades de difusión del ordenador.

Por otra parte, *la difusión de un ordenador no comienza necesariamente con una revolución*, aunque su difusión esté acompañada por fenómenos revolucionarios. Puede comenzar por un movimiento de modestas características, como en el caso del Islam, y ser seguida por una estruendosa sucesión de conquistas. Puede comenzar silenciosamente, como el cristianismo, en cuyo caso los episodios revolucionarios prácticamente no existen. Puede comenzar por medio de modestos episodios revolucionarios, como el protestantismo, y continuarse con procesos revolucionarios de mayor importancia y hasta con guerras religiosas. Finalmente, puede originarse por una gran revolución y por una guerra civil, como en Rusia. En el fondo, el caso ruso es el único en el cual la revolución, con todas las características descriptas al comienzo, coincide con el nacimiento de un nuevo ordenador.

Además puede darse un proceso revolucionario imponente que movilice a la población entera y que sin embargo no produzca la fractura del ordenador siguiente y el nacimiento de otro nuevo. El ejemplo más típico de esto lo constituye la reciente revolución iraní. En el caso de la Revolución Francesa la distribución de la propiedad, la tendencia a la centralización-racionalización administrativa del Estado y el desarrollo de la cultura no presentan netos signos de discontinuidad. Y todo lo que acontece después de la Revolución Francesa se manifiesta como la continuación de un proceso iniciado antes de ella y en perfecta armonía con él. A pesar de su fragor y de su violencia, no ha significado una discontinuidad equivalente a la que produjo la reforma protestante o la revolución soviética, por ejemplo. Sus efectos mayores se dejaron sentir fuera de Francia, tanto en la aceleración del proceso de formación de los Estados nacionales burgueses y de las instituciones representativas, como en la difusión de la *idea* según la cual una discontinuidad absoluta y la transformación radical solamente son posibles a través de una gran revolución con la participación del pueblo. Por ese camino la experiencia revolucionaria francesa se convirtió en un componente ideológico del marxismo. En cambio, cuando empieza a difundirse un nuevo ordenador cultural, cuando están presentes ciertas y determinadas pre-condiciones estructurales y, al mismo tiempo, se dispone de un proyecto de

gestión, un simple golpe de Estado puede provocar una transformación profunda y radical, en cuyo caso la nueva élite de poder tiene en sus manos los instrumentos para derrotar a la oposición, para transformar la base económico-social y para monopolizar la cultura de tal modo que se asegure la irreversibilidad del proceso. El ejemplo más típico está dado por el emperador Meiji de Japón, país en el que el orden feudal fue literalmente barrido para adoptar un nuevo ordenador capitalista-nacional. Lo mismo puede afirmarse en el caso de Cuba, de Yemen, de Etiopía, etc., países en los que se ha operado el pasaje al ordenador marxista.

Sobre la base de todo lo hasta aquí manifestado el intento de Eisenstadt de establecer una relación entre revolución y transformación social ignorando el aporte específico de las civilizaciones culturales, impide señalar las normas allí donde existen².

4. El caso japonés y el de la revolución iraní nos permiten terminar con un reiterado lugar común: el de la conexión entre revolución y modernización. La del emperador japonés Meiji no fue una revolución porque faltaron los movimientos populares. Sin embargo fue "progresista" y modernizante. La iraní, por el contrario, fue una revolución desde todo punto de vista y a pesar de ello desembocó en una teocracia conservadora o, mejor aun, restauradora. Encontramos aquí todo lo manifestado acerca de los movimientos colectivos. En ellos la *resultante* deriva de muchos factores y de muchos procesos subterráneos. Ello no puede confundirse ni con los valores universales que animan al Estado naciente, ni con el proyecto del movimiento colectivo. La revolución es el resultado de una sucesión de movimientos, cada uno de los cuales crea la pre-condición para los que le sucederán. Por otra parte, cuando se suceden varios movimientos, el último ejerce un *efecto de arrastre* sobre los primeros. Aquel que hegemoniza al último movimiento hegemoniza también a los que han participado en los anteriores; en otras palabras, tiene el poder de guiar el proceso. En las revoluciones ellos produce la toma del poder sobre el aparato estatal, y por ende, la hegemonía sobre el movimiento significa poseer el poder coercitivo. Entonces podemos afirmar que la revolución se ha cumplido sólo cuando el último movimiento logra crear una *institución* que impide el surgimiento de nuevos movimientos (o que los reprime con eficacia), esto es: que interrumpe el *efecto de arrastre*. Llegados a ese punto nos es dado observar "la salida". Se desprende diría casi por definición que ello no coincide con lo que los movimientos subterráneos habían programado. En la revolución iraní, por ejemplo, el peso del clero creció progresivamente y fue determinante con el regreso de Khomeini, exiliado en Francia. Se da una perfecta analogía con la revolución rusa en la cual el peso de los bolcheviques se acrecentó enormemente sólo después del arribo de Lenin procedente de Finlandia. En el caso ruso hasta hubo un golpe de Estado bolchevique contra la revolución que tenía por institución fundamental

al congreso de los soviets. En la francesa, el efecto de arrastre concluye con el Termidor.

Para finalizar esta breve reseña, entonces, quedaría formularnos una pregunta: ¿hay que abandonar el concepto de *reacción*? La respuesta es categóricamente negativa. La teoría de los movimientos colectivos prevé la existencia de la reacción. Cada uno de ellos, al desafiar a muerte a la institución en nombre de sus valores fundamentales, logra la activación de los núcleos que, dentro de aquélla, viven en estado naciente. Estos núcleos pueden moverse en dos direcciones: o confluir hacia el movimiento o permanecer fieles a la institución (reproduciéndola), en cuyo caso se constituyen a su vez en movimiento pero con el fin de reabsorber al movimiento originario. Por eso la *contrarreforma* fue un verdadero gran movimiento reformador, cuyo objetivo era el de reabsorber a la *reforma*. En ese sentido el fascismo fue una reacción respecto de los movimientos anárquico-socialistas de la primera post-guerra italiana; lo mismo puede afirmarse en relación al nazismo y al franquismo.

De todo lo dicho se desprende que pueden existir revoluciones de reacción o, si se prefiere la expresión ideológica, "reaccionarias". El fascismo y el nazismo fueron revoluciones reaccionarias. ¿Por qué no denominarlas contrarrevoluciones? Porque, en realidad, los movimientos que las habían precedido no eran revolucionarios. Una verdadera contrarrevolución presupone la existencia de una revolución previa y de un proceso que la destruya. Ejemplos de ello son la rebelión del napolitano Masaniello, la revolución husita, las restauraciones de los Stuart en Inglaterra, y, parcialmente, en el Termidor, y la Revolución Mexicana por acción de Carranza, así como la represión de los Tai Ping en China.

Traducción por Ernesto Arrioli

Notas

¹ Alberoni, Francesco, *Movimento e Istituzione*, Il Mulino, Bolonia, 1981.

² Eisenstadt, S. N., *Revolution and the Transformation of Society*, The Free Press, Nueva York, 1978.

Segunda parte

Modernidad y tradición en la génesis de los movimientos autoritarios

El alzamiento contra la modernidad*

Seymour Martin Lipset

El surgimiento recurrente de movimientos derechistas, es decir conservadores, que consideran corruptas las producciones políticas y culturales existentes y buscan revitalizar las estructuras sociales y tradiciones nacionales, ya decadentes, son un fenómeno endémico en los procesos caracterizados como procesos de desarrollo. Estos últimos reclaman necesariamente cambios en los valores, en los conceptos de la rectitud moral, así como en el estatus acordado a las diferentes actividades y roles. En la sociedad moderna, los cambios de moralidad han sido descriptos generalmente como una secularización, una declinación de la fe y un énfasis puesto en la racionalidad y el pragmatismo. (Tal como Max Weber lo destacara, "el destino de nuestros tiempos está caracterizado por la racionalización y la intelectualización y, sobre todo, por el 'desencantamiento del mundo'"¹). Sobre la base del análisis de Weber, Gino Germani propuso "la hipótesis de que la tensión estructural inherente a toda sociedad moderna entre la creciente secularización y la necesidad de mantener un núcleo prescriptivo central mínimo suficiente para la integración, constituye un factor causal general de todas las tendencias autoritarias"² (subrayado en el original). O como indicara Talcott Parsons, "la fuente de la tensión específica de nuestra sociedad, al menos en lo que hace a la importancia cuantitativa, es consecuencia de la rapidez del proceso de 'racionalización', como lo denominó Weber, del socavamiento de los símbolos y modelos tradicionales por parte de

* Este artículo constituye un resumen del trabajo presentado en la conferencia *Modernización versus valores tradicionales* promovida por el Council on Religion and International Affairs, Carnegie Center for Transnational Studies, en Cold Spring Harbor, Nueva York, 22 al 24 de oct. de 1980. Una versión ampliada fue publicada en inglés en *Mobilization Center-Periphery Structures and Nation Building*, compilada por Per Torsvik, Universitetsforlaget, Bergen, Noruega, 1982. También apareció en forma abreviada en *Society*, noviembre de 1982. Le agradezco a Irving Louis Horowitz, quien convocó la conferencia y es editor de *Society*, el permiso para incluirlo aquí.

la crítica racional o pseudorracional, y la producción de pautas racionalizadas... El resultado... es que para gran cantidad de gente se hace particularmente difícil tener hábitos y modos de orientación suficientemente establecidos —contar con lo necesario para 'dar por hecho'. Esta situación se ve acompañada a su vez por la difusión de la 'inseguridad' y la 'ansiedad' psicológicas"³. Por consiguiente, como Parsons señala: "La gente insegura asociada a los elementos tradicionales de nuestra estructura social tiende a reaccionar de acuerdo con un modelo "fundamentalista", atribuyendo a estos valores un absolutismo y una literalidad insostenibles, tomando cada desviación de la letra formal de la tradición como un indicador de la inmoralidad más fundamental, etc. El término "fundamentalismo" está tomado de la esfera religiosa, pero el mismo tipo de reacción resulta observable en diversos campos como el de la moralidad, de la devoción a la Constitución, del patriotismo, y muchos otros"⁴.

La sociedad industrial ha institucionalizado el cambio social. Las transformaciones en las estructuras ocupacionales y organizaciones comunitarias son esenciales a su confianza en la tecnología, conjuntamente con los procesos de integración y desintegración y de movilidad geográfica y social, los cuales son invariablemente asincrónicos⁵.

Dado el ritmo del cambio a partir de la iniciación de las revoluciones industriales, nacionales y democráticas, en todo período habrá gente cuyos sistemas de creencias, resultantes de sus experiencias infantiles, se enfrentarán con los que estén ganando preeminencia. Dado que las sociedades complejas contienen diversos medios generadores de valores, comunidades que varían desde las rurales hasta las metropolitanas, instituciones religiosas y laicas diversas, distintos niveles de educación, una multiplicidad de roles ocupacionales, no resulta sorprendente que en una misma cultura grandes grupos adopten posturas divergentes respecto de las normas dominantes.

En todas las sociedades post-agrarias tiene un carácter endémico el conflicto entre los sectores más y menos modernos "debido a la tendencia explosiva del sector moderno a expandirse a costa de la parte tradicional de la sociedad... Quizá el conflicto sea más sentido al nivel de las élites, si bien resulta igualmente perceptible en forma aguda en los estratos bajos. Evidentemente para las élites del sector tradicional, la modernización significa la eventual desaparición de los elementos más importantes que constituyen su mundo, así como sus propias posiciones de privilegio y poder"⁶.

Al aplicar el concepto de modernización al análisis político es importante reconocer que el proceso no se limita a los cambios que acompañan la industrialización y la urbanización. Las transformaciones de sociedades industriales en post-industriales también comprenden cambios fundamentales de valores y de comportamiento, así como de las fuentes de poder y estatus. Diversos analistas de la sociedad post-industrial han destacado el surgimiento de una serie de valores post-materialistas o post-

burgueses en lo que hace al comportamiento familiar y sexual, a la igualdad y a la participación, y al medio ambiente, que difieren de los predominantes en la sociedad industrial. Sin embargo, irónicamente, este complejo normativo se asocia a la oposición a las innovaciones tecnológicas, y supone la necesidad de reducir o de detener la marcha del crecimiento económico, el retorno a las comunidades y unidades productivas de menores dimensiones.

El desasosiego ante los cambios que acompañan a la modernización o el desarrollo ha conducido, en los términos de Mannheim, a utopías e ideologías, o, en lenguaje más convencional, a políticas izquierdistas o derechistas. Las primeras critican a la sociedad existente desde la ventajosa posición de la creencia en una utopía futura, normalmente descripta como más igualitaria, más democrática, o con mayor participación de las grandes masas. Las dificultades del presente son atribuidas al poder explotador de una clase dominante que gobierna en función de sus propios intereses. Los derechistas, a su vez, sostienen la pasada existencia de una sociedad bien integrada que caracterizó a la nación. Afirman "que la corrupción de la sociedad contemporánea es producto del abandono de los valores y relaciones sociales propios de una edad de oro anterior. La historia pasada de cada sociedad se convierte en la fuente del mito del pasado dorado con el que el presente se compara desfavorablemente"⁷.

El pensamiento europeo conservador, en particular el anterior a la Segunda Guerra Mundial, ha dirigido nostálgicamente su vista hacia una imagen idealizada de sociedad preindustrial estable, ilustrada y de gran coherencia, caracterizada por la alianza entre el trono y la plebe, el Estado y la iglesia, en la que la posición de las personas se definía mediante un conjunto interrelacionado de roles y donde el Estado, la iglesia y la aristocracia cumplían con el principio de *noblesse oblige*, haciéndose responsables del bienestar de los comunes. Esta ideología ha tenido variantes nacionales relacionadas hasta cierto punto con las diversas tradiciones religiosas y recursos militares, pero existe un mito central enraizado en la historia compartida de la Europa católica medieval.

América tiene un ideal conservador completamente diferente. En tanto nueva sociedad y nueva nación, formada por colonizadores que rechazaban a las iglesias organizadas jerárquicamente y al sistema de clases inamovible de Europa, y constituida mediante una Revolución que despreciaba la alianza y la dominación de la corona y la nobleza, la ideología central de los Estados Unidos es anti-estatal, individualista, igualitaria y democrática. Glorifica al colonizador pionero y a los protestantes, moralmente responsables en forma directa ante Dios.

El énfasis en el individualismo anti-estatal que definiera al americanismo del siglo XIX sigue siendo importante. Mientras los conservadores europeos apoyan frecuentemente la incrementación del poder estatal, adoptando la forma de un benevolente Estado de bienestar a lo Tory, los conservadores americanos hacen hincapié en el individualismo,

los derechos locales y el *laissez-faire*, llegando a caracterizar su ideología de liberal. En Europa los extremistas de derecha han alentado al Estado corporativo fascista autoritario, mientras que la extrema izquierda ha favorecido cierto tipo de colectivismo total. Si bien la izquierda americana predominante, los demócratas liberales, defienden en la actualidad a un Estado de bienestar, mantienen un contracompromiso (compromiso contradictorio) con el individualismo tradicional.

En los Estados Unidos las políticas de bienestar, tales como la "guerra a la pobreza" se defienden a modo de facilitar la movilidad ascendente, y para romper las barreras de clase, étnicas, raciales y sexuales que entorpecen el progreso del individuo. La gran preocupación por la educación, con el creciente apoyo estatal que ha caracterizado a los Estados Unidos desde principios del siglo XIX, es un reflejo de este esfuerzo por promover el éxito de los individuos. Los europeos, a partir de fines del siglo XIX, invirtieron importantes recursos estatales en medidas de bienestar tales como seguros de desempleo, pensiones para la vejez y servicios médicos con ayuda del Estado, mientras que los americanos, y tal como lo señala Max Weber a comienzos de este siglo, estaban mejor dispuestos a invertir en escuelas y universidades. La importancia que los valores anti-estatales tuvieron en América también puede observarse en la fuerza que cobraron los lineamientos anarquistas y cuasi-anarquistas dentro de la extrema izquierda, desde los Industrial Workers of the World (IWW), de la pre Primera Guerra Mundial, hasta la New Left de los años sesenta y setenta.

Existe una creciente coincidencia entre la izquierda y la derecha americanas —y contra las posiciones corrientes en favor del "New Deal"— a favor de la sustitución de los servicios sociales de control estatal por programas de auto-ayuda. Así la posición individualista se ha reafirmado; y es especialmente en América donde el llamado liberalismo se enfrenta tan frecuentemente a sí mismo porque, como indicara Hans Morganthau, "no ha sido posible reconciliar sus principios y postulados originales liberales con su posterior filosofía del estado administrador y de bienestar"⁷.

Políticas reactivas (backlash politics)

Lo que se ha dado en llamar políticas reactivas ha caracterizado a segmentos de la derecha en muchos países durante gran parte de la historia moderna. Las políticas reactivas pueden definirse como esfuerzos emprendidos por parte de aquellos grupos que perciben una reducción de su importancia, influencia y poder, o que se sienten económica o políticamente amenazados, a revertir u oponerse a la dirección del cambio a través de medios políticos. Dado que la preocupación política ha sido activada por la declinación, por repetidos fracasos y errores, las políticas regresivas son frecuentemente extremistas en lo que hace a sus

tácticas y planes de acción, y usualmente incorporan teorías conspirativas referidas a fuerzas foráneas que intentan socavar las tradiciones y los baluartes nacionales. Cuanto más profundo sea el desafío, más extrema será la reacción. Así los movimientos extremistas han ganado mayor apoyo durante las depresiones económicas o los períodos de agitación social crítica, cuando fuerzas poderosas amenazan la posición o los valores de los grupos previamente establecidos.

Los Estados Unidos

En el esfuerzo de realizar un análisis global del rol del extremismo de derecha en los Estados Unidos desde los inicios de la república hasta el presente, Earl Raab y yo identificamos una estructura recurrente⁸. Aparentemente, los cambios sociales ligados al modernismo, al surgimiento de nuevos valores y conductas, han resultado siempre un desafío para aquellos grupos que permanecían identificados con los intereses o valores del antiguo orden. En consecuencia, surgen movimientos conservadores que pretenden dar marcha atrás, defender o restaurar las creencias o intereses amenazados. Raab y yo describimos el fenómeno del siguiente modo: "Los fundamentos que éstos esgrimen en común son algunos aspectos reales y simbólicos de los momentos de cambio: una forma de vida que desaparece, un poder que se desvanece, el deterioro en el prestigio de un grupo, un cambio conmovedor de la escena social, la pérdida del sentido de comodidad y pertenencia. Esto constituye el deterioro del estatus, lo cual en términos políticos es visto como un deterioro social general. Los bagajes culturales en proceso de cambio —el modernismo en el vestir, en el lenguaje, la religión, las relaciones sexuales— son los términos en que se describe dicho deterioro. Los grupos emergentes que llevan este modernismo con ellos al poder son los blancos por atacar. En Norteamérica estos grupos emergentes han contado típicamente con una identificación racial o étnica"⁹.

A lo largo de la historia norteamericana observamos el repetido surgimiento de movimientos sociales regresivos, frecuentemente ligados a religiones tradicionales, que explicaban los cambios en la moralidad como resultados de conspiraciones no-americanas o anticristianas. En el siglo pasado éstos fueron desde grupos anti-masones varios, durante las primeras décadas, hasta una serie de organizaciones anti-católicas y nativistas de corta vida, particularmente los movimientos *Know-Nothings* de base popular de los años 50 y la American Protective Association del 90. Este último grupo denunciaba a las oleadas de inmigrantes mayoritariamente católicos como una de las principales amenazas a los valores e instituciones americanas. En el siglo XX los movimientos regresivos incluyen desde el Ku Klux Klan de la década del 20 hasta movimientos tales como los Silver Shirts y la National Union for Social Justice, que apuntaban a los problemas económicos en vísperas de la Gran Depresión, adoptando un carácter proto-fascista.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el moralismo de derecha hizo su reaparición con la "cruzada" del Senador Joseph McCarthy para desenmascarar y extirpar la conspiración comunista que supuestamente había infiltrado el gobierno norteamericano y otras instituciones importantes, en especial los medios formadores de opinión y de entretenimiento. El comunismo, para la ideología maccarthista, no era simplemente un movimiento político económico revolucionario, sino la fuente foránea de corrupción del orden moral norteamericano. Tal como comentan los autores de una biografía del Senador de Wisconsin: "Las implicaciones eran claras: la campaña era religiosa. Dios y Joe con la ayuda de los electores saldrían victoriosos"¹⁰. El mismo Mc Carthy lo afirma con toda claridad: "La gran diferencia entre nuestro mundo cristiano occidental y el mundo comunista ateo no es política... es moral"¹¹. La lucha se emprende para establecer al anti-comunismo como la religión de Norteamérica, siendo el comunismo la anti-religión.

Europa

La reacción derechista al modernismo no fue, por supuesto, un fenómeno puramente norteamericano, ni siquiera mayoritariamente. En Europa adoptó la forma de una oposición religiosa, rural y aristocrática, frente a los cambios identificados con la Revolución Francesa, el racionalismo, el liberalismo y el surgimiento del capitalismo¹². Los intelectuales de derecha, frecuentemente católicos, desde Joseph de Maistre en adelante, se sentían orgullosos de ser reconocidos como los defensores de la contrarrevolución, de la corona y la nobleza.

Fritz Stern ha condensado el "ataque ideológico a la modernidad, al conjunto de ideas e instituciones que caracterizan nuestra civilización industrial, liberal y secular", que en última instancia alimentó la rebelión fascista: "Los revolucionarios conservadores denunciaron todos los aspectos de la sociedad capitalista y de su materialismo putativo. Se unían en contra del vacío espiritual de la vida en una civilización urbana, comercial, y lamentaban la declinación del intelecto y de la virtud en la sociedad de masas. Atacaban a la prensa por corrupta, a los partidos políticos como representantes del disenso nacional, y a los nuevos gobernantes por mediocres e ineficaces. Cuanto más oscura era su imagen del presente, más atractivo resultaba el pasado, y se perdían en recuerdos nostálgicos de la vida incorrupta de las antiguas comunidades rurales, cuando los hombres eran campesinos y los reyes verdaderos gobernantes. La gran mayoría pensaba que ese mundo había sido destruido por manos maléficas; en consecuencia creían firmemente en una visión conspirativa de la historia y de la sociedad. El villano era generalmente el judío, quien fue considerado cada vez con mayor frecuencia la misma encarnación de la modernidad"¹³.

Desde una perspectiva similar Peter Gay hace referencia al "gran

terror" de los intelectuales nacionalistas de Weimar, como "el terror a la modernidad". Ellos "revelan una desesperada necesidad de arraigo y de comunidad... El hambre de completitud era calmado con el odio; el mundo político y en ocasiones el mundo privado de su principal intérprete era un mundo paranoico, plagado de enemigos: la máquina deshumanizante, el materialismo capitalista, el racionalismo sin Dios, la sociedad desarraigada, los judíos cosmopolitas, y el gran monstruo devorador, la ciudad"¹⁴.

George Mosse ha analizado la forma en que los alemanes exaltaban al "*Volk*", la esencia tradicional trascendental de un pueblo, tornándose éste en el núcleo de una ideología anti-modernista. Aquellos identificados con una esencia alemana histórica "rechazaban a la sociedad industrial como un todo, creyéndola irreconciliable con la identificación nacional. En última instancia propugnaban una 'revolución alemana' para liquidar a los peligrosos nuevos desarrollos y guiar a la nación nuevamente a sus objetivos originales, tal como ellos los concebían"¹⁵. El pensamiento de los cultores del "*Volk*" centraba al enemigo interno en el judío. "Ellos apoyaron al modernismo con toda su destructividad"¹⁶. Hitler y los nazis cosecharon en un terreno abonado por estas creencias. Tal como escribe Henry Ahby Turner, los nazis eran severos críticos de la modernidad. "A sus ojos, la moderna sociedad industrial era absoluta e indefectiblemente incompatible con lo que sostenían como única fuente de verdad de la vida social: la cultura folk... Mientras la mayoría de los revolucionarios de los tiempos modernos miraba hacia el futuro, hacia un nuevo mundo, los nazis buscaban sus modelos en el pasado... Lo que proponían era escapar del mundo moderno dando un salto atrás con una visión romántica de la armonía, la comunidad, la simplicidad y el orden de un mundo perdido. Su pensamiento pareciera caracterizarse mejor como una forma utópica de anti-modernismo; utópica en el doble sentido de panacea imaginaria e irrealizable"¹⁷.

En Italia también el transcurso de las décadas de este siglo quedó marcado por los ataques de importantes intelectuales tales como D'Annunzio, Prezolini y Corradini, y muchos personeros católicos, a las tendencias modernistas, al industrialismo, al materialismo, al positivismo y al liberalismo¹⁸. Giuseppe Toniolo, el principal pensador social católico italiano, reconocido como tal por todas las facciones políticas católicas, adoptó una posición teocrática y preindustrial, invocando como modelo a Florencia en su período de grandeza. Su sociedad ideal era una sociedad rural, donde muchos trabajadores se convertirían en pequeños propietarios, y que sería gobernada por los representantes de los diversos gremios y categorías sociales bajo un sistema corporativo¹⁹.

Resulta difícil ubicar al Partido Fascista Italiano dentro de un esquema analítico coherente del fascismo en general, dado que durante los pocos años que funciona como oposición antes de la Marcha sobre Roma de 1922 era un movimiento sumamente oportunista con una base de apoyo limitada. Conducido por un hombre formado en el pensa-

miento radical socialista y marxista, Benito Mussolini, el partido acomodaba sus "doctrinas" a las necesidades del momento y a las distintas regiones del país. De cualquier manera puede afirmarse que el fascismo, a pesar de identificarse a sí mismo como revolucionario, reveló su conservadorismo en su "impulso a favor de las tradiciones nacionales y la restauración de lazos personales, como los de la familia, que parecían fragmentarse en la sociedad moderna. Este conservadorismo se conectaba estrechamente con el deseo de dar fin a la alienación y de pertenecer a un grupo definido. Pero el grupo debía ser tradicional, y debía representar la restauración de la moral tradicional"²⁰.

Sentimientos similares caracterizan al pensamiento conservador, católico y anti-liberal de gran parte de Europa. En Francia, Drumont, du Pin y Maurras, entre otros muchos, fomentaron posturas "contrarrevolucionarias" anti-modernistas. Los judíos era vistos como los principales agentes del materialismo y de diversas formas de decadencia moral. El fascismo francés también hizo hincapié en estos sentimientos. Robert Soucy señala: "Al fascismo le disgustaba la modernidad... El fascismo honraba la familia y exaltaba las virtudes de la maternidad, de la maternidad tradicional. La mujer emancipada era anatema, el producto de la falta de moral del liberalismo... Con seguridad, uno de los aspectos más notables de la ideología fascista es su moralidad, su virtuosa indignación ante todo aquello considerado decadente y su celosa determinación de extirpar lo pecaminoso dondequiera se encontrase... Tal como declaró un escritor fascista francés, no existe régimen más comprometido con la 'salud moral' de la sociedad que el fascista y por eso el fascismo se dedica a la eliminación sistemática de todo aquello que desalienta, enturbia o disgusta. De allí el desprecio de Drieu La Rochelle, importante novelista francés del fascismo, por el alcoholismo, las drogas, la homosexualidad y demás formas de decadencia física. Algunos fascistas culparon a los judíos de esta embestida de inmoralidad, asociándolos al hedonismo, al materialismo y al sensualismo oriental"²¹.

Revisando materiales del fascismo austríaco, Klemens von Klemperer destaca que "de existir un rasgo básico en el fascismo, éste es la búsqueda de la totalidad y el lamento por la pérdida de la misma, sea real o imaginaria. El fascismo es, en cierto modo, una 'tradición ultrajada', una autoridad violentada, una religión injuriada en una época inevitablemente alejada de la autoridad, la tradición y la religión. El fascismo constituye un intento de recrear un pasado irremediablemente perdido y de vencer la fragmentación ineludible por la magia y el terror"²².

En la misma línea de análisis del fascismo como extrema reacción a la fuerza de la modernidad en Europa, Wolfgang Sauer observa que el fascismo resultó más débil en los países en donde "el proceso de industrialización se desarrolló con relativa uniformidad, (como) en las naciones de la Europa Occidental, cuyo surgimiento político coincide con el surgimiento de la civilización moderna desde la tardía Edad Media". Fue "más poderoso en los países de la Europa central y del Mediterráneo,

donde las tradiciones premodernas de la Roma antigua y los imperios turco y germano medievales persistían... En otras palabras, el fascismo surgió donde las tradiciones preindustriales eran más fuertes y al mismo tiempo más ajenas a la industrialización; y, por tanto, donde este último fenómeno generó una ruptura mayor con el pasado y pérdidas fundamentales para las clases no industriales"²³.

Francis Carsten destaca una tesis similar a sugerencia de Ernest Nolte, indicando que "las sociedades que emprendieron una transformación social y económica acelerada para pasar de la preindustrialización a la industrialización fueron el caldo de cultivo favorito de los movimientos fascistas... que el período de rápida transición fue el más difícil: cuando el proceso de industrialización estaba más o menos consolidado se estableció un nuevo equilibrio"^{23 bis}.

Hans Rogger resume sus apreciaciones de una serie de estudios sobre la derecha radicalizada en diversos países: "La derecha encontró su expresión característica en aquellos países donde las tensiones creadas por la industrialización, la protesta social, la novedad del combate político, o el fracaso de la guerra aún no habían hecho impacto práctica o psicológicamente... Donde lo antiguo y lo nuevo, la política parlamentaria y una estructura social paternalista, la industria moderna y la agricultura feudal o casi feudal convivieron aunque dificultosamente, allí la derecha surgió para proporcionar respuesta a los problemas que las instituciones y procesos modernos aún no podían resolver y que los antiguos ya no estaban en condiciones de manipular con eficacia...

"En última instancia... y a pesar de algunas sutiles apreciaciones del mundo contemporáneo, la derecha representa... la hostilidad nihilista contra la modernidad, el temor a lo no familiar, y una demanda infantil de protección (a través de la nación, la raza, el poder ilimitado o el activismo sin objetivos) contra fuerzas oscuras y apenas comprendidas que acechan y amenazan desde todas partes"²⁴.

La tesis que sostiene que el fascismo y el nazismo eran movimientos contrarios a la modernización se ha enfrentado con la evidencia de que estando en el poder buscaron continuar la industrialización de sus sociedades para aumentar su poderío militar²⁵. Pero la conducta real de los partidos como gobierno no aclara necesariamente la naturaleza de sus aspiraciones; no contribuye a explicar la forma en que obtuvieron el apoyo de las masas. El análisis de la base social de los partidos tanto en Italia como en Alemania indica la desproporcionada participación de los estratos preindustriales, campesinos, artesanos y pequeños comerciantes²⁶.

Tal como lo señala Wolfgang Sauer: "El fascismo puede definirse como la rebelión de los que perdieron (directa o indirectamente, temporal o definitivamente) con la industrialización. El fascismo es un alzamiento de los *desclasados*. Los obreros y los industriales no están comprendidos en esta definición; resulta aplicable fundamentalmente a la

mayoría de la clase media baja... campesinos que se oponían a los aspectos urbanizadores de la industrialización; pequeños comerciantes y todos aquellos ligados a los gremios que se oponían a la mecanización o a la concentración, los obreros de cuello duro (al menos en la medida en que percibían la pérdida de la independencia económica); los profesionales de más bajo nivel, en especial los docentes, opositores a los nuevos valores; etc."²⁷.

Todo intento de generalizar acerca de la base social e incluso de la ideología de los movimientos fascistas debe reconocer que éstos difieren en cierto grado de país a país. El nacionalismo fue en todas partes una característica esencial del fascismo. Cada movimiento fue una reacción en parte a la sensación de que a su nación en particular le era negado el lugar adecuado en el mundo, que su potencia había sido corrompida por el materialismo burgués, los valores liberales permisivos y la política clasista internacionalista de los marxistas. No es casual, entonces, como lo señala Juan Linz, que "las naciones fracasadas o aquellas que como Italia se consideraban defraudadas por las fuerzas victorianas fueran donde el fascismo tuvo mayor acogida y surgió más tempranamente: Italia, Alemania, Hungría, Austria"²⁸.

En algunos países como Italia, donde los partidos religiosos se desarrollaron como respuesta a la violencia ejercida por la sociedad moderna en el proceso de democratización liberal y las políticas secularizadoras de liberales y socialistas e incorporaron a sus filas a "una gran parte de la población, especialmente a los sectores preindustriales...", los fascistas se "encontraron con un competidor serio que había ocupado mucho de... (su) espacio político"²⁹. Bajo estas condiciones, el perfil fascista se fue delineando paulatinamente con elementos nacionalistas anticlericales.

Los intentos de captar una clase que fuera la base social compacta de los partidos fascistas fracasan porque todos los movimientos que tuvieron un apoyo masivo lo consiguieron durante las épocas de crisis social drástica de aquellos integrantes de cada sector de la sociedad cuyos valores o posición socioeconómica fueran amenazados. Los movimientos fascistas, tal como lo señala Linz, "en su eclecticismo pragmático e ideológico, y su pretensión de acceder a todos los estratos... (fueron) una prefiguración de los partidos "omnibus" ("catch-all") de post-II guerra mundial..."³⁰.

En 1923 Clara Zetkin, una líder comunista alemana, realiza un análisis precursor donde destaca, en contraposición a la literatura comunista posterior, que el fascismo aspiraba a atravesar los límites de las clases para captar a los socialmente desplazados de todas ellas: "La ambición del fascismo no se restringe a una pequeña casta, sino que aspira a grandes grupos sociales, grandes masas que abarcan incluso al proletariado... Masas de muchos miles de personas reunidas en torno del fascismo. Se convirtió en un refugio para los carentes de hogar político, para los socialmente desarraigados, para los inexistentes y los decepcionados"³¹.

Gino Germani, con una perspectiva parecida, ha generalizado que "la base humana del fascismo fue provista por un proceso de desplazamiento, producto del deterioro del sistema capitalista y acentuada por las condiciones decepcionantes de la guerra... Incluso en la imagen popular de Italia, por ejemplo, encontramos una palabra que describe claramente estas condiciones: los fascistas eran visualizados como *spostati*, literalmente "personas desplazadas"³². Describe al fenómeno como de "desequilibrio", que daba por resultado la "pérdida de estatus (en términos de prestigio así como en términos de poder y riqueza)..."³³.

Las diferentes tradiciones nacionales y niveles de desarrollo, las características propias de las crisis que albergaron a los movimientos fascistas y las diversas estructuras políticas involucradas, particularmente los modelos existentes de movilización de los partidos políticos de estratos y grupos variados, dio a los movimientos autoritarios de derecha salidas heterogéneas. No obstante, en el nudo central de todos estos movimientos yace un esfuerzo por restaurar los valores amenazados y por reconstruir la nación reestableciendo instituciones y estructuras identificadas con el glorioso pasado premoderno.

En Europa, en la década inmediatamente subsiguiente a la II Guerra Mundial, la vinculación del extremismo de derecha y de los líderes intelectuales conservadores antimodernistas con el nazismo y el fascismo ya desacreditados, jugó un papel indudablemente importante en el desaliento de las posibilidades de resurgimiento de la derecha radicalizada.

Los partidos neo-fascistas tuvieron escasa respuesta en todas las elecciones en las que se presentaron, con la parcial excepción de Italia, donde los grupos neofascistas y monárquicos pudieron asegurarse alrededor de un 10 % de los votos. En Francia, los movimientos de derecha opositores al sistema ("*antisystem*") liderados por Pierre Poujade y Charles De Gaulle tuvieron cierto éxito en las elecciones de los años 50. Los "poujadistas", críticos declarados del sistema electoral democrático, convocaron a los estratos preindustriales, pequeño burgueses, artesanos y campesinos, pronunciándose injuriosamente contra los efectos deplorables de la sociedad industrial moderna. Se identificaron fuertemente con los valores religiosos. Sin embargo se diferenciaban de los fascistas y de la derecha tradicional identificándose con la tradición republicana revolucionaria de 1789, combinada con ataques a los grandes negociados, partidos de izquierda y sindicatos, con críticas a los judíos y una defensa nacionalista del colonialismo. Apelando a los sentimientos populistas (la idea de que el pueblo y no los partidos deberían controlar el gobierno), Poujade propuso la restauración de diversas instituciones revolucionarias, tales como los *Estates-General*, a los cuales se presentarían listas de quejas y reclamos confeccionados por la ciudadanía local, al estilo de 1789.

Como lo indicara Peter Campbell: "La derecha antidemocrática tradicional en sus diversas formas ha sostenido que la república ha traicio-

nado a Francia: según el poujadismo, los políticos y los funcionarios han sido los detractores de la República y del pueblo, honesto, a quien debían proteger.

"Sin embargo, su psicología está muy próxima a la del fascismo... En el poujadismo está presente el mismo temor a ser absorbidos por el proletariado..., la búsqueda de chivos expiatorios (propios y foráneos), y la hostilidad hacia la cultura, los intelectuales y los disconformes"³⁴.

El poujadismo se convirtió en un movimiento inestable que desapareció rápidamente. El degaullismo, en cambio, orientado hacia la restauración de la grandeza francesa, tuvo la capacidad de superar a la república francesa de la post-guerra apoyado en las bayonetas del ejército francés, descorazonado por la falta de apoyo recibido en las guerras de Indochina y Argelia. Los que respaldaron la vuelta al poder de De Gaulle pensaron que la debilidad de las III y IV Repúblicas evidenciaba que el materialismo egoísta burgués de la democracia liberal había hundido a Francia y a ellos mismos. No obstante, rechazaron la idea de retornar a una Francia preindustrial y se proclamaron a favor de un rápido desarrollo económico que permitiera a Francia recuperar su lugar de gran potencia y líder de Europa; pero dicha Francia debía ser además solidaria, comunitaria y jerárquica.

La sociedad post-industrial

Si bien las sociedades de la Europa Occidental, Norteamérica y Japón son consideradas desarrolladas en la actualidad, tanto en lo industrial como en lo cultural y lo político, se las continúa caracterizando como en procesos asincrónicos de "modernización". Así, siguen sujetas a las tensiones sociales y políticas inherentes al "desequilibrio", con una forma bastante independiente de las crisis específicas por las que atraviesan. Diversos comentaristas han sugerido que estas sociedades están transitando hacia una nueva etapa: el post-industrialismo³⁵. Y la sociedad post-industrial también ha generado protestas en contra de los males asociados al desarrollo económico, pero en este caso, la oposición proviene de tendencias políticas identificadas como izquierdistas, así como de fuerzas más tradicionales y conservadoras.

Estas sociedades son tenidas por post-industriales debido a que las corrientes tecnológicas dominantes en los sistemas industriales, la creciente incorporación de la fuerza de trabajo al aparato productivo industrial, la proliferación de las fábricas, grandes granjas, etc., han declinado o han llegado a su fin.

Las ocupaciones en los servicios terciarios se han incrementado más rápidamente que los empleos en la producción. La proporción, y en algunos países el número absoluto, de trabajadores manuales está disminuyendo, mientras que las ocupaciones en expansión son las de cuello duro, técnicos, profesionales, científicos y otras orientadas hacia

los servicios. La estructura de clases se asemeja ahora mucho más a un diamante combado en el medio que a una pirámide. Tales economías requieren altos niveles educativos y la cantidad de estudiantes se ha incrementado notablemente. La educación, la ciencia y las actividades intelectuales han cobrado mayor importancia. Los estratos que surgen del post-industrialismo, cuyas raíces están en la universidad, los mundos intelectual y científico, y especialmente los sectores públicos, invadidos de profesionales y burócratas, han desarrollado sus propios valores. Según Ronald Inglehart, estos valores "post-materialistas" (a los que denomina "post-burgueses" en su formulación original) se relacionan con necesidades de "auto-realización" (estética, intelectual, sentido de pertenencia y estima). Estos valores se manifiestan en el deseo de vivir en una sociedad menos impersonal, más limpia y de mayor cultura, una vida personal más libre y la democratización del trabajo político y de la vida comunitaria. Dichas preocupaciones atentan contra quienes dominan en las clases tradicionales de la sociedad industrial, quienes están más concentrados en satisfacer las necesidades materiales, es decir, la subsistencia y la seguridad.

Las principales preocupaciones de las personas que comparten estos objetivos se relacionan con el alto nivel de vida; una economía estable; el desarrollo económico; una vida familiar duradera; combatir el crimen y mantener el orden³⁶.

Otro especialista en el tema del cambio de valores del post-industrialismo, Scott Fianagan, ha reconceptualizado y ampliado estas distinciones. Sugiere que el avance tecnológico ha promovido un cambio de la conciencia tradicional a la conciencia libertaria, que puede rastreadse "en cuatro dimensiones": frugalidad versus auto-indulgencia; pietismo versus secularidad; conformismo versus independencia y devoción a la autoridad versus autoafirmación³⁷.

Además Inglehart ha señalado que estos cambios de valores se relacionan con un clima general de abundancia y la ausencia de grandes guerras. Las generaciones que llegaron a la edad adulta durante la época de la post-II Guerra Mundial detentan valores muy diferentes de los de cohortes previas, conmovidas por la escasez económica y que experimentaron depresiones económicas críticas y conflictos internacionales. Si bien está presente un factor generacional, los valores de la post-burguesía son mucho más comunes a los individuos más ricos y de un nivel educacional más alto. El concepto de alzamiento contra el modernismo puede aplicarse a todos los aspectos en proceso de cambio de la sociedad post-industrial. En los Estados Unidos, donde los nuevos tópicos y conflictos surgieron con anterioridad y mayor fuerza que en cualquier otro lugar del mundo industrial avanzado, la ideología del post-industrialismo ha criticado a las corrientes económicas dominantes de la sociedad industrial burocratizada y ha defendido políticas coincidentes con el ideal jeffersoniano anti-urbanístico, anti-industrial, y a favor de una sociedad relativamente igualitaria de pequeños productores nucleados en peque-

ñas comunidades. Si el crecimiento económico y la racionalidad burocrática son considerados rasgos del modernismo, entonces estas nuevas tendencias serían anti-modernas. Pero la ideología post-industrial se asienta en estratos con una formación científica e implica un ataque general a los valores morales asociados al protestantismo evangélico, al catolicismo tradicional y al patriotismo acrítico, valores aún vigentes y en forma predominante en las áreas menos urbanizadas, de menor desarrollo económico, entre los que trabajan en pequeñas unidades productivas y los estratos de menor educación. Desde la perspectiva de estos últimos grupos, los valores de la post-burguesía representan la más seria amenaza contra sus sistemas de creencias, desde la aparición del humanismo racionalista de la época iluminista.

La nueva política

Independientemente del carácter que le asignemos a los nuevos conflictos, éstos han afectado profundamente al campo político. En la sociedad industrial las diferencias políticas básicas eran de tipo materialista, estando implícita la lucha por la distribución de la riqueza y el ingreso, complementada por los conflictos religiosos, étnicos y regionales entre los mundos pre-industrial e industrial.

La política post-industrial se relaciona fundamentalmente con temas sociales, no económicos (un medio ambiente limpio; una cultura mejor; estatus igualitario para las mujeres y las minorías; la calidad de la educación; relaciones internacionales más cooperativas; mayor democratización; y una moral más permisiva, especialmente en lo que hace a los temas de la familia y la sexualidad), pero tal como lo enfatizara Wolfgang Zaph, las principales fuerzas políticas del post-industrialismo, que adoptan la forma de "movimientos étnicos y regionales, por un lado, y por otro, de movimientos anti-tecnocráticos (ecologistas, antinucleares), feministas y diversos grupos de objetivos únicos" reaccionan contra "los logros de la modernización"³⁶. Los elementos reformistas comprometidos con los temas sociales o post-materialistas no se apoyan en los trabajadores y sectores menos privilegiados, base social de la izquierda en la sociedad industrial, sino en los sectores de mayor nivel educacional: estudiantes, catedráticos, periodistas, profesionales y los funcionarios públicos. La Nueva Izquierda, la Nueva Política, los Partidos Verdes, cuentan todos ellos con el apoyo de estos estratos. La mayoría de los trabajadores, por otra parte, continúa preocupada por cuestiones materiales. Menos cosmopolitas, con un nivel de educación menor, más inseguros y de menores recursos, son más tradicionales y mucho más conservadores en sus concepciones morales y sociales³⁷.

Curiosamente, la Nueva Izquierda post-materialista representa en parte una protesta contra los valores de la sociedad industrial. Preocupada por el tema de la calidad de vida, sus opulentos detentores consi-

deran que el énfasis puesto en el desarrollo económico, la quintaesencia de la sociedad industrial, ha conducido a diversas patologías sociales, en el medio ambiente, en los niveles de participación democrática y en la calidad de vida en general. Es así como la izquierda post-materialista proclama que "lo pequeño es mejor", en el sentido de que el desarrollo económico o la creciente velocidad en las comunicaciones debieran detenerse cuando dan por resultado la contaminación o la superpoblación de las regiones.

Si bien gran parte de los esfuerzos por restringir el desarrollo económico pueden interpretarse como adversos a las posibilidades de que los menos privilegiados puedan procurarse un nivel de vida mejor a partir de la parte que les corresponda en el reparto de las riquezas en permanente expansión, o limitando su acceso a los artículos para el hogar y de confort poco costosos, la izquierda post-industrial también identifica los intereses de los sectores de bajos recursos con la oposición a las grandes instituciones. Por ejemplo, la Nueva Izquierda ha defendido los valores y la organización social de los barrios marginales contra la planificación burocrática supuestamente interesada en el mejoramiento habitacional. Los partidarios de la Nueva Izquierda critican la destrucción de los barrios tendiente a facilitar la renovación urbana, por atentar contra la cultura y la autonomía local.

La sociedad post-industrial ha precipitado un conflicto entre dos tendencias de la izquierda, la materialista y la post-materialista, enraizadas en diferentes clases sociales y con posiciones enfrentadas en lo que hace al desarrollo. La izquierda materialista apoya la continuación o el acrecentamiento del desarrollo económico, mientras que los post-materialistas apuntan a los trastornos sociales que acompañan a dicha expansión. Con frecuencia ambas izquierdas están presentes en el mismo partido (Demócrata, Social-Demócrata, e incluso en el Comunista, como ocurre en Italia) pero tienen perspectivas e intereses diferentes. La *intelligentzia* de la Nueva Política no es partidaria de los sindicatos que, al igual que el empresariado, son considerados más bien "materialistas" que de "interés público".

El debate sobre el empleo de la energía nuclear ha dividido a la izquierda en numerosos países. Los post-materialistas de mayor nivel educacional han participado de las ideas antinucleares, mientras que los sindicatos y la mayoría de los obreros han apoyado la construcción de nuevas plantas nucleares. (Estas ideas han sido elaboradas y documentadas en Lipset, "Whatever Happened..." ob. cit.).

El nacionalismo de las minorías

La forma más dramática de resistencia a las tendencias modernizadoras en la sociedad post-industrial ha sido el resurgimiento en muchos países del nacionalismo étnico o lingüístico. Estos movimientos objetan

la centralización del poder, del potencial económico y la dominación cultural de las regiones metropolitanas de sus respectivos países. Buscan, ya sea por medio de la independencia o de la autonomía, controlar las instituciones educativas y culturales y desarrollar la economía local³⁸.

Tales movimientos, como destaca Joffrey Alexander, se oponen a los supuestos asociados a "las revoluciones dobles, por el nacionalismo político y la industrialización... (que) han sido extremadamente racionalistas, compartiendo un desprecio utilitario por lo irracional... y la ilusión de que una sociedad realmente moderna pueda prescindir muy pronto de tales preocupaciones". Tanto los marxistas como los no marxistas supusieron que la industrialización, la urbanización y una mejor educación reducirían la conciencia étnica³⁹.

Los movimientos nacionalistas de minorías existieron en muchos países con anterioridad a la II Guerra Mundial. Por aquel entonces, la mayoría fueron identificados con políticas socio-económicas de derecha, a veces fascistas, y estuvieron frecuentemente ligados a la iglesia. Estos movimientos fueron prácticamente eclipsados en su totalidad en el período inmediatamente posterior a la guerra. Hacia mediados de la década del 60 resurgieron conjuntamente con las demás olas de protesta propias del período⁴⁰. En esta ocasión, la conciencia étnica aparece asociada a las ideologías de izquierda en países tales como Canadá, Gran Bretaña, España y Francia. La izquierda, a su vez, deja de lado su marxismo tradicional y desdén liberal por las lealtades étnicas consideradas hasta entonces como obstáculos para la conciencia de clase. La Nueva Izquierda post-industrial, en particular, se identifica con la causa de las culturas minoritarias como formas coloniales de opresión⁴¹.

Erik Allardt ha asociado el resurgimiento de los movimientos étnicos con las corrientes de protesta más generalizadas contra la centralización y el gigantismo, característicos de la Nueva Izquierda.

Sugiere que forman parte de una reacción más amplia contra las "tendencias de concentración económica, militar y política (que) han generado movimientos de protesta de diferentes tipos..."⁴². El aspecto anti-moderno de los movimientos étnicos puede interpretarse no sólo a partir de sus reclamos en favor de la distribución de las fábricas en diferentes regiones, y en contra de la concentración en grandes unidades eficientes, sino también por el apoyo que prestan a la recuperación de los "elementos folklóricos"⁴³.

Edgar Morin, en un estudio de casos desarrollado en Gran Bretaña, señala que "la modernización ha preservado y agregado nueva sustancia al arcaísmo. Los procesos de centralización y modernización que producen homogeneidad cultural e integración política nacional también generan conciencia étnica y una creciente necesidad de identificarse y participar en una comunidad menos diferenciada e impersonal que la sociedad nacional. A medida que la televisión, los transportes, la educación y la movilidad ocupacional incrementaron el contacto de los bretones

con los demás franceses, los primeros fueron tomando progresivamente más conciencia de sus diferencias. El aldeano que en el pasado se identificaba sólo con otros habitantes de la pequeña región en que se hablaba su propio dialecto bretón, y cuyo único contacto con Francia se establecía a través de los impuestos, la conscripción y la educación, aprendió de los medios masivos de comunicación su condición de bretón"⁴⁴.

James Jacob señala que un movimiento étnico arquetípico, la lucha occitana por la autonomía e independencia de regiones lingüísticamente diferenciadas del sur de Francia, está asociada a los movimientos que adhieren a los valores "post-industriales". "Sus compañeros de coalición comprenden a los ecologistas, pacifistas, grupos de mujeres y a los defensores de la autogestión, ya sea a nivel regional o en los lugares de trabajo"⁴⁵.

En el informe producto de un estudio sobre los movimientos étnicos nacionalistas en Bélgica, Ronald Inglehart señala: "Entre quienes consideran prioritarios los valores post-materialistas, los nacionalistas étnicos tienen una gran representatividad. Triplican en número tanto a los post-materialistas como a los materialistas. Esta tendencia resulta más aplicable a los nacionalistas flamencos que a los valones, pero es cierta para ambos grupos. Los segundos están más representados entre los post-materialistas en una relación de 2 a 1; los primeros, en una relación de 5 a 1"⁴⁶.

Puede verse cierta vinculación entre éstas y las otras formas de protesta post-materialistas mencionadas en el hecho de que los liderazgos y el apoyo desproporcionado de los movimientos étnicos proviene en la actualidad de los estratos profesionales de mayor educación dentro de estos grupos minoritarios, y de que los de menor nivel educacional, el sector más tradicional (p. ej. los granjeros y pequeños comerciantes que predominaban en los movimientos de la pre-guerra), están normalmente poco representados⁴⁷.

El alzamiento de la periferia étnica contra el centro político y cultural constituye otro ejemplo de la oposición al desarrollo y al gigantismo que caracteriza las políticas del post-industrialismo. La relativa falta de entusiasmo por la autonomía y la independencia entre los obreros y comerciantes de minorías étnicas puede deberse a los mismos factores que diferencian a los defensores de las viejas y nuevas políticas entre la población mayoritaria.

El resurgimiento de movimientos reaccionarios

Los procesos post-industriales también han generado el resurgimiento de conflictos profundamente arraigados respecto a temas que se asemejan en mucho a los que separan a los tradicionalistas y a los modernistas en las sociedades en proceso de industrialización. La difusión de

la educación, la ciencia y los valores cosmopolitas han producido no sólo un desafío moral a la religión tradicional y al patriotismo, sino que también han ampliado los derechos de las minorías, mujeres y homosexuales, y han alterado los conceptos morales en lo que hace al comportamiento sexual, el matrimonio, el aborto, la relación intergeneracional, el trato de los criminales, el uso de drogas, los códigos del vestir y de los modales, y todo el comportamiento no convencional en general. Los post-materialistas normalmente han apoyado la libertad individual, la mayor igualdad y la permisividad.

Estas corrientes, por supuesto, no son nuevas. Remiten a los cambios asociados con el modernismo, que ofendieron a los tradicionalistas y extremistas de derecha en las décadas anteriores a la II Guerra Mundial. Pero en la actualidad dichos desarrollos son mucho más abarcadores y dominantes de lo que lo fueron en épocas pasadas. Los desafíos a la moral convencional manifiestos en un comportamiento sexual más libre, diversas formas de vestir, la generalización del uso de drogas y las tácticas militantes de las protestas de la juventud, son aparentemente mayores que los que perturbaron a los *klansmen*, fascistas y partidarios de religiones fundamentalistas en los años transcurridos entre las dos guerras mundiales.

No debe sorprender que estos cambios produzcan fenómenos reactivos. En América y en Europa, han surgido movimientos populistas y religiosos de extrema derecha para contrarrestar la nueva inmoralidad y el deterioro del patriotismo.

Europa

Las reacciones al modernismo han aparecido en los países del norte de Europa en la formación relativamente reciente de partidos religiosos tales como el Partido Popular Cristiano de Dinamarca, la Liga Cristiana de Finlandia, el Partido Demócrata Cristiano noruego y la Unión Cristiana sueca. John Madeley ha señalado que las circunstancias que han puesto de manifiesto "la escisión latente y de larga data entre los activistas religiosos y el resto de la sociedad... [convirtiéndola] en un enfrentamiento político" han sido los cambios en las concepciones morales producidos en los años 60 y 70.

"La tendencia ha sido la aparición en el terreno político de temas relativos a la familia y a la moral personal individual, específicamente en lo que hace al divorcio, la homosexualidad, la pornografía, el aborto, el control del consumo de drogas, etc. La exagerada importancia que revisten estos temas para los militantes religiosos y la falta de liderazgos satisfactorios en los partidos políticos tradicionales han favorecido el surgimiento de partidos nuevos. La legislación de la 'sociedad permisiva' representa, tal vez, la última etapa en el establecimiento de un orden social programáticamente liberal, que desarma la última base estatuta-

ria importante de un ideal ético localista. Su efecto ha sido impulsar una reacción conducente al desarrollo de un nuevo tipo de partidos políticos"⁴⁸.

El más antiguo y fuerte de estos partidos escandinavos, el Demócrata Cristiano noruego, es, claramente, un partido provincial que busca resistir el nuevo cosmopolitanismo. Se basa en la clase media baja de las comunidades rurales y de las más pequeñas⁴⁹. El apoyo a los otros partidos religiosos del norte de Europa, sin embargo, sigue siendo reducido (del orden del 5 % o inferior). Les ha "resultado difícil formular una plataforma política general, es decir, secular"⁵⁰. La resistencia al cambio social también se ha hecho evidente en la oposición a la participación en la comunidad europea y en el surgimiento de grupos "populistas" tales como el Partido Rural Finés y el Partido Poujadista (anti-tax progress) en Dinamarca, y en las protestas contra el ingreso masivo de trabajadores extranjeros en varios países. Aquellos se han expresado más vívidamente en el voto del electorado suizo (desde el 46 % en 1980 hasta el 29 % en 1977) contra los trabajadores inmigrantes en cuatro referencias. Esta cuestión fue sometida a votación por los grupos nativistas en la década del 70. Asimismo, se formaron dos partidos anti-inmigrantes, Acción Nacional y de los Republicanos⁵¹. Sin embargo, ninguno de estos grupos parece haber jugado un papel importante en la política de sus países.

Un intento de analizar la naturaleza de los recientes movimientos de protesta "populistas" en general, dentro del contexto de una discusión sobre el partido Rural Finés y el movimiento poujadista en Francia, señala su oposición a "los productos de la modernización, fundamentalmente la urbanización y la industrialización... un fuerte énfasis puesto en la religiosidad... un primitivismo distintivo... aislacionismo, particularmente en los asuntos de política exterior, y... una tendencia localista en lo que respecta a la política interna"⁵². El Partido Progresista Danés, el más mayoritario, cuyos votos significaron alrededor del 15 % del total en las elecciones de 1973, 1975 y 1977, reduciéndose al 11 % en 1979, se apoya también, desproporcionadamente, en habitantes de poblados provinciales y de áreas rurales, los de menor educación, trabajadores por cuenta propia y granjeros⁵³.

Los estudios sobre quienes apoyan los partidos anti-inmigrantes en Suiza llegan a conclusiones similares. David Schweitzer destaca las similitudes existentes entre estos grupos y los que han apoyado a pequeños movimientos de ultra-derecha en la postguerra en otras partes. "Los movimientos Republicano y de Acción Nacional Suiza, al igual que su contraparte en otros países, atraen especialmente a los grupos marginales inseguros de la población, quienes reaccionan contra las formas modernas del gran empresariado, las grandes instituciones estatales, las organizaciones a gran escala y la creciente complejidad en el orden social, comprendido vagamente en el mejor de los casos"⁵⁴.

Una investigación sobre el comportamiento en el referendun de 1970 revela una fuerte correlación entre el tamaño de la comunidad en la cual la gente ha crecido y la forma en que vota; el porcentaje de los opositores a la inmigración disminuye de la granja al pueblo, y de éste último respecto de la gran ciudad y zonas suburbanas⁵⁵. Los opositores a la inmigración tienden a coincidir en los aspectos agrupados bajo categorías "tradicionalismo" y "rigidez moral", y a oponerse al cambio social⁵⁶. Janet Martin llega a la conclusión de que "los trabajadores inmigrantes simbolizan, aparentemente, para estos suizos conservadores, una tendencia hacia la modernización económica y social, tendencia que temen y esperan revertir deteniendo la inmigración"⁵⁷. Pero debe tomarse en cuenta que en 1979 el voto combinado para ambos partidos anti-inmigración se redujo al dos por ciento.

La tendencia derechista radicalizada europea mejor publicitada en los años 70 ha sido la "Nueva Derecha" francesa. Este movimiento, expresión, en gran medida, de la frustración de ciertos intelectuales y periodistas frente a la pérdida de poder y de prestigio de la Nación y de la cultura francesas, ha centrado sus críticas (al igual que la derecha intelectual de la Francia de la pre-Primera Guerra Mundial) en fuerzas anti-europeas "foráneas", inmigrantes extranjeros y movimientos liberales y radicalizados. Con el apoyo de Robert Hersant, dueño de los tres principales diarios de París (*Le Figaro*, *L'Aurore*, *France Soir*) y de muchos órganos de prensa provinciales, declarado antisemita y entusiasta colaborador de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, las ideas de la Nueva Derecha llegan a amplios círculos de la población y pueden haber contribuido a estimular la oleada de violencia antisemita de 1980.

Estos intelectuales rechazan la modernización mundial por considerarla una fuente de homogeneidad cultural, una amenaza a las antiguas culturas europeas. Al igual que la Nueva Izquierda, apoyan el desarrollo de tendencias regionalistas minoritarias. Alain Benoist, figura clave de este movimiento, sostiene: "En la actualidad la principal amenaza... es la desaparición gradual de la diversidad en el mundo: la igualación de los individuos, la reducción de todas las culturas a una 'civilización mundial' fundada en lo más común... Desde la cadena Holiday Inn hasta Howard Johnson, están surgiendo los lineamientos para la conformación de un mundo uniformemente gris"⁵⁸.

Louis Pauwels, editor del *Figaro-Magazine*, señala que para formar parte de la "Nueva Derecha" uno debe "admitir la desigualdad entre los hombres, la necesaria existencia de élites desde el momento del nacimiento"⁵⁹. Según los nuevos derechistas, la desigualdad tiene una dimensión racial. Yvan Blot, en un documento redactado para su centro de estudios más importante (GRECE), escribe: "La identidad étnica es el factor que establece las diferenciaciones preferenciales en la escala de capacidades biológicas... Cuanto más evolucionada es una sociedad,

más pronunciado es su ordenamiento jerárquico. La existencia misma de las especies humanas está ligada a la diferenciación racial"⁶⁰.

Los Estados Unidos y la Unión Soviética, el comunismo, el liberalismo y el capitalismo, deben combatirse por ser fuentes de igualitarismo y de materialismo económico. Europa debe reconstruirse sobre sus valores tradicionales "Indo-Europeos" (evitan emplear el término "Ario"), contraponiéndolos a la corrupción fomentada por la tradición "Judeo-Cristiana" y "Freudo-Marxista".

A diferencia de sus predecesores radicales, los intelectuales de la Nueva Derecha no buscan constituir un nuevo movimiento de masas. Su estrategia consciente consiste más bien en tomar el "poder cultural" y en penetrar las élites políticas y administrativas.

Resulta difícil explicar el florecimiento de tales doctrinas en el sector de los que han recibido mejor educación y que ocupan posiciones altas dentro de la sociedad francesa, así como evaluar su potencial de poder. El del movimiento parece relacionarse con la relativa declinación que sufre Francia como fuerza política y cultural, y al deseo manifiesto en el gaullismo de revivir su posición haciendo de Francia un líder europeo en oposición a la Unión Soviética y a los Estados Unidos. Muchos franceses ven actualmente a su nación y a sus valores como víctimas de los desarrollos mundiales, como un país oprimido por el nuevo orden internacional.

Una encuesta de opinión realizada en 1971 ofrece evidencias acerca de la amplia difusión de este sentimiento de decadencia francesa. La investigación incluye muestras de toda la población y de grupos elitistas para evaluar la posición de Francia en el mundo sobre una escala de uno (alta) a seis (baja). La mayoría de la población ubicó a su país en una posición 3,5, mientras que las élites le otorgaron un rango aún inferior al 5,1, es decir, muy cercano al mínimo⁶¹. El tipo de argumentos esgrimidos para demostrar la decadencia de la cultura francesa pueden consultarse en un libro, *La Francia Colonizada*, de un prestigioso intelectual gaullista, comentado favorablemente en *Le Monde Diplomatique*. Jacques Thibau analiza con pesimismo la colonización cultural que los Estados Unidos ejercen sobre Francia, y como conclusión presenta la siguiente pregunta: "¿Francia tiene futuro?", pregunta que no puede responder afirmativamente⁶².

La posición influyente y única de los intelectuales de la Nueva Derecha probablemente se relacione con los mismos factores que hicieron del gaullismo un aspecto fundamental de la vida política francesa. Jeane Kirkpatrick afirma que: "El nacionalismo ocupa un lugar central en la perspectiva que de Francia tiene el gaullismo..., una concepción de la historia que otorga a las personas y no a las clases el papel de protagonistas y creadores, una concepción que celebra el papel de protagonistas y creadores, una concepción que celebra el carácter nacional y enfatiza la identidad y el destino particular de la nación francesa, concep-

ción expresada en la convicción de Charles De Gaulle de que Francia puede ser ella misma sólo cuando es grandiosa"⁶³.

Aun así, debe tenerse presente que estas ambiciones no cuentan con un desmedido apoyo más allá de las filas del U.D.R. gaullista. En la encuesta de opinión de 1971 se preguntaba: "En la esfera internacional, ¿debería Francia intentar convertirse en una potencia mundial, o sería conveniente que se conformara con un papel más modesto?" La mayoría, el 52 %, eligió la opción modesta, mientras que el 36 % se inclinó por la posición de potencia mundial. Los gaullistas resultaron ser el único grupo político dentro del cual una pluralidad de sus partidarios se expresó a favor de realizar esfuerzos tendientes a recuperar para Francia un estatus de potencia mundial⁶⁴.

La Nueva Derecha ha extendido la concepción gaullista a sus propias ideas raciales; los franceses y los antiguos europeos "puros" son biológicamente superiores a los norteamericanos y soviéticos mongolizados, y a todos los no blancos. Esta doctrina apunta hacia afuera de la *intelligentzia* derechista y contribuye a alimentar el nacionalismo "neutralista".

Ninguna otra nación europea ha sostenido tan intensamente una imagen de superioridad cultural como lo ha hecho Francia. Otras élites nacionales no sufren el mismo grado de frustración por el lugar ocupado en el sistema mundial, siendo que sus países o culturas se hayan tornado menos importantes. Por esta razón el pensamiento de la Nueva Derecha al estilo francés tiene generalmente poca resonancia entre los intelectuales europeos. La extrema derecha fuera de Francia recibe apoyo, en términos generales, de las regiones y estratos más tradicionalistas, quienes se resisten a las tendencias estructurales y culturales dominantes en sus propias sociedades.

Italia es el único país europeo en el que un partido neo-fascista (El Movimiento Social Italiano, MSI) cuenta con un apoyo electoral visible de aproximadamente el 5 %. Sin embargo este nivel representa una considerable reducción comparado con el voto obtenido por este partido y el monárquico (absorbido por el MSI en 1972), en la primera década de posguerra (12,7 % en 1953). En los últimos años, sectores del MSI han adoptado como ideas propias lineamientos de la Nueva Izquierda y de la Nueva Derecha Francesa. Los campamentos juveniles fascistas "crecen en Italia dedicados a conservar la naturaleza y en oposición al empleo de la energía nuclear. Los nuevos fascistas basan sus teorías de la diferencia racial en la 'nueva genética'". Al igual que la Nueva Derecha Francesa, los líderes del MSI rechazan el "materialismo, al estilo ruso o norteamericano, y defienden los 'valores espirituales'"⁶⁵.

Un comentario sobre los testimonios relativos al apoyo de las tendencias políticas en Italia y Francia hacia mediados de la década del 60 señala "que, al menos a nivel electoral, el neo-fascismo, el poujadismo y el 'activismo' de la Extrema Derecha son expresión de la pequeña bur-

guesía, como lo fueron en la década del 30 el nazismo alemán, el rexismo belga, la Croix de Feu francesa, y la Guardia de Hierro Romana...". Mattei Dogan continúa afirmando que "las investigaciones sobre los problemas más diversos (económicos, sociales, culturales, religiosos y morales) muestran que los principales partidarios de dichos movimientos, los llamados pequeños burgueses independientes, manifiestan opiniones más sectarias y resistentes a la innovación que la burguesía media. Esta última, a su vez, pareciera ser menos liberal y tolerante que la alta burguesía. Esto es real no sólo en Francia y en Italia sino también en muchos otros países"⁶⁶.

Alemania presenta una configuración similar. El neo-nazismo, representado por el Partido Demócrata Nacional, decayó a partir de un máximo cercano al 5 % obtenido en las elecciones parlamentarias de 1969, a un 1 % en 1980. El análisis del apoyo recibido por este partido en las elecciones provinciales y nacionales hacia fines de la década del 60 indica que "la base del Partido Nacional Demócrata de derecha estuvo constituida fundamentalmente por los habitantes de edad avanzada de pequeños pueblos, con un nivel educacional bajo y ocupaciones tradicionales de clase media"⁶⁷.

Estados Unidos

Resulta irónico que los ejemplos más frecuentes de alzamientos de derecha contra la modernidad de los últimos tiempos se hayan producido en los Estados Unidos, la nación de mayor desarrollo. Diversos movimientos masivos, de carácter social, religioso y de grupos con un objetivo único han surgido para oponerse a los cambios sociales⁶⁸.

A comienzos de los años 80 un nuevo movimiento moralista y antimodernista, en un esfuerzo por politizar los sentimientos fundamentalistas de protestantes y católicos, recibió la atención generalizada de la prensa. Sin embargo el examen detallado de las evidencias relativas al impacto electoral de este intento sugiere que no cobró mayor significación que los movimientos europeos de características similares.

Es indudable, por supuesto, que muchos ministros evangélicos de los que participan regularmente en programas televisivos conjuntamente con las organizaciones "en pro de la familia", de los opositores al aborto legalizado y la Enmienda por la Igualdad de Derechos han intentado unir a los tradicionalistas religiosos en un movimiento político⁶⁹. Han formado "una alianza abierta de grupos con el propósito de reclutar a los adeptos estrictos a la Biblia (fundamentalmente a los bautistas y a las sectas evangélicas independientes, pero también a los conservadores teológicos dentro de los núcleos católicos, mormones y protestantes) e incorporarlos a las nuevas filas del conservadurismo político"⁷⁰.

Si bien este movimiento puede ubicarse dentro de la corriente

histórica de la reacción de derecha, y su base está constituida por las mismas categorías sociales que los intentos precedentes, emplea tácticas más moderadas y dedica sus esfuerzos fundamentalmente a la propaganda y a la acción electoral dentro de los partidos mayoritarios. No obstante, se asemeja a los movimientos anteriores por evocar supuestas conspiraciones elitistas que adoptan la forma de la Comisión Trilateral, los Bilderbergers y el Consejo de Relaciones Exteriores para operar como fuentes de un ataque internacional cosmopolita contra los valores y la soberanía norteamericanas.

Los evangelistas políticos forman parte de una Nueva Derecha más amplia que ha imitado las tácticas desarrolladas por los liberales de la Nueva Política, consistentes en la formación de una serie de grupos con un objetivo único. El núcleo del movimiento, en las palabras de Richard Sennett, es "un collage programático cuyos seguidores perciben como dislocado en la América actual, quienes temen que la sociedad en la cual creían está desapareciendo o ha desaparecido... Junto con esta sensación de dislocamiento, la retórica de la nueva derecha contiene una búsqueda de soluciones mágicas para "ubicarnos" nuevamente en el mapa. Todo tiene que cambiar; debemos destruir el presente para recuperar el pasado mítico"⁷¹.

El acceso a la televisión en escala nacional y la aplicación de elaborados sistemas de computación que permiten enviar cartas "personales" a una gran cantidad de gente que se haya mostrado interesada por la causa, ha dado a los movimientos evangélicos ligados a la Nueva Derecha una audiencia masiva. El *New York Times* informa que el Reverendo Jerry Falwell, líder fundamentalista de Mayoría Moral, movimiento explícitamente derechista, cuenta con una audiencia de seis millones de personas en su programa semanal de televisión⁷².

Es difícil evaluar la fuerza y el impacto de este movimiento. Sus seguidores, aparentemente motivados por preocupaciones religiosas, familiares y de moralidad sexual, podrían ser movilizados con mayor facilidad para actuar con objetivos específicos contemplados dentro de estas categorías, y no tanto en favor de un conjunto de programas de política interna y externa de tipo secular, lo cual caracteriza a la agenda de derecha. Muchas personas religiosas de menores recursos, especialmente los católicos, que apoyan a los grupos de objetivos únicos, como los que defienden el aborto o los derechos homosexuales, pertenecen a sindicatos y están a favor de políticas como las del Estado de Bienestar.

Los datos de la opinión pública hacen dudar sobre la capacidad de los cristianos fundamentalistas para constituir las bases de un movimiento político de derecha efectivo en la década del 80. Una investigación sobre el movimiento evangélico en general conducida dentro de un marco nacional por el *Los Angeles Times* entre el 2 y el 7 de setiembre de 1980, clasifica al 25 % de la población norteamericana como evangelista a partir de las respuestas a tres preguntas empleadas por los evangelistas para definir su credo básico; si la gente "cree que la prédica del

Evangelio es el camino para llevar a los otros a aceptar la salvación a través de Jesucristo", si "cree que la Biblia es la verdadera palabra de Dios, debiéndosela tomar literalmente", y si han "experimentado personalmente un despertar a la religión asimilable a un nuevo nacimiento". Empleando las mismas preguntas Gallup informó un resultado del 19 %⁷³.

El Gallup Poll indica que los evangelistas tienden a ser sureños, a vivir en ciudades no metropolitanas (población inferior a 50.000 hab.), en pequeños pueblos (de menos de 2.500 hab.) y en áreas rurales, de sexo femenino y de bajo nivel educacional respecto a la población en su conjunto⁷⁴.

La quinta o cuarta parte de la población clasificable como evangélica presenta, sin embargo, notables diferencias en lo que hace a sus lealtades y convicciones políticas. La investigación desarrollada por Gallup en 1979 sobre las creencias religiosas indica que entre los evangelistas los demócratas superan a los republicanos en una relación de tres a dos o mayor: siendo el 42 % demócratas y el 27 % republicanos. Los republicanos están ligeramente sobrerrepresentados y los independientes muestran una representación un tanto baja, pero, en líneas generales conciden con la configuración nacional⁷⁵.

Según la investigación llevada a cabo por el *Los Angeles Times* en setiembre de 1980, respecto de la campaña presidencial de 1980, se dividen en forma semejante a la de la muestra en su conjunto: 40 % para Reagan, 39 % para Carter, y 13 % para Anderson. Las variaciones pueden explicarse, al menos en parte, sobre la base de factores demográficos. El 16 % de los evangelistas negros prefirieron a Carter, otorgándole el 66 % de sus votos, comparados con el 14 % otorgado a Reagan y el 11 % a Anderson. Las preferencias de los protestantes evangélicos blancos varían por regiones. En el sur, Reagan superó a Carter en una relación de 44 a 36 %, correspondiéndole el 15 por ciento restante a Anderson. La inclinación de los evangelistas blancos por el candidato más conservador demostró ser más fuerte en el resto del país, donde la nómina GOP dominó por un 52 % respecto al 26 % obtenido por Carter y al 12 % correspondiente a Anderson.

El grupo central de conservadores evangélicos blancos que conforman la audiencia regular televisiva de los pastores evangelistas y/o que contribuyen con apoyo financiero, constituyen el 13 % de la muestra nacional del *Los Angeles Times*. A pesar de estar representado por un número desproporcionadamente alto de sureños, solamente la mitad mostró preferir a Reagan, mientras que el 29 % apoyó a Carter y el 12 % restante a Anderson. Los evangelistas blancos, quienes afirmaron no escuchar regularmente a sus ministros por televisión, resultaron mayoritariamente partidarios de Carter.

Los datos de la opinión pública sugieren con claridad que el apoyo potencial a la reacción política por parte de protestantes evangélicos blancos se limita en gran medida a un pequeño sector de la población,

fundamentalmente a aquellos quienes conforman la audiencia televisiva de los predicadores evangelistas. No obstante, las encuestas sobre las preferencias presidenciales demuestran la heterogeneidad política entre ellos mismos. Incluso sus opiniones respecto de cuestiones morales están lejos de ser unánimes. Gallup indagó sobre la aceptabilidad del aborto bajo diversas circunstancias y resultó que la tercera parte (31 %) de los evangelistas lo consideró inaceptable bajo cualquier circunstancia, comparado con el 19 % correspondiente a la población en general. Sin embargo, más de las tres quintas partes (63 %) de los encuestados se mostró a favor de la aprobación del aborto en situaciones específicas, respecto al 62 % arrojado para la población en su totalidad⁷⁶. En la encuesta del *Los Angeles Times* se señala que coinciden sólo en un margen de 3 a 2 con la propuesta de enmienda constitucional en favor de la proscripción de los abortos y con la postura que sostiene que la Enmienda por la Igualdad de Derechos "significa un ataque a la familia norteamericana".

En las elecciones presidenciales de 1980, la encuesta de la jornada electoral organizada por el *New York Times* y la CBS informó que Ronald Reagan obtuvo el 61 % de los votos de los "protestantes blancos conversos", en comparación con el 63 % obtenido entre otros protestantes blancos. Apparently, Reagan obtuvo un apoyo ligeramente menor entre los blancos conversos respecto de los otros protestantes blancos⁷⁷. En la investigación de la jornada electoral de 1980 se indagó sobre el voto de los encuestados en 1976, pero como es habitual en toda encuesta post-electoral, se registró un porcentaje de electores del vencedor superior al que éste obtuvo en realidad. Aun así, la comparación de los votos emitidos en 1976, según lo registrado en la encuesta de 1980, con los resultados de la elección de 1980, indica que Carter retuvo una proporción ligeramente mayor de electores entre los protestantes conversos blancos (82 %) que entre otros protestantes (78 %). La deserción de partidarios de Carter entre los católicos y judíos también presenta un índice más alto que entre los conversos. Estos resultados no confirman la eficacia de grupos tales como el de Mayoría Moral.

Arthur Miller, director de estudios del Centro de Investigaciones de la Universidad de Michigan, llega a conclusiones similares. A partir de material de entrevistas realizadas con 10.000 personas, Miller piensa que ha sido exagerado el impacto atribuido a los grupos fundamentalistas sobre el resultado de las elecciones. Señala que "nuestros datos sugieren que no fueron valores, estilos de vida o aspectos sociales, sino la economía y la defensa —nuestro prestigio en el exterior, y no el aborto, los derechos de la mujer o las drogas"⁷⁸.

El resultado de las elecciones senatoriales también arroja dudas sobre la suposición de que la Nueva Derecha y los grupos evangélicos politizados hayan influido en forma importante en los resultados electorales. Estos grupos centraron sus críticas en cinco senadores demócratas liberales nortños, Bayh, Church, Cranston, Culver y McGovern. Todos ellos, con excepción de Cranston, quedaron excluidos de la posibilidad

de reelección. Pero su derrota electoral fue *prácticamente idéntica* a la de los candidatos senatoriales demócratas de los dieciocho estados del Norte no atacados. La votación promedio de los cinco senadores liberales se redujo de 54,5 % en 1974 al 48 % en 1980; el voto otorgado a los senadores demócratas en los dieciocho estados restantes disminuyó del 55 al 48 %.

Las evidencias disponibles sobre las elecciones de 1980 parecieran apoyar la tesis de que el surgimiento de un movimiento evangélico político y el giro electoral hacia el conservadurismo fueron desarrollos paralelos, brindándose quizá un mutuo apoyo, y no relacionados en términos de causa-efecto. Es decir que la politización de los evangelistas no contribuyó en mucho a las victorias del G.O.P., salvo posiblemente en el Sur, donde puede haber ayudado a incrementar la participación electoral.

Los contratiempos o reveses en la política exterior y económica ejercieron presión sobre todos los sectores del electorado norteamericano, inclinándolos hacia los republicanos, mientras que las amenazas a los valores tradicionales ligados a la religión activaron el interés político de muchos fundamentalistas.

Si los evangelistas de derecha no ejercieran una efectiva influencia sobre el comportamiento electoral de sus correligionarios, ¿cuál sería el sentido de su actividad? Tal vez sea mejor visualizarlos no como grupos evangélicos sino como grupos políticos de derecha ligados al evangelismo. Tal vez, en lo que hace a la organización, debería considerárselos parte —o quizá un apéndice— de la llamada red de la Nueva Derecha.

Mientras que el rol del impulso culturalmente conservador, y de las instituciones religiosas que lo amparan, debe ser reconocido, el giro político del país se produjo antes que la Nueva Derecha entrara en acción; el cambio se registró en distritos de la nación *fuera* de la mira de la Nueva Derecha. Sobre todo, debería tomarse en cuenta que este desplazamiento no tuvo como eje ni la población evangélica ni el apoyo de los evangélicos.

Conclusión

Lo más notable acerca de los movimientos reactivos de derecha en Europa y en los Estados Unidos en el transcurso de la última década no es el hecho de su existencia, sino su debilidad, en particular si se los compara con el potencial electoral y de participación de tendencias similares durante los años de entreguerra en general o inmediatos a la posguerra en Estados Unidos y en Francia. Es evidente que dichos movimientos han contado con el estímulo necesario. El poder, estatus e influencia cultural de los sectores tradicionalistas han sido seriamente amenazados. La industrialización y la urbanización han continuado desarrollándose a un ritmo acelerado. Los políticos de izquierda se han instalado formalmente en muchos países a partir de la II Guerra Mundial.

En muchas naciones se ha aprobado una legislación que constituye una amenaza para los intereses privados, a través de la nacionalización y de las regulaciones gubernamentales. El comunismo ha continuado expandiéndose en escala internacional. A partir de mediados de la década del 60 se ha producido una verdadera revolución cultural en lo que hace a las relaciones entre los sexos y las generaciones. En la actualidad aquellos comportamientos considerados como "licenciosos" por los derechistas de los años transcurridos entre las guerras mundiales, son mucho más comunes de lo que jamás lo fueron.

Sin embargo, los movimientos extremistas destinados a contrarrestar estos desarrollos han contado con un apoyo relativamente exiguo. Por ello, el problema de real interés no es el del resurgimiento de los movimientos políticos derechistas reactivos, sino más bien el de su fracaso. La explicación de la aparente debilidad política de las fuerzas tradicionalistas pareciera residir en los cambios estructurales que han socavado su base social. El porcentaje de población ligada a tareas agrícolas ha disminuido notablemente, al igual que el de los residentes en pueblos pequeños. Por el contrario, las tendencias ocupacionales y educacionales identificadas con el surgimiento de la sociedad post-industrial indican el grado de crecimiento alcanzado por la cantidad de personas dedicadas a ocupaciones que exigen una educación avanzada.

También la religión ha perdido su apoyo en una forma considerable. Hay, sencillamente, menos personas viviendo en los ambientes que producen sus adeptos. Ha disminuido proporcionalmente el número de quienes asisten regularmente a los oficios eclesiásticos. Según la Gallup, el porcentaje de asistentes a la iglesia en una semana tipo en los Estados Unidos era del 58 % en 1944, del 49 % en 1955 y se redujo gradualmente hasta el 40 % en 1973, cifra que se ha mantenido prácticamente constante hasta 1979.

Otras naciones occidentales presentan características similares. El Instituto de Demoskopie informa que el porcentaje de alemanes que comulgan por lo menos una vez al año ha disminuido enormemente entre 1953 y 1979; del 66 al 48 % entre los católicos, y del 40 al 28 % entre los protestantes. Solamente el 8 % de todos los alemanes asistió "regularmente" a la iglesia en 1980, comparado con el 15 % registrado en 1963. En Francia, el porcentaje de asistentes regulares a la misa dominical se ha reducido del 23 % en 1966 al 19 % en 1970, y al 13,5 % en 1975⁷⁹.

Si bien las religiones tradicionales han perdido adeptos en muchos países, debe tomarse en cuenta que los Estados Unidos continúan siendo el país más religioso del mundo occidental, con excepción de Irlanda. En 1977, Gallup organizó una encuesta para jóvenes entre 18 y 24 años de edad en diversos países, para indagar la "importancia" de la religión en sus vidas. Más del 40 % de los jóvenes norteamericanos respondió afirmativamente, mientras que en Japón, Francia, Alemania y Gran Bretaña sólo lo hizo así el 10 % o un número inferior⁸⁰. Las investiga-

ciones de Gallup en toda la población adulta también revelan que los norteamericanos, en líneas generales, pueden adscribirse a esta posición. La importancia de la religión cobra un grado mucho mayor para éstos (el 58 % así lo afirma explícitamente) que para los habitantes de otros 12 países desarrollados. Los norteamericanos manifiestan creer en Dios en una proporción muy superior (94 %) a la de otras naciones. Resulta llamativo que entre estos 13 países los únicos que cuentan con una mayoría creyente en "otra vida después de la muerte" son los Estados Unidos (71 %) y el Canadá (54 %). Entre los franceses, alemanes occidentales y escandinavos sólo los 2/5 o una parte menor comparte esta creencia⁸¹.

Además, las características de la religión han cambiado tanto en Europa como en Norteamérica.

La Iglesia Católica, en particular, ha dejado de ser una fuente homogénea de pensamientos conservadores antimodernistas. En muchos países, gran parte de la comunidad eclesiástica y de los laicos se identifican con doctrinas socioeconómicas liberales de izquierda. La mayoría de los católicos residentes en los Estados Unidos practican el control de la natalidad, y la mitad de ellos es partidaria de la legalización del aborto. Entre los protestantes se han producido asimismo cambios parecidos.

Si bien el número de miembros de las iglesias evangelistas ha aumentado durante la década del 70, estas agrupaciones constituyen una proporción mucho menor de la población que la existente en el transcurso de las décadas del 20 y del 30. (*Christianity Today* ha publicado recientemente una nota en donde se señala que los bautistas sureños, la "mayor agrupación predominantemente conservadora de los Estados Unidos, que cuenta con 13 millones de miembros, se enfrenta no sólo a una reducción en el número de bautismos sino también a la pérdida anual de 1.000 pastores entre los que conforman su ministerio")⁸².

Siguiendo la misma línea que la tesis que supone que la activación de las políticas regresivas ha surgido en respuesta a la pérdida de poder de un grupo determinado, John Madeley ha sostenido que la debilidad religiosa en Escandinavia (el número de personas asistentes a iglesias con una frecuencia semanal es inferior al 10 %) "ha facilitado el surgimiento de una Democracia Cristiana de tipo escandinava. La reducción en el número de adeptos religiosos debida a la falta de adecuación de las normas tradicionales que rigen las creencias y la observación religiosa en la conducta, ha facilitado el desarrollo de una conciencia de herencia distintiva común de valores sociales y morales entre las personas religiosamente activas"⁸³.

Los intentos de revitalizar los movimientos extremistas de derecha fracasan debido a la ausencia de una base social y a que, con excepción de Francia, los estratos de mayor educación rechazan sus perspectivas. En cierto modo resulta irónico que los ataques más efectivos a las tendencias modernistas asociadas al desarrollo, a la expansión y a la integra-

ción cultural provengan de sectores identificados con la izquierda racionalista y culturalmente radicalizada.

El fracaso de la protesta militante, tanto de derecha como de izquierda, también puede ligarse a la prosperidad general reinante en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Los treinta y cinco años transcurridos desde la finalización de la guerra han sido testigos del más prolongado período sin depresiones críticas desde los inicios de la Revolución Industrial. Este ha sido un período de sostenido crecimiento en la mayoría de los países industrializados de Occidente (Gran Bretaña es una conspicua excepción), que ha significado un aumento considerable en los ingresos nacionales *per capita* y amplias oportunidades para la movilidad social ascendente. Ha habido, por supuesto, períodos depresivos y de inflación, pero estos han sido menos agudos y más cortos que los ocurridos con anterioridad a la última guerra. Si bien muchos han sufrido retrocesos económicos, estos no han sido tan críticos ni tan generalizados como los de épocas previas. Así, la disconformidad económica no ha servido para alimentar el fuego de la oposición política militante. Cabe destacar que el surgimiento de una masiva reacción nativista a la presencia de trabajadores extranjeros en Suiza se produjo en los años sesenta durante un período crítico de recesión económica.

Los principales reveses políticos nacionales, en particular la Guerra de Argelia para Francia y la guerra de Vietnam para los Estados Unidos, han dado lugar a períodos de inestabilidad política interna caracterizados por la protesta masiva proveniente tanto de la izquierda como de la derecha. La oposición a la guerra de Vietnam no sólo acarrió una crisis de autoridades en los Estados Unidos, sino que contribuyó a difundir y estimular la oposición de izquierda entre los estratos post-industriales más jóvenes y mejor educados de otros países. Como señalamos anteriormente, los grupos tradicionalistas intentaron resistirse a los cambios morales asociados a estos desarrollos, así como oponerse a los reclamos de las minorías raciales y étnicas y de los migrantes extranjeros por los derechos económicos y sociales.

Parece poco probable que los movimientos regresivos de derecha resurjan llegando a constituir una amenaza real para el proceso democrático en los países desarrollados, en ausencia de serias crisis económicas o de grandes peligros internacionales para la seguridad nacional. Repetimos que lo más llamativo de tales intentos desde la década del 60 es su incapacidad para movilizar seguidores influyentes. Los partidos de extrema derecha rara vez obtienen más del 5 % de los votos; e independientemente de cómo se evalúen las políticas de las diferentes Nuevas Derechas, en escasas ocasiones puede acusarse a sus partidarios de emplear tácticas extremistas, excluyendo a los pequeños núcleos neo-fascistas y a los terroristas. Las reacciones moralistas regresivas en la mayoría de los casos reciben la contención de los partidos conservadores o religiosos y de algunas iglesias. La Nueva Política y las tendencias de la Nueva Izquierda, apoyadas en un sector considerable de los involucrados en ocu-

paciones en expansión de la sociedad post-industrial, quienes poseen relativa influencia en las instituciones formadoras de la opinión pública, incluyendo las universidades y los medios de comunicación, han ejercido impacto sobre la vida política y cultural de sus sociedades. Al igual que la Nueva Derecha, trabajan dentro del marco de las instituciones democráticas, exceptuando, nuevamente, a los pequeños grupos extremistas y terroristas. Funcionando la mayoría de las veces como facciones dentro de los grandes partidos de centro izquierda, han logrado influir en las políticas adoptadas respecto de cuestiones tales como el medio ambiente y la energía, y han sido aliados influyentes de los movimientos nacionales, étnicos y de minorías.

Queda aún por destacar que el efecto mensurable más importante de las últimas reacciones antimodernistas en los sistemas políticos occidentales ha sido la disminución de la correlación entre clase social y apoyo a las políticas de derecha y de izquierda. Las tendencias post-materialistas han generado nuevas fuentes de apoyo para la izquierda en el sector de mayor riqueza y nivel educacional, mientras que el conservadurismo social reactivo ha contribuido a aumentar el apoyo a los partidos de centroderecha por parte de los estratos menos privilegiados y de menor educación.

Traducción por Marta Savigliano

Notas

¹ Weber, M., *Essays in Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1946, pág. 155.

² Germani, G., *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, Transaction Books, New Brunswick, 1978, pág. 7.

³ Parsons, T., *Politics and Social Structure*, Free Press, Nueva York, 1969, pág. 110.

⁴ Idem, pág. 115.

⁵ Germani, G., ob. cit., pág. 16.

⁶ Organski, A. F. K., *Fascism and Modernization*, en Woolf, S. J., compilador, *The Nature of Fascism*, Random House, Nueva York, 1968, págs. 24 y 25.

⁷ Scheuch, E. K., con la colaboración de Klingemann, H. D., "Right Wing Radicalism in Western Industrial Societies", trabajo inédito, Department of Sociology, University of Cologne, abril de 1967, pág. 5 y Morgenthau, H. "The Restoration of American Politics", University of Chicago Press, Chicago, 1962, pág. 29.

⁸ Lipset, S. M., y Raab, Ed., *The Politics of Unreason: Right-Wing Extremism in America, 1790-1977*, 2da. edición, University of Chicago Press, Phoenix Books, Chicago, 1978.

- ⁹ Idem, pág. 429.
- ¹⁰ Anderson, J., y May, R. W., *McCarthy, the Man, the Senator, the Ism*, Beacon, Boston, 1952, pág. 364.
- ¹¹ Congressional Record, "Communists in Government Service", 81st Congress, 20 de febrero de 1950, pág. 1954.
- ¹² Mayer, A. J., *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956: An Analytic Framework*, Harper and Row, Nueva York, 1971.
- ¹³ Stern, F., *The Politics of Cultural Dispair. A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, University of California Press, Berkeley, 1961, págs. XVIII a XIX, Sternhall, Z., "Fascist Ideology", en Laqueur, W., compilador, *Fascism, A Reader's Guide*, University of California Press, Berkeley, págs. 321 y 322, 1976.
- ¹⁴ Gay, P., *Weimar Culture: the Outsider as Insider*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1968, pág. 96.
- ¹⁵ Mosse, G. L., *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Grosset and Dunlap, Nueva York, 1964, pág. 4.
- ¹⁶ Idem, pág. 7.
- ¹⁷ Turner, H. A. (h.), "Fascism and Modernization", en *World Politics*, núm. 24, 1972, pág. 550.
- ¹⁸ Nolte, E., *Three Faces of Fascism*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1966, págs. 149 y 150.
- ¹⁹ Webster, R. A., *The Cross and the Fasces: Christian Democracy and Fascism in Italy*, Stanford University Press, Stanford, 1960, págs. 10 y 11.
- ²⁰ Mosse, G. L., "Introduction: the Genesis of Fascism", en Laqueur, W., y Mosse, G. L., compiladores, *International Fascism, 1920-1945*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1966, pág. 16.
- ²¹ Soucy, R., "French Fascism as Class Conciliation and Moral Regeneration", en *Societas-A Review of Social History* núm. 1, 1971, págs. 294 y 295.
- ²² Von Klempner, K., "On Austrofascism", en *Central European History*, núm. 11, 1978, págs. 313 a 317.
- ²³ Sauer, W., "National Socialism: Totalitarianism or Fascism", en *American Historical Review*, núm. 73, 1967, pág. 420.
- ^{23 bis} Carsten, F. L., "Interpretations of Fascism", en Laqueur, W., compilador, *Fascism, A Reader's Guide*, University of California Press, Berkeley, 1976.
- ²⁴ Rogger, H., "Afterthoughts", en Rogger, H. y Weber, R., compiladores, *The European Right. A Historical Profile*, University of California Press, Berkeley, 1965, págs. 577 a 588.
- ²⁵ Gregor, A. J., "Fascism and Modernization: Some Addenda", en *World Politics*, núm. 26, 1974, págs. 370 a 385.
- ²⁶ Respecto de Alemania, consúltese Lipset, S. M., *Political Man: The Social Basis of Politics*, edición ampliada y actualizada Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1981, págs. 144 a 146, y Szymanski, A., "Fascism, Industrialism and Socialism: The Case of Italy", en *Comparative Studies in Society and History*, núm. 15, 1973, págs. 395 a 404.
- ²⁷ Sauer, W., ob. cit., pág. 417.
- ²⁸ Linz, J., "Some Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Socio-

logical Historical Perspective", en Laqueur, W., compilador, *Fascism, A Reader's Guide*, University of California Press, Berkeley, 1976, pág. 15.

- ²⁹ Linz, J., ob. cit., págs. 26 y 27.
- ³⁰ Linz, J., ob. cit., pág. 5.
- ³¹ Zetkin, Clara, "Der Kampf gegen den Faschismus" (La lucha contra el fascismo), prólogo del *Enlarged Executive of the Communist International*, según cita de Carsten, F. L., ob. cit., 1976, pág. 418. Carsten cita a los disidentes comunistas posteriores August Thal Leiner y Paul Serine (Richard Lowenthal), como partícipes de opiniones similares, pág. 419.
- ³² Germani, G., ob. cit., pág. 47.
- ³³ Germani, G., "Fascism and Class", en Woolf, S. J., compilador, *The Nature of Fascism*, Random House, Nueva York, 1968, pág. 89.
- ³⁴ Campbell, P., "Le Mouvement Poujade", en *Parliamentary Affairs*, núm. 10, 1957, págs. 363 a 365 y Hoffman, S., *Le Mouvement Poujade*, Librairie Armand Colin, París, 1956. Meynard, J., "Un essai d'interprétation du mouvement Poujade", en *Revue de l'institut de sociologie*, núm. 1, 1956, págs. 5 a 38.
- ³⁵ Bell, D., *The Coming of Post-Industrial Society*, Basic Books, Nueva York, 1973; Gurshun, J., *After Industrial Society? The Emerging Self-service Economy*, Macmillan, Londres, 1978; Gustafson, B., compilador, *Post-Industrial Society*, St. Martin's Press, Nueva York, 1979 y Touraine, A., *The Post-Industrial Society: Tomorrow's Social History: Classes, Conflicts, and Culture in the Programmed Society*, Random House, Nueva York, 1971.
- ³⁶ Inglehart, R. (1971), "The Silent Revolution in Europe: Intergenerational Change in Post-Industrial Societies", en *American Political Science Review*, núm. 65, 1971, págs. 991 a 1017; Inglehart, R., *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton University Press, Princeton, 1977; y Inglehart, R., "Value Priorities and Socioeconomic Change", en Barnes, S. H., y otros, compiladores, *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*, Sage Publications, Beverly Hills, 1979. Cf. también Zaph, W., "Political and Social Strains in Europe Today", trabajo inédito, Department of Sociology, University of Mannheim, 1980, pág. 5.
- ³⁷ Lipset, S. M., "Whatever Happened to the Proletariat?", en *Encounter*, núm. 56, junio de 1981, págs. 18 a 34; Flanagan, S. C., "Value Change and Partisan Change in Japan: The Silent Revolution Revisited", en *Comparative Politics*, núm. 11, 1979, pág. 274.
- ³⁸ Foster, C. R., compilador, *Nations without a State. Ethnic Minorities in Western Europe*, Praeger, Nueva York, 1980.
- ³⁹ Alexander, J., "Core Solidarity, Ethnic Outgroup and Social Differentiation: A Multidimensional Model of Inclusion in Modern Societies", en Dofny, J. y Akiwono, A., compiladores, *National and Ethnic Movements*, Sage Publications, Beverly Hills, 1980, pág. 6.
- ⁴⁰ Glazer, N., y Moynihan, D. P., compiladores, *Ethnicity: Theory and Experience*, Harvard University Press, Cambridge, 1975; Lijphart, A., "Political Theories and the Explanation of Ethnic Conflict in the Western World: Falsified Predictions and Plausible Postdictions", en Esman, M. J., compilador, *Ethnic Conflict in the Western World*, ob. cit., págs. 46 a 78 y Lipset, S. M., "Racial and Ethnic Tensions in the Third World", en Thompson, W. S., compilador, *The Third World*, Institute for Contemporary Studies, San Francisco, 1978, págs. 146 y 147.
- ⁴¹ Hechter, M., *Internal Colonialism: The Celtic Fringe in British National*

Development, University of California Press, Berkeley, 1975; Lafont, R., *La Revolution Regionaliste*, Gallimard, París, 1967 y, del mismo autor, *Decoloniser la France*, Gallimard, París, 1968.

⁴² Allardt, E., "Implications of the Ethnic Revival in Modern Society", ponencia, Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1979, pág. 28.

⁴³ Idem, págs. 9 a 12.

⁴⁴ Berger, S., "Bretons and Jacobins: Reflections on French Regional Identity", en Esman, M. J., compilador, *Ethnic Conflict in the Western World*, ob. cit., y Morin, E., *Commune en France: La Metamorphose de Plodemet*, Fayard, París, 1967, págs. 61 y 276 y sigs.

⁴⁵ Jacob, J. E., "Ethnic Mobilization and the Pursuit of Post-Industrial Values: The Case of Occitanie", en *The Tocqueville Review*, núm. 2, 1980, págs. 77 y 78. En Berger, S., ob. cit., págs. 168 a 176, aparecen tendencias comparables presentes en otros movimientos regionales franceses.

⁴⁶ Inglehart, R., *The Silent Revolution: Changing Values...*, ob. cit. pág. 237.

⁴⁷ Beer, W., "The Social Class of Ethnic Activists in Contemporary France", en Esman, M. J., compilador, *Ethnic Conflict in the Western World*, Cornell University Press, Ithaca, págs. 143 a 158, e Inglehart, R., *The Silent Revolution...*, ob. cit., pág. 237 y Esman, M. J., "Perspective on Ethnic Conflicts in Industrial Societies", en Esman, M. J., compilador, *Ethnic Conflict in the Western World*, ob. cit., págs. 374 y 375.

⁴⁸ Madeley, J. T. S., "Scandinavian Christian Democracy: Throwback or Portent?", en *European Journal of Political Research*, núm. 5, 1977, pág. 270 y Pederson, M. N., "Denmark: The Breakdown of a Working Multiparty System", trabajo inédito, Odense University, Odense, 1979, pág. 21.

⁴⁹ Rokkan, S., y Valen, H., "The Mobilization of the Periphery", en *Acta Sociológica*, núm. 6, 1962, págs. 111 a 141.

⁵⁰ Pederson, M. N., ob. cit., pág. 21.

⁵¹ Martin, J. L. R., "Swiss Policy on Immigrant Workers and the uberfremdung Initiatives: A Study in Consociational Democracy and Direct Democracy", Tesis de doctorado, Department of Political Science, Yale University, 1979, págs. 196 a 229.

⁵² Sankiah, R., "A Model of the Rise of Populism and Support for the Finnish Rural Party", en *Scandinavian Political Studies* núm. 6, 1971, págs. 27 a 47.

⁵³ Pederson, M. N., ob. cit., pág. 51.

⁵⁴ Schweitzer, D. R., "Status Politics and Conservative Ideology: A French-Swiss Case in National and Comparative Perspective", en *European Journal of Political Research*, núm. 5, 1977, pág. 398.

⁵⁵ Martin, J. L. R., ob. cit., pág. 338.

⁵⁶ Idem, págs. 339 a 344.

⁵⁷ Idem, "Abstract", tercera página.

⁵⁸ Kaplan, R., "Francés New Right", en *tomintary*, núm. 69, pág. 51, marzo de 1980; Weber, E., "Dextrogyrations in París", en *The Times Literary Supplement*, 10 de octubre de 1980, págs. 1133 a 1134.

⁵⁹ Kaplan, R., ob. cit., pág. 51.

⁶⁰ Citado por Bloch-Michel, J., "Anti-Semitism and the French 'New Right'", en *Dissent*, verano de 1980, págs. 291 a 298.

⁶¹ Charlot, M. J., "Les elites et les masses devant l'indépendance nationale d'après les enquetes d'opinion", en *Les Conditions de l'indépendance nationale dans le monde moderne*, Editions Cujas, París, 1977, pág. 45.

⁶² Florenne, Y., "La France Colonisée, de Jacques Thibau", en *Le Monde Diplomatique*, núm. 22, abril de 1980, pág. 22 y Thibau, J., *La France Colonisée*, Flammarion, París, 1980.

⁶³ Kirkpatrick, J. A., "Patterns of Partisanship in Post-Gaullist France", en Penniman, H. R., compilador, *The French National Assembly Elections of 1978*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, 1980, pág. 212.

⁶⁴ Charlot, M. J., ob. cit., pág. 48.

⁶⁵ *Economist*, The, "Gollum and friends", núm. 277, 11 de octubre de 1980, pág. 56.

⁶⁶ Dogan, M., "Political Cleavage and Social Stratification in France and Italy", en Lipset, S. M., y Rokkan, S., compiladores, *Party Systems and Voter Alignments*, Free Press, Nueva York, 1967.

⁶⁷ Lowenberg, G., "The Development of the German Party System", en Cerny, K. H., compilador, *Germany at the Polls. The Bundestag Election of 1976*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, 1978, pág. 23.

⁶⁸ Lipset, S. M., y Raab, ed., ob. cit.

⁶⁹ Crawford, A., *Thunder on the Right. The "New Right" and the Politics of Resentment*, Pantheon Books, Nueva York, 1980.

⁷⁰ Keller, B., "Lobbying for Christ: Evangelical Conservatives Move from Pews to Polls, But Can They Sway Congress?", en *Congressional Quarterly Weekly Report*, núm. 36, 6 de setiembre de 1980, pág. 2627.

⁷¹ Davis, L. J., "Conservatism in America", Harper's, núm. 261, 1980 y Sennett, R., "Power to the People", en *The New York Review of Books*, núm. 27, 25 de setiembre de 1980, págs. 24 a 27.

⁷² Clendinen, D., "Rev. Falwell Inspires Evangelical Vote", en *The New York Times*, 20 de agosto de 1980.

⁷³ *Christianity Today*, (1979a), "The Christianity Today-Gallup Poll: An Overview", núm. 23, 21 de diciembre de 1979, págs. 1.666 a 1.669.

⁷⁴ *Christianity Today* (1979b), "Who and Where Are the Evangelicals?", núm. 23, 21 de diciembre de 1979, págs. 1.671 a 1.672.

⁷⁵ Clancy, T., "Fundamental Facts About Evangelicals", en *America*, núm. 142, 31 de mayo de 1980, pág. 456.

⁷⁶ Clancy, T., ob. cit., pág. 456.

⁷⁷ *National Journal*, The, "Carter's Collapse: The Anatomy of Reagan's Victory", núm. 12, 8 de noviembre de 1980, pág. 1878 y Smith, T., "Carter Post-Mortem: Debate Hurt, But It Wasn't Only Cause of Defeat", en *The New York Times*, 9 de noviembre de 1980, pág. 18.

⁷⁸ Barnes, W. E., y Irving, C., "Why Reagan Won. He Played Upon Nation's Frustrations", en *San Francisco Examiner*, 9 de noviembre de 1980, pág. 28.

⁷⁹ Isambert, F. A., "Le Sociologue, le pretre et le fidele", en Mendras, H., compilador, *La sagesse et le desordre*, Gallimard, París, 1980.

⁸⁰ Gallup, G., compilador, *The International Gallup Polls. Public Opinion*, Scholarly Resources Inc., Wilmington, 1978, pág. 399.

⁸¹ *Public Opinion*, "Opinion Roundup", núm. 2, marzo-mayo de 1979, págs. 38 y 39.

⁸² Henry, C. F. H., "Evangelicals: Out of the Closet but Going Nowhere?", en *Christianity Today*, núm. 24, 4 de enero de 1980, pág. 18; Henry, C. F. H., "Henry on Gallup: Faith and Social Concerns", en *Christianity Today*, núm. 24, 10 de octubre de 1980, págs. 38 a 42.

⁸³ Badeley, J. T. S., ob. cit., pág. 270.

Fascismo y antimodernismo

Adrian Lyttelton

Mi contribución a las cuestiones teóricas planteadas por el trabajo del Prof. Lipset reflejará mi punto de vista específico como historiador del fascismo. Para comenzar, propongo analizar un poco más en profundidad el concepto de la "rebelión contra el modernismo". Aunque el material para las distinciones necesarias ya se encuentra en gran parte presente en el trabajo del Prof. Lipset, yo sostengo, sin embargo, que es preciso "desenvolver" su bagaje teórico. Esto es, deberíamos tratar de ver qué coherencia intrínseca hay entre los movimientos que él analiza, y si podemos, en alguna medida, clarificar su naturaleza mediante un análisis. Creo que, como europeo, debo decir que la forzosamente breve descripción del movimiento antimodernista europeo de Lipset me parece necesitar una diferenciación más exhaustiva. Por supuesto, se puede hablar de una tradición arraigada en la historia común de la Europa católica, y esto ciertamente sería importante aun en lo referente a algunas tendencias ideológicas fuera de los países católicos. Pero dejando de lado aun la cuestión sobre la medida en que estas tendencias son relevantes para esa parte de Europa que era protestante por tradición, difícilmente podemos ignorar la importancia central del problema del nacionalismo¹.

El análisis de las tendencias autoritarias, en cualquier época hasta la última guerra, no puede ignorar la importancia fundamental del nacionalismo. Ni tampoco puede identificarse al nacionalismo simplemente con la glorificación de los valores pre-modernos. Como insistiera, entre otros, Gino Germani², el nacionalismo fue realmente la ideología integradora clave para la mayoría de los movimientos autoritarios, al menos en Europa, y es importante notar que *cada* nación tuvo sus mitos fundamentales característicos. Si volvemos al tema del "mito núcleo" de la "Europa católica medieval", es importante recordar que tanto en Italia como en Alemania (los dos países con movimientos fascistas exitosos más importantes), este mito fue considerado antinacional. En Italia, en efecto, el Estado había sido creado contra la oposición de protestas antimodernistas tales como el bandidaje. Además, aún en el siglo XX, en un país donde la mayor parte del campesinado no había aprendido

el idioma nacional, los nacionalistas eran sumamente renuentes a apelar a los valores rurales tradicionales. Por lo tanto, no podemos suponer que hubiera necesariamente un acuerdo entre las tendencias autoritarias del nacionalismo y aquéllas del catolicismo.

El tema del catolicismo presenta otro problema que ha sido muy bien analizado por Juan Linz en un reciente ensayo sobre el fascismo. ¿Los fascistas, o los reclutados por los movimientos fascistas, son sólo los perdedores? ¿No sería una mejor descripción referirse a "los inadecuadamente representados"? Lo que hicieron los movimientos fascistas fue ocupar un espacio político vacante, o al menos atraer integrantes no sólo entre quienes anteriormente no estaban políticamente comprometidos, sino también entre los miembros de partidos y de otras organizaciones que no podían hacer frente a las nuevas demandas de políticas de masas³. Por ejemplo, en Alemania, los viejos partidos liberales y, en Italia, los partidos basados en las personalidades locales, no fueron capaces de integrar realmente la participación de las masas en el sistema político. Linz ilustra este aspecto del fascismo señalando que, tanto en Alemania como en Italia, en las áreas con movimientos políticos católicos fuertes, la base social que en otras partes fue movilizadora por el fascismo estuvo sólo parcialmente disponible⁴. Es importante recordar que, en el pasado y en el presente, las organizaciones y estructuras políticas específicas de cada país determinaron en gran medida esta disponibilidad. El tema del nacionalismo es demasiado amplio como para ser analizado aquí con propiedad, pero podemos sugerir que la decadente fuerza del nacionalismo, como ideología capaz de integrar grupos sociales muy diferentes, es una de las razones por las que, hasta ahora, los movimientos anti-modernistas o autoritarios del mundo contemporáneo han tenido, como muestra Lipset, mucho menos éxito de lo que podría haberse esperado. Por nacionalismo se entiende aquí "nacionalismo de Estado", el nacionalismo que se identifica con el Estado existente, y no el nacionalismo étnico anti-estatal.

El Prof. Lipset admite abiertamente que es difícil localizar al partido fascista italiano dentro de un esquema analítico general y coherente del fascismo. Por cierto, es imposible ignorar las dificultades prácticas de resumir el carácter de un movimiento que logró poder tan rápido. Sin embargo, el dejar de incluir el caso original que dio lugar al concepto de fascismo es una anomalía bastante grave en una teoría que intenta explicar el fenómeno. Ahora bien, dado que fue sólo en Italia y en Alemania que los movimientos de masas de tipo fascista tuvieron realmente éxito en la creación de regímenes autoritarios o totalitarios, creo que cualquier análisis comparativo serio del fascismo como ejemplo de las tendencias autoritarias en la sociedad moderna debe comenzar con estos dos casos, Italia y Alemania⁵. El concepto de rebelión contra el modernismo necesita urgentemente una mayor diferenciación, si debe explicar el éxito de los movimientos fascistas en estos dos países. Antes que nada, creo que los movimientos fascistas pueden ser descrip-

tos, para usar los términos del Prof. Lipset, bajo el título de *política reactiva*, o, para referirnos a la terminología de Gino Germani, de *movilización secundaria*. La identidad entre política reactiva y anti-modernismo cultural me convence menos. Sugiero que sería útil distinguir entre estos dos conceptos. A primera vista esta parecería una diferenciación innecesaria o sin sentido, ya que el término *reacción* implica un intento reaccionario de atrasar el reloj. Pero creo que esto puede ser objetado. Por empezar, ¿el concepto de modernidad es tan inequívoco que la política reactiva no puede a menudo apelar a su propia versión de los valores modernos? A menos que adoptemos un marco ideológico como el del marxismo clásico, resulta más bien difícil negar que las clases antagonistas pueden legítimamente apelar a los valores modernos. Nuevamente, ¿una mentalidad emprendedora moderna es necesariamente incompatible con la apelación a valores morales primordiales? Yo diría que no. La tesis de que la supervivencia de ciertas actitudes "pre-modernas" pueda en realidad ayudar a la industrialización no es nueva, luego de Veblen y Schumpeter⁶. La salida de estas dificultades se encuentra haciendo una distinción más clara entre las tendencias de largo plazo y las crisis de corto plazo. El fascismo puede ser una rebelión de los perdedores, pero no fue exclusivamente una rebelión de perdedores seculares, de *largo plazo*. El historiador alemán Wolfgang Sauer, por ejemplo, menciona a los empleados como a un grupo involucrado en el fascismo alemán, y luego agrega "al menos mientras sintieron la pérdida de la independencia económica"⁷. En cierto sentido esto muestra el juego. Después de todo, muchos empleados no fueron reclutados de la vieja burguesía sino de contextos obreros o de ambientes campesinos prósperos. Considerados como *grupo*, los empleados no están entre los perdedores sino entre los ganadores en una sociedad industrial en desarrollo. Ciertamente devienen un grupo más numeroso, y para muchos individuos esto implicaba también promoción social. Sólo por esta razón no puede sostenerse que en circunstancias normales un grupo tal estuviera necesariamente a disposición de reacciones antimodernistas o autoritarias. El excelente libro de M. Barbagli sobre desempleo entre las clases intelectuales en Italia muestra cómo este desempleo intelectual contribuyó al ascenso del fascismo luego de la primera Guerra Mundial. A primera vista esto parece confirmar la tesis general de "la rebelión contra el modernismo". El estereotipo del humanista imposible de emplear en una sociedad industrializante encaja muy bien en el esquema anti-modernista. Pero en realidad el grupo de graduados que fueron más afectados por el desempleo fue quizás el de los ingenieros, y su apoyo al fascismo fue correspondientemente alto⁸. ¿Entonces los ingenieros son un grupo anti-modernista destinado a ser relegado a los márgenes del proceso de producción? No lo creo. En consecuencia, cuando se habla de los perdedores, habría que cerciorarse de distinguir si se está hablando de grupos o de individuos, de perdedores en el corto plazo a causa de una crisis económica o de perdedores en el largo plazo a causa de todo el proceso de industrialización. Nuevamente ¿estamos hablando

de los que fueron marginados en términos económicos o de los que han perdido influencia en el sistema político?⁹ Por lo menos en el corto plazo yo diría que la naturaleza específica del fascismo y su éxito impredecible se originaron precisamente en la combinación de estos dos elementos. Los descontentos en el corto plazo producidos por crisis en sistemas económicos y políticos particulares se combinaron con el descontento en el largo plazo producido por la evolución de la sociedad industrial en su totalidad. En particular, el fascismo surgió de la fusión de la política reactiva de los que se veían amenazados políticamente por la movilización de nuevos grupos sociales (trabajadores o campesinos) —lo que Germani llama *movilización secundaria*— y “la política de desesperación cultural” (Fritz Stern) de aquellos grupos que verdaderamente se oponían a toda la tendencia de civilización moderna¹⁰.

Otro punto que debemos notar es que estos dos elementos del fascismo (la política reactiva y la política de desesperación cultural) se condicionaron mutuamente. Así como, en términos culturales, la política reactiva no es necesariamente anti-modernista, la desesperación cultural no está necesariamente confinada a los grupos sociales amenazados por una movilización de masas proveniente de abajo. En efecto, una de las condiciones para el surgimiento de los movimientos fascistas y autoritarios modernos puede ser, paradójicamente, el abandono de las ideologías anti-modernistas por parte de la clase trabajadora y de grandes elementos de otros subordinados. No debemos olvidar que había una gran cuota de anti-modernismo en muchos movimientos revolucionarios primitivos. El ascenso del socialismo en Francia ha sido convincentemente interpretado como un intento de adaptar los valores y las prácticas corporativistas del artesanado del *ancien régime* a las nuevas condiciones producidas por una mayor competencia y el liberalismo doctrinario¹¹. Los movimientos artesanos y de las clases trabajadoras primitivos eran por lo general muy ambivalentes: abrazaban algunos valores modernos (por ejemplo, la rebelión contra la autoridad religiosa y la jerarquía social), mientras rechazaban otros en nombre de formas tradicionales de solidaridad. Aun en una sociedad parcialmente industrializada como era la de Italia después de 1918, el fascismo podía ser presentado como una fuerza modernizante, en contraste con las actitudes pre-industriales de las clases bajas. Cuando falta la política de reacción, la desesperación cultural —como en el mundo contemporáneo— tiende a ser diversificada, excéntrica e ineficaz. Cuando falta la desesperación cultural, la política reactiva será relativamente superficial en su impacto social. De hecho, hasta cierto punto el fascismo italiano ilustra este último caso, el de un poderoso movimiento de reacción en el que los elementos del anti-modernismo cultural, aunque no enteramente ausentes, eran relativamente débiles. Aun si, como lo indica correctamente el Prof. Lipset, el fascismo en Italia atrajo un apoyo desproporcionado de las áreas rurales en este aspecto resulta engañoso clasificarlo junto al nacional-socialismo alemán. La apelación *völkisch* (popu-

lar) del nacional-socialismo fue más fuerte en las áreas de pequeños propietarios, donde los conflictos de clase eran menores. Por el contrario, el fascismo rural en Italia fue no sólo reaccionario sino también reactivo: fue más fuerte en las áreas con organizaciones sindicales fuertes y grandes conflictos de clase¹². Una vez más, sugiero que lo que los movimientos modernos han mostrado es la falta de una ideología capaz de unificar estos distintos tipos de descontento. En el caso del fascismo clásico, esto fue aportado por el nacionalismo.

Contra los argumentos del Prof. Gregor en cuanto a que los movimientos fascistas no eran anti-modernos porque de hecho promovían la industrialización, el Prof. Lipset correctamente objeta que el comportamiento de los gobiernos no constituye una guía a los motivos que subyacen a la respuesta masiva a los movimientos originales. Lamentablemente, en el caso italiano, este argumento dificulta la identificación del fascismo con el anti-modernismo¹³. Esto se podría dejar de lado por ser una excéntrica, pero el hecho es que el mismo Mussolini frecuentemente definía a su movimiento como un “fenómeno moderno”. Por ejemplo, se apropió del concepto elitista de Pareto para argumentar que el fascismo era la filosofía de un grupo nuevo en ascenso, completamente distinta del conservadurismo tradicional¹⁴. Por el contrario, el fascismo en el poder devino ideológicamente cada vez más anti-moderno. Creo que esto se explica en parte por la necesidad de Mussolini de asegurar la alianza de las élites gobernantes tradicionales, y de extender la base consensual del régimen. En este caso, la verdadera clave es la Iglesia. Es importante notar, sin embargo, como dato de relevancia general, que dentro del fascismo italiano se mantuvo una tensión considerable entre esta restauración de los valores religiosos y morales tradicionales, tales como la autoridad familiar, con la bendición de la Iglesia, las actitudes de muchos viejos militantes fascistas, y las de la juventud fascista adoctrinada. Si estudiamos la retórica del fascismo primitivo, yo pondría, en lugar del enunciado “una de las cosas más notables de la ideología fascista era su moralidad”, que una de las cosas más notables de la ideología fascista era su inmoralidad. Y debemos aclarar que no se trataba sólo de inmoralidad de comportamiento sino, en algunos casos, de inmoralidad de valores. En el fascismo hay un rasgo de desafío deliberado a los valores morales tradicionales. Esto me lleva, nuevamente, a una observación relativa a un punto que aparece al comienzo del trabajo del Prof. Lipset. Es el problema de la dificultad de mantener el núcleo prescriptivo central (Germani) o, en términos de Parsons, prácticas y modos de orientación establecidos¹⁵. En efecto, estos son conceptos que ayudan a explicar el éxito del fascismo. Pero en términos ideológicos estos problemas permitirían una solución algo distinta de lo que se describe como fundamentalismo, y era la solución del nihilismo, o sea, el rechazo de todos los valores, excepto de aquéllos impuestos por la fuerza, o la tesis de que no había forma de elegir racionalmente entre diferentes valores¹⁶. Es cierto que esta solución sólo puede ser individual y no puede

brindar las bases para un orden social alternativo. Pero de todos modos no deberíamos dejarla de lado porque, de hecho, es una clave para entender la peculiaridad del fascismo y su incapacidad final de mantener un orden social estable. El fascismo constituyó una profunda ambivalencia: estaba dividido entre el compromiso con la tesis (que podría ser definida como "nietszcheanismo vulgar") de que sólo la fuerza y la pasión contaban, en un mundo en el que Dios estaba muerto y los valores morales eran anticuados, y con la tesis de un retorno a las raíces primarias sólidas. La primera estaba representada más claramente en el caso del nacionalsocialismo.

Para resumir, sugiero que analicemos más cuidadosamente los distintos elementos de la rebelión contra el modernismo, para no olvidar que lo que podría parecer, en ciertos sectores, como la afirmación de los valores anti-modernos (como por ejemplo el rechazo de la democracia), puede ser altamente compatible con la afirmación de los valores modernos en otros. Al menos en el caso de Italia, los fascistas estaban subjetivamente comprometidos a la modernización de la sociedad italiana en el sentido de su industrialización, y aun en el sentido de desear difundir otras características del comportamiento capitalista. Querían sólo tener una forma jerárquica de industrialización, sin sus consecuencias sociales. Sin duda esta era una creencia contradictoria, pero no puede ser calificada como inequívocamente anti-modernista. La necesidad de restaurar un "núcleo prescriptivo" para asegurar la integración era sentida también al nivel de empresa. En períodos en los que la disciplina laboral estaba amenazada, la restauración de un firme marco de valores morales podría, por lo tanto, ser considerada no sólo compatible con, sino necesaria para, la mejor consecución de la modernización capitalista. Además, el gobierno parlamentario y la división de poderes podía ser criticada desde un punto de vista moderno; la concentración de poderes de la empresa capitalista exitosa podía ser tomada como modelo para el nuevo Estado. Mussolini explícitamente vinculó el rechazo de la democracia política con el fin de la "pesadilla" de la democracia en las fábricas¹⁷.

También en Francia, como lo señala un artículo reciente, identificar a los movimientos fascistas con el "anti-modernismo" es simplificar demasiado. Un elemento importante en cuanto a su atractivo fue la idea tecnocrática de la racionalización de la producción por parte de una élite moderna. Esta idea fue particularmente atractiva para los representantes del sector moderno de la industria francesa, orientado hacia el crecimiento, que estaba impaciente por las actitudes tradicionalistas de la mayoría de los *patrons*. En el caso de Alemania, la potencia de los elementos anti-modernistas fue ciertamente mucho más impresionante. Sin embargo, el tipo de curiosa ambivalencia que podía darse puede ser ilustrado mediante un ejemplo famoso como el de Albert Speer, un hombre que estaba, ciertamente, invadido en gran medida por una nostalgia del pasado, pero que no obstante debía su posición y su

fama a la capacidad con la que manipulaba técnicas extremadamente modernas. No es posible hacer esto sin una cierta comprensión de la lógica que hay detrás de estas técnicas, sin penetrar en alguna medida en el espíritu de la modernidad¹⁸. Esta es otra razón por la que la rebelión anti-modernista, mientras se mantenga *puramente* anti-modernista, puede llegar a ser de importancia marginal por motivos fácilmente comprensibles. El verdadero peligro aparece cuando se combina con otras formas de descontento o con una política reactiva, que no pueden ser incluidas tan fácilmente bajo esta definición.

Traducción por Gabriela Adelstein

Notas

¹ Lipset, S. M., "El alzamiento contra la modernidad", en este volumen.

² Germani, Gino, "Democrazia e autoritarismo nella società moderna", en *Storia contemporanea*, XI, 2, abril 1980, págs. 189 y 190.

³ Véase Linz, Juan "Some notes toward a comparative study of fascism in sociological historical perspective", en Laqueur, W., compilador, *Fascism: a reader's guide*, Londres, 1976, págs. 4-8, respecto de la idea de fascismo como "alguien que llegó tarde a la escena política" que debía atraer a aquellas fuerzas sociales de las que no se hubieran "apropiado" previamente otros movimientos de masas. Ibidem págs. 21 y 24-25 sobre las razones para la insatisfacción con los partidos de clase media en Italia y Alemania.

⁴ Linz, Juan, ob. cit., págs. 26-27. Véase Flater, J. W., "Radicalization of the middle classes or mobilization of the unpolitical?", en *Social Science Information*, Vol. 20, 2, 1981, págs. 403-404, respecto de la "casi total resistencia" de los votantes de los partidos católicos alemanes (Centro y BVP) al nacionalsocialismo. Carecemos de estudios sistemáticos sobre este punto para Italia. Pero el fascismo fue más débil en el Veneto, sumamente católico, que en Emilia Romagna y Toscana, donde había una larga tradición anticlerical.

⁵ Véase la introducción de W. Schieder a *Faschismus als soziale Bewegung: Deutschland und Italien in Vergleich*, Hamburgo, 1976, págs. 14-15: "Mas se deberá partir de que una expansión y más rápida aplicación del concepto de fascismo sólo será posible cuando éste se pruebe sostenible respecto de Italia y Alemania. Si ni siquiera el fascismo italiano y el nacionalsocialismo muestran suficientes puntos de contacto, hasta podría obviarse la discusión sobre el fascismo como concepto historiográfico o como forma de dominio político atemporal. La ecuación sustancial de estos dos movimientos y regímenes no alcanza para entender el fascismo".

⁶ Veblen, T., *Imperial Germany and the industrial revolution*, Ann Arbor, Toronto, 1966, págs. 85-87 y 244-248. Schumpeter, J. A., *Capitalism, socialism and democracy*, 5ª edición, Londres, 1976, págs. 134 a 142.

⁷ Lipset, S. M., ob. cit., pág. 21. Sauer, W., "National socialism: totalitarianism or fascism?", en *American Historical Review*, Vol. 73, diciembre 1967, pág. 420.

⁸ Barbagli, M., *Disoccupazione intellettuale e sistema scolastico in Italia*, Boloña, 1974, págs. 168 a 179 y 183 a 191.

⁹ Lipset, S. M., ob. cit., pág. 6. El problema de la definición del Prof. Lipset es que es tan amplia que resulta difícil ver qué grupos excluiría en una democracia. ¿Qué grupo al menos en épocas de transición rápida no se siente amenazado, ya sea económica o políticamente?

¹⁰ Respecto de la definición de "movilización secundaria", véase Germani, G., *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Boloña, 1975, págs. 38-39; Stern, F., *The politics of cultural despair: a study in the rise of the Germanic ideology*, Berkeley, 1961.

¹¹ Véase Sewall Jr., W. H., *Work and revolution in France: the language of labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980.

¹² Szymanski, A., "Fascism, industrialism and socialism: the case of Italy", en *Comparative studies in society and history*, Vol. 15, N° 4, octubre 1973, pág. 21. El fascismo alemán era fundamentalmente antiurbano, el italiano primariamente antiobrero. En efecto, el ascenso del fascismo agrario puede ser relacionado con el surgimiento de una nueva y agresiva clase de empresarios rurales modernizantes. Véase Cardoza, A. L., "Agrarians and industrialists: the evolution of an alliance in the Po Delta, 1896-1914", en Davis, J. A., compilador, *Gramsci and Italy's passive revolution*, Londres, 1979, págs. 198 a 205.

¹³ Lyttelton, A., *La conquista del potere*, Bari, 1973, pág. 345. Sobre el intento del Prof. Lipset por construir los antecedentes intelectuales del fascismo italiano (ob. cit., pág. 16), cuanto menos se diga mejor. Prezzolini quería modernizar la cultura italiana. Y Toniolo no tuvo nada que ver con el fascismo. Corradini puede haber atacado al materialismo y al liberalismo, pero era un darwinista social que admiraba los *cartels* industriales.

¹⁴ Pareto, "Which way is the world going?", en Lyttelton, A., compilador, *Italian Fascisms*, Londres, 1973, págs. 59 a 67.

¹⁵ Lipset, S. M., ob. cit., pág. 16.

¹⁶ Lyttelton, A., *La conquista del potere*, ob. cit., pág. 589.

¹⁷ Ibidem, pág. 120.

¹⁸ Véase Rabinbach, A., "The aesthetics of production in the Third Reich", en *Journal of Contemporary History*, vol. 11, 1976, págs. 43 a 74, donde muestra que el régimen nacionalsocialista adoptó una estética funcionalista en la construcción industrial. En general, podría decirse que las actitudes fascista y nacionalsocialista respecto del modernismo se desarrollaron en direcciones opuestas: en el fascismo italiano, las influencias modernistas y racionalizadoras fueron debilitándose a medida que el régimen se consolidaba, mientras que en Alemania fueron fortaleciéndose, a medida que el "anti-modernismo utópico" cedió a los dictados de la producción bélica.

A propósito de "El alzamiento contra la modernidad", ¿Un retorno despotenciado?

Achille Ardigó*

El ensayo en discusión está dedicado:

1) a describir siete tendencias socio-culturales, a las que se deben, según Lipset, efectos de revuelta antimodernizadora, en general de orientaciones de derecha, aun extrema, pero también de izquierda, con referencia a los sistemas políticos liberal-democráticos del Occidente contemporáneo:

2) a exponer y a defender una interpretación sustancialmente optimista sobre el futuro de la democracia en el Occidente modernizado y liberal.

En otros términos, la comparación entre los movimientos antimodernistas de los años treinta y los iniciados en la segunda mitad de la década del setenta pondría en evidencia el retorno de la historia pero muy despotenciado y falto de eficacia.

Las siete actuales tendencias socio-culturales de ataque contra la modernización ilustradas por Lipset pueden ser subdivididas en dos agregados. Véamoslos en síntesis:

a) reacciones "fundamentalistas" y contragolpes autoritarios en busca de una compensación de la inseguridad, la frustración y el temor provocados por los procesos de rápida modernización de las décadas del cincuenta y sesenta.

b) defensas de grupos sociales, en especial de clase media, frente a las nuevas amenazas de desclasamiento social, económico y cultural provocadas por las nuevas oleadas postbélicas de industrialización y por los consiguientes cambios de organización y de estratificación social, demasiado rápidos.

c) alzamiento de sectores sociales periféricos, minorías étnico-lingüísticas, de comunidades y movimientos comunitarios, en contra de

* Universidad de Boloña.

la invasión y transformación de ambientes locales, destrucción del *habitat*, amenazas objetivas a poblaciones por macro-infraestructuras industriales y de transporte, instalaciones energéticas y producciones dañosas, decididas por el centro de poder nacional;

d) tendencias nacionalistas, xenófobas, cuando no racistas, frente a la de la homogeneidad y de la identidad nacional de la población, por el crecimiento del cosmopolitismo pobre por razones de trabajo.

Al segundo agregado de tendencias pertenecen las siguientes:

e) reacciones morales y moralistas contra el permisivismo respecto de los "diferentes", en especial en el campo sexual, y contra el uso exagerado de drogas y de alcohol;

f) *revivals* religiosos, con énfasis carismáticos;

g) tendencias a los valores post-materialistas, post-industriales.

Entre ellos, valores opcionales a la burocratización de la vida y del *welfare* público, al estatismo centralizado, etc.

Estrechamente interconectadas y sin embargo también ambivalentes, si no heterogéneas entre ellas, en cuanto a sentido político, los dos agregados de tendencias no llegan, como se ha dicho, según Lipset, a despertar serias preocupaciones para el futuro del orden democrático en los países democráticos o liberal-democráticos o poliárquicos de Occidente.

De acuerdo con la argumentación de nuestro autor, esto se da ya sea porque no están presentes los requisitos estructurales sociales o institucionales que favorecieron la afirmación en Europa, en la década del treinta, de movimientos autoritarios nazifascistas; o porque han desaparecido correspondencias y conexiones rígidas entre política y estratificación de clase.

En efecto, ha desaparecido la dominación de la propiedad agraria en la estructura social, no hay más concentración de población en pequeños centros y las instituciones eclesásticas no son tan fuertes como en el pasado en cuanto a ejercer un control social.

Además, me refiero siempre al pensamiento de Lipset, en los sistemas políticos occidentales de los países de un desarrollo industrial no reciente, se ha reducido fuertemente la correspondencia entre clase obrera e izquierda política y entre clase acomodada y derecha política. Las estructuras objetivas de clase no *producen* una conciencia de clase más homogénea.

No se puede no acordar con gran parte del análisis de este ensayo rico en materiales y en autorizadas actualizaciones. Y sin embargo me ha surgido una duda, que es también estímulo para la relectura de los fenómenos y de las tendencias consideradas; que la argumentación de la tesis esté fundada sólo en referencias a los estudios de la década del cuarenta, y sucesivos, sobre la génesis del fascismo en Europa.

La duda es que se escape en el rico y valioso análisis de Lipset lo que es propio y peculiar de algunos de los movimientos post-materialistas antimodernizadores contemporáneos que se dan a partir de mediados de la década del setenta y el comienzo de este nuevo decenio. La duda es que Lipset no dé cabida, en sus esquemas de referencia, para los años venideros, a una plausible mutación de la calidad de la vida y de la organización social y del trabajo en los países más desarrollados de Occidente.

La confrontación con los años treinta sería, en otros términos, evocada como un exorcismo. Un exorcismo con respecto a aquellos a los que, mediante la amenaza de envolverse en senderos que llevarían directamente al fascismo y al sovietismo, puede impedírseles pensar que alguna de las tendencias examinadas exprese, tal vez sólo en forma latente, una innovación en la misma organización democrática. Nosotros sabemos que las innovaciones nacen siempre mezcladas con lo viejo y que lo post-industrial no puede no aparecer al comienzo con rasgos conocidos de lo pre-industrial.

En otras palabras, el exorcismo es respecto de la posibilidad-probabilidad de que pueda darse una innovación, no regresiva ni subversiva, en función de la concepción de la democracia que se desprende del ensayo de Lipset.

Una democracia tan absorbida y hegemonizada por el intercambio y la lógica del mercado, extensivos incluso a la política, que no tolera *revivals* religiosos ni la expresión de demandas de sentido respecto de los mandos vitales cotidianos (cfr. E. Husserl y A. Schutz), reducidos frecuentemente a la mayor desesperación consumista, democracia que no permite tampoco defensa de solidaridades particularistas como espacio para una nueva reconstrucción de un nuevo pacto democrático referido a las lógicas de adaptación instrumental de los sistemas sociales.

Esta concepción continuista de la democracia-poliarquía y esta exclusión no tematizada de todo posible desemboque innovador de alguna de las tendencias examinadas, podrían estar plenamente fundadas si del terreno del cambio social y político en la sociedad actual de las telecomunicaciones, en que la política es a menudo comunicación-espectáculo, pudiera decirse lo mismo que de aquél de los años treinta, como si fuese homólogo.

En cambio, pienso, las manifestaciones de cambio social en las sociedades más avanzadas de Occidente deben buscarse cada vez más en el terreno de los flujos de las comunicaciones, de las comunicaciones simbólicas, en el terreno de la crisis de transacción entre mundos vitales y sistemas sociales comunicativos.

Estimo pues no estar equivocado cuando infiero que la relación de Lipset tiene implícita una preminente referencia a la explicación psico-social de la génesis del fascismo, tal como está introducida en los años '40 por la investigación sobre *The Authoritarian Personality*.

Según este acercamiento, retomado sólo implícitamente por Lipset, el resentimiento etnocéntrico, la frustración y la inseguridad, junto a mecanismos de defensa, que se manifiestan en la burguesía y sus ambientes sociales específicos —frente a la secularización y a la industrialización aceleradas, o a otras asincronías de la modernización— inducen, a nivel psíquico más o menos inconsciente, mecanismos proyectivos y respuestas de tipo autoritario, los cuales a menudo encuentran el *humus* favorable de valores y culturas tradicionalistas.

De esta matriz deriva en especial ese "extremismo de centro", al cual Lipset en su oportunidad dedicó especiales análisis en su *Political Man*.

Tal matriz proyectivo-motivacional puede expresar movimientos reaccionarios en presencia de *élites*, especialmente si éstas están en desequilibrio de estatus. Lo que le observo a Lipset es que él reutiliza, sin dudar acerca de la propiedad de la operación, tal esquema interpretativo también con respecto a las variadas tendencias automodernizadoras aparecidas en la década del setenta y al comienzo de la nuestra. Con esto se da implícitamente por descontado que en los países modernizados (aquellos donde el fascismo u otros totalitarismos no han sido nunca instrumentos *sui generis* de modernización, como en otros lugares) la cadena comunicativa entre subsistema socio-cultural y sujetos en la situación del mundo vital cotidiano (para decirlo con E. Husserl) sea siempre una cadena abierta. Es decir que haya siempre una comunicación en los dos sentidos y haya siempre *élites* disponibles y masas resentidas, dispuestas a pasar de lo privado a lo colectivo, de lo intersubjetivo a lo institucional. Considero, en cambio, legítimas no pocas dudas al respecto, como he expuesto en mi reciente libro *Crisi di governabilità e mondi vitali* (ed. Cappelli, Bolonia, 1980).

Es decir, dudo de que en muchos casos, verificación empírica pendiente, la cadena comunicativa reactiva entre subsistema político, subsistema socio-cultural y multitud de mundos vitales cotidianos esté abierta, o sea abierta con las modalidades descritas en *Authoritarian Personality* o en *Political Man*. La duda respecto de la ruptura de la comunicación, en el sentido específico, comunicación de doble contingencia, tiene algunos soportes. Ante todo, el hecho de que los intelectuales, tradicionales ámbitos de selección de *élites*, se hayan tornado un estrato de masa y hayan masificado los canales de comunicación sociales, por medios electrónicos y no sólo eléctricos.

Además, algunas de las siete tendencias antimodernistas indicadas por Lipset hoy aparecen como acciones reactivas del mundo de la vida (*Lebenswelt*) que no parecen mostrar interés por salir de lo privado (o de lo "privado social" para decirlo con P.P. Donati) para entrar en la esfera de las instituciones del sistema social, o entran sólo con precarios compromisos de cúpulas.

Me refiero aquí ya sea a movimientos religiosos de tipo carismá-

tico, o ascético o estático: pentecostales, carismáticos (inclusive católicos), movimientos comunitarios de liberación con inspiración cristiana, o según cultos asiáticos; agregaciones comunitarias para realizar actividades productivas externas a la gran producción (economías sumergidas), a menudo salidas existenciales de pequeños grupos contestatarios, etcétera.

Una parte del despertar religioso que Lipset me parece coloca en la lista de las tendencias antimodernistas no es para nada seguro que terminará por tener peso político y ser políticamente antidemocrático.

Lo mismo vale para ciertos aspectos del llamado reflujo hacia lo privado, hacia la no participación política y partidaria, o para procesos psico-sociales que restan motivación al voto y a la ética del trabajo en las empresas modernas, especialmente las industriales.

No querría profundizar aquí más estos puntos de duda y de pedido de integración del esquema interpretativo de Lipset que he propuesto a partir de un enfoque fenomenológico. Querría en cambio profundizar mi principal punto de discusión sobre el texto de Lipset que tiene referencia a un modelo explicativo, socio-politológico, expuesto en 1960 por William Kornhauser, en *The Politics of Mass Society* (Londres, Routledge & K. P.). El modelo se centra sobre la distinción entre "sociedad totalitaria" y "sociedad de masa".

Según Kornhauser, una sociedad puede tornarse totalitaria cuando en ella se manifiesta una alta disponibilidad de las no-*élites* para participar en la cosa pública y para ser movilizadas desde y hacia *élites* que no son accesibles, o lo son poco (accesibilidad medida en relación con las no-*élites*). Viceversa, una sociedad que tenga también *élites* accesibles a las masas pero en la cual las no-*élites* no estén disponibles para movilizarse y para ser movilizadas, no podrá nunca —para Kornhauser— tornarse autoritaria. Será una sociedad de masa. Ahora bien, mi duda es que esté hoy difundida de modo consistente una actitud de no disponibilidad de no pocas no-*élites*, frente a las solicitudes de que ingresen en la lucha política y partidaria, como ya ocurrió en el pasado reciente. Esta es también una evaluación (cierto, no propuesta según los cánones científicos de la falseabilidad) de un observador paradójico pero agudo del presente estado de "implosión" o de nihilismo apático existente en muchos estratos y grupos de no-*élites*. Me refiero a los análisis de J. Baudrillard expuestos en sus libros posteriores a 1977.

S. M. Lipset, en su rico análisis de hechos y tendencias, registra entre otras cosas cómo el acceso a la televisión y a los sofisticados sistemas tecnológicos, por personalizar, en la forma, mensajes anónimos, ha sido y es un factor de refuerzo de los movimientos evangélicos norteamericanos asociados a la Nueva Derecha. Pero justamente este acceso a los *mass media* parece ser, para J. Baudrillard, factor de debilidad: cuanto más aumenta la duración de exposición de las personas a los *media*, tanto más informaciones semejantes, en vez de transformar las

masas en energía social, neutralizan el campo social, creando masas cada vez más inertes, cuya energía social —cualquiera que sea su dirección— se enfría progresivamente.

Pero no todas las tendencias y los acontecimientos de regresión antimodernista reseñados por Lipset presentan este tipo de debilidad. Lo que más me importa observarle a Lipset es que, más que los signos de debilidad indicados por él (en términos de datos de estructura social) son relevantes los signos de debilidad que se refieren a la comunicación social y a la dinámica cultural.

Bien o mal, el síndrome autoritario que nos describen —para los años treinta— los estudios de Adorno y de Horkheimer, ponía en cuestión una estructura familiar con una presencia aún fuerte del super-yo paterno, y prácticas de represión y de autorrepresión por impactos educativos en la época de escasez que siguió a la Primera Guerra. Desde entonces a hoy la sociedad de masa, consumidora y cosmopolita, ha obrado en profundidad desmovilizando masas ultrasocializadas, con símbolos ya despotenciados o muertos y roles paternos también despotenciados al máximo.

De modo que es sólo a partir de un renacimiento de mundos vitales (*Lebenswelt*), propio de esos movimientos que se sustraen a ser absorbidos por los sistemas sociales (es decir que desean permanecer en el ámbito privado, confiarse a comunicaciones intersubjetivas, romper con los lenguajes y los códigos de comunicación de masa, aun a través de un retorno a lenguajes dialectales) que se puede considerar posible un retorno a estructuras simbólicas fuertes, a masas energizadas, para usar una metáfora baudrillardiana, asociadas a salidas post-materialistas y post-nihilistas, cualquiera sea su orientación futura en el campo político.

Además, no todos los *revivals* religiosos citados por Lipset deben considerarse como tradicionalistas (hay discontinuidad de transmisión de normas morales y de imágenes del mundo en no pocos de los movimientos religiosos que Lipset llama fundamentalistas o *revivalistas*). Por lo tanto, no bastan las mutaciones estructurales (como sostiene nuestro autor) para explicar hoy la debilidad de tales tendencias socio-culturales opuestas a un sistema social modernizado y con una comunicación predominantemente de intercambio (económico, político, simbólico).

Hay tendencias antimodernistas y movimientos de extrema derecha que encuentran su debilidad al estar alimentados por masas indiferentes, segmentadas, amorfas, privadas de potencialidades explosivas, o más bien "implosivas". Por otra parte el mismo Lipset debe reconocer, aun sobre una base empírica, respecto de algunas de las tendencias analizadas, los rasgos de ambivalencia o polivalencia en cuanto a posibles salidas políticas.

Para estas tendencias la debilidad puede ser sólo provisional, de períodos de latencia, y el optimismo —o el pesimismo— según los puntos de vista, sobre su debilidad, puede ser no extrapolable hacia el futuro.

Una nota al margen, antes de concluir. Como (modesto) estudioso de Giuseppe Toniolo (cfr. mi *Toniolo, il primato della riforma sociale*, Bologna, 1978), no avalo el juicio demasiado concluyente de S. M. Lipset sobre Toniolo, fundado sólo sobre el Toniolo de los primeros escritos historiográficos referidos a la Toscana medieval. Toniolo fue tomado por Lipset como un ejemplo de cultura antimodernista de la derecha católica. Al respecto considero: 1) es cierto que las posiciones historiográficas e ideológicas del primer Toniolo eran las de toda una corriente historiográfica de su tiempo. En su madurez estuvo entre los más autorizados defensores, entre los católicos italianos, de la instauración de sindicatos exclusivamente obreros o de campesinos, y no mixtos de trabajadores y empresarios de la misma rama. El fue el inspirador de una democracia social cristianamente orientada. 2) También el llamado corporativismo de Toniolo (pero más tarde también de Durkheim!) puede ser visto como anticipación de una serie de experiencias que no han sido incompatibles con la democracia representativa, más aun la han sostenido. Me refiero a esas experiencias históricas de neo-corporativismo democrático en las que gobiernos democráticos legítimos realizan una consulta sistemática con las grandes centrales de intereses organizados, en especial de las fuerzas sociales y sindicales de la industria, sobre todo en los países con mayoría laborista, o social-demócrata, con o sin partidos social-cristianos, experiencias sobre todo relevantes desde la segunda posguerra en Europa occidental.

Y creo que se debe también a esas experiencias de neo-corporativismo democrático que en Europa occidental hayan sido desactivados atentados a la democracia y hayan sido debilitadas tendencias extremistas de la izquierda o del centro.

Traducción por Ernesto Arrioli

La democracia: ¿será posible?*

Torcuato S. Di Tella

La democracia es un fenómeno político extraño, que florece en una pequeña —aun cuando importante— parte del mundo, obviamente facilitado por la gran acumulación de riquezas que esa parte del mundo ha conseguido realizar. Cada tanto, sin embargo, se levantan voces señalando que aun ahí la presión de las demandas sobre esa riqueza acumulada puede ser tan fuerte y de orígenes tan diversos, que existe el serio peligro de que la democracia desaparezca. El tironeo general por bienes y servicios debilita el consenso y genera revueltas contra la modernidad tanto en lo cultural como en lo político. A esta visión un tanto sombría se puede responder que las condiciones sociales en los países avanzados han ablandado los aspectos más bélicos de la naturaleza humana, arraigando fuertemente en ella los valores modernos. Estos valores implicarían una aceptación generalizada de la discusión y el voto como métodos para la toma de decisiones. Los trabajos de Germani y de Lipset incluidos en este volumen pueden considerarse representativos de estas dos actitudes contrapuestas.

Antes de seguir adelante, es preciso hacer una distinción entre las "revueltas contra la modernidad" en los países industrializados y las del Tercer Mundo. En estos últimos las reacciones contra la modernidad son endémicas, como lo ilustra muy claramente el caso iraní. Lo que es menos obvio es que a veces esas reacciones contra la modernidad producen movimientos modernizantes e industrializadores. Parecería ser que una primera dosis de modernización, administrada a través del colonialismo o de la apertura al mercado mundial, a menudo desestabiliza a los estratos altos y medios existentes, quienes reaccionan con una mezcla de actitudes tradicionales y anti *statu quo*, creando un movimiento de masas capaz de apoyar la industrialización, por lo menos hasta un cierto nivel. Tenemos aquí una mezcla difícil de clasificar de tradición y moder-

* Trabajo revisado por el autor para esta edición en castellano, sobre la base del texto originalmente escrito en 1980. Véase nota 1, hacia el final del trabajo, que ubica el contexto político nacional y latinoamericano en que fue elaborado.

nidad, que sugiere modelos más complejos que los implícitos en la transición de un tipo ideal a otro. Incluso en ese proceso arquetípico, el inglés, uno puede llegar a dudar si Cromwell y sus partidarios puritanos eran tan modernos, o si abrigaban algunos de los impulsos hacia la destrucción del pecado y el retorno a la pureza de la religión que hoy asociamos con Khomeini. Y todos conocemos cómo Max Weber argumentó que la revolución industrial le debía mucho al trabajo previo de Calvino en difundir lo que se le perdonará por llamar un conjunto más bien irracional de creencias sobre la actitud de Dios hacia los hombres. Para procesos más recientes es probable que el leninismo cumpla un papel semejante, no debido a su capacidad de describir la realidad correctamente, sino a la de convertirse en objeto de una convicción casi religiosa, de una fe que por cierto mueve montañas. Tanto es así, que si uno desea prever las perspectivas de una revolución social —sea de tipo nacionalista o marxista— puede ser más conveniente estudiar la difusión de las nuevas creencias entre ciertos sectores de la población, que analizar los antagonismos económicos entre capitalistas y obreros. No es que el estudio del conflicto de clases deje de ser importante. Por el contrario, debe ser usado para ubicar grupos, sectores de clases o élites que por diversas razones se sienten atacados y con disposición a luchar para conseguir lo que consideran les corresponde. Aunque esta situación de sentirse atacados puede aplicarse a cualquier grupo social, es conveniente concentrarse en los estratos que gozaban previamente de una posición privilegiada, que en parte pueden estar perdiendo. Estos son los que con más probabilidad reaccionarán creando alguna forma de ideología ascética, religión o culto de personalidad que les facilite ser duros en disciplinarse a sí mismos y a los demás. Y parecería ser que esta dureza es, si no necesaria, por lo menos altamente instrumental en el proceso de modernización —excepto en casos de retoños de sociedades ya industrializadas, o con extrema abundancia de recursos naturales, como en América del Norte y Australia.

No pretendo repetir aquí el conocido y trillado argumento acerca de la necesidad del autoritarismo para el desarrollo industrial. Puede ser que el autoritarismo, en ciertas circunstancias, sea muy funcional para la industrialización, en una etapa temprana o más avanzada. No es a eso a lo que me quiero referir aquí. Mi observación más bien se refiere a la formación de una élite capaz de liderazgo en ese proceso, un liderazgo que puede incluir la capacidad de imponer un dominio autoritario sobre los demás, o sobre miembros marginales del propio grupo. Hay mucha evidencia de que para este propósito sirve una ideología demandante, que lo explique todo, y capaz de producir fanatismo. Inspirándonos en Engels, que decía que una revolución nunca es un suceso muy amable, podríamos afirmar que el proceso de superar las fuerzas que mantienen a una sociedad preindustrial en el atraso difícilmente será muy racional, tolerante o "abierto". Esto puede parecer un poco paradójico, sobre todo si tenemos en cuenta que se aplica también a Europa Occidental,

empezando por Gran Bretaña, ese espejo de la sociedad abierta. Pero es que quizás, para llegar a una sociedad abierta, es necesario antes "cerrar" las mentes de un amplio sector de las élites que realizan el milagro.

En la realidad, por supuesto, el proceso de creación de una sociedad abierta y democrática es mucho más complejo que esto. Muchas otras condiciones son necesarias, capaces de consolidar, en algún momento, una oposición al grupo dirigente, generando así el equilibrio de poderes típico de una sociedad democrática. El aspecto paradójico es que un elemento esencial de la sociedad moderna —especialmente durante sus primeras décadas— es la presencia en su seno de un enemigo potencial: la minoría espartana, ascética y esforzada a cargo de la producción.

En los países occidentales adelantados esta minoría ha sido integrada en el sistema democrático hace tiempo, en parte debido a su éxito económico. Este hecho crea una dificultad, para observadores formados en los valores y actitudes dominantes en esa parte del mundo, para entender las similitudes y diferencias existentes entre su propio *pasado* y el *presente* de las áreas en desarrollo. Esto también es cierto para muchos actores sociales en esas áreas en desarrollo, que participan de algunos o de todos los valores "avanzados", "modernos", o de "sociedad abierta", y que tratan de aplicarlos a su propia práctica política. Inevitablemente sufren de un efecto de demostración, que si no se lo controla puede ser tan nocivo en la política como en la economía. Fácilmente terminan en situaciones como la que habría tenido un norteamericano progresista de los años treinta que se hubiera negado a apoyar al New Deal debido a que en él participaban unos cuantos políticos racistas. Por otra parte, tampoco es realista el reaccionar ante este peligro yéndose al otro extremo y negar radicalmente los valores de los países avanzados, imperialistas. La modernidad y los valores y sensibilidades que le van asociadas tienen una difusión mundial, y rechazarlos hoy no es lo mismo que haberlos ignorado cuando aún no tenían esa difusión. Para volver a otro ejemplo norteamericano, hoy en el Tercer Mundo no se puede tener hacia la esclavitud las actitudes tolerantes que los constituyentes de ese país adoptaron en su momento.

Para resumir el argumento hasta ahora, durante las primeras etapas de la modernización una peculiar combinación de elementos aparentemente tradicionales o aun explícitamente antimodernos puede ser funcional para la transición hacia una sociedad industrial y urbana. Muchos de esos componentes tradicionales o irracionales probablemente sobrevivirán aun en sociedades bastante modernizadas, para no hablar de aquellas que recién comenzaron su recorrido en esa dirección. Esto tiene importantes consecuencias teóricas y sobre todo prácticas en el campo de la política. La responsabilidad de un liderazgo orientado hacia la modernización de un país no puede consistir en un rechazo frontal del "tradicionalismo", sino más bien en obtener una mezcla adecuada de componentes tradicionales y modernos. De la misma manera que una

personalidad sana no puede prescindir de algunas dosis de represión psicológica o de formas infantiles de gratificación, un sistema político que se moderniza no puede evitar dosis importantes de ideologías orientadas a la austeridad, de intolerancia social y política, y de autoritarismo. Todos estos pueden hasta cierto punto ser *componentes* del esfuerzo de modernización y no simplemente *rezagos* de una época anterior. La capacidad política práctica —así como el análisis político— consiste en la mezcla ajustada de estos componentes, que no puede ser igual en la India que en Tanzania, en China que en Turquía, para Ecuador que para Brasil. Elementos etiquetados como tradicionales o modernos pueden ser extraños compañeros de ruta en algunas circunstancias históricas.

Las necesidades irracionales del hombre moderno

Lipset coincide con Germani en la tesis de que existe una necesidad, en cualquier sociedad, de que se mantenga un núcleo central prescriptivo de valores y normas, para evitar la guerra de todos contra todos. Esto me parece bastante convincente, y a ello yo agregaría la necesidad de un mínimo de lazos adscriptivos entre la gente, llámense familia, barrio, comunidad, en otras palabras, raíces.

Si la sociedad fuera un racional club de debates sus miembros podrían, después de la debida consulta de obras sociológicas, aceptar voluntariamente que algunas limitaciones a su libertad son realmente necesarias, y por lo tanto que deben adoptarse. Pero no es así como las cosas funcionan, porque, como decía Burke, el capital de razón de cada individuo nunca es muy alto. El núcleo central de valores debe tener, para citar de nuevo a Germani, un carácter "sagrado", que no se discute, y esto está en conflicto con ciertas características básicas de una sociedad moderna y pluralista. Pero aquí Germani y Lipset divergen en sus interpretaciones, o en el énfasis que ponen sobre diversos aspectos del sistema social.

Germani insiste en la oposición entre el núcleo "sagrado" de creencias y la actitud crítica característica de una sociedad secularizada. La secularización, por encima de cierto nivel, erosiona las convicciones recibidas, disuelve con su ácido los lazos de las lealtades tradicionales, y por lo tanto debilita las bases del consenso necesario en una sociedad democrática. Lipset no insiste mucho en la necesidad del mantenimiento de este núcleo central de valores, aunque sin duda está de acuerdo con ello. Su principal objeto de atención es el conflicto entre los valores de la sociedad tradicional y los de la industrial o post-industrial. Implícita en su tratamiento de las perspectivas de una reacción autoritaria está su convicción de que los conflictos internos de una sociedad moderna, secularizada y pluralista no son excesivamente agudos, excepto bajo condiciones de crisis económica catastrófica. En algunos momentos da

la impresión de que considera que existe una básica solidaridad entre casi todos o todos los actores sociales del sector moderno, contra las fuerzas de la irracionalidad que vienen de los sectores arcaicos y sobre todo rurales y de pequeños pueblos. Existen, sin embargo, experiencias bastante amenazantes en grupos no rurales, por ejemplo el terrorismo y su mentalidad asociada de nihilismo y simpatía por las soluciones violentas. Esto Lipset lo menciona, pero no le da suficiente peso, quizás porque está pensando más en la experiencia norteamericana que en la europea. No quiero ser un pájaro de mal agüero, pero la experiencia europea occidental puede ser relevante aquí, en cuanto refleja una situación de menor prosperidad. Y el futuro inmediato de la economía mundial no permite ser muy optimista acerca de la continuación de los días áureos de los años cincuenta o sesenta, a ambos lados del Atlántico.

Creo que el crecimiento del nazismo en Alemania durante los años treinta constituye un buen test teórico, que se podría analizar desde esta perspectiva. Lipset y otros han argumentado en forma convincente que tanto el nazismo como el fascismo se desarrollaron en países que no tuvieron un proceso gradual de industrialización. En ellos había una clara coexistencia de fuertes aspectos tradicionales —a niveles de masas o de élites— con los modernos. Esto es cierto, y también lo es que en Alemania el sector rural y de pequeños pueblos alimentó de manera más que proporcional al hitlerismo. ¿Pero, puede el fenómeno explicarse sólo por eso? Lipset señala que los industriales y los obreros, que en general se robustecen con el proceso de modernización, no se incluyeron entre los apoyos estratégicos del nazismo. Pero esto requiere una observación más cuidadosa del rol de los industriales, que, modernos y todo, se sintieron muchas veces durante los años veinte y treinta con sus espaldas contra la pared y necesitaban desesperadamente un arma para resistir lo que consideraban una amenaza de los obreros revolucionarios y de otros sectores, reales o imaginarios. Debemos también considerar a las clases medias, que al fin y al cabo no eran tan tradicionales, pues incluían a quienes trabajaban en las grandes empresas y en otras partes del sector tecnológico de avanzada. Pueden haber compartido valores tradicionales hasta cierto punto —como la mayor parte de la gente aun en sociedades modernas— pero sería una simplificación excesiva explicar su comportamiento en términos de tradicionalismo. Su ambiente más inmediato en el trabajo y en el barrio, su inseguridad, su "anonimidad", su status disminuido respecto de los trabajadores manuales, el impacto de la inflación y la desocupación, constituyen una combinación de factores suficientemente fuerte como para explicar su apoyo al nazismo sin tener que recurrir al tradicionalismo.

Volvamos ahora a la percepción más pesimista de Germani sobre la situación política en las democracias industriales avanzadas. El grado de atomización, inseguridad psicológica, anomia, destrucción de lazos primarios, en breve, ruptura de raíces, prevaleciente en esas sociedades no debe ser subestimado. A ello hay que añadir las tensiones económicas,

conflictos sectoriales, movilidad descendente o bloqueo de la ascendente, que generan cualquier cantidad, tipo o clase de descontentos, en cualquier lugar de la estructura social, y con ideologías extremas de derecha o de izquierda, igualmente autoritarias si las presiones se vuelven suficientemente grandes. En este tipo de situación vale la pena reconsiderar el papel que juega la tradición, porque adecuadamente canalizada puede llegar a ser un baluarte contra la irracionalidad, y por lo tanto un apoyo de algunos aspectos de la sociedad moderna.

Cuando Karl Mannheim llegó a Gran Bretaña desde Alemania, quedó obviamente intrigado y al mismo tiempo fascinado por el culto de la tradición que encontró en la vida política, académica, y de todos los días de la isla. Estaba en presencia de fuerzas irracionales de un tipo no demasiado diferente de las que había visto desatadas en su propio país. Pero con el veneno una cura había sido elaborada, por el resultado acumulado de lo que fuera: costumbres, sabiduría, geopolítica, o quién sabe qué. Recomendaba a sus lectores ingleses no adoptar las actitudes anti-traditionalistas de moda, ni buscar la eliminación de todos los formalismos góticos que impedían el avance de la racionalidad y la modernidad, desde el sistema escolar hasta la monarquía. Esos hábitos e instituciones tradicionales estaban ayudando a canalizar sentimientos potencialmente irracionales o pre-rationales hacia una lealtad al sistema político democrático. Si se los erosionara a través del ejercicio de una crítica excesivamente intelectual, la sociedad podría quedar sin amortiguadores, y a lo mejor no sería tan fácil construir un sistema opcional que estuviera igualmente basado en elementos conocidos y descentralizados. Si esto era así en Gran Bretaña en los años treinta, ¿qué diría un Mannheim redivivo sobre la India, México, o Ghana de hoy? Si fuera coherente, seguramente no criticaría demasiado a la mano fuerte de Indira Gandhi, ni al totemismo presidencial del Partido Revolucionario Institucional, o a la preservación de algunas prerrogativas de los jefes tribales, como algunos demócratas entusiastas hacen. Para continuar esta aventura en la ciencia ficción sociológica, seguramente le aconsejaría moderación en su campaña antimaoísta a los actuales dirigentes de China, y buscaría todas las formas posibles de robustecer la estructura (¿tradicional?) del Partido Comunista polaco, por más que simpatizara con los (¿modernos?) sindicatos Solidaridad, cuya devoción (¿tradicional?) por la Virgen María seguramente aprobaría.

La construcción de la democracia en el mundo en desarrollo

En el mundo subdesarrollado una sociedad pluralista no puede basarse en la democracia de los democráticos, o sea, en un sistema en que los participantes son todos o casi todos creyentes en la democracia. Esto podrá ser el caso en los países industrialmente más avanzados, como resultado de una feliz combinación de circunstancias. Pero aun

en los países latinos de Europa, algunos de los cuales están bastante industrializados, la democracia tiene, como participantes, algunos que no creen en ella más que de una manera muy instrumental. Este es el caso de los partidos comunistas, que a veces son muy fuertes electoralmente; y mucho más aún de los fascistas o ex fascistas, débiles en votos pero potencialmente bastante influyentes entre sectores de las clases altas y los militares. Esto último es particularmente cierto en España, que comparte muchas características de los países latinoamericanos. Un científico político muy imbuido de las condiciones de existencia del pluralismo en los países más industrializados quizás piense que en condiciones como las de España, en que muchos actores sociales no creen en la democracia más que en un sentido puramente instrumental, ese sistema no puede funcionar, y seguramente será efímero salvo que esas actitudes cambien. ¿Pero qué puede hacerse con estas observaciones si se vive en un país como España, y se está interesado en el mantenimiento de la experiencia democrática?

La construcción institucional en un país de ese tipo debe encarar el hecho de que muchos actores sociales no creen muy seriamente en la democracia, y ello a menudo por sólidas razones basadas en su experiencia previa. Más que una democracia de los democráticos es necesario tener, entonces, una democracia de los autoritarios, una propuesta riesgosa, pero la única posible bajo las circunstancias. Intentar una democracia de participación limitada, donde sólo tuvieran lugar grupos o partidos formal y expresamente adheridos al credo democrático sería aún más peligroso y con tendencias a convertirse en una no-democracia. Esto es lo que ocurrió en la Argentina en el período 1955-1966: la democracia de los democráticos nunca pudo arraigar, porque los grupos excluidos eran muy numerosos, y también porque a menudo aquellos que estaban incluidos no tenían más que una aceptación superficial de las reglas de juego.

Antes de seguir adelante en este análisis, convendrá apartar algunas tesis equivocadas corrientes en el área:

(a) *La hipótesis "total" sobre el imperialismo y la dependencia.* Que los países en desarrollo son dependientes, y sujetos a estructuras de control y presiones imperialistas, cualquier persona en el sano uso de su razón lo sabe, y no tiene mucho sentido convertir eso en una teoría. Es simplemente un hecho a tener en cuenta, junto a muchos otros, y como tal puede ser incorporado en lo que yo llamaría la hipótesis "parcial" sobre el imperialismo y la dependencia. Desgraciadamente, la que está mucho más difundida en ambientes intelectuales y políticos es la hipótesis "total", que atribuye casi omnipotencia a las estructuras de dominación del imperialismo y la dependencia, de manera que nada puede cambiar mientras estos monstruos no sean liquidados. Esto lleva directamente a una actitud insurreccionaria, de todo o nada, hacia la política, la que a veces puede ser una vía realista al poder, pero no hacia la democracia. De todos modos, no me propongo aquí discutir las estra-

tegas políticas en países donde esa vía insurreccional tiene perspectivas de éxito (que a menudo son aquellos donde la hipótesis "total" sobre imperialismo y dependencia se acerca más a la realidad). Me centraré en aquellos lugares donde esa política no es aplicable y donde, por lo tanto, como decían los Webb, la inevitabilidad del gradualismo se impone, sea por convicción o por conveniencia. En esos casos, la hipótesis "total" sobre imperialismo y dependencia obstaculiza una planificación política eficaz.

(b) *La dicotomía entre democracia "real" y "formal"*. Es obvio que la democracia está a menudo invadida por los intereses creados, y que no es capaz de asegurar una genuina igualdad y control por parte de las bases. Tan obvio es esto, que ello no debería ser el final, sino el comienzo de una teorización al respecto. La sociedad, desde la época de Aristóteles, ha sido una cosa demasiado compleja como para ser gobernada de una manera radicalmente igualitaria, así que la democracia va siempre mezclada con elementos aristocráticos o monárquicos, cuando no con otros de tipo tiránico o burocrático. Más bien que buscar formas abstractas, inexistentes, de democracia "real", deberíamos concentrarnos en el estudio de cómo operan de hecho las únicas sociedades que pueden seriamente ser llamadas democráticas, esto es, aquellas donde prevalece una economía mixta, Estado de bienestar social y libertad de asociación, o sea principalmente las de Europa Occidental, Norteamérica, Australia y Japón. No es que otras formas no se puedan concebir, y seguramente existirán en un futuro. Sólo afirmo que por el momento, si queremos tener algo llamado democracia convendrá comenzar por ver cómo es este curioso animal, qué come, cómo se reproduce, en qué condiciones sobrevive, en los lugares que de hecho vive, se reproduce y come, más bien que en la imaginación.

(c) *La afirmación absoluta de una vía de desarrollo autónomo*. Se oye a menudo en los países del Tercer Mundo que, más bien que copiar al modelo Nord Atlántico, deberíamos inventar nuestros propios caminos nacionales. Esto es sensato, y más adelante argumentaré explícitamente la necesidad de que los países menos desarrollados inventen sus propias rutas hacia el progreso. Pero para hacerlo debemos antes ver cómo funcionan las cosas en otros lugares, o sea, debemos usar el método comparativo, como Aristóteles, Montesquieu, y Lenin hicieron. Sobre todo para los países relativamente más adelantados que tengo en mente —en especial en América Latina— mirar a la experiencia Nord Atlántica de la democracia es esencial si es que queremos tener entre nosotros algo que se le parezca. En el proceso de criar un animal parecido, tendremos que inventar algunas nuevas instituciones, nuevas adaptaciones, y si esto se hace con éxito ello se convertirá en nuestro camino de desarrollo autónomo. Lo que significa que comparto la hipótesis en su significado relativizado, no en el absoluto, puesto que este último cerraría las puertas de un enfoque científico serio, y por lo tanto comparativo.

La democracia como defensa del privilegio

Quisiera comenzar sugiriendo que la democracia, en los países donde existe, empezó en gran medida como defensa de privilegios más que como ataque a ellos, y que en buena medida continúa desempeñando este papel. Fue una defensa de privilegios de élites contra el rey y su séquito (léase "militares" si se prefiere) y contra presiones eruptivas de la multitud. Los teóricos liberales, desde Montesquieu hasta Stuart Mill, pasando por los autores de los *Federalist Papers*, están llenos de esto. Por supuesto que los privilegios pueden ser defendidos de otras maneras que por el establecimiento de una democracia. Pero es importante darse cuenta de que mucho del pensamiento invertido en la elaboración de la teoría democrática liberal está preocupado por el establecimiento de un sistema de *coexistencia* de intereses, lo que implica un respeto básico por los sectores privilegiados, entre otros. La famosa regla de que la democracia se basa tanto en el respeto a las minorías como en el gobierno por las mayorías es central en este sentido. Las minorías que tenían que ser respetadas no eran principalmente los negros, los homosexuales, o los herejes, sino los sectores propietarios privilegiados. Esto puede ser poco simpático, y hoy en general los teóricos pluralistas no lo proclaman desde los techos de las casas (eran más explícitos al respecto cuando la teoría primero se formuló), pero creo que es así. De hecho, esto es lo que muchos críticos izquierdistas de la democracia han afirmado, comenzando por Marx, y están en lo cierto al señalarlo, aunque se equivocan en los remedios que proponen, que generalmente implican quedarse sin el pan y sin las tortas. En una sociedad estratificada— y no podemos imaginar otra dado nuestro presente tecnológico industrial— las clases altas siempre tendrán una gran ventaja en influir a la opinión pública, las costumbres y los valores, y en tener acceso a los ámbitos del poder, sea bajo propiedad privada o estatal de los medios de producción. Pueden existir, sin embargo, muy importantes paliativos a esta dominación, suficientes para hacer la diferencia en términos de miles si no millones de muertes e inmenso sufrimiento humano: la diferencia entre Stalin y los actuales gobernantes de Rusia, entre Franco y el rey Juan Carlos, entre Perez Jiménez y Betancourt.

En cierto sentido, la democracia como defensa de privilegios es atractiva para aquellos sectores de las clases dominantes que temen perder más bajo un sistema distinto. ¿Pero, por qué deberían ellos temer perder más bajo otro régimen? ¿Por qué no establecer una dictadura conservadora apoyada por los militares, y terminar con el problema? Esta no es una solución segura porque un período prolongado de gobierno autocrático puede (i) acumular demasiadas tensiones revolucionarias del otro lado, incluyendo estratos medios y sectores institucionales, como por ejemplo partes de las fuerzas armadas y del clero; o (ii) fortalecer excesivamente a los guardianes militares tentándolos a tomar control completo lanzándose a políticas aventuradas —incluyendo guerras, como

en el caso griego— que pueden ser demasiado costosas o lesivas de la actividad empresarial, y (iii) finalmente, la poca persistencia con que el Pentágono y el Departamento de Estado apoyan a figuras como el Shah, Somoza, Caetano, los coroneles griegos y algún otro, lo que podemos suponer hacen por razones no del todo refiadas con los intereses de sus clases dominantes, por mal que a veces les salga el cálculo.

Por supuesto, entre los grupos dominantes de un país no sólo están las palomas sino también los halcones, y a pesar de todas las admoniciones estos últimos pueden embarcarse en una política de represión como la mejor manera de defender sus intereses. Si contra estos intentos sólo se contara con la fuerza organizada de las clases populares, o con el apoyo moral de algunas élites políticas, la situación sería mucho más negra de lo que realmente es. En la práctica, y sobre todo en el largo plazo, a la operación de esos factores hay que añadir la fuerza de reserva de los sectores más cavilosos de las propias clases dominantes, cuya actitud no se debe básicamente a convicciones morales sino al interés bien entendido.

La democracia como expresión de intereses populares

La moneda democrática, que de un lado tiene la defensa ilustrada, de largo plazo, de los privilegios, debe ser también mirada del otro lado, e interpretada como un sistema que permite la expresión de los intereses de la clase obrera. Los fundadores del socialismo científico, como es bien sabido, se estaban orientando en este sentido hacia el fin de sus vidas. Es hasta posible argumentar que Engels haya ido demasiado lejos en su creencia en los poderes transformadores de la democracia. Pero lo que es de todos modos claro es que la democracia provee condiciones ideales para la organización de la clase obrera, el establecimiento de instituciones populares y el desarrollo de la conciencia de clase a través de la educación y la experiencia asociacionista. Esto, sin embargo, al costo de archivar el enfoque violento, no sólo en la ideología, sino también y más importante, en la real capacidad de la clase obrera de encarar actividades insurreccionales. No es que bajo otras condiciones, más represivas, la clase obrera tenga, por sí misma, mucho más potencial insurreccional. Pero una coalición de clase obrera con campesinado y sobre todo estratos medios insatisfechos (incluyendo algo de fuerzas armadas y clero) puede formarse en ciertos casos, y verse impelida a la rebelión con perspectivas de éxito. Abandonando este camino, y entrando claramente en una política democrática no polarizada, la clase obrera tiene muchas posibilidades de mejorar su condición y convertirse en un participante importante en los beneficios del aparato productivo. Pero no mucho más que esto. No es muy probable que a través de la democracia los privilegios de las clases dominantes se eliminen o se reduzcan radicalmente, especialmente en el corto plazo: para empezar, los requi-

sitos funcionales del sistema productivo hacen que esa igualación sea difícil o imposible de obtener; y además, las clases dominantes si fueran realmente amenazadas a fondo, ciertamente patearían el tablero democrático. Es preciso aquí señalar que la vía insurreccional no es una mejor garantía para la inauguración de una sociedad igualitaria: puede destruir los privilegios existentes, pero crea otros que pueden ser peores o mejores, pero no menos reales, o represivos si amenazados. Así pues, si una sociedad igualitaria es una utopía imposible —al menos dado nuestro presente y previsible desarrollo tecnológico, que hace inevitable a la burocracia— el hecho de que un sistema democrático no polarizado sea incapaz de alcanzar esa utopía no debería serle cargado demasiado en la cuenta.

De hecho, una vez que el enfoque insurreccional es abandonado, o de alguna manera rechazado, las ventajas de un sistema democrático son tan grandes que para conseguir las puede justificarse aceptar una serie de compromisos, y aun tolerar una forma limitada de democracia. ¿Pero qué límites? Aquí debemos estudiar las prácticas de los países democráticos más avanzados, para ver si es que ellos también tienen, o han tenido en su pasado no excesivamente distante, serias limitaciones aun a la democracia "formal". Y seguramente encontraremos bastantes casos, aun en los lugares menos esperados, donde la costumbre y la tradición han impedido ver las cosas a muchos observadores, o les han hecho creer que sólo se trataba de decorados tradicionales sin verdadera significación. El principal ejemplo es Gran Bretaña, donde, para no hablar de las fuertes limitaciones al sufragio durante casi todo el siglo XIX, los poderes de veto de un cuerpo tan oligárquico como la Cámara de los Pares son suficientemente reales. Tan recientemente como en 1949 esos poderes fueron usados para postergar por dos años una nacionalización de la industria del acero, sancionada por el gobierno laborista de la época. Uno puede preguntarse qué habría pasado en la Argentina si un cuerpo parejamente poco representativo hubiera vetado, durante el período 1973-1976, algunas de las medidas altamente discutibles sancionadas por el Congreso (por ejemplo, la amnistía a los terroristas, el rehusarse a hacer juicio político a la presidenta por actos mucho más graves que los de Watergate, y algún otro). Seguramente se habría levantado en todo el país una ola de protesta acerca de la naturaleza "antidemocrática" de la medida (no es que el equivalente inglés hubiera sido mucho más "democrático", en una definición simplista de la palabra, aunque sin duda era constitucional). Dado el estado de la opinión pública, la reacción negativa hubiera sido compartida por la mayor parte de los sectores de la población, aun los conservadores. Esto es un ejemplo de lo que en otro lugar he denominado efecto de demostración en el área política. Los standards (aparentes) de los países más avanzados son tomados según su valor manifiesto, o más bien según el que parecen tener cuando se los mira desde lejos y en versiones popularizadas sobre cómo operan realmente. Lo dramático de todo esto es que si un tal cuerpo "no de-

mocrático" hubiera existido en Argentina y Chile, con poderes limitados pero importantes, probablemente las intervenciones militares en ambos países no hubieran tenido lugar.

Otros casos de tales poderes no democráticos que aún quedan en algunos de los países más democráticos del mundo son el sistema francés de elegir el Senado (fuertemente sobrerrepresentando a la opinión conservadora de pequeños pueblos y rural) o —menos claramente— el poder del presidente de disolver la Cámara, y por supuesto las monarquías escandinavas, que no son sólo decorativas, y cuya función es tanto más importante cuanto más la opinión local niega que exista. También hay que estar consciente de que en países como Francia e Italia desde la guerra hasta prácticamente la actualidad ha habido una regla no escrita de que el Partido Comunista no puede gobernar sólo o con aliados menores. Aunque esto por supuesto no está incluido en la constitución, ni fue objeto de una ley explícita, afectó el tipo de leyes electorales, diseñadas para evitar que una mayoría simple comunista accediera al gobierno, y esto ha puesto importantes límites a las estrategias utilizables por los actores políticos. El hecho de que en Francia y en Italia, desde la guerra, *nunca* el principal sector organizado de la clase obrera ha tenido a sus representantes a cargo del gobierno nacional constituye una limitación muy fuerte a la salud de la democracia en esos países, y puede ser uno de los factores que alimentan al extremismo en Italia. Aunque la exclusión de los comunistas del ejercicio del gobierno fue aprobada por la mayoría del electorado, esto fue hecho bajo algo de presión: el espectro chileno claramente ronda en las elecciones en esos países. Lo que este espectro significa no es simplemente la perspectiva de que bajo un gobierno dominado por los comunistas la economía se dañaría, sino que se desataría una reacción que posiblemente incluiría un golpe militar.

A esto hay que añadir, finalmente, el fuerte rol que tiene el dominio conservador de los grandes medios de comunicación de masas, particularmente en un país como los Estados Unidos, donde contribuye a la formación del consenso. Aunque éste no es un tema determinado constitucionalmente, su existencia es un componente esencial de la naturaleza no polarizada de la política de ese país. Desde esta perspectiva debemos considerar la decisión del gobierno civil electo del Perú, en 1980, de devolver a sus antiguos dueños los diarios expropiados por el gobierno militar (revolucionario). La medida de devolución fue considerada conservadora por muchos críticos izquierdistas en Perú y en el extranjero. Tenían razón, porque la mayor parte de los dueños son bastante conservadores. Pero precisamente por esto, la medida probablemente robustecerá a la democracia, al quitar poder al Estado y dar a ciertos intereses creados una garantía de que podrán seguir influenciando a la opinión pública bajo el nuevo régimen.

Si aun en países con una mayor cultura cívica quedan importantes limitaciones a una "democracia plena", no es realista pensar que donde

se están dando los primeros pasos en la creación de regímenes democráticos puedan evitarse parecidas limitaciones. De hecho, su presencia más bien será más fuerte. En el caso español, por ejemplo, el intento de golpe de marzo de 1981 fue superado debido no a los aspectos democráticos sino a los elementos no democráticos de la constitución española (papel de la monarquía, su fuerte influencia en la formación del Senado, vinculación entre rey y fuerzas armadas, y caudal electoral de los líderes de centro derecha, muchos de los cuales comenzaron su carrera en la Falange). Igualmente, la experiencia brasileña de liberalización ha funcionado bastante bien, sin necesidad de un trauma bélico externo, en gran parte debido y no a pesar de los muchos poderes no democráticos retenidos constitucionalmente por el gobierno autoritario en un período de transición.

El equilibrio de fuerzas en una sociedad en desarrollo

De los diversos hechos analizados en las páginas precedentes se desprende que una sociedad en desarrollo debe ser vista como llena de sectores real o potencialmente autoritarios, tanto entre las élites militares o civiles, como entre las masas y las contra-élites. Esto no es meramente un residuo del tradicionalismo, aunque el atraso contribuye a este potencial. La fuerza de las actitudes autoritarias a menudo aumenta con el crecimiento económico rápido, por lo menos en sus primeras etapas, debido a las frustraciones, inseguridades y expectativas elevadas típicas del proceso. Además, aun las sociedades más avanzadas y modernas tienen sus propias fuentes de actitudes autoritarias, que en muchos casos se combinan con las tradicionales, especialmente en países con grandes diferenciaciones internas. Este autoritarismo tan difundido infiltra a los actores políticos, haciendo altamente probable una polarización. El extremismo y el utopismo (de derecha y de izquierda) resultan difíciles de controlar en los partidos de masas o en grupos como los empresarios y las fuerzas armadas.

No creo que la necesidad de un país sub o semidesarrollado de "profundizar" su industrialización es razón suficiente para el establecimiento de un gobierno autoritario. La industrialización crea, cierto es, tensiones, como hemos visto, pero sería demasiado unilineal pensar que estas tensiones tienen que desembocar en un régimen dictatorial, y lo mismo si se piensa que ello se debe a la condición dependiente del país. Alemania no era "dependiente" cuando cayó en la histeria masiva del nazismo, y condiciones sociales semejantes no produjeron el mismo resultado en Francia o Inglaterra. En la ruta no mapeada que sigue la historia de un país hay a veces combinaciones particulares de circunstancias que aumentan las perspectivas de gobierno autoritario, y posiblemente éste era el caso de Alemania durante los años treinta y de Chile durante los setenta. Uno de los elementos, en Chile, fue una fe excesiva,

por parte de la izquierda, en las virtudes de la democracia. Extrañamente, la izquierda actuó como si la democracia chilena fuera mucho más fuerte que lo que realmente era o podía ser. La mayor parte de la izquierda, siendo más bien recientes conversos a la democracia, actuaron como si por una vez ella fuera totalmente "real", y como si por lo tanto se pudiera hacer cualquier cosa. De hecho, la democracia por supuesto no era tan "real", y tenía límites bien precisos. Esos límites eran coincidentes con los intereses y privilegios de última instancia de la burguesía, los cuales fueron traspasados. La reacción resultante no tiene que sorprender a nadie. La izquierda debería haber actuado más de acuerdo con su visión tradicional crítica acerca de las muy limitadas funciones y áreas de validez del compromiso democrático.

En la Argentina el peronismo plantea problemas del tipo que hemos estado considerando, si se lo ve en cuanto al rol que puede cumplir en un futuro arreglo democrático. El partido está lleno de corrientes antidemocráticas, de diversas orientaciones (si se incluye a toda la última década, el espectro es casi universal). Desde la perspectiva de lo que hemos estado argumentando, el hecho de que incluya a tantas tendencias autoritarias —y seguramente continuará así por un buen tiempo— es un factor positivo, no negativo. Lo negativo es que la sociedad argentina produzca tantos grupos con mentalidad autoritaria, dentro y fuera del movimiento peronista, pero esto no va a cambiar en el corto plazo. Dado entonces este hecho, es mejor que esas opiniones se expresen parcialmente dentro de un partido que también refleja a otros elementos más moderados. Claro está que ello implica un cierto riesgo. Los componentes autoritarios (probablemente una minoría) podrían llegar a tomar control del partido coloreando entonces al conjunto. Si esto ocurre, o si los elementos más moderados pierden el control del sistema, que entonces se convierte en un pandemonio, las perspectivas de un compromiso democrático desaparecen. Esto es lo que ocurrió durante el período 1973-1976, y los resultados tampoco deberían sorprender a nadie.

En conclusión, la construcción de un sistema político democrático en una sociedad traspasada de autoritarismo exige el control, canalización y expresión parcial de esas tendencias autoritarias, donde ellas se encuentren, a través de los partidos políticos y las estructuras gubernamentales. La situación es cuantitativamente muy distinta a la vigente en los países más prósperos y avanzados industrialmente, pero la experiencia de estos últimos es útil si se la interpreta y ajusta adecuadamente. Las limitaciones a la democracia, que en esos países más desarrollados existen aunque son menos obvias, están entre nosotros más en evidencia. Esto exige un esfuerzo especial por parte de la opinión pública liberal y socialista, para aceptar la legitimidad de esas cortapisas, como contribución para la existencia de lo esencial del régimen. Por cierto que no es razonable que adopte esta actitud si no hay del otro lado un movimiento semejante. El test para estas actitudes probablemente vendrá en los próximos años para los países del Cono Sur¹, como ha llegado ya para

España y Brasil. No sería nada extraño que sectores de las fuerzas dominantes —no necesariamente los mismos que hoy ejercen el gobierno— quieran tomar el camino de la liberalización, por una variedad de razones, sea por convicción, necesidad, o debilidad interna. Cuando ese momento llegue, no debemos esperar pasivamente una repetición de lo que hasta ahora es el resultado positivo de los casos español o brasileño. Se necesitará un compromiso activo de los actores sociales, y esto requerirá coraje, entre otros de los intelectuales, en el ejercicio de su oficio y la constante revisión de sus convicciones.

Nota

¹ Se ha dejado este texto, hasta el final, como fue redactado en 1980, cuando los procesos desencadenados por la guerra de las Malvinas no podían preverse. El planteo, afortunadamente, no es hoy vigente para la Argentina, pero quizás lo sea para Chile, y en parte lo fue para Uruguay, que siguió un modelo más parecido a los de Brasil y España (nota del autor, 1985).

¿Existen verdaderamente (amenazas contra) las democracias?

Göran Therborn

Luego de la Segunda Guerra Mundial, el concepto de democracia adquirió una gran carga valorativa, altamente positiva en la mayor parte del mundo políticamente articulado. La "democracia" (o por lo menos lo que apunta y conduce a la democracia) es lo que uno apoya; lo "anti-democrático" es el hostil Otro, ya sea gobernante u opositor. Pero al mismo tiempo, la noción de modernidad adquirió un carácter sumamente positivo. Probablemente, ésta sea una coincidencia histórica más que el reflejo de una necesaria conexión interna. El gran valor atribuido a la democracia deriva, principalmente, de la derrota militar del fascismo y de la experiencia de las atrocidades sin precedentes de la dictadura fascista. El aprecio por la modernidad, en cambio, parece estar directamente relacionado con el aumento sin precedentes de posibilidades de vida tras el rápido desarrollo posterior a la guerra. Dado que la democracia es un fenómeno muy tardío en la historia, el compromiso con la modernidad tiende a implicar también un compromiso con la democracia, pero sus orígenes históricos son diferentes.

Sea como fuere, lo que deseo recalcar aquí es que el análisis de los fenómenos con una carga valorativa inherente requiere con particular urgencia sobriedad, claridad conceptual y conciencia histórica, a fin de no ahogarse en la blanda complacencia de la ideología predominante. Por lo tanto, discutir sobre la democracia, en forma general o principalmente con relación a la modernización, y sobre las amenazas a la democracia en términos de rebeliones contra la modernidad, significa multiplicar los riesgos de un recorrido sin fin por los caminos de la ideología inconsciente.

Entre los teóricos de la modernización, Gino Germani fue casi único en su concepción dialéctica de la historia —que apunta a las contradicciones de la modernización—, su conciencia de la importancia de los conflictos de clase y su percepción de los aspectos negativos y las corrientes oscuras de la modernidad contemporánea. Sin embargo, dado que un tributo de un estudioso a un gran erudito e intelectual es la conti-

nua búsqueda de conocimiento y la intensificada lucha por asuntos de interés común, quisiera señalar otro enfoque para los problemas de la democracia, la dictadura y el autoritarismo.

Una forma de estar a la altura de la seriedad de las inquietudes de Germani es atemperar las optimistas reflexiones evolucionistas sobre la democracia y la modernización con hechos: fechas, lugares y nombres de fuerzas sociales concretas, y así enderezar la masa informe de una sociología valorativa con algunos huesos de instituciones y organizaciones. Echemos una ojeada sobre la instauración, la caída y algunos problemas actuales de las democracias a fin de mostrar parte de la dinámica sociopolítica involucrada. El tiempo y el espacio no nos permitirán desarrollar —ni hablar de demostrar convincentemente— una teoría causal global. Pero podemos llegar a determinar el valor del concepto de modernización en este contexto e indicar otra vía de análisis, así como individualizar el camino más frecuente hacia el autoritarismo y la dictadura¹.

Por "democracia" aquí se entiende un sistema político institucionalizado con las siguientes características: 1) un gobierno representativo; 2) un electorado formado por toda la población adulta; 3) votos de igual valor para todo el electorado; 4) electores con derecho a votar a favor de cualquier opinión y por cualquier candidato sin intimidación del aparato estatal. Las libertades de opinión, reunión, organización y prensa son prerequisites necesarios de la cuarta característica.

La democratización, entonces, comprende el establecimiento del principio de gobierno electivo, la extensión del derecho al voto independientemente de la clase, el sexo y la raza, la abolición de posibles votos múltiples y de la demarcación arbitraria de distritos electorales, la no proscripción de opiniones y candidaturas y la no manipulación del procedimiento electoral por parte de las autoridades públicas. El desarrollo a lo largo de estas dimensiones puede ser, y de hecho ha sido, desigual y relacionado en forma diferente en los diversos países. El cómo y el porqué son importantes temas de investigación, pero aquí nos limitaremos a señalar que sólo un país que reúne las cuatro condiciones puede llamarse democrático. Difícilmente pueda llamarse idiosincrásica esta definición. Su deliberada formalidad hace que la presencia o ausencia de democracia sea relativamente fácil de establecer y, como se señalará luego, la claridad simple de la definición facilita la identificación de diferentes tipos de autoritarismo.

Surgimiento de las democracias

No se repetirán aquí los hallazgos del estudio ya mencionado acerca del cuándo, el cómo y el porqué de la instauración de la democracia. En cambio, se planteará cómo se corresponden los testimonios históricos de las democracias y la idea de democracia relacionada con moderni-

zación. Ahora bien, existe un problema en el carácter más bien nebuloso de la noción de modernización que hace difícil refutarla. Pero los testimonios históricos dan lugar a serias dudas acerca de la pertinencia o utilidad de esta noción para la elaboración de una historia de la democracia.

Echemos en primer lugar una ojeada a la cronología de las democracias. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el mundo contaba sólo con un Estado soberano democrático, Noruega. Si incluimos los dominios británicos entre los Estados soberanos en ese entonces, deberíamos agregar Nueva Zelandia, y, posiblemente, Australia (cuyo flagrante racismo había derivado en la expulsión de inmigrantes de color más que en una discriminación interna en su contra). Finlandia fue una democracia soberana bajo el zarismo ruso. ¿Qué teórico de la modernización sostendría que estos pioneros de la democracia, geopolíticamente periféricos, sociedades agrícolas y en su mayoría rurales, encabezaron la modernización del mundo? Si pasamos por alto la discriminación sexual e incluimos las democracias sólo para hombres, tendríamos que agregar dos países más: Francia y Suiza. Esta adición alentaría sólo a un adepto a la modernización muy rígido, pues los países más industrializados y urbanizados están aún ausentes. Los Estados Unidos, hogar y modelo de la mayoría de los adeptos a la modernización, sólo puede considerarse una democracia desde aproximadamente 1970, cuando se permitió votar a los ciudadanos negros del sur.

Otro aspecto de la historia de la democracia es el *contexto* de su instauración. Al analizarlo, se observa que el conjunto individual de circunstancias más importante que condujo o promovió críticamente la democracia fue la guerra externa. Entre los diecisiete países capitalistas desarrollados (que componen el Comité de Comercio y Desarrollo de la O.C.E.D.) sólo en tres la democracia fue un proceso completamente interno, sin relación con la guerra externa. (En uno de estos tres casos, Suiza, la democracia masculina siguió, en cambio, a la guerra civil).

El rol crucial de la derrota militar —desde la del Segundo Imperio Francés en 1871 hasta la del fascismo en 1945, incluyendo la de 1918— parece compatible con la visión básicamente evolucionista de los adeptos a la modernización sólo forzando considerablemente los argumentos. Parece ser aun más perjudicial para esta concepción el otro mecanismo democratizante de la guerra, la movilización nacional, un sentido acrecentado de comunidad nacional. El fortalecimiento de las tradiciones nacionales y el esfuerzo por fortalecerlas —la de-secularización— aceleraron o determinaron la democratización masculina en Bélgica, Gran Bretaña, Francia, Holanda y los Estados Unidos.

Examinemos finalmente las *fuerzas sociales* de la democratización. Notamos en primer lugar que, contrariamente a lo que nos llevan a pensar los adeptos a la modernización, la burguesía industrial urbana y quienes dependían política e ideológicamente de ella, no estaban entre los vanguardistas de la democracia. Por el contrario, los encontramos frecuente-

mente entre sus opositores más firmes. La burguesía británica no mostró gran compasión al destruir el primer movimiento democrático de masas, el Cartismo. El Directorio Francés, el régimen más genuinamente burgués durante la Revolución Francesa, anuló la primera instauración del sufragio masculino universal de la historia (que data de 1793 y nunca fue puesto en vigor). Las masas parisinas insurrectas obtuvieron la democracia masculina en la Revolución de Julio, pero los partidos parlamentarios de la burguesía la abolieron en 1850.

Una vez desarrolladas las fuerzas democráticas, las concesiones a la democracia no fueron siquiera un elemento de división entre las élites "moderna" y "tradicional". Por razones tácticas, conservadores como Bismarck y Disraeli, así como los liberales, hicieron este tipo de concesiones.

Existían tres fuerzas democráticas básicas. Una era la de la población de las grandes ciudades: obreros, artesanos, pequeños comerciantes, seguidos y algunas veces también inspirados por vacilantes intelectuales. Este fue, en gran medida, el fenómeno parisino. Las recurrentes rebeliones de la población parisina, en 1793-94, 1849-50 y 1871, a pesar de las sangrientas derrotas, contribuyeron en forma crítica a la instauración de la democracia masculina en 1884.

Otra fuerza era la de la *clase obrera industrial*. Las luchas por la democracia más heroicas de la historia las emprendieron los dos primeros proletariados industriales del mundo: el Cartismo de la clase obrera británica, durante la década de 1830 y principios de la de 1840, y los obreros belgas, con los mineros al frente, quienes entre 1886 y 1913 realizaron seis huelgas imponentes y belicosas, con la consigna del sufragio universal, que fueron violentamente reprimidas. En todas partes, la Segunda Internacional pugnaba por la instauración de la democracia.

Una tercera fuerza democrática importante fue la *pequeña burguesía rural*, que aunque no estuvo presente ni fue significativa en todas partes, fue muy importante en las democracias pioneras y en varios otros países. Estaba formada por pequeños agricultores, artesanos, pequeños comerciantes y jornaleros. Estos grupos rurales prodemocráticos formaban cooperativas, y estaban en contra de la urbanización, a menudo de la industrialización, y del clero en la Francia católica (aunque generalmente pertenecían a las ramas no conservadoras de la iglesia anglicana o a los "fundamentalistas" disidentes en países protestantes), y eran en algunos casos intensa y orgullosamente patrióticos; parecen así representar lo que S. M. Lipset llama "una rebelión contra la modernidad".

Tomemos el caso de las fuerzas que crearon en Noruega la primera democracia soberana de Europa. El Partido Laborista Socialista Noruego, vocero de las reclamaciones de la mayor parte de la clase obrera organizada, luchaba enérgica y firmemente por la democracia. Sin embargo, las tropas más numerosas, cuya unión final por la causa de la democracia definió la situación, fueron las del Partido de Izquierda, compuesto

principalmente por pequeños agricultores y pescadores, intensamente hostiles al poder y la cultura burocrático-burguesa, de religión "fundamentalista", tradicionalistas en cuanto a lengua y costumbres, profundamente puritanos y fervorosamente nacionalistas. Muchas de estas características, u otras similares, pueden observarse entre las fuerzas democráticas no pertenecientes a la clase obrera del resto de los países escandinavos, Gran Bretaña, América del Norte y Oceanía.

Una razón básica por la cual la modernización casi no guarda relación con la democracia es que, para la mayoría de los autores, "modernización" es casi sinónimo de "liberalismo capitalista" o "capitalismo liberal". Y de hecho, fuerzas sociales opuestas al capitalismo y a menudo también al liberalismo aristocrático urbano han luchado por la democracia.

Tal vez debería agregarse que, si bien estos demócratas populares entran en la dudosa categoría sociológica de "rebeldes a la modernidad" y no en la de "modernizadores", no eran en absoluto tradicionalistas. Estaban rebelándose contra las autoridades del poder dinástico, delegado central y localmente, contra las autoridades de la Alta Iglesia y contra los grandes terratenientes, si los había. Sin embargo, en algunos otros países, como Bélgica, Alemania, Austria y en zonas de Francia, pequeños agricultores y artesanos rurales tendían a seguir al clero y los terratenientes, como clientela conservadora. La diferencia clave era la autonomía sociopolítica.

Caída de las democracias

Al estudiar la caída de las democracias debemos recordar la heterogeneidad —y por lo tanto inherente inestabilidad— de las coaliciones que lucharon por ellas: trabajadores industriales urbanos, generalmente no religiosos y algunas veces ateos, disciplinados artesanos que ejercían antiguos oficios, duros y rebeldes trabajadores que realizaban sus tareas a la intemperie, pequeños agricultores píos y puritanos, y algunos pocos profesionales y empresarios liberales. Deberíamos recordar que, en la mayor parte de los casos, los esfuerzos de toda esta gente tuvieron éxito sólo en ocasiones particulares y generalmente con el auspicio y el control de las fuerzas de la alta burguesía, que previamente habían frenado exitosamente los reclamos de democracia. Las fuerzas que produjeron la caída de las democracias entre las dos guerras también eran heterogéneas y reflejaban diferentes resentimientos y frustraciones, por los cuales apoyaron los movimientos antidemocráticos.

En cierto sentido, podría decirse que un factor importante para las consecuencias políticas no sólo diferentes (que de cualquier forma lo hubieran sido), sino inclusive opuestas en Alemania en 1933 y en Francia en 1936 o Noruega en 1933 fue el que se produjese o no un

aislamiento de la clase obrera industrial de los grupos rurales y provinciales.

Algunas de las demandas de la antidemocracia pueden interpretarse como una rebelión o una muestra de hostilidad hacia la modernidad. Pero hay por lo menos dos razones por las cuales centrarnos en este aspecto obtendríamos medios para entender la caída de las democracias tan insatisfactorios como los que nos da la modernización para explicar el surgimiento de las democracias. Una es que este enfoque, bien ejemplificado en el estudio de Lipset, tiende a agrupar dos tipos distintos de reacciones antidemocráticas que surgieron en el período entre las dos guerras, cada uno de los cuales tiene diversas variantes nacionales. Una de estas reacciones es la de la derecha tradicional formada por terratenientes, la iglesia y el ejército, aunque sin excluir a banqueros y grandes industriales. El régimen de Dollfuss en Austria, y la España de Franco son los ejemplos más conocidos, a los cuales podrían agregarse las dictaduras de los Países Bálticos y las dictaduras previas a la depresión en Hungría, los Balcanes y Portugal. El otro tipo de reacción está representado por el fascismo italiano y alemán, y movimientos similares en otros países; los líderes y jefes de estas tendencias surgieron fuera de las élites tradicionales y con una fuerza principalmente urbana.

Las diferencias entre estos dos tipos no son simplemente una cuestión de sutileza académica. Eran movimientos opuestos y algunas veces libraron luchas armadas. En todas partes, desde Estonia a Portugal la derecha tradicional derrotó a sus oponentes fascistas—Thunder Cross, Arrow Cross, la Guardia de Hierro, la Falange, etc.—excepto en Italia y Alemania. Allí, los gobiernos iniciales de Mussolini y Hitler eran coaliciones del fascismo y la derecha tradicional, esta última apoyada por el rey y el presidente, respectivamente. Sin embargo, pronto se eliminó a los tradicionalistas, que volvieron a emerger exitosamente en Italia en 1943 y sin éxito en Alemania en 1944. Expresada con el lenguaje de la modernización, la victoria del fascismo fue casi un triunfo de la modernidad sobre la tradición.

A esto uno podría replicar —como lo hace Lipset— que sólo una reacción contra la modernidad y la industria puede explicar el apoyo de las masas que obtuvo el fascismo. Pero he aquí mi segunda objeción. Examinemos el desarrollo del apoyo popular al fascismo. En las elecciones de 1921, es decir aproximadamente diecisiete meses antes de la Marcha sobre Roma, el fascismo italiano por sí solo obtuvo el 0,5 % de los votos, y con los candidatos de la coalición del Bloque Nacional, logró 35 bancas de un total de 535². Pero entre marzo de 1921 y mayo de 1922, el número de miembros del partido fascista se cuadruplicó, aunque aún sólo constituían el 3 % del electorado³. En Alemania, los votos de la NSDAP aumentaron del 2,6 % en 1928 al 37,4 % en julio de 1932⁴. ¿No hay algo que resulta poco convincente, irreal, en una reacción *contra la modernidad* que se desarrolla con tal velocidad? ¿No

requiere una explicación referida a las crisis de la posguerra en Italia y de la Depresión en Alemania, más que una explicación en términos de valores generales?

Dado que los análisis del fascismo constituyen un gran campo de investigación, es conveniente abandonar este punto con los interrogantes anteriores.

Podemos dedicarnos, en cambio, a un tema más simple: la forma en que cayeron las democracias. Una respuesta a este punto podría brindarnos importantes datos acerca de dónde están las mayores amenazas de autoritarismo.

En la Europa del siglo XX, casi todas las dictaduras han sido instaladas desde el poder, en forma semiconstitucional. Exceptuando el caso especial de los efectos políticos de la revolución rusa, y los sucesos de la caótica Primera República Portuguesa, sólo tres dictaduras han provenido de sectores ubicados por debajo de las cumbres del poder constitucional: el régimen de Horthy, proveniente de una contrarrevolución y guerra civil apoyadas desde el exterior, el régimen de Franco, también con una guerra civil apoyada desde el exterior, y el golpe de estado en Grecia en 1967.

Esta experiencia europea es muy diferente del esquema del Tercer Mundo. En Latinoamérica, por ejemplo, hubo noventa y siete golpes de estado exitosos entre 1920 y 1974, pero sólo dos provinieron del poder (en Uruguay en 1933 y en Colombia en 1949)⁵.

Teniendo en cuenta que hasta los movimientos de masas del fascismo italiano y alemán alcanzaron el poder con la aprobación de las fuerzas constitucionales de cada Estado, y que todos los golpes de estado de Europa Central y Oriental durante la depresión provinieron de los gobiernos constitucionales en ejercicio, parece errado buscar hoy posibles amenazas de autoritarismo principalmente en el grupo marginal del extremismo de derecha. La atención debería centrarse en el aparato estatal existente y en las actividades visibles o encubiertas del gobierno en ejercicio o de los sectores con posibilidades de alcanzar el poder.

Límites de la democracia

La democracia tiene una historia real, de instituciones específicas que le dan forma o la amenazan, de fuerzas sociales concretas que luchan a favor o en contra de ella, de situaciones económicas y políticas que la favorecen o la desfavorecen. Quienes la estudian no deberían dejar que se diluya en una bruma de valores. Como cualquier cosa real, la democracia también tiene límites claros, especialmente claros si se la define formalmente como lo hemos hecho. Esto, entonces, nos conduce a algunas reflexiones finales acerca de la democracia y el autoritarismo.

Dado que hemos utilizado una definición de democracia que hace referencia al proceso electoral, análogamente podemos definir, en forma provisoria, el autoritarismo como un estado o una tendencia hacia el sometimiento a poderes que no han sido aceptados libremente y que no son revocables. Esta definición, como cualquier otra, contiene sin duda problemas de significado —el de la libre aceptación, por ejemplo— que podrían dar lugar a largas discusiones filosóficas. Sin embargo, puede bastar por el momento, como una orientación básica respecto del tema al cual me voy a referir.

Si consideramos la democracia como un área limitada de instituciones y procedimientos políticos específicos, ubicada en un espacio mucho mayor de relaciones y prácticas sociales, podemos localizar las amenazas de autoritarismo en tres regiones diferentes. Una —la más obvia— está dentro del sistema político democrático. Este autoritarismo es la *invasión, subversión* o disolución parcial o completa del sistema político democrático. En países capitalistas desarrollados, —incluyendo a Japón en la década de 1930, cuando el Estado aún pre-democrático se tornó mucho más autoritario— esta subversión provino de la cumbre del sistema político. La subversiva "Quinta Columna" del autoritarismo se constituyó en gobierno. El ataque a la democracia más grave luego de 1945 en un país capitalista desarrollado fue el intento, a principios de la década de 1950, del gobierno conservador japonés ("liberales" y "demócratas") de restringir la soberanía popular y las libertades individuales y de asociación de la constitución escrita por los norteamericanos en 1947. (El intento fue frustrado por la oposición socialista)⁶. Otros ejemplos de intentos conocidos de subversión parcial de la democracia posteriormente a la guerra son un proyecto de ley italiano para lograr una sobrerrepresentación de la Democracia Cristiana (derrotada en 1953), y los intentos de intimidación y manipulación electoral del régimen de Nixon, que salieron a la luz en el caso Watergate.

Otra amenaza a la democracia está relacionada con la localización de las instituciones democráticas en el espacio social más amplio, y al alcance del poder de decisión democrático. La democracia puede ser *marginalizada* con respecto a puntos cruciales de la vida de la población. Ahora bien, el alcance de las actividades del gobierno democrático es, por supuesto, un importante elemento de controversia entre demócratas liberales y demócratas socialistas.

El tema de controversia es inherentemente complejo, pues el área social exterior al sistema democrático consiste en las relaciones de autoridad, las autonomías individuales y las relaciones de negociación colectiva. Las preguntas que se plantean son múltiples: ¿qué tipo de autoridad no electiva es aceptable?, ¿qué tipo de autonomía individual no viola la de los otros?, ¿cuál es el lugar correcto de las negociaciones colectivas con relación al poder de decisión del electorado, la autoridad no electiva y la autonomía individual?

Yo arriesgaría la hipótesis de que luego de la guerra, la expansión del gobierno democrático y de los derechos y poderes para la negociación colectiva de los cuerpos electivos no gubernamentales, como los sindicatos, ha significado una importante extensión de la democracia a expensas de la autoridad del capital, el mercado, la administración, la posesión de tierras y el *Hausvater* (el padre del hogar). Y al mismo tiempo ha significado un *aumento* de la autonomía individual. Sin embargo, esta tendencia parece pasar, por lo menos en algunos países, por un proceso inverso, y la democracia corre el riesgo de ser marginalizada.

Los dos aspectos principales de esta amenaza, la marginalización de la democracia por causa del autoritarismo, tienen relación con la nueva situación internacional, cuya importancia como amenaza para la democracia ha señalado correctamente Gino Germani. Por un lado, la creciente tensión internacional y la aceleración de la carrera armamentista hacen que el tema de la guerra y la paz sea dominante y hasta fatídico para todos nosotros. Y éste es un tema que casi nunca ha sido exitosamente subordinado a los procesos democráticos de decisión del electorado. Aun si esto no subvierte la democracia —aunque aumentan los riesgos de que eso pase— la existencia de un Estado sometido a una disciplina militar o de un Estado intervencionista implica una grave marginalización de la democracia.

Por otra parte, dada la progresiva reorganización económica del mundo capitalista desarrollado, las decisiones democráticas gubernamentales no alcanzan el movimiento de la economía mundial, determinada por las corporaciones multinacionales, los banqueros internacionales y los propietarios monopólicos de los recursos escasos. Estas tendencias constituyen la principal amenaza contemporánea a la capacidad de las democracias de gobernar democráticamente.

Por último, hay una tercera posible localización del autoritarismo. Puede aparecer en las puertas de la democracia, a través de la *limitación del derecho político*. Por medio de una variedad de mecanismos, el poder de decisión democrático puede ser —en mayor o menor medida— alejado de la población, la cual es relegada al rol de votantes pasivos o espectadores no votantes de la actividad de los miembros de una *clase política* más o menos definida. Esta es una forma de autoritarismo, pues la limitación de candidatura políticas o del derecho de sufragio está asegurada por diversos tipos de autoridad: riqueza, posición jerárquica, nivel social, etc., o por expresiones de autoridad institucional, como los procedimientos de empadronamiento o las leyes de ciudadanía.

El estudio de Donald Mathews provee un ejemplo vívido de tal limitación: en el Congreso de los Estados Unidos en 1949/51, el 75 % de la población, obreros o empleados asalariados, no tenían representación de su medio en el Senado, y constituían sólo un 3 % en la Cámara de Representantes⁷. En otros países, el surgimiento y fortalecimiento de partidos de campesinos y obreros ha indicado una considerable apertura

en la organización política. Sin embargo, si bien no tengo cifras a mano, la experiencia de los países escandinavos parece sugerir un proceso inverso en los últimos tiempos, debido a una creciente proporción de antiguos funcionarios públicos y de organizaciones privadas entre los políticos del movimiento laborista.

La participación electoral, en líneas generales, ha tendido a aumentar en los países occidentales luego de la guerra. Suiza y los Estados Unidos son las dos excepciones⁸. Walter Dean Burnham ha hecho referencia a la diferenciación de clases manifiesta en los mecanismos de limitación electoral y a su importancia en el sistema norteamericano. Por ejemplo, en 1972, la clase obrera —considerada globalmente— constituía el 55 % de la población norteamericana, pero entre los votantes de las elecciones presidenciales de 1972 representaba sólo el 47 %. De manera correspondiente, la clase media propietaria, un 32 % de la población, representaba un 38 % de los votantes⁹. La disminución del número total de votantes en los Estados Unidos durante la década de 1970 se ha debido fundamentalmente a una disminución de votantes de la clase obrera¹⁰.

En otro aspecto, el sistema político democrático se ha tornado definitivamente más cerrado en la Europa Occidental durante las dos últimas décadas. Esto se debe a una creciente dependencia de estas sociedades respecto de la actividad de individuos que no son ciudadanos, trabajadores sin derechos políticos. Suiza es un caso extremo: aproximadamente el 30 % de los empleos civiles está ocupado por mano de obra inmigrante (pueden ser residentes, trabajadores temporarios o extranjeros que han cruzado la frontera); representan un 40 % de la clase obrera industrial¹¹. (Además, Suiza es también un caso extremo por tener la proporción más baja de votantes entre los ciudadanos). En Suecia, los ciudadanos extranjeros constituían el 15 % de la mano de obra industrial en 1979¹².

La subversión desde el poder, la marginalización con respecto a temas decisivos de nuestro tiempo, y la limitación política dirigida a grandes sectores de la población trabajadora y de clase baja, parecen ser las principales amenazas de autoritarismo que se ciernen sobre la democracia. Al mencionarlas, señalamos los frentes de batalla de los demócratas de nuestra época.

Traducción por Andrea Ferrari

Notas

¹ Estos datos derivan de estudios sobre la dictadura y la democracia que realicé en los últimos años, y cuyos hallazgos he presentado en dos ensayos en *New Left Review*, núms. 103, 1977 y 113-114, 1979, "The Rule of Capital and the Rise of Democracy", "The Travail of Latin American Democracy".

² Rokkan, S. y Meyriat, J. (compiladores), *International Guide to Electoral Statistics*, La Haya, París, 1969, pág. 229; Farneti, P., "Social Conflict, Parliamentary Fragmentation, Institutional Shift, and the Rise of Fascism: Italy", en Linz, L. y Stepan, A. (compiladores), *The Breakdown of Democratic Regimes*, Europe, Baltimore y Londres, 1978, págs. 24 y 25.

³ Farneti, ob. cit., pág. 22; cifras de elecciones de Rokkan-Meyriat. El número de miembros del partido nazi aumentó 4,7 veces entre septiembre de 1930 y diciembre de 1932. Lepsius, R., "From Fragmented Party Democracy to Government by Emergency Decree and National Socialist Take-Over: Germany", en Linz-Stepan, ob. cit., pág. 70.

⁴ Rokkan, Meyriat, ob. cit., pág. 158. El análisis de Lipset del apoyo electoral al fascismo alemán en su *Political Man* (Londres, 1960, pág. 140 y subs.) es mucho más directo; señala que el aumento de votos para los nazis en las elecciones provino de personas que antes apoyaban a los partidos liberal y de centro, presumiblemente "modernos". Sin embargo, Lipset también señala, correctamente, la importancia de la crisis agraria y el apoyo de pequeños agricultores al NSDAP. De hecho, en 1930, el NSDAP y el DNVP (la tradicional derecha extrema) obtuvieron juntos casi exactamente la misma proporción de votos que habían obtenido en las dos elecciones de 1924, 25,3 % y 24,8 %, respectivamente. Podría decirse, entonces, que la primera penetración nazi fue una victoria de un extremismo más moderno sobre la tradicional derecha *Junker*. Su segundo, y fatalmente decisivo avance, entre 1930 y 1932, consistió en ganar prácticamente todas las tendencias no socialistas, no católicas y no tradicionalistas.

⁵ *El Control Político en el Cono Sur* (trabajo colectivo, México, 1978), pág. 81.

⁶ Esta historia aparece, lo cual resultará sorprendente para algunos, en un documento de no muy buena reputación entre demócratas radicales, el informe de la Comisión Trilateral de Crozier, M., Huntington, S. y Watanuki, J., *The Crisis of Democracy*, Nueva York, 1975, págs. 122-3. La conocida tendencia de este libro en favor del autoritarismo, que hace énfasis en un actual "exceso de democracia", se debe principalmente a las opiniones de Huntington y Brzezinski (el director de la Trilateral), mientras que el trabajo de Watanuki, en particular, manifiesta una tendencia más democrática.

⁷ Mathews, D., *The Social Background of Political Decision-Making*, Nueva York, 1963, págs. 23, 30.

⁸ Cifras de las décadas de 1960 y 1970 en Powell, B., Jr., "Voting Turnout in Thirty Democracies: Partisan, Legal and Socio-Economic Influences", en Rose, R. (compilador), *Electoral participation*, Beverly Hills y Londres, 1980, pág. 6. Datos anteriores en Rokkan, Meyriat.

⁹ Burnham, W. D., "The Appearance and the Disappearance of the American Voter", en Rose, ob. cit., pág. 71.

¹⁰ Burnham, ob. cit., págs. 38 y 64.

¹¹ Castles, S. Kossack, G., *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*, Londres, 1973, págs. 61, 69. Las cifras se refieren a los años 1969-1970.

¹² Therborn, G., *Klasstrukturen i Sverige 1930-1980*, Lund, 1981, pág. 134.

Índice general

Volumen 1

Prólogo	7
Introducción	9
Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna. Gino Germani	21
¿Podrá sobrevivir la democracia? Norberto Bobbio	59

Primera parte. Resultados democráticos y autoritarios de los procesos revolucionarios

Los resultados de las revoluciones: una reflexión sobre las sociedades autocráticas y democráticas post-revolucionarias S. N. Eisenstadt	71
Demasiado escasa o demasiado abundante, pero no la suficiente. Un comentario sobre la visión de S. N. Eisenstadt sobre la democracia, la modernización y las revoluciones. Theda Skocpol	97
Un argumento en favor del positivismo. Albert O. Hirschman	105
Los resultados de las revoluciones y el contexto geohistórico. Perry Anderson	109
La paradoja de la revolución. Luciano Pellicani	113
Movimientos y revoluciones. Francesco Alberoni	123

Segunda parte. Modernidad y tradición en la génesis de los movimientos autoritarios

El alzamiento contra la modernidad. Seymour Martin Lipset	135
Fascismo y antimodernismo. Adrian Lyttelton	171
A propósito de "El alzamiento contra la modernidad. ¿Un retorno despotenciado? Achille Ardigó	179
La democracia: ¿será posible? Torcuato S. Di Tella	187
¿Existen verdaderamente (amenazas contra) las democracias? Göran Therborn	203

Volumen 2

Tercera parte. Vulnerabilidad de la democracia en las sociedades avanzadas

Sobre la racionalidad de la opción democrática Alessandro Pizzorno	9
Algo más sobre el autoritarismo político y social Carlo Donolo	47
La venganza de Bentham: el ascenso del autoritarismo en Gran Bretaña Pierre Birnbaum	61
Nuevas imágenes del autoritarismo social: poder, profesionalidad y técnica Magali Sarfatti Larson	77
Las armas nucleares y el fin de la democracia Richard Falk	93
El potencial autoritario de las sociedades del capitalismo tardío: el caso de los Estados Unidos Kyriakos M. Kontopoulos	107

Cuarta parte. Procesos de democratización y persistencias autoritarias en América Latina

¿Transición política en América Latina?

Fernando Henrique Cardoso

129

La transición del gobierno autoritario a la democracia en sociedades en proceso de modernización: ¿puede invertirse la proposición (y el pesimismo) de Gino Germani?

Philippe C. Schmitter

143

Notas para el estudio de procesos de democratización política a partir del Estado burocrático-autoritario

Guillermo O'Donnell

171

La democracia en la sociedad y la política. Apuntes sobre un caso concreto

Jorge Graciarena

191

Desarrollo y democracia: algunas reflexiones sobre el caso peruano

Giorgio Alberti

203

Pacto corporativo, democracia y clase obrera

Francisco Delich

209

se terminó de imprimir
en Artes Gráficas Santo Domingo S.A.
Santo Domingo 2739, Buenos Aires,
en el mes de noviembre de 1985